



LOLES LÓPEZ

¡NI UN
FLECHAZO
MÁS!

zafro

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Cita	
Dedicatoria	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Referencias de las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Eva lleva cinco años viviendo en Chicago y alterna varios trabajos para poder pagar el alquiler. Siempre ha creído en el amor a primera vista, aunque teme poseer un imán para atraer sólo a hombres que se convierten en ranas casi al instante de conocerlos.

Quien jamás le falla es su amigo Daryl, un médico gay que, de vez en cuando, actúa como drag queen. Por eso, cuando Owen Baker, el hermano de Daryl, se presenta por sorpresa para comprobar con sus propios ojos a qué dedica el tiempo libre su hermano menor, Eva no duda en seguirle el juego a Daryl y se hace pasar por su novia.

A partir de ese momento, Eva y Owen se verán envueltos en un sinfín de situaciones alocadas, sugerentes y disparatadas, y tendrán que luchar contra una atracción que son incapaces de frenar, dando pie a un juego mucho más peligroso y tentador que el anterior. ¡Esto es la guerra!

NI UN FLECHAZO MÁS

Loles López

zafiro[♥]

Ódiame o áname, ambas están a mi favor. Si me
amas, siempre voy a estar en tu corazón; si me
odias, siempre voy a estar en tu mente.

WILLIAM SHAKESPEARE

*Para esas personas que jamás se rinden y buscan su
lugar en el mundo, a veces, al lado de una persona,
otras, en un sitio concreto, pero siempre haciéndoos
sentir invencibles*

—No te muevas —lo reprendió con cariño.

—Si no lo hago; es este barco, que parece que está deseando que salga con el rostro pintado como un payaso y no como la diva que soy.

—¿Estás nervioso? —preguntó observando cómo sus manos no paraban quietas, atusándose la peluca pelirroja que llevaba puesta y alisando una minúscula arruga de su esplendoroso vestido de raso en color dorado.

—Mucho.

—Lo vas a hacer fenomenal, Daryl —dijo mientras lo miraba con satisfacción al ver cómo le quedaba el maquillaje de fantasía que le había aplicado con tanto detenimiento, enmarcando su mirada gris con sombra dorada y purpurina, realzándole los pómulos con colorete e incluso creándole un lunar en la comisura del labio para darle un toque más sensual, al más puro estilo de Marilyn Monroe. Los labios los había agrandado gracias a un perfilador de un tono un poco más claro que el pintalabios, creando una ilusión óptica de tenerlos mullidos, grandes y carnosos, gracias al lápiz labial de color rojo, el cual había costado una pequeña fortuna.

—Eso espero —suspiró Daryl, contemplando el resultado en el espejo y sonriendo al devolverle la sonrisa su alter ego—. Ya estoy lista. —Se refirió a sí mismo en femenino, algo que siempre hacía cuando se caracterizaba de Madame Lover Boom.

—Sí, y espectacular como siempre. ¡Deslúmbrales a todos!

—Eso haré —afirmó poniéndose de pie y haciendo que ella tuviese que levantar la cabeza, ya que su amigo de por sí ya era alto, pero con las plataformas que portaba cuando se transformaba alcanzaba los dos metros de altura con facilidad.

—Estaré fuera —anunció al imaginarse que no tardarían mucho en llamar a su amigo para que saliese al escenario; así ella podría buscar el mejor emplazamiento para poder ver el espectáculo.

—Gracias por acompañarme hoy, Eva —añadió Daryl con un tono

melancólico en su voz, provocando que ésta sonriese abiertamente.

—¿Y perderme una fiesta en un barco? ¡Ni loca! —soltó haciendo reír a su amigo.

—Intenta divertirte fuera y, ¡quién sabe!, a lo mejor encuentras al amor de tu vida —comentó mientras le guiñaba un ojo, haciendo que las pestañas postizas rozasen sus mofletes.

—Con la suerte que tengo, soy capaz de encontrármelo de frente, tropezarme y caer en brazos de otro hombre... —bufó ella negando con la cabeza; su vida era así, un traspié tras otro después de un gran desengaño amoroso que arrastraba desde hacía demasiado tiempo.

—Pues abre los ojos, Eva —indicó haciendo que ésta sonriese mientras asentía y abría los ojos desmesuradamente. Cuando cerró la puerta del camerino, todavía podía oír las carcajadas de Daryl.

Nada más salir a cubierta, observó el cielo estrellado de aquella noche de primeros de septiembre agradeciendo la suave brisa que hacía bailar su sobrio —pero perfecto para todas las ocasiones— vestido negro con un poco de vuelo, mientras advertía en el horizonte unas nubes que ansió que no fueran a más, pues en aquella época del año el tiempo cambiaba drásticamente, pues podía hacer sol y, al poco, diluviar; bien lo sabía ella, que llevaba viviendo en Chicago cinco años. La gente se arremolinaba alrededor del escenario, al que saldría en breve su amigo; el ambiente, festivo y distendido, los caros vestidos y los ostentosos relojes de los hombres llamaban la atención, dejando claro el alto poder adquisitivo de todos los invitados a aquel navío. ¡Con lo que le costaba a ella llegar a fin de mes! Y eso que tenía dos trabajos... Se acercó a la barra, con la intención de levantar su ánimo al verse fuera de lugar en un sitio como ése, pues no quería que su amigo la viese deprimida por no haber conseguido todavía su objetivo al llegar a esa ciudad; la ciudad del viento, como era conocida, como también era famoso su horizonte, un *skyline* repleto de rascacielos...

—Un *gin-tonic* —pidió Eva al camarero.

—Enseguida —le contestó éste mientras comenzaba a coger la copa para prepararlo.

Muy cerca de ella se posicionó un hombre que tendría un poco menos de treinta y cinco, le calculó. Eva lo evaluó en un simple vistazo: guapo, fornido —seguramente un adicto al gimnasio, por los músculos que se le marcaban debajo de esa camisa blanca entallada—, ojos cristalinos y chispeantes,

dientes blanquísimos y sonrisa afable. Se notaba que era consciente de poseer pinta de serio y bueno, un querubín, por aquellos rizos dorados que lo hacían todavía más adorable y que resultaban un imán para cualquier mujer que tuviera un par de ojos en la cara. Su pose y sus movimientos confiados reflejaban esa seguridad que a Eva le hizo gracia, ya que contrarrestaban con la imagen tímida que desprendía éste de manera innata. Acababa de colocarse cerca de una despampanante rubia que tenía al lado.

—Debería ser un delito ser tan guapa —le oyó decir, y Eva tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para no carcajearse de aquella manera de ligar.

—Aunque lo fuera, tú no lo disfrutarías —sentenció la chica, apartándose de la barra y dejándolo solo.

«¡Olé por ti, rubia!», pensó Eva mirando por el rabillo del ojo cómo éste intentaba disimular la negativa recibida, ya que se notaba que no era algo que le ocurriera a menudo.

—Muchas gracias —dijo Eva al camarero cuando le dio la copa solicitada, para después girarse (sin tener que pagar nada, ya que disponía de barra libre en aquella fiesta) y situarse cerca del escenario.

El alcohol ayudaba a conformar un ambiente distendido y, acompañada por su copa, se topó de nuevo con aquel hombre que parecía no perder la esperanza de ligar con una de esas espectaculares mujeres; esa vez la elegida fue una pelirroja —que parecía recién salida de un catálogo de lencería cara, por lo exuberante y perfecta que era—, que otra vez se encontraba cerca de donde ella se hallaba, algo que le facilitó poder ser testigo de las artes de seducción del tipo y, sin mucha cosa más que hacer, prestó atención a su conversación.

—¡Creo que ha caído un ángel del cielo y lo tengo delante! —exclamó con tono seductor.

La pelirroja lo miró una milésima de segundo para después, sin decirle nada y con una actitud bastante engreída, alejarse de donde estaba él con aires de superestrella mientras contoneaba su escultural cuerpo. Eva no pudo contener la carcajada que le brotó de golpe al ver el efecto que ocasionaba con esas frases de manual del siglo pasado. ¡Parecía el antiligón!

—¿Qué? —le espetó éste de malas maneras, al percatarse de que se reía de él.

—Nada... angelito —contestó Eva sin poder parar de troncharse; cuando empezaba, no podía parar, aunque quisiera.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó visiblemente molesto.

—No... Me estoy riendo contigo —replicó como pudo, ya que no podía controlar las carcajadas—. ¿De verdad te funcionan esas frases?

Él la miró detenidamente, repasando sus facciones latinas, sus ojos oscuros, su melena negra azabache y su risa descarada y sincera. Era llamativa; no como esas mujeres que paseaban por cubierta, que parecían sacadas de una revista de modelos, pero poseía algo que la hacía agradable a la vista.

—No tienes pinta de ser una solterona rencorosa —objetó sin dejar de escudriñarla, como si quisiera encontrarle algún fallo.

—Pues tú sí que tienes pinta de moscón, pero de uno anticuado —soltó Eva limpiándose las lágrimas causadas por el ataque de risa.

—¿Te crees graciosa?

—Hombre, chispa sí que tengo. Pero, chist..., quiero ver el espectáculo —pidió señalando el escenario, que acababa de iluminarse, atrayendo así la atención del público.

—¿De verdad te funciona? —inquirió el hombre acercándose a ella, ya que ésta había dado un paso hacia delante para no perderse detalle de la actuación de Daryl.

—¿El qué? —preguntó en un acto reflejo, ya que se estaba arrepintiendo de no haber mantenido la boquita cerrada y permitir que ese tipo se fuera a por otra conquista, dejándola a ella tranquila. Pero no... ¡Le había entrado la risa y no había podido aguantarla!

—Comportarte así con los hombres... ¿Te funciona para ligar?

—No estoy intentando ligar contigo —informó posando su mirada oscura en él—. Es más, si lo estuviera haciendo, no tendrías dudas al respecto. No soy de las que dan falsas señales, te lo puedo asegurar. Lo que pretendo ahora mismo, en este precioso barco, es ver el espectáculo y no llamar precisamente tu atención —señaló mientras veía cómo salía su amigo, perfectamente caracterizado de su alter ego, y sonría complacida al ver el aplomo que tenía éste cuando se subía a unas tablas. ¡Había nacido para eso!

Contrariado y un poco molesto por aquella manera de ser de esa mujer, éste se dio la vuelta y se acercó a sus tres amigos, que lo esperaban a pocos pasos.

—¿Qué te ocurre, Brian? —preguntó Jack al ver el rostro confuso de éste.

—Cada vez entiendo menos a las tías —sentenció mientras señalaba con la cabeza a Eva, que estaba absorta en los movimientos estudiados de Daryl

encima del escenario y sonreía orgullosa.

—Pues la morena está como para dejarse entender —añadió Clive sin dejar de mirarla mientras se arreglaba los puños de su camisa, sacándolos por debajo de su americana. Sabía que tenía un rostro que llamaba la atención de las mujeres, y además lo combinaba con una manera de ser chulesca, de tipo duro, que le resultaba infalible. Era, de los cuatro amigos, el más bajito, aunque rondara el metro ochenta y cinco. Su cuerpo atlético y fibroso, y sus ojos verdes, hacían el resto. No podía quejarse, siempre conseguía lo que quería.

—Te recomiendo que ni te acerques a ella —comentó Brian negando con la cabeza; lo había dejado descolocado y eso era algo que jamás le ocurría. Prácticamente no se tenía que esforzar cuando quería seducir, pues se presentaba a cualquier mujer y ésta caía rendida a sus pies. Supuso que la influencia de estar sobre el lago, navegando, le estaba jugando una mala pasada y por eso no estaba obteniendo los resultados esperados.

—Ahora me han entrado más ganas de ligármela —indicó Clive, haciendo reír a Jack mientras negaba con la cabeza y, de paso, observaba el rostro serio de su otro amigo, el cual no había pronunciado ni una sola palabra, pendiente del espectáculo que se realizaba en el escenario.

—¿Cómo estás? —preguntó Jack a este último.

—No me lo puedo creer aún... —bufó Owen, perplejo, sin ni siquiera parpadear—. Te prometo que pensaba que me estabas gastando una broma, que era una excusa para hacerme subir al barco, pero no... —susurró con incredulidad, sin dejar de mirar hacia el escenario—. Es verdad, y no sé qué decir ni qué pensar...

—Bueno, yo me voy a por la morena. ¡Deseadme suerte! —exclamó Clive sin pensárselo mucho para luego acercarse a la susodicha, obviando el momento por el que estaba pasando Owen y centrándose en su propio disfrute.

—Le doy un par de minutos —añadió Brian negando con la cabeza, presintiendo que ésta no le daría cancha a su amigo, igual como había hecho con él.

Jack lo miró y negó con la cabeza; en la mente de esos dos sólo había espacio para el sexo, los negocios y poco más.

—¿Qué vas a hacer? —le planteó Jack a Owen, obviando a sus otros dos amigos, que estaban empeñados en ligarse a cualquiera de las mujeres que paseaban su palmito por cubierta.

—Nada... ¿Qué quieres que haga? —repreguntó, alzando los hombros con resignación—. No llevo en esta ciudad ni una hora y me entero de esto así... —murmuró apesadumbrado.

—Sabía que, si no lo veías con tus propios ojos, no te lo creerías, como me pasó a mí cuando me enteré..., por eso he ido a por ti al aeropuerto y te he hecho venir hasta aquí —aclaró Jack—. Llevas desaparecido un año, pendiente sólo de pescar y mirar cómo saltan los canguros en la apacible y sosegada Kiarma... Todavía no entiendo cómo te fuiste allí. Ya que decidiste escaparte a Australia, deberías haber elegido Sídney o Melbourne y no ese pueblecito costero... —añadió, negando con la cabeza y sin comprender las razones que lo llevaron a realizar tal disparate—. Es normal que en ese tiempo de desconexión las cosas hayan cambiado...

—Elegí precisamente ese pueblo porque no tenía nada en común con esto —afirmó señalando el famoso horizonte de Chicago—. Quería cambiar de aires radicalmente, y no me he dedicado sólo a pescar y a ver cómo saltan los canguros... —replicó sonriendo vagamente.

Había sido un año muy complicado para resumirlo en unos minutos; además, sabía que Jack no entendería los motivos que lo habían llevado a desaparecer momentáneamente del foco de atención, o tal vez sí, pero él era incapaz de verbalizarlo... y a veces incluso de planteárselo, como si, al no hacerlo, creyera que no era real... Habían pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo y en ese momento, a todo ello, se le sumaba ese hecho que todavía le costaba asimilar, que le costaba incluso mirar, pero no había duda de que era él...

—Si querías cambiar de aires, no hacía falta irse tan lejos. Por aquí también hay pueblecitos tranquilos y costeros... —señaló Jack.

—No quería tener la tentación de volver, por eso me marché a tantos miles de kilómetros; además, tampoco hubiese sido la mejor compañía, todo lo ocurrido me ha hecho cambiar... —bufó, volviendo a centrar la atención en el escenario, todavía incrédulo por lo que presenciaba.

—Bah, no me digas que te has convertido en un muermo. ¡Owen, tú eres el alma de todas las fiestas!

—No soy el mismo, tío —replicó éste, haciendo una mueca de disgusto—. O, mejor dicho, las circunstancias me han hecho madurar...

—¡No digas tonterías! La fruta es la única que madura, nosotros nos volvemos más interesantes con los años para las jovencitas —comentó

señalando a las mujeres que había en cubierta. Ambos, cada uno en su estilo, sabían que tenían atractivo suficiente como para tener a la que les viniese en gana. Jack era moreno, con los ojos negros y un cuerpo duramente trabajado en el gimnasio; por su parte, Owen era castaño, con los ojos de una tonalidad entre azul y gris que hechizaba a cualquier fémmina con sólo posar su seductora mirada en ella; además, su cuerpo atlético y su manera de ser seducía sin pretenderlo.

—Ver para creer... —intervino Owen, asombrado, observando de nuevo a su amigo—. Clive me contó que el divorcio había hecho mella en ti, pero no me lo creía.

—Ni me la nombres —pidió Jack con desgana—. Si es que soy gilipollas. No podía conformarme con lo que tenéis vosotros, un rollete cada noche, no... ¡Tenía que buscar una mujer con la que casarme y tener hijos, y al final fui a parar con la peor!

—Son cosas que pasan, Jack..., pero fuiste feliz.

—Esa felicidad duró sólo tres años, Owen; el cuarto fue un infierno, hasta que me presentó los papeles del divorcio.

—Bueno, pero fueron tres años de la hostia.

—Sí, eso sí —rezongó Jack con desgana.

—¡Lo sabía! —exclamó de repente Brian, haciendo que los dos amigos reparasen en él—. La morena es un hueso duro de roer —sentenció observando cómo Clive volvía al grupo solo y con cara de pocos amigos.

—A ver, ¿quién es el puto amo? —soltó cuando estuvo cerca de ellos, mostrando de golpe una sonrisa resplandeciente.

—No puede ser... —bufó Brian, consternado de que éste hubiese conseguido algo de esa chica.

—Se llama Anastasia, es cubana y en cuanto acabe el espectáculo nos iremos solos... Ya me entendéis —informó Clive con orgullo al haber conseguido ligarse a una mujer que parecía dura, aunque en el fondo no lo había sido tanto.

—No tenía acento cubano... —murmuró Brian mirándola fijamente.

En ese momento Eva comenzó a aplaudir efusivamente mientras saludaba al *drag queen* que hacía reverencias exageradas, recibiendo la aclamación del público.

—¿Vas a ir a hablar con él? —le preguntó Jack a Owen.

—Claro, es mi hermano, aunque vaya disfrazado de reina de la noche —

masculó él sin dejar de mirar y, por ello, descubrir cómo éste se percataba de su presencia y se le cambiaba el gesto por uno de sorpresa y pánico, para después recomponerse y proseguir el espectáculo. El *show* debía continuar, pasara lo que pasase.

—No puedo salir —reiteró Daryl por enésima vez consecutiva mientras se desmaquillaba a conciencia, bajo la tierna mirada de Eva, que había entrado de nuevo en el camerino después del espectáculo al detectar un cambio notable en su amigo.

—Pero ¿de verdad era él? Quizá se trataba de alguien que se le parecía. Te recuerdo que no sería la primera vez que entras en pánico creyendo que está en la sala y después resulta que sólo es un hombre que se le asemeja —le dijo con cariño. Su amigo era dado a dramatizar las cosas en cuestión de segundos y con la misma velocidad les restaba importancia.

—No, Eva... —susurró mientras se quitaba la peluca pelirroja para dejar ver, debajo de una especie de media que también se desprendió en un rápido movimiento, su cabello castaño atado en una pequeña coleta—. Era él, no hay duda. Además, estaba con sus amigos... No podía venir él solo, tenía que arrastrar a sus amigos machotes con él... —bufó consternado.

—No te preocupes, ¿de acuerdo? Estoy aquí contigo y, como se le ocurra decirte algo desagradable, ¡me lo como! —exclamó decidida, haciéndolo sonreír.

—Gracias, Eva... No sé qué hubiera hecho sin ti en estos tres años —comentó mirándola con afecto.

—No te me pongas melodramático, que nos conocemos y, al final, acabaremos borrachos y llorando como nenazas, mientras entonamos *Only you* —soltó ella con gracia, animándolo con su manera de ser—. ¿Ya estás preparado? —preguntó observando que volvía a tener su aspecto real, dejando a su personaje para otro espectáculo.

—Sí. ¡Vayamos a ver al duro e implacable Owen! —aceptó Daryl haciendo una mueca de terror.

Salieron del camerino y, con cada paso que avanzaban, Eva sentía el temor que hacía temblar a su amigo como un bol de gelatina, algo que no entendía. ¡Iba a hablar con su hermano, no con un monstruo desorejado! De repente,

Daryl le cogió con fuerza la mano y ésta sonrió con cariño al darse cuenta de cómo se verían desde fuera, ¡qué gran pareja hubiesen formado! Tuvo que aguantarse la risa al recordar cómo se conocieron, cuando ella, después de haberlo visto un par de veces por el edificio en el que vivían, se preparó concienzudamente para seducir al macizorro de su vecino de al lado... Después de varios días quedando juntos, para conversar y conocerse —algo que le hizo tener la seguridad suficiente como para creer que lo que ella sentía era recíproco—, Eva intentó besarlo, pero él la detuvo en seco, realizándole la maniobra de la cobra a la perfección, y luego la avisó con ternura —y un poco de timidez— de que no le gustaban las mujeres. La cara de Eva debió de ser un poema, porque Daryl aún se la recordaba cuando quería burlarse de ella. Sin embargo, aquello no afectó a la amistad que había comenzado a surgir entre ambos, que se afianzó con el paso del tiempo, dejando atrás aquel flechazo que sintió Eva cuando lo conoció y sintiéndose dichosa de haber encontrado a un buen amigo como era Daryl. Tuvo que detener su divagación cuando notó que éste se detenía en seco delante de dos hombres que estaban para quitarse el sombrero y alguna prenda más; al lado de éstos se encontraba también el moscón —Eva se percató de que éste la miraba con curiosidad— y el pesado que había ido a avasallarla y con el cual había optado por utilizar una pequeña mentira para quitárselo de encima rápidamente y que la dejara disfrutar del espectáculo. Todos los miraban con seriedad y Eva sonrió al percatarse de que esos dos tipos con los que ya había hablado eran amigos del hermano de Daryl, o quizá alguno de ellos era el susodicho. Con tranquilidad, esperó a que alguien hablase primero, ya que los seis, simplemente, se miraban sin articular palabra.

—Hola, Owen —dijo, ¡al fin!, Daryl, centrándose en el más alto de los cuatro..., mismo tono de cabello, pero unos rasgos más masculinos, más marcados y, ¡todo había qué decirlo!, más atractivos.

«Joder con el hermanísimo...», pensó Eva intentando mutarse en un témpano de hielo, para no dar muestras de nada y mucho menos delante de ese hombre que, según su amigo, era un arcaico de manual y un ser implacable al que temía irracionalmente.

—Daryl... —susurró éste con un tono de voz seco, casi en un gruñido, sin dejar de mirarlo fijamente, como si quisiera leerle la mente o hablar por telepatía, dedujo Eva al observar aquella fijación.

—¿Has llegado hoy? —preguntó Daryl procurando aparentar normalidad,

aunque su agarre cada vez fuese más fuerte y Eva tuviera que acariciarlo con los dedos, para que aflojase un poco. Si seguía así, le podrían arrancar la mano después sin problemas, ya que el riego sanguíneo se lo habría cortado él.

—Sí —contestó con la misma pasividad.

—¿Has ido a ver a mamá?

—No —dijo mirando por primera vez a Eva con curiosidad—. ¿Quién es ella?

—Es Eva... Ella es... ¡mi novia! —soltó haciendo que ésta lo mirase sorprendida.

«Toma ya, ahora, ¿cómo te quedas? —pensó ella mientras sonreía ampliamente, disimulando su asombro—. De aquí te nominan al Óscar a la mejor actriz de reparto... *And the winner is...* ¡Eva Romero!», imaginó mientras se mordía las mejillas por dentro para no reírse en medio de aquella surrealista escena que estaba presenciando, o incluso protagonizando.

—Encantada. Daryl me ha hablado muchísimo de ti —intervino Eva sin aflojar aquella sonrisa que comenzaba a ser más parecida a una mueca exagerada, ya que no deseaba que le diese la risa floja, mientras le tendía la mano para que éste se la estrechara con escepticismo.

—¿Tu novia? —inquirió Owen mirándola a los ojos.

—Por supuesto. ¡Somos inseparables! —exclamó Eva teatralmente, a la vez que, de reojo, veía cómo Clive la miraba con inquina y Brian le propinaba un codazo en las costillas a éste mientras reía complacido, pues acababa de percatarse de que esa mujer le había tomado el pelo a su amigo como él había esperado que haría desde un primer momento—. Ellos qué son, ¿tu séquito? —añadió al caer en la cuenta de que ninguno de ellos había hecho el menor gesto por saludar a Daryl.

—Son mis amigos... —informó sin dejar de mirarla con atención... Su manera de comportarse, su forma de hablar, su vestimenta, parecía que le estaba haciendo un escáner en toda regla; poco le faltó a ella para darse la vuelta y dejar que terminara con su concienzudo análisis—. Él es Jack —dijo señalando al moreno, que la saludó con una sonrisa afable que le contagió y también le agradó—, y creo que ya conoces a Brian y a Clive.

—¿Cómo es que los conoces? —preguntó Daryl mirándola con sorpresa y temor, mientras era testigo de cómo Clive se giraba, haciendo un gesto de despedida bastante hosco, y se alejaba de ellos sin decir nada.

—Cariño —contestó en su papel de novia perfecta—, ya te lo he

comentado antes, ¿recuerdas? Han sido los dos hombres que se han acercado a mí —añadió mientras se acercaba al cuerpo de Daryl para darle a la interpretación un toque más íntimo y realista.

—Es verdad —comentó Daryl siguiéndole el juego, ya que no habían hablado de ese tema—. Bueno... Nosotros nos vamos a tomar algo, ¿no es así, bomboncito?

—Sí, mi amor —masculló sin entusiasmo, echándola para atrás aquella manera de hablar tan empalagosa. ¡Parecía que estaban en mitad de un culebrón!

—¿Te vas sin explicarme antes qué hacías encima de un escenario vestido como una *drag queen*? —planteó Owen con dureza, provocando que Daryl titubease.

Eva le apretó el brazo con cariño para imprimirle fuerza para enfrentarse a su hermano mayor. ¡Ya era hora de que afrontase la verdad!

—No te debo ninguna explicación, como tú tampoco me la diste cuando te marchaste de Chicago sin darme la opción de hablar contigo o intentar ayudarte —soltó Daryl haciendo que Eva se sintiera orgullosa de su amigo.

«Zas, y en toda la boca», pensó ella con alegría mientras se alejaban de todos.

—Lo has hecho muy bien —susurró Eva intentando que éste dejase de temblar—. Aunque hay una cosilla que hubiese sobrado...

—Esto no ha terminado, Eva; él no es de los que se rinden —murmuró temiéndose la reacción de su hermano.

—¡Daryl! —Oyeron a sus espaldas la inconfundible voz de Owen, que se acercaba a ellos solo—. No pretendí marcharme sin despedirme de ti, pero... —se detuvo mirando a Eva con dureza—. ¿Nos puedes dejar a solas? —le pidió.

—No —contestó Daryl por ella—; lo que me tengas que decir, lo puede escuchar Eva —añadió haciendo que ésta sonriese con satisfacción.

«Eva, 1; Owen, 0», pensó ella, divertida.

—¿En serio pretendes que hable de cosas familiares e íntimas delante de una mujer que acabo de conocer? —escupió Owen con sequedad.

—Ése es tu problema, Owen... Jamás te sinceras con nadie, los conozcas o no —replicó con seriedad, y en ese momento Eva se sintió todavía más orgullosa de su amigo. ¡Así se hacía!—. Vamos, cielo, el barco acaba de atracar en el puerto.

Y sin decir nada más, la arrastró fuera del navío, sintiendo la mirada afilada y dura de Owen.

—Hoy tenías la oportunidad de sincerarte con tu hermano y la has desperdiciado —susurró Eva mientras caminaban alejándose del barco, mezclándose con los pasajeros de aquella fiesta que había finalizado.

—¿No te has dado cuenta? Owen es cuadrículado, no entiende nada que escape de su raciocinio de macho alfa. Me miraba de una manera... —bufó mientras negaba con la cabeza, dolido por aquella frialdad que le había mostrado su hermano mayor—. Yo no quería que se enterara así...

—Pero tampoco has intentado contárselo tú. Llevas dedicándote a esto cuatro años, Daryl, y ni tu madre ni él saben nada.

—Es complicado, Eva. Ellos no tienen la misma mentalidad que nosotros. Son más clásicos, tienen unas ideas muy condicionadas por la sociedad y por la tradición familiar y no podrán entender que yo no soy, ni quiero ser, como ellos...

—¿Y qué pretendes? ¿Pasar toda tu vida escondiéndote?

—Sólo pretendo ser feliz —afirmó él con una tristeza que le rompió el corazón a Eva.

Ese hombre era el ser más leal y bueno que había conocido desde que había pisado Estados Unidos. ¿Cómo era posible que su familia fuese tan distinta a él?

Eva lo observó en silencio; se notaba que aquel tema le afectaba más de lo que quería aparentar; al fin y al cabo, era su familia... Aunque él dijese lo contrario, era lógico pretender sentirse valorado por ellos.

—Vamos a celebrar lo bien que has actuado esta noche —propuso Eva intentando alegrarle la cara y cambiando así de conversación.

—No estoy de humor para salir...

—No te estoy diciendo que salgamos. En mi apartamento tengo una botella de ron y todo lo necesario para hacer mojitos —lo informó mientras le guiñaba un ojo.

—Al final tendrás razón, las penas son menos penas con amigos.

—¡Por supuesto! —exclamó haciéndolo sonreír.

Después de ponerse ropa cómoda, de beberse cinco mojitos bien cargados

de ron, de cantar y bailar varias canciones moviditas y alegres, de decirse cuánto se querían uno al otro y de llorar mientras reían, Daryl se quedó dormido en el sofá de su apartamento mientras Eva lo contemplaba con cariño. Miró la hora; era de madrugada, pero a la mañana siguiente no trabajaban porque era domingo, por eso lo medio despertó para llevarlo al dormitorio, acostarlo y tumbarse ella al lado, algo que hacían a menudo cuando se sentían solos... como aquella noche en la que Daryl se encontraba más solo que nunca creyendo que jamás sería aceptado por su familia, pensando que era la oveja *drag* de la familia y que nadie lo querría, aunque sí había alguien que lo valoraba como era y esa persona estaba justo a su lado, reconfortándolo y repitiéndole que las cosas, al final, saldrían bien. Y con esa paz que reinaba en aquella habitación, se quedó plácidamente dormida, pensando en lo bonito e ideal que sería encontrar a un hombre tan bueno como Daryl.

Ding-dong, ding-dong, ding-dong...

—Daryl... —masculló Eva con la boca seca—. Están llamando a la puerta —informó sintiendo cómo el rímel se la había adherido a las pestañas, dificultándole el sencillo movimiento de abrir los ojos.

—Cinco minutos más —susurró éste dándose la vuelta y tapándose la cabeza con la sábana.

—¡Eres un oso! —exclamó como pudo mientras se arrastraba a duras penas hasta la entrada, trastabillando a cada paso—. ¡Ya voy, ya voyyyyyyyyyyy! —anunció mientras abría con determinación, ansiando que quien fuera dejara de aporrear la puerta y el timbre. ¡Que era domingo, por el amor de Dios!

Se topó con una camisa blanca, sacada de algún anuncio de lejía por su resplandeciente blancura, que tapaba un musculado pecho. Alzó la mirada y se encontró con los interrogantes ojos azules de Owen, con aquel atractivo que debería ser ilegal un domingo por la mañana y esos labios, mullidos y provocadores, que se contraían disgustados.

—Ups... ¡Hola! —saludó ella con una sonrisa; éste simplemente la miró fijamente mientras apretaba con fuerza la mandíbula.

Con el maquillaje esparcido sin control por el rostro, la melena revuelta de una manera caótica, descalza y vestida sólo con una camiseta deportiva masculina —para ser exactos, utilizando una de *sus* camisetas, una prenda que le recordaba demasiadas cosas, tanto buenas como malas—, lo miró con esa curiosidad que no tapaba con gestos estudiados, simplemente dejando que aflorara con libertad, sin pudor, como si no supiera quién era o importándole bien poco a qué se había dedicado toda su vida. No cabía duda de que esa mujer había pasado la noche en el apartamento de su hermano.

—¿Vas a hablar o sólo has venido a mirarme desde la puerta? —soltó Eva haciendo que éste reafirmara que esa chica poseía un descaro innato y se concentrara en aquel momento exacto, dejando las divagaciones para cuando estuviera solo.

—¿Está Daryl? —preguntó Owen, intentando no fijarse en cómo le quedaba la camiseta sobre su sugerente cuerpo.

—Sí, pero está durmiendo como un oso perezoso —le comunicó señalando con la mano la puerta del dormitorio, que se veía desde la entrada—. ¿Quieres pasar y lo despierto?

—Sí —contestó mientras ésta lo dejaba entrar, para después cerrar la puerta.

Owen la siguió al salón a la vez que centraba su atención en otra cosa que no fueran sus largas piernas y ese trasero que ocultaba el borde de su camiseta azul grisácea que se ceñía ligeramente sobre su esbelto cuerpo. Tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para percatarse de que el salón de su hermano estaba todo revuelto y que encima de la mesa auxiliar había vasos vacíos y pañuelos esparcidos, reflejando la noche que había transcurrido allí.

—Perdona el desastre... Anoche celebramos el éxito de tu hermano —añadió Eva recogiendo rápidamente el desaguisado sin advertir que, cada vez que se agachaba a por algo, la camiseta se alzaba peligrosamente rozando su trasero y perturbando la concentración de Owen en no mirar donde no debía.

—No te preocupes —carraspeó él apartando la vista hacia otro lado del salón, como si estuviese comprobando la decoración, algo que no le importaba lo más mínimo—. ¿Lleváis juntos mucho tiempo? —preguntó como si nada, haciendo que ésta se detuviese a cámara lenta, pensando rápidamente qué decir.

—Tres años —contestó Eva con una sonrisa, ajustándose lo máximo posible a la realidad.

—Jamás me ha hablado de ti —replicó sin dejar de mirarla.

—A mí, de ti, sí —indicó sonriente, intentando que, al decirle eso, éste se relajara un poco con Daryl y se diese cuenta de que esa manera de ser inalcanzable no beneficiaba en absoluto a su amigo. Él era todo ternura; en cambio, Owen era duro y rudo.

—¿Y sabes que esa camiseta que llevas es mía? —preguntó como si nada, clavando su mirada fría como el acero en ella y haciendo que ésta titubease por un segundo.

«¿Qué me estás contandoooooo?!», pensó Eva, sorprendida.

—Claro —masculló mientras apretaba los dientes y procuraba simular que era consciente de ello—. Voy a despertarlo, ¿de acuerdo? —propuso mientras lo dejaba solo en el salón para ir casi a la carrera al dormitorio de su supuesto novio.

»Daryl... —lo llamó mientras lo sacudía con delicadeza, pero éste no reaccionaba: estaba profundamente dormido—. ¡Daryl! —Levantó la voz, e hizo que él se sobresaltase.

—Déjame dormir un poco más, Eva...

—¿Que te deje dormir? —bufó con sarcasmo—. Tu hermano te está esperando en el salón.

—¿Owen? —soltó abriendo los ojos de par en par—. ¿Qué hace aquí?

—Pues supongo que habrá venido a hablar contigo, ¿no? —dijo mientras le quitaba la sábana para que éste comenzara a levantarse.

—Yo... yo no puedo salir y hablar con él. ¡No estoy preparado!

—¿Cómo que no? Tú, ahora mismo, amigo mío, te vas a poner unos pantalones encima de esos calzoncillos fosforito, vas a salir ahí y vas a hablar con tu hermano, para arreglar todo este embrollo que tú mismo has creado.

—No, Eva... —farfulló con temor.

—Daryl, ya tienes treinta años, tío —le recordó con cariño—. No puedes estar eternamente escondiéndote de tu familia, mintiéndoles para que se crean

que todo sigue igual, cuando toda tu persona ha cambiado.

—Puf...

—Ni «puf» ni nada —le espetó ella—. Por cierto, gracias por regalarme una camiseta de tu hermano. —Chasqueó la lengua con disgusto mientras señalaba la prenda en cuestión—. Que podías habérmelo dicho y eso, ¿eh?

—Creía que lo sabías.

—¿Cómo lo voy a saber? En la espalda pone tu apellido; di por hecho que era tuya.

—Yo jamás he jugado al fútbol americano. Owen me la regaló hace muchos años...

—¿No? Yo creía que sí... —dijo mientras tiraba del borde de la camiseta, a la que le tenía un cariño especial, ya que Daryl se la dio al poco de ser amigos, una noche que Eva se quedó a dormir en su apartamento...

—Quien juega, bueno, jugaba, es él... Era una estrella —susurró mientras se levantaba y se ponía un pantalón que acababa de acercarle Eva.

—¡Una estrella! —exclamó asombrada por aquella información—. ¿Y cuándo me lo ibas a contar? Joder, Daryl, que nos conocemos desde hace un tiempo y jamás me has comentado nada de esto...

—Di por hecho que lo sabías... Todo el mundo sabe que Owen Baker es el mejor *quarterback* de la última década; incluso ha ganado varios años seguidos el premio al jugador más valioso de la Liga Nacional de Fútbol Americano.

—Ahhh... El mejor y más valioso —reiteró, atónita—. Pues me ha visto con ella puesta y parece que no le ha hecho ni pizca de gracia. Por tanto, la nena se va a su casa a ducharse y cambiarse de ropa, y os deja solitos para que habléis de vuestras cosas.

—No, no, no... —soltó con pánico mientras se acercaba a ella y la cogía con desesperación de los brazos, clavando así su mirada grisácea en ella—. No me puedes hacer eso. Tienes que quedarte; además, si sabe que vives al lado, sospechará que le he mentado...

—¡Pues dile de una vez la verdad, Daryl! —exclamó mientras abandonaba el dormitorio para enfrentarse, una vez más, a la mirada desafiante de Owen—. Ahora mismo sale —le comunicó con una sonrisa.

—¿Te vas? —preguntó Owen al ver que ésta abría la puerta.

—Sí. Así podréis hablar con tranquilidad.

—¿Vas a salir así a la calle? —inquirió haciéndole un repaso visual, uno

sin titubeos y escaneando cada centímetro visible de su piel.

—Vivo aquí al lado —señaló mientras abría—. Por cierto, tu camiseta es supercómoda —añadió con una sonrisa mientras cerraba tras de sí para meterse, a la carrera, en su apartamento.

Una vez dentro, se dirigió directamente a la ducha, pensando en cómo afrontaría la situación su buen amigo. Esperaba que tuviera el coraje suficiente como para sincerarse con su hermano y que no hiciera todavía más grande la bola de mentiras que había ido tejiendo a lo largo de todo ese tiempo.

Después de desenredarse el cabello y de limpiar su pequeño apartamento, se dejó caer en el sofá, prestando atención a los sonidos del piso de al lado y, de paso, aprovechado para descansar. La noche anterior se habían acostado muy tarde y estaba realmente agotada. No se oían gritos ni insultos; por tanto, pensó que todo iba bien o, por lo menos, eso deseó. Daryl necesitaba urgentemente sincerarse con los suyos, algo que él no creía tan imperioso, ya que prefería vivir su vida al margen de ellos, confeccionando trolas para saciar su sed de información. De repente, el timbre retumbó con virulencia y le hizo sobresaltarse, dando un salto que aprovechó para dirigirse a la entrada y abrir sin ni siquiera mirar por la mirilla.

—¿Qué? —inquirió Eva en cuanto vio el semblante pálido de su amigo, que entraba con los ánimos por los suelos.

—Se acaba de ir...

—¿Y? ¿Cómo se ha tomado la verdad? —preguntó siguiéndolo muy de cerca en dirección al salón.

—No he podido, Eva... —bufó con pesar.

—Pero si habéis estado mucho rato hablando...

—Sí —comentó dejándose caer en el sofá marrón de Eva mientras se tapaba la cara con las manos y ésta se sentaba a su lado, pendiente de todos sus gestos—. Hemos estado hablando de nuestra madre, de nuestra niñez, de mi carrera universitaria, de mis másters, de los trofeos que he conseguido en remo, de mi trabajo en el hospital y del futuro...

—¿Y bien?

—Lo he defraudado —sollozó mirando al techo, intentando que las lágrimas no apareciesen.

—¿Te lo ha dicho con esas palabras? —preguntó Eva, comenzando a odiar a ese hombre que hacía que su mejor amigo se sintiese fatal.

—No con esas palabras, pero sé que lo siente así. No paraba de decirme que yo era brillante, que era un gran estudiante, que podía dedicar mi tiempo libre a lo que fuera...

—¿Le has dicho que a ti te encanta dedicarte al espectáculo?

—No, ¿cómo querías que se lo dijera? No podría haberme enfrentado a su mirada cuando se lo hubiese soltado... Owen piensa que soy igual que él, que tenemos las mismas aspiraciones, las mismas metas...

—¡Pero no es así!

—Lo sé —farfulló reposando la cabeza en el sofá.

—¿Y ya está? —soltó Eva sin entender cómo había desaprovechado una oportunidad como ésa para sincerarse con su hermano.

—No... Hay algo más... que te incumbe... —murmuró sin ni siquiera mirarla a la cara—. Me ha dicho que mi madre nos espera para almorzar hoy en su casa —anunció mientras cerraba los ojos temiendo su reacción, que no tardó en aparecer.

—¿Nos espera?! —vociferó haciendo una mueca de terror—. Daryl, ¿no le has aclarado que tú y yo sólo somos amigos?

—No he podido desmentirme... Owen le ha contado a mi madre que tenía novia y ella ha insistido en que fuéramos a casa... Quiere conocerte.

—Madre mía...—siseó consternada.

—Eva, por favor... Sólo será almorzar con ellos y venarnos a casa. ¡Nada más!

—¿Nada más? Daryl, voy a engañar a tu familia... —comentó con seriedad, para que se diera cuenta de lo que le estaba pidiendo que hiciera.

—Por favor, Eva, hazlo por mí. Te prometo que sólo será hoy, nada más —le rogó mientras le cogía la mano y le clavaba su mirada suplicante—. Intentaré, la próxima vez, contarles la verdad...

—Más te vale que sea pronto. Sabes que no me gustan las mentiras... —susurró incómoda.

—Lo sé, lo sé... ¡Eres la mejor! —soltó entusiasmado.

—Y tú, un pelota —replicó con una sonrisa al ver cómo éste la abrazaba con cariño, agradeciendo que hiciera eso por él.

—¡Vas a encantarle a mi madre!

—Me contento con no meter la pata —susurró Eva con temor.

—No lo harás, ya lo verás.

—Eso espero... —murmuró, sabedora de su personalidad bastante proclive a atraer como un imán los traspies y los enredos.

—Hemos llegado —anunció Daryl señalando la inmensa edificación mientras se desprendían de los cascos y dejaban la moto bien estacionada.

—¿Aquí es donde vivías? —preguntó Eva, perpleja; era una casa enorme, situada en una de las zonas más lujosas de Chicago, cerca del Lincoln Park.

—Sí... —susurró subiendo los escalones que separaban la acera de la puerta azul acero que contrarrestaba con el blanco luminoso de la fachada.

Daryl abrió la puerta y la invitó a entrar. Una vez en el interior, Eva se maravilló con el suelo de madera oscura, la preciosa escalera que daba a la planta superior y la decoración acertada de la entrada —donde su amigo depositó los cascos sobre un precioso mueble rococó—, así como con el espacioso salón que prácticamente no pudo disfrutar a sus anchas, ya que, sentados en un confortable e inmenso sofá de color crema, se hallaban Owen y una mujer, quien, al verlos, se levantó como un resorte, mostrando una sonrisa de dicha.

—Oh... ¡Daryl! —exclamó su madre mientras abría los brazos para fundirse en un afectuoso abrazo con su hijo.

Eva se percató de la elegancia innata de esa mujer, que incluso emocionada no perdía esos movimientos gráciles que la hacían parecer una bailarina de ballet. Era rubia, de un tono muy claro, casi nórdico, y llevaba el cabello suelto, que enmarcaba perfectamente, en amplias ondas, su rostro de porcelana sólo alterado por unas minúsculas arrugas que aparecieron al sonreírle con cariño mientras le tendía la mano a modo de saludo.

—Soy Catherine: tú debes de ser la novia de mi hijo —la saludó la madre de Daryl posando su mirada clara, de un azul tan claro que era prácticamente imperceptible, en ella.

—Soy Eva —contestó estrechándole la mano—. Muchas gracias por invitarme.

—Gracias a ti por venir —respondió ésta acercándose al sofá, donde su hijo mayor se encontraba, al lado, de pie, sin perder detalle de la escena—.

Sentaos, por favor —indicó mientras rozaba con cariño el brazo de su primogénito y éste alzaba el rostro a modo de saludo, para luego volver a sentarse en el mismo lugar que antes.

—Hemos traído una botella de vino —anunció Daryl sacándola de la mochila que llevaba en la espalda.

—Oh, no hacía falta que os molestarais, pero gracias por el detalle —susurró Catherine sin dejar de observar los movimientos de Eva y viendo cómo su hijo pequeño llevaba la botella a la cocina—. No eres norteamericana, ¿verdad? —soltó sin más preámbulos y sin esperar a que Daryl volviese a su lado, haciendo que Eva se sentase casi a cámara lenta, presagiando lo que le esperaba al haber aceptado aquella locura.

—No... Soy española —contestó con una sonrisa; se percató de que su amigo volvía a su lado rápidamente, para sentarse a su lado y cogerle la mano, para darle ánimos y afrontar aquella situación lo mejor posible—. Llevo cinco años viviendo en Chicago.

—Y tres desde que nos conocemos —añadió Daryl, apretándole con cariño la mano.

—¿Lleváis saliendo juntos el mismo tiempo que hace que os conocéis? —intervino Owen de pronto, que sin duda estaba analizando cada movimiento de ellos dos.

—Sí —contestó ésta—. Lo nuestro fue un flechazo, ¿verdad, cariño? —masculló forzando una sonrisa mientras observaba la tranquilidad de éste.

—Totalmente —reiteró Daryl como si no estuviesen mintiéndoles a la cara.

Un sudor frío comenzó a subirle a Eva por la espalda, temiéndose que aquella reunión acabara fatal.

—¿Vives sola o con alguien? —volvió a la carga Catherine, ansiando saber más de esa chica con la que llevaba saliendo su hijo todo ese tiempo y de la cual no había sabido de su existencia hasta esa misma mañana.

—Sola.

—¿Y tu familia?

—En España.

—¿Tienes hermanos?

—Sí, dos. Soy la mediana...

—¿Y cómo os conocisteis? —preguntó, provocando que Eva sonriese nerviosa. A Catherine sólo le faltaba sacar el foco para alumbrarle el rostro y

que así no hubiese ninguna duda de que le estaba practicando un interrogatorio en toda regla.

—Somos vecinos —contestó Daryl por ella, algo que agradeció ésta—. Como ha dicho Eva, se trató de un flechazo. Fue vernos y saber que no podíamos vivir el uno sin el otro.

«¿Dónde hay que firmar para que me pase algo así, pero de verdad?», pensó Eva intentando centrarse en aquella conversación surrealista, procurando aparentar algo que no eran.

—¿Trabajas? —inquirió Owen, que cruzó las piernas en un gesto muy masculino y estudiado.

—Sí, por supuesto —dijo Eva con una sonrisa.

«¿Por qué me mira de esa manera? ¿Acaso se me habrá olvidado maquillarme un solo ojo y parezco una imagen de Picasso?», se preguntó ella intentando disimular que le ponía nerviosa ser el centro de algo y... desde que habían llegado a esa casa, sin duda lo estaba siendo.

—Aunque aún no ha encontrado un puesto adecuado a sus estudios —comentó Daryl.

—Y, eso, ¿por qué? —preguntó Catherine con curiosidad.

—Supongo que, al ser extranjera, resulta más complicado... —contestó Eva con resignación.

—¿Y de qué estás trabajando?

—Por las mañanas me dedico a repartir en una empresa de mensajería y, por las tardes, trabajo en una pequeña inmobiliaria enseñando casas —respondió ella, describiendo su estresante jornada laboral, que le dejaba un reducido espacio de tiempo para almorzar y llegar a su casa de noche con dolor de pies.

—¿Dos trabajos? —preguntó Catherine, asombrada ante aquel hecho.

—Uf... y porque no puedo con tres... si no, lo haría... Pagan poco, la verdad —confesó con resignación.

Catherine la miró arrugando el semblante y luego observó a Daryl y a Owen, para después volver de nuevo la atención a la novia de su hijo; era la primera que entraba en su casa, la primera que conocía... «¿Tan mal he educado a mis hijos para que, con la edad que tienen, no me hayan presentado siquiera a una pareja?», pensó ésta, extrañada por el mutismo relativo a las vidas privadas de ambos.

—Los comienzos son duros, supongo... —susurró la mujer—. En realidad,

¿cuál es tu profesión? A lo mejor conocemos a alguien y te podemos ayudar en ese sentido.

—¡Eso sería genial, mamá! —exclamó Daryl, entusiasmado con la idea de echarle una mano a su amiga—. Es licenciada en Económicas. ¡Una fiera con los números!

—¿Y trabajas repartiendo paquetes y mostrando casas? —planteó su madre, asombrada de que hiciera tales cosas tan apartadas de la carrera que había estudiado.

—Necesito comer y pagar el piso en el que vivo —susurró Eva mirando con mala cara a Daryl. No necesitaba ayuda. Ella se valía por sí sola—. Además, no están tan mal. He trabajado en cosas peores —añadió, recordando sus duros inicios, sus jornadas maratonianas, sus jefes esclavistas, su escaso salario y su diminuta habitación alquilada. Gracias a Dios, había ido mejorando con los años y, por lo menos, podía pagarse un pequeño apartamento para ella sola.

—Owen, ¿necesitáis personal en tu empresa? —preguntó Catherine mirando directamente a su primogénito, que endureció su semblante.

—No lo sé, mamá. Tendría que hablar con Jack —farfulló con seriedad sin dejar de mirarla fijamente.

—Pues hazlo. Es una pena que la novia de tu hermano tenga que trabajar en dos empresas para vivir, teniendo esos estudios —sentenció Catherine, dulcificando su semblante; le había parecido una mujer responsable y muy trabajadora, unos valores que admiraba—. Oh, mira, ya está el almuerzo —anunció al ver que la asistenta salía de la cocina para avisar.

La anfitriona se levantó, dando pie a que los demás hiciesen lo mismo. Eva se entretuvo alisándose la falda de su vestido blanco, para, así, dejar pasar a Owen y quedarse atrás con Daryl.

—Te voy a matar... —susurró Eva al oído de su amigo.

—Yo también te quiero —soltó Daryl al ver que su hermano se giraba para mirarlos.

Eva sonrió forzosamente mientras se acercaba a la mesa rectangular de madera, cubierta por una preciosa mantelería de hilo blanco, sobre la que una delicada vajilla esperaba ser utilizada. Catherine presidió la mesa y a cada lado de ésta se sentaron sus hijos; Eva se situó al lado de Daryl.

—El vino es español —anunció su amigo, observando cómo la asistenta lo dejaba sobre la mesa—. Lo ha elegido Eva expresamente para el almuerzo.

—Seguro que está delicioso —dijo Catherine mostrándole una sonrisa afable—. ¿Cómo va todo, Daryl?

Un silencio incómodo se instaló de golpe en el ambiente, sólo roto por los movimientos de la sirvienta al servir el delicioso almuerzo y escanciar el vino en las copas.

—Bien —logró decir, para luego carraspear mirando fijamente a su hermano, quien negó con rapidez con la cabeza—. Como siempre, en el hospital y con Eva...

—¿Te ha contado tu hermano que al final se queda en Chicago? —preguntó Catherine, entusiasmada por el hecho de tener a su hijo cerca.

—Sí...

—Ya era hora de que pusieras un pie en tu empresa —lo riñó con cariño su madre mientras observaba como éste cogía la copa de vino y le daba un trago—. Sé que tus amigos son buenas personas, pero, para que crezca más, necesita a su propietario... a alguien que la dirija con mano firme.

—Según me has dicho, empiezas mañana, ¿no? —le preguntó Daryl a Owen.

—Sí, mañana es el principio de mi nueva vida —bufó con dejadez—. El vino está exquisito —añadió cambiando de tema para centrar la atención en Eva.

Ésta sonrió agradecida mientras cogía su copa para probarlo también. Tenía la garganta seca; tanto hablar de ella la ponía histérica, y más cuando debía pensar meticulosamente lo que tenía que decir para no meter la pata y destapar la verdad.

—¿Y ya tenéis fecha? —preguntó Owen mirándola fijamente.

—No, aún no —intervino Daryl con una sonrisa.

Eva le dio otro trago al vino; estaba delicioso y le recordaba su país..., esas tardes en una terraza de un bar, el sol tibio calentando su piel y unas risas amenizando el atardecer. Hacía tiempo que no tenía un recuerdo dulce de su tierra y lo disfrutó, desconociendo a qué fecha se refería Owen, pero en esos momentos le daba igual todo.

—¡Podríais celebrar la boda en este jardín! —soltó Catherine emocionada, deteniendo de pronto la fantasía de Eva para centrarla en aquel preciso momento, donde se hablaba de...

«Oh, oh...», pensó sintiendo tres pares de ojos observándola detenidamente.

De repente el vino se le fue por el otro lado y comenzó a toser sin parar, de

una manera casi nerviosa, sintiendo que se ahogaba en aquel instante en el que se hablaba de su supuesta boda. Pero ¿en qué leches estaba pensando Daryl para afirmar tal sandez?

—¿Estás bien? —preguntó Owen con aparente inocencia.

¿Qué problema tenía ese tipo con ella? Parecía que le cayera mal, como si ansiara que ésta dejara a su hermano en paz...

—Sí. —Más tos mientras dirigía su mano titubeante hasta la copa de vino para darle otro trago y dejar de toser, con tan mala fortuna que no llegó a cogerla bien, haciendo que el contenido de ésta se derramase en la mantelería y en su vestido—. Joder —masculló entre toses y lágrimas, dando un espectáculo bastante irrisorio difícil de olvidar, en el que la protagonista, cómo no, era la versión más patosa de sí misma.

—Ay, ¡tu vestido! —exclamó Catherine, apurada al ver la horrorosa mancha que había quedado en el regazo de la chica.

Al poco la asistenta le puso un vaso con agua, que bebió sin dejar una gota mientras cerraba los ojos para controlar aquella tos que había aparecido con tan mala fortuna.

—Muchas gracias —le dijo Eva a la mujer que la había ayudado a que se le fuera aquella tos—. Siento muchísimo este estropicio —se disculpó, apurada y avergonzada al ver en el mantel aquella mancha rosada que sería bastante complicado de hacer desaparecer.

—Si quiere, acompáñeme e intentaremos eliminar esa mancha de su vestido —añadió la asistenta.

—Sí, sí... —contestó Catherine en su lugar—. Eva, ve con ella. No te preocupes por nada más.

—Gracias —susurró mientras maldecía por dentro, nombrando mentalmente varias veces a su amigo Daryl, que la miraba con ternura.

Siguió a esa menuda mujer hasta llegar a un cuarto de baño de la parte superior de la casa; la hizo pasar para que Eva se desprendiera del vestido y así poder intentar quitarle la mancha. Dentro del cuarto de baño, en ropa interior, se miró en el espejo mientras bufaba con resignación al verse envuelta en más mentiras sólo para proteger a su amigo.

Miró a su alrededor... No entendía qué hacía Daryl viviendo en un minúsculo apartamento teniendo todo eso: una casa lujosa, una asistenta que se ocupaba de todo, una madre dulce y preocupada por sus hijos y un hermano que... Bueno, entendía que no quisiera estar al lado de su hermano mayor; éste

era irritante y más seco que un trozo de mojava. ¿Cómo era posible que fueran tan distintos uno del otro? Resopló disgustada. Al poco, unos golpecitos en la puerta la hicieron acercarse; era la asistente, que le traía el vestido limpio.

—Muchísimas gracias —dijo Eva cuando salió del baño con éste puesto—. No se nota nada la mancha.

—La hemos cogido a tiempo —le comentó la mujer, mostrándole una tímida sonrisa mientras la acompañaba al salón.

Al entrar de nuevo, los integrantes de la familia fijaron su mirada en ella y ésta, con una sonrisa titubeante, volvió a sentarse en su sitio.

—¿Todo bien? —le preguntó Daryl a Eva.

—Sí, sí... —farfulló incómoda.

—Estábamos comentando que Owen quiere comprarse una propiedad —le resumió Catherine con cariño— y, al trabajar tú en una inmobiliaria, quizá podrías ayudarlo, ¿verdad?

—Eh... claro. —Sonrió sintiendo cómo el susodicho la miraba fijamente; no había tenido más escapatoria que acertar aquel encargo impuesto por sorpresa.

—¡Perfecto! —exclamó Catherine, entusiasmada—. Ahora os dejáis vuestros números de teléfonos y así estáis en contacto.

Eva forzó una sonrisa, consciente de que aquella farsa comenzaba a crecer a una velocidad de vértigo y temiendo que el único que lo podía frenar se encontraba relajado y disfrutando de aquel almuerzo como si nada.

«Eva llamando a Daryl, ¡¡reacciona, por favor!!», pensó ésta cogiendo el tenedor y mirando de reojo a su amigo.

—Estarás contento, ¿no? —soltó Eva enfurruñada mientras entraban en el edificio donde estaban sus apartamentos.

—Al final ha salido bien. Creo que no sospechan nada y a mi madre le has caído genial —contestó Daryl con tranquilidad.

—Me dijiste que sólo sería hoy y ya tengo el teléfono móvil de tu hermano e incluso el de tu madre. ¿No te das cuenta de que esta bola se está haciendo demasiado grande y al final nos explotará en la cara?

—Mi hermano tiene dinero; podrás venderle una de esas casas millonarias y te podrás beneficiar económicamente de ello —indicó como si él le estuviese haciendo un favor a ella y no al revés, mientras intentaba seguirla; su amiga, cuando se enfadada, aligeraba el paso demasiado, obligándolo a él a ir más deprisa.

—Uy, sí... —bufó con ironía—. Podré ganar más dinero con esa venta, pero a qué precio, ¿eh? ¡¿No has caído en el detalle de que tendré que seguir haciendo el papel de tu novia y a mí se me da fatal mentir, sobre todo bajo presión?!

—¿Tan horrible es fingir ser mi novia? —susurró con cara de lástima.

—Joder, Daryl, ¡no me vengas con tus juegucitos psicológicos! No te gustan las mujeres y yo, ¡oh, sorpresa!, lo soy —le espetó exagerando los gestos, haciéndolo reír—. No tiene gracia —farfulló Eva a regañadientes.

—Lo siento. Sé que estoy abusando de nuestra amistad, pero piensa que será una transacción beneficiosa para ti. Ganarás más dinero con esa venta y, luego, te prometo que no lo volverás a ver.

—Y lo de la boda, ¿eh? ¡¿Cómo narices lo vas a arreglar?! Al paso que vamos, vamos a tener bebés y no me he enterado.

—Ya. Sé que tenía que habértelo dicho antes, pero Owen comenzó a preguntarme por ti, por si eras de fiar, por si lo nuestro era de verdad o una patraña y... Bueno, tuve que improvisar.

—¡Ah, muy bien! —exclamó con retintín—. Lo que me faltaba. Entonces, él

desconfía de lo nuestro, algo normal ya que no tenemos nada de nada, y tú le sueltas que nos vamos a casar —dijo haciendo aspavientos con los brazos, alterada por cómo habían salido las cosas y al ver cómo se estaba complicando ese asunto cada vez más.

—¡No sabía qué decirle!

—¡¡Pues dile la verdad!! —Elevó la voz mientras lo miraba fijamente.

—Aún no puedo, Eva —susurró desviando su mirada al suelo.

—Pues nada, Daryl, nos compraremos una preciosa casita al lado de la de tu madre, nos casaremos, tendremos hijos por videoconferencia (porque ya me contarás cómo los vamos a tener cuando a ti no te gustan las mujeres) y esperaremos a que estés preparado.

—Cuando le vendas la casa, les diré que lo hemos dejado, ¿de acuerdo? Hasta entonces, ¿podrás seguir haciéndote pasar por mi novia? —propuso sabiendo que no podría alargar mucho más esa pantomima mientras le ponía cara de pena, algo que sabía que funcionaba con su amiga.

—Y les dirás que eres homosexual y que te encanta ser *drag queen*.

—Pero...

—Pero nada, Daryl. Tu madre te adora y tu hermano... si no le gusta, ¡que le den! No puedes estar eternamente escondiendo la realidad. Eres maravilloso tal como eres, sin mentiras, sin una novia de pega, siendo Daryl o Madame Lover Boom. Eres especial y ellos tienen que saberlo —concluyó con ternura.

—Uy, hablando de mi alter ego, ¿te has dado cuenta de que Owen no le ha dicho nada a mi madre de que me vio vestido de *drag*?

—A lo mejor está esperando a que se lo digas tú —señaló Eva, deteniéndose delante de la puerta de su piso—. Bueno, amorcito —añadió con sonsonete—, voy a descansar un rato, porque esta noche he quedado.

—¿Con quién has quedado, mala pécora?

—No fabules, que no es con un hombre —le aclaró, desechando de un plumazo las ilusiones de Daryl por ver a su amiga teniendo una cita con un chico, algo que hacía tiempo que no ocurría, y no por falta de pretendientes, sino por mil excusas que se inventaba ésta para descartarlos—. He quedado con una compañera del trabajo. Si te quieres venir, ya sabes.

—No, hoy paso... Prefiero quedarme en casa y descansar.

—Como quieras.

—Diviértete, Eva, y gracias por todo.

—Anda, tontín, ya me lo cobraré en mojitos... —comentó dándole un

afectuoso abrazo. Sabía que le era imposible estar enfadada con él. Adoraba a ese hombre—. Bueno, ¡ya te contaré! —Se despidió con una sonrisa mientras abría la puerta y entraba en su apartamento.

Después de dormir un poco la siesta, Eva comenzó a prepararse: se dio una larga ducha, se puso un corto vestido negro, se calzó sus tacones favoritos y se maquilló a conciencia, para salir a la calle dispuesta a dejar relegado en el olvido lo ocurrido aquella mañana.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —preguntó Eva nada más ver a su amiga sentada en uno de los sofás que había dispuestos en la amplia terraza del último piso de aquel famoso bar con vistas al Lincoln Park y al lago.

—No, acabo de llegar —contestó aquélla, que observó cómo se sentaba a su lado mientras ella se retocaba el cabello, con un corte moderno y actual, despuntado y muy corto, de un color azul que la favorecía mucho, ya que ésta tenía un tono de piel muy blanco y sus ojos eran oscuros.

—Me encanta este sitio —confesó Eva admirando el paisaje que comenzaba a teñirse de naranja, avisando de la inminente llegada de la noche.

—¿Qué tal el domingo?

—Para olvidar —soltó Eva e hizo un movimiento con la mano, como apartando aquel recuerdo—. Cuéntame qué tal te fue anoche con ese hombre, Úrsula.

—Bastante bien —dijo para después atender al camarero, que se había acercado a anotar el pedido—. Conectamos enseguida y, bueno, ahora vendrá, y con un amigo para ti —prosiguió cuando éste se hubo marchado.

—¿Me has preparado una encerrona? —preguntó en broma.

—No —aclaró sonriendo—. Te he preparado un maravilloso plan para que olvides de verdad el domingo que has tenido —añadió pizpireta—. Luke me ha dicho que su amigo es deportista, amable, romántico y que le encantan los animales.

—Demasiado perfecto... —murmuró Eva intentando no hacerse ilusiones de conocer a un hombre que reuniese tantas cualidades.

—Por ahí vienen. —Úrsula señaló a dos hombres elegantes, vestidos con camisa y pantalón de vestir, que las miraban con una sonrisa—. El de la camisa azul es Luke y, por descarte, el de la negra es Steven.

—Te voy a estar eternamente agradecida —susurró ella. Mostró una sonrisa resplandeciente al comprobar que el amigo era muy atractivo, rubio, atlético y con una sonrisa de anuncio, que la deslumbró por completo. Por lo menos el día no iba a acabar tan mal como había comenzado...

—Qué majos son, ¿verdad? —preguntó Eva nada más entrar en el baño, después de llevar más de una hora hablando y coqueteando con descaro con Steven.

—Sí —afirmó Úrsula categóricamente mientras veía cómo Eva entraba en el cubículo y ella, mientras tanto, se retocaba el cabello delante del espejo—. Steven te come con la mirada, se nota que habéis congeniado.

—Uf... ¡Y yo a él también me lo como! Dice que lo nuestro ha sido un flechado —comentó con una sonrisa al hacerle gracia esa afirmación; ella también creía en el amor a primera vista—. ¡Yo diría un cañonazo! Muy mal se tiene que dar esta noche para que no acabe en mi casa —añadió saliendo del aseo para dejar paso a su amiga y lavarse las manos.

—Ya me lo agradecerás mañana invitándome a un café —comentó Úrsula desde dentro del cubículo.

—¡A un café o a un almuerzo! Ay, ya tenía yo ganas de encontrar a un hombre así —anunció con alegría.

—Al final he hecho bien en invitar a Luke y que éste, a su vez, invitase a su amigo, ¿eh?

—¡Oh, sí! —exclamó Eva entre risas al ver lo bien que le estaba saliendo la velada, algo que hacía mucho tiempo que no ocurría. ¡Últimamente parecía que tenía gafe!

Después de retocarse el maquillaje, salieron de nuevo en busca de Steven y Luke, que al verlas sonrieron, y cada una se sentó al lado de su respectivo chico.

—¿Habías venido más veces a este local? —preguntó Eva mientras cogía su copa y le daba un trago.

—No, pero si hubiese sabido que te encontraría aquí, lo hubiera hecho mucho antes —comentó Steven acercándose un poco más a ella.

—¿En serio? —susurró la joven con coquetería mientras volvía a dejar la copa sobre la mesa.

—Eres preciosa, ¿lo sabías? —la piropeó Steven, y le colocó con delicadeza un mechón de pelo detrás de la oreja—. Tienes una belleza muy exótica, explosiva... —añadió acercándose un poco más a ella.

Parecía que aquello empezaba a subir de temperatura; el rostro de él comenzaba a estar más cerca, su mirada se tornaba más oscura y ella anhelaba que siguiera acercándose, dijera lo que dijese. ¡Como si quería hablarle del tiempo! Aunque, lo que en realidad ansiaba, era un beso..., de esos de película, de esos que corroboraran que lo suyo, como había dicho él, era un flechazo, el encuentro casual de dos personas distintas atraídas hasta tal punto de no poder ni querer separarse.

—Ajá —logró decir, hipnotizada por sus palabras y su presencia.

—Me encantan tus ojos, tan expresivos, y tus labios son tan apetecibles... —susurró éste, acariciándole el brazo con delicadeza.

Una mirada penetrante, fría como el acero, un gesto duro de incredulidad y una seguridad aplastante al caminar hicieron que toda la magia del momento se evaporara de golpe al ver, justo detrás de Steven, a un tipo que la observaba fijamente, alguien que no debería verla flirtear con nadie, alguien a quien no le había hecho mucha gracia encontrársela en ese bar y en una actitud bastante íntima con otro hombre...

—¡Mierda! —exclamó Eva separándose con rapidez de Steven, sin saber qué hacer en un momento como ése. ¿Se iba o simulaba que Steven le estaba mirando dentro del ojo por si se le había metido algo?

—¿Qué ocurre? —preguntó su acompañante, extrañado por aquel cambio tan radical en ella.

—Eh... —murmuró intentando encontrar una excusa lo suficientemente válida como para salir de allí rápidamente, ya que Owen se acercaba a ellos y, por la cara que llevaba, no iba a saludarla cordialmente; por tanto, optó por la vía de escape más sencilla: ¡huir!—. Me acabo de acordar de que había quedado con mi hermana.

—¿Tu hermana? —preguntó Úrsula, que se había percatado del cambio de su amiga.

—Sí, ya sabes... —dijo intentando que ésta le echase un cable—. Bueno, Steven, encantada de conocerte y espero volver a verte en otra ocasión —soltó atropelladamente mientras cogía el bolso—. Úrsula, mañana hablamos.

Eva comenzó a caminar en dirección a la salida de la terraza lo más rápido que pudo llevando esos tacones, a la vez que, sin saber cómo, sentía a Owen

cada vez más cerca de ella, y eso hizo que sus zancadas fuesen más grandes y menos estables, trastabillando con facilidad, por lo que se tropezó con el mobiliario y con algunas personas que deseaban entrar en la terraza. ¡Aquello era una persecución en toda regla y ella era, sin duda, una presa bastante torpe!

—Pare el ascensor —suplicó al tipo que acababa de entrar. A continuación, comprobó cómo éste le sujetaba la puerta del mismo para que ella entrase, ya casi sin aliento.

—¡Eva! —la llamó Owen, entrando en el último segundo en el pequeño espacio.

—Anda... —dijo intentando controlar la fatiga que le había ocasionado verse descubierta por él—. ¿Qué haces aquí? No te había visto...

«Meeeeec, ¡mentira!», pensó Eva. Procuró mantenerle la mirada y le mostró una sonrisa afable.

—¿No me habías visto?

—No...

«Mec, mec, ¡doble mentira!», pensó ésta, disimulando lo mejor que era capaz.

—Entonces, ¿por qué huías?

—¿Huir? —preguntó. Se apartó el cabello de la cara, con torpeza, pero intentó que pareciese que tenía la situación controlada—. No estaba huyendo... Es que había quedado con tu hermano y me he dado cuenta de que se me ha hecho tarde.

«Mec, mec, meeeeeeeeeeeccccc... ¡Más mentiras!», pensó tragando saliva con dificultad, ya que la fría mirada de Owen la escudriñaba sin compasión.

—¿Y mi hermano sabe que, cuando sales sola, dejas que te coman la boca? —le espetó él con aspereza, dando un paso hacia ella y clavándole con fiereza la mirada.

—A mí nadie me ha comido la boca —replicó Eva enfrentándose a él.

«Aunque, si hubieras tardado unos segundos más, sí que me la hubiesen comido e incluso habría hecho palmas como la bailaora del WhatsApp», se dijo ésta.

—Ha faltado poco.

—Es tu palabra contra la mía.

—Eso mismo.

—Piensa lo que quieras. Sé que tu hermano confía en mí.

El timbre del ascensor los avisó de que habían llegado a la planta baja.

Eva salió con paso torpe; comprobó que éste la seguía muy de cerca.

—¿Ha venido Daryl a por ti? —preguntó al salir a la calle.

—No, está en casa esperándome.

«Durmiendo como un oso mientras yo estoy aquí mintiéndole a su hermano», pensó nerviosa.

—Te puedo acercar —propuso Owen mientras observaba los movimientos inseguros de ésta.

—No hace falta —rechazó Eva y cogió las llaves para abrir el candado de su moto.

—¿Esta moto es tuya? —preguntó Owen, extrañado de que una mujer como ella tuviese una KTM 250 Duke en color naranja y negro.

—Sí —bufó con malestar—. ¿Puedo marcharme ya o vas a seguir martirizándome con tus preguntas? —planteó, molesta por cómo había terminado la noche, de forma muy distinta a como había imaginado y deseado.

—No me gustas —confesó Owen, receloso de su comportamiento.

—Tú a mí tampoco —soltó Eva antes de ponerse el casco, acomodarse el vestido para que no se le viese nada y montarse con una gracilidad sorprendente, para después hacer rugir su querida moto sin despedirse de ese tipo que le había chafado la velada.

«Malditas sean las mentiras y malditos los hermanos entrometidos», maldijo, y aceleró para poner distancia entre ella y ese hombre y esa mirada inquisidora que la hacía temblar como un flan.

El despertador interrumpió con saña su merecido descanso, después de haberse acostado tarde la noche anterior —y no por tener a un hombre entre sus sábanas haciéndola disfrutar y sentirse sexy, esa sensación que prácticamente ni recordaba, sino, más bien, por las mil y una disculpas que recibió por parte de Daryl cuando ésta le contó lo sucedido con su hermano—. En principio fue un hecho que a su amigo le hizo bastante gracia y por ello poco le faltó a Eva para estamparle el mando a distancia en toda la cabeza cuando lo vio caerse del sofá por la risa al imaginarse la escena. Con lo que le costaba encontrar a un hombre lo suficientemente bueno como para pensar en la posibilidad de llevárselo a su casa, para que se lo chafaran con esa facilidad... Pero eso no fue lo peor de la noche... Al poco de estar Eva en casa de su amigo, llamó ese entrometido que tenía por hermano para contarle que había visto a su prometida en una actitud demasiado íntima con otro tipo. Daryl interpretó el papel de novio confiado a la perfección, haciendo que Eva se tapase la cara con el cojín del sofá para que Owen no captase sus carcajadas. ¡¿Cómo era posible que éste aún se creyese esa pantomima?!

Desayunó sin ganas de nada, sólo de volver a acostarse en su cama. Se duchó rápidamente tras comprobar que llegaría tarde si no se daba prisa, y salió de su piso para empezar la dura jornada que le esperaba.

Ansiaba que Steven quisiera volver a verla otro día después de aquella rápida despedida. Intentaría hablar con Úrsula esa misma mañana para arreglar aquel desaguizado ocasionado por las trolas de su amigo, que estaban perjudicando su vida privada y, todo había que decirlo, su vida sexual, la cual, desde hacía un tiempo, estaba siendo ya escasa, por no decir nula.

—Tienes un envío urgente, Eva —le anunció Úrsula en cuanto la vio aparecer por la oficina.

—¿Ahora? —preguntó sin aliento, después de haber hecho varios viajes y a punto de dar por finalizada su jornada—. A ver si luego hablamos —comentó mientras cogía el paquete para introducirlo en su mochila.

—Sí, me tienes que explicar por qué te inventaste una hermana para salir huyendo anoche —le recriminó su amiga mientras negaba con la cabeza, desaprobando su extraña conducta.

—Si salgo pronto esta noche del otro trabajo, te llamo y charlamos —contestó Eva y se alejó de la mesa con el papel donde estaba anotado el lugar al que tenía que dirigirse.

Cogió la moto de reparto, una Scooter negra que incorporaba una caja trasera para los envíos de mayor volumen, y se encaminó al centro de Chicago, donde se erguían los rascacielos más impresionantes. Dejó el vehículo justo en la puerta del altísimo Aon Center, sacó el paquete cuadrado de la mochila y entró en el espectacular edificio acristalado que mostraba unas perfectas líneas verticales gracias a la impecable alineación de las ventanas.

—Buenos días, señorita —la saludó el portero.

—Buenos días. Vengo a dejar un paquete a Grupo 87 —dijo mostrándole el envío.

—Suba por el ascensor —señaló, después de pasar el paquete por un escáner de rayos X, al elevador que se encontraba justo delante de ella—. Está en la última planta, la ochenta y tres.

—Gracias —respondió mientras observaba que esa imponente edificación disponía de varios ascensores.

Hizo lo que le pidió mirando el reloj de pulsera; al final iba a salir más tarde a almorzar, pues aquel último envío urgente había hecho que se retrasase el fin de su jornada laboral como mensajera y acabaría, como la mayoría de días, yendo a la inmobiliaria mientras pegaba el último mordisco... El sonido del ascensor al llegar a la planta solicitada la sacó de sus pensamientos; una vez fuera del cubículo, se encontró con una amplia y enorme recepción, en la que una preciosa mujer, rubísima, le sonreía mostrándole su blanquísima dentadura. Allí todo era brillo y esplendor, algo que le hizo sentirse fea y desastrada: ¡Ella iba con el espantoso uniforme de su empresa! Y encima, para conjuntar con ese *look* tan favorecedor, iba sin maquillar y con una coleta medio pocha a causa del casco y del día ajetreado que llevaba.

—Bienvenida a Grupo 87, ¿en qué puedo ayudarla? —soltó como un mantra mil veces repetido la hermosa recepcionista, haciendo que Eva se

metiera un mechón rebelde que se había soltado de su coleta detrás de la oreja.

—Traigo un envío urgente para el señor Thompson —anunció ella, leyendo el nombre del destinatario en el albarán que sostenía junto al paquete.

—Sí, lo está esperando. Pase directamente a su despacho y entrégueselo en mano. Es la última puerta de la derecha —le indicó, señalando un largo pasillo.

Eva la miró, le sonrió y, antes de dirigirse por donde le había señalado, se percató de que, detrás de la recepcionista, encastradas en la pared, había unas enormes letras en azul con relieve en plata donde se podía leer el nombre de aquellas oficinas. Sin duda, aquella compañía era de las que facturaban mucho dinero, ya que la pomposidad la rodeaba y el lujo era notable.

—Gracias... —susurró Eva, para luego dirigirse por el precioso corredor que le había mostrado, aunque sin entender por qué no lo había cogido ella directamente. Era la recepcionista, ¿no?

Al llegar a la puerta, tocó con los nudillos y abrió con delicadeza. Detrás de una mesa de madera había un hombre trajeado, moreno y con unos impresionantes ojos negros que la miraban con socarronería.

—¿Es usted el señor Thompson?

—Sí —dijo levantándose y acercándose a ella.

«Esa cara...», pensó, intentando averiguar la razón por la que le sonaba tanto.

—Tome. Me tiene que firmar aquí y aquí —le explicó Eva con profesionalidad; le tendió el albarán y un bolígrafo sin dejar de observarlo.

—Muchas gracias. Han sido muy rápidos —añadió éste con una preciosa sonrisa. Ese hombre era muy atractivo y ella seguía teniendo la sensación de que lo conocía, aunque no sabía de qué—. Perdona mi atrevimiento, pero eres muy guapa como para trabajar repartiendo.

—Las guapas también comemos —soltó, todavía sin saber por qué le sonaba tanto esa cara, esa mirada, esa pose confiada y ese hoyuelo que se le marcaba al sonreír; sin duda alguna lo había visto antes, aunque no podía recordar dónde.

—Me lo creo. —Rio complacido de una manera abierta y sincera que hizo sonreír a Eva mientras ésta le cogía el albarán firmado y el bolígrafo, y le entregaba al fin el envío—. Puesto que has sacado tú el tema, es hora de

almorzar y supongo que tendrás hambre, además de que, como bien has dicho, las guapas también comen... ¿Comemos juntos?

Eva enarcó una ceja, sorprendida por aquella propuesta tan repentina, sobre todo viniendo de un hombre de negocios, acostumbrado a codearse con personas de su mismo nivel económico en lugar de invitar a la primera repartidora que se le cruzase, sobre todo cuando ella no mostraba su mejor imagen..., más bien todo lo contrario. Analizó de nuevo el lugar; todo era azul y plateado, y el número ochenta y siete era el protagonista... y de repente todas las piezas del puzle encajaron en su cabeza.

—Lo siento, señor Thompson. Su propuesta es muy tentadora, pero estoy prometida —informó con una amplia sonrisa—. Que pase un buen día.

—Igualmente —respondió éste mientras veía cómo se marchaba y cerraba la puerta tras de sí—. Ya puedes salir —lo avisó mientras volvía a su mesa.

—¿Crees que te ha reconocido? —preguntó Owen acercándose a éste.

—Me parece que no —contestó Jack, tirando el paquete directamente a la papelera, pues sabía que dentro no había nada, era simplemente una caja hueca de cartón que se había autoenviado—. Y ya la has oído. Enseguida ha rechazado mi proposición, alegando que está prometida.

—A mí no me engañan, Jack —susurró con seriedad—. ¡Anoche estuvo a punto de besarse con ese tipo delante de todo el mundo!

—A lo mejor te pareció ver algo que no era. Además, Daryl la conoce desde hace tres años y, si le ha pedido matrimonio, será porque la quiere.

—Sé lo que vi, Jack.

—La verdad, todo hay que decirlo... Tu hermano tiene muy buen gusto. Incluso vestida con esa camiseta roja de la empresa de mensajería y esos vaqueros desgastados, está guapa —comentó Jack, haciendo que Owen lo mirase con mala cara—. ¿Qué? Sólo te cuento lo que he visto —añadió aguantándose la risa.

Se estaba tomando todo aquel tema demasiado en serio y él no creía que fuera para tanto. ¿Daryl tenía novia? Pues muy bien, ya le tocaba al muchacho salir con alguien. ¿Owen jamás había oído hablar de ella? Bueno, no era algo tan raro. Él mismo se había marchado de Chicago sin comunicárselo a nadie; incluso él mismo se enteró de su partida cuando éste llegó a Australia, y menos mal que había podido convencerlo para que volviese, alegando que lo necesitaban en la compañía que éste fundó, aunque la realidad era que deseaba ayudar a su amigo, quien no estaba pasando por una buena temporada...

Unos golpes en la puerta hicieron que los dos amigos prestasen atención a la recepcionista, que entraba tímidamente en el despacho.

—Siento mucho molestar, pero la repartidora me ha dicho que le entregue esto a usted —dijo acercándose a ellos con andares de modelo.

—¿A mí? —preguntó Jack, extrañado, sopesando que a lo mejor a ésta se le había olvidado entregarle la copia del albarán.

—No, al señor Baker —contestó tendiéndole una nota perfectamente doblada.

Owen la abrió sin más dilación. Con letra redondeada y clara, pudo leer:

Estoy trabajando, algo que deberías practicar más a menudo, pues así no te aburrirías hasta el punto de ponerle trampas a tu futura cuñada.

EVA

P. D.: Sigues sin gustarme nada.

—¡Mierda! —masculló mientras arrugaba el papel, formando una bola con saña, mientras la recepcionista se marchaba rápidamente del despacho, dejándolos a solas—. Se ha dado cuenta —le comentó Owen a su amigo, que comenzaba a negar con la cabeza, divertido de que ésta no se hubiese tragado aquella farsa confeccionada por él.

—Podemos decir que es una chica lista.

—Demasiado, diría yo...

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó mientras su amigo sacaba veloz su teléfono móvil del bolsillo de su pantalón.

—Voy a buscar casa —dijo mientras revisaba el listado de números de teléfono.

—Eso está bien, así te olvidarás de este tema que te está empezando a obsesionar. Tu hermano no es tonto ni tampoco un crío para que andes preocupado detrás de él.

—Ella va a ser mi agente inmobiliaria —informó mientras tecleaba con velocidad un mensaje instantáneo—. Voy a llegar al fondo de todo esto.

—¿Y por eso va a ser tu agente inmobiliaria?

—Sí; así la tendré vigilada y sabré por qué no paran de mentirme en plena cara.

—¿Y si te equivocas y realmente están enamorados? —preguntó Jack.

Owen volvió a guardarse el móvil y se echó hacia atrás el pelo, en un gesto nervioso.

—No es así, amigo. Conozco a mi hermano y sé que me oculta algo. Está raro, más sensible, y sólo habla de ella, como si el centro de su universo fuese Eva —concretó Owen, preocupado por aquella extraña actitud—. Incluso ayer, en casa de mi madre, no era el mismo. No paraba de cogerla, de mirarla, de centrar la conversación en ella o en la boda... Además, cuando comenté que para cuándo era el gran día, a Eva le dio un ataque de tos de lo más inoportuno, como si le hubiese sorprendido ese hecho.

—Por lo que me describes, veo a Daryl muy enamorado.

—Eso es lo que él quiere que pensemos, pero sé que no es así. Me temo que su relación es frívola, basada en el hecho de que mi hermano tiene pasta y ella tiene que trabajar en dos empresas a la vez para poder subsistir —afirmó Owen con determinación.

—¿Estáis listos ya? —preguntó Brian abriendo la puerta sin llamar.

—Sí —dijo Jack levantándose de la silla.

—Hoy estáis de suerte: he quedado con unas preciosas modelos deseosas de conocer a cuatro hombres como nosotros —anunció Clive mientras se aflojaba la corbata—. Ya me lo agradeceréis después —añadió con guasa.

Owen y Jack se rieron. Clive y Brian se habían quedado en la adolescencia perpetua, en la que todo eran ligueos, sexo esporádico y diversión, algo que ellos agradecían para poder desconectar un poco de las obligaciones y los problemas cotidianos.

Se sentó en la silla masticando todavía el bocadillo que se había preparado al llegar a su casa y que se estaba comiendo a esas horas; entre trabajo y trabajo, sólo le había dado tiempo a ducharse y cambiarse de ropa y poco más, obligándose a coger de nuevo la moto para dirigirse a la inmobiliaria. Resopló con desgana al releer el mensaje que le había enviado Owen, pensando en cómo poder darle largas, ya que lo que menos le apetecía en esos momentos era volver a verlo, sobre todo después de haberlo pillado en aquella encerrona en la que, ¡menos mal!, no había caído.

Esta tarde quiero ver casas. Espero tu llamada; si no,
me presentaré en la oficina.

O. Baker

¡Ese hombre era un imbécil de mucho cuidado! Como si no tuviera otra cosa que hacer que perder el culo para buscarle casas al engreído y ególatra del hermano de Daryl. Entre enormes mordiscos a su bocata, tuvo una idea; en realidad era bastante descabellada, pero, si se lo montaba bien, podría salirse con la suya. Se levantó después de haber recogido las migajas que se habían caído sobre la mesa y tiró a la papelera el envoltorio que había protegido su rápido y para nada sano almuerzo. Luego se acercó a su compañera, que acababa de terminar de hablar por teléfono.

—Susan —la llamó con una dulzura que presagiaba que le iba a pedir un favor, y de los grandes, y ésta, como una ninfa etérea del bosque, tan rubia, tan joven y guapa, le sonrió. ¡Era perfecta para su plan!—, ¿tienes alguna cita para esta tarde?

—A última hora debo enseñar una casa al señor O'Hara, ¿por qué? —preguntó con desconfianza.

—Tengo un cliente que desea ver casas de las más caras de nuestro catálogo, y la verdad es que no me había dado cuenta de que ya había quedado con otro a la misma hora; era para saber si podrías ir tú por mí.

—¿Qué cliente me vas a ofrecer? —tanteó; era guapa, pero no tonta.

—Por supuesto, el que se va a dejar más pasta; no podría dejarte el otro, sólo quiere mirar pisos...

—Y, eso, ¿por qué? —preguntó recelosa, algo lógico cuando la comisión del otro sería más sustanciosa.

—Ya que me vas a hacer el favor, por lo menos que ganes algo con ello —contestó con una amplia sonrisa.

—Está bien —aceptó Susan, haciendo que Eva tuviese que frenarse para no ponerse a bailar de alegría por haber conseguido su objetivo de forma tan rápida—. ¿Cómo se llama ese cliente?

—Owen Baker —le comunicó mientras le apuntaba en un papel el nombre y el teléfono, además de la zona por la cual podría empezar a moverse su compañera.

—¿Owen Baker?! —repitió Susan con emoción, como si ésta le hubiese dicho que vería a Obama en persona o, mejor aún, al mismísimo Gerard Butler. ¡Cómo le gustaba a Eva ese actor!

—Eh... sí —susurró, extrañada ante su efusividad.

—¡Es guapísimo y superrico!, ¿lo sabías?

—Sí, algo me habían dicho... —susurró con educación.

—¿A qué hora has quedado con él?

—Voy a decirle que te espere en treinta minutos en Hyde Park, ¿te parece bien?

—¡Sí! Me voy a retocar el maquillaje —comentó Susan exultante, dando saltitos por la oficina, haciendo que su minúsculo vestido rosa se subiera a cada salto—. A ver si con suerte consigo, además de una cuantiosa comisión, ¡una cita!

—Suerte —masculló Eva entre dientes.

«La vas a necesitar, maja», pensó mientras volvía a su mesa y observaba el vaivén de su compañera para estar perfecta para ese cliente tan famoso.

Sin perder tiempo, le envió un mensaje a Owen con la ubicación de la primera casa, sin decirle, claro está, que, en su lugar, iría su maravillosa y bella compañera. Con un poco de fortuna, Owen quedaría eclipsado por ésta y la dejaría en paz un rato, algo que necesitaba y con urgencia.

Al poco observó cómo Susan se marchaba dichosa a aquella cita mientras ella se quedaba a trabajar en la oficina, intentando concertar citas con clientes que buscaran su nueva residencia. Después se marchó a mostrar unos pisos a

un cliente con el que había quedado previamente; al fin y al cabo, no le había mentido del todo a su compañera...

—Como verá, tiene muy buena distribución, además de encontrarse en una zona bastante buena de la ciudad —le explicaba Eva al visitante—. Discúlpeme, vaya mirando usted —le pidió al oír el tono de su teléfono móvil; vio de quién se trataba y descolgó—. Dime.

—Eva... —Hipidos entrecortados—. Yo... —Más hipidos.

—¿Qué te ha pasado, Susan? —preguntó preocupada. Esperaba que ese animal que Daryl tenía por hermano no le hubiese hecho nada; en caso contrario, se sentiría culpable toda la vida.

—No ha querido que le enseñase ni una sola casa —dijo de carrerilla, profundamente afectada por ese hecho—. Sólo se ha dedicado a preguntarme por ti, instigándome a decirle dónde estabas, dónde habías ido y por qué había aparecido yo en tu lugar... —soltó entre lágrimas—. Incluso ha ido a la oficina a verte... ¿Por qué no ha querido que fuera yo su agente, Eva? —preguntó como si fuera un cervatillo asustadizo.

—Pues no lo sé, Susan... —bufó con resignación. Pero ¿qué le pasaba a ese tipo?—. Ahora mismo estoy en Roscoe Village, enseñándole un apartamento a un cliente...

—Pero ¿te queda mucho? —inquirió su compañera casi con un hilo de voz.

Eva se la imaginaba en la calle, sola, dando pataditas a piedras ficticias, como si le diese vergüenza lo ocurrido, sintiéndose un adefesio por no haber logrado seducir a ese hombre, cuando en realidad podría protagonizar la portada de cualquier revista masculina gracias a sus cualidades físicas y su belleza innata.

—Un poco... En cuanto termine voy para allá.

—Envíame la dirección y me quedaré yo con él... —susurró como pudo, ya que las lágrimas dificultaban bastante, en apariencia, aquella sencilla tarea—. Owen Baker me ha dicho que, como no estés en la oficina y lo atiendas como él se merece, hablará con nuestro jefe... ¡Ese hombre es casi un héroe para esta ciudad! Si quiere, puede hacer que nos despidan con tan sólo chasquear los dedos.

—Ahora mismo te la envío —farfulló. Sintió cómo se le subía la rabia a la

garganta y ansió tenerlo delante para decirle cuatro cosas a la cara.

«Pero ¿quién se cree que es para amenazarnos?!», pensó Eva al borde del más absoluto enfado.

—Gracias, Eva. Ese hombre es un...

—Un imbécil, Susan. Dilo con todas las letras —sentenció la española, finalizando la llamada para enviarle su ubicación—. ¿Le gusta? —preguntó con su tono más profesional al ver cómo ese cliente la miraba extrañado, ya que a ésta le había cambiado el semblante a medida que hablaba por teléfono.

—No está mal, aunque me gustaría ver más.

—Claro, sin problemas. Ahora vendrá mi compañera para acompañarlo a otros pisos que había seleccionado para usted —le comentó y esbozó una sonrisa forzada; procuró darle una imagen de profesionalidad, ya que, al fin y al cabo, ese cliente no tenía ninguna culpa de que Owen Baker fuera tan cuadriculado.

Susan no tardó mucho en llegar y Eva se disculpó con el futuro comprador antes de abandonar el apartamento para subirse al coche de la empresa y dirigirse a la oficina a ver a ese hombre al que no entendía y que la exasperaba como jamás pensó que le ocurriría.

—Al fin apareces —protestó Owen como si nada, apoyado en la fachada de la oficina, contemplando cómo ésta se apeaba del automóvil con prisa y avanzaba con dificultad, trastabillando y tropezando cada dos pasos.

—¿Qué le has hecho a mi compañera para que me llame al borde del llanto? —preguntó sin más dilación a la vez que se acercaba a él y se recomponía el vestido con ligero vuelo hasta las rodillas de color azul claro.

—¿Por qué no has venido tú a la cita? —soltó Owen desafiante. Clavó su mirada inquisidora en ella, mientras la evaluaba e intentaba comprenderla.

—¡Te he preguntado primero! —replicó sin achantarse un pelo.

—Simplemente le he dicho que se podía guardar sus jueguitos de seducción baratos para otro tonto y que, además, yo había pedido expresamente que fueras tú quien me enseñara casas y no Barbie morritos —comentó con descaro, motivando que ella apretase los puños con fuerza.

—Eres un engreído.

—Y tú, una aprovechada —le espetó Owen. Ambos se miraron fijamente, retándose con fiereza.

—¡Y tú, un desconfiado que se cree el ombligo del mundo! Por favor... ¿Quién te crees que eres para amenazar con hablar con nuestro jefe?

—Podría hacerlo, Eva, y sé que me haría caso. Soy un personaje importante, te guste o no —añadió con prepotencia.

—Importante —reiteró con sarcasmo—. Has jugado al fútbol, ¿y qué? —exclamó sin entender aquel ensalzamiento por su parte—. Eres un simple mortal, Owen Baker, no un dios.

—No me considero un dios, Eva, pero tú sí te crees demasiado lista como para que nadie sospeche de ti, pero... ¡sorpresa!, has encontrado a alguien que no se deja hechizar por esa sonrisa de niña buena.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Eva cruzándose de brazos, tan enfadada que no le salían ni las palabras. Estaba tan furiosa que se hubiese quitado esos tacones que la estaban matando y se los hubiera tirado a la cabeza, porque lo que estaba viviendo era surrealista y desquiciante.

—Que me enseñes casas —afirmó con aparente inocencia.

—No me lo creo. Puedes contratar a alguien que te haga una casa personalizada, ¿para qué quieres una casa de segunda mano?

—Soy así de romántico —replicó insolente.

—No tienes pinta de eso... —bufó mientras negaba con la cabeza, mirándolo de arriba abajo; tenía pinta de haber destrozado más corazones que otra cosa...

—Y conocerte un poco más... —confesó Owen, haciendo que ésta sonriera al creerse esa razón—. Mi hermano es demasiado confiado, pero yo no.

—Ya —susurró. Otra vez relucía esa mentira que le hacía estar en el foco de atención de ese hombre. ¿Y si le contaba la verdad de una buena vez y acababa con todo eso de un plumazo? Sería tan liberador hacerlo, tan sencillo... Sólo debía verbalizar la razón por la que Daryl se había inventado una novia y futura esposa, pero no podía hacerle eso a su amigo, era él quien tenía que dar ese importante paso y no ella..., aunque tuviera que lidiar con el entrometido de su hermano.

Eva chasqueó la lengua con disgusto. Sabía que sería imposible hacer que Owen cambiase de opinión. ¿Quería ver casas? Pues ella le enseñaría casas. Entró en la oficina para coger unas llaves y cerró de nuevo para encaminarse, con inestables zancadas, al utilitario que tenía que usar en su jornada laboral.

—Sube —señaló mientras se acercaba al pequeño vehículo.

—Prefiero conducir yo —la contradujo Owen, señalando su espectacular Lamborghini Centenario gris oscuro con detalles en amarillo que se encontraba estacionado cerca de la oficina.

—Pues sígueme —añadió con determinación mientras se sentaba en su coche y arrancaba el motor.

De pronto oyó cómo la puerta del copiloto se abría y vio cómo éste se metía en el utilitario.

—No me fio de ti —afirmó Owen, y se ciñó el cinturón de seguridad, molesto por no haber conseguido que Eva se subiera a su superdeportivo y tener que ser él quien se amoldara a sus deseos.

—Ni yo de ti, y aquí estamos —comentó Eva con resignación. Se deslizó con seguridad entre el tráfico para dirigirse sin dilación a una de las zonas más exclusivas de Chicago.

—¿Por qué te fuiste de España? —preguntó él después de un rato en silencio, mientras observaba con temor y asombro, todo había que decirlo, cómo conducía Eva. No podía quejarse, era una buena conductora, aunque le costara caminar dos pasos seguidos sin tropezarse con algo.

—Porque allí no encontraba trabajo... —susurró como un mantra. No era la primera vez que se lo preguntaban.

—Pero aquí tampoco trabajas de lo tuyo, ¿no?

—No, pero por lo menos trabajo. Allí no tenía ni esto...

—¿Por qué Chicago? —insistió Owen con curiosidad.

—¿Y por qué no? —soltó sin mirarlo ni un segundo, pendiente de las calles y de que éste no se percatara de la ansiedad que sentía cada vez que tenía que hablar de ese asunto.

—¿Tienes pensando marcharte a España en el futuro? —planteó el hermano de Daryl al tiempo que se obligaba a no mirar cómo el borde del vestido de la chica se le subía lentamente sobre los muslos a cada movimiento que realizaba al conducir.

—Hace cinco años que no piso mi tierra; supongo que dentro de poco tendré que ir a visitar a mi familia... —susurró incómoda.

No le gustaban esas preguntas referentes a su pasado o su familia; odiaba mentir y era un tema que todavía le dolía cuando lo recordaba.

—¿Y ellos no han venido a visitarte tampoco?

—No.

—Es mucho tiempo sin verlos, ¿no?

—Sí, pero, gracias a las videollamadas, no notamos tanto ese tiempo —dijo mientras aparcaba el coche con destreza—. ¡Ya hemos llegado! —anunció mientras sacaba la llave del contacto y salía veloz del vehículo, dando por

finalizado aquel interrogatorio—. Esta mansión es impresionante: tiene once dormitorios y ocho cuartos de baños. Está ubicada en una de las zonas más exclusivas de la ciudad, goza de mucha privacidad —fue contando mientras abría la verja para que éste entrara en la inmensa edificación— y cuenta con unos jardines privados, muy cuidados, que harán las delicias de tus invitados.

—Es enorme —comentó Owen después de que ella le enseñara todas las estancias, los acabados de primera calidad y los pomposos detalles, además de mostrarle el enorme jardín y la planta de arriba, donde se encontraban en ese momento, sin darle opción a que siguiera sonsacándole más información acerca de su vida pasada o presente.

—Sí, ideal para empezar a confeccionar una familia, ¿verdad? —añadió Eva jocosa—. Seguro que ya hay por ahí una futura señora Baker que está deseando deslizar su valiosa y perfecta manicura por esta barandilla con detalles en oro, mientras su vestido de alta costura resbala con delicadeza por estos escalones y te sonrío, dichosa de haber sido ella la afortunada que ha conquistado tu corazón.

—¿Como tú? —inquirió mirándola a los ojos.

—¿Yo? —soltó extrañada—. Yo no quiero nada contigo —sentenció con rotundidad.

—No, no me has entendido —dijo con una sonrisa canalla—. Quiero decir que tú también deseas ser la señora Baker, de Daryl Baker, un médico muy prestigioso que gana un sustancioso sueldo y que, además, es hermano de un famoso exjugador de fútbol —aclaró Owen.

—Uf... ¡qué va! —exclamó mientras negaba con la cabeza. «¿Daryl es médico?! Ese hombre miente más que hablar. Cuando lo coja, se va a enterar», pensó Eva intentando que no notase que no estaba al tanto de aquella información—. A mí este exceso no me va nada. Prefiero algo mucho más pequeño e íntimo; lo decía por ti y tu novia sacada de algún catálogo de modelos...

—No tengo novia —comentó mientras se metía las manos en los bolsillos del pantalón.

—Y la casa, ¿te gusta para cuándo la tengas?

—No. La verdad es que me horroriza.

—Pues nada, vamos a por otra —propuso Eva forzando una sonrisa a la vez que deshacía el camino hasta la entrada utilizando las esplendorosas escaleras, con tal mal tino que, en uno de los escalones, el fino tacón se quebró y la hizo tambalear—. ¡Joder! —farfulló intentando cogerse de la barandilla, pero sin éxito alguno, ya que la inercia del tropezón la impelía contra el suelo, hacia una inminente y dolorosa, por no decir ridícula, caída.

—¿Es que no puedes ir con cuidado?! —soltó Owen de malas maneras, agarrándola con fuerza del brazo e impidiendo así que rodase escaleras abajo y acabase con la falda en la cabeza y el trasero al aire.

—No creas que lo he hecho adrede, simpático —bufó con alivio al verse salvada de la caída, mirándolo directamente a los ojos, esos tan azules y claros, esos que la miraban con disgusto, esos que se encontraban a pocos centímetros de ella, a la vez que sentía el roce de su aliento fresco en su cara.

«Madre mía, qué guapo que es el hermanísimo..., pero todo lo que tiene de guapo lo tiene de antipático», pensó Eva sin apartar la mirada de su perfecto rostro.

—Eres muy patosa para ir con esos zapatos —comentó hosco, sin apartar un segundo su mirada, evaluándola, como si al mirar en sus iris marrones veteados con sinuosas líneas verdes, que hacían de su mirada algo único, pudiera ver realmente quién era ella sin ese artificio que se empeñaba en reflejar.

—Si dejaras de ponerme nerviosa con tus preguntitas, a lo mejor no tropezaría tanto.

—¿Te pongo nerviosa? —preguntó Owen, insolente, mientras sonreía de una manera gamberra y excitante.

—Me pones de muy mala leche —replicó alzando la barbilla para que viera que no se achantaba ante él y que no le afectaba en absoluto su innato atractivo, ni aquella sonrisa que le otorgaba un aspecto todavía más irresistible.

—Para ponerte furiosa, me sigues sujetando muy fuerte —se burló él, complacido, mirando las manos de ella, que lo cogían enérgicamente de los brazos, casi con desesperación y posesión, sintiendo su fuerte agarre y su calidez.

—Ha sido instinto de supervivencia. Creía que me iba a caer rodando por esta escalera —susurró, extrañada de haber hecho algo así, algo que había realizado de manera inconsciente, para después soltarlo en el acto como si le

desagradara tocarlo—. Tú también me estás cogiendo —indicó notando su varonil agarre, que envolvía por completo su brazo.

—Es para que no te vuelvas a caer... —añadió con guasa mientras se aseguraba de que estaba estabilizada antes de liberarla por completo—. Ven, deja que te ayude —dijo Owen agachándose para quitarle el zapato con delicadeza, dejando a Eva tan perpleja por ese cambio en él que no supo cómo reaccionar. «Ahora mismo parezco la Cenicienta», bromeó mentalmente, intentando frenar las carcajadas al verse de aquella guisa, con un hombre arrodillado mientras la descalzaba con caballerosidad—. Esto no tiene arreglo —informó irguiéndose de nuevo a la vez que le mostraba el zapato, con el tacón totalmente roto.

—No te preocupes. Eran de las rebajas —dijo mientras le quitaba el zapato de la mano, casi de un zarpazo, y bajaba la escalera con un pie descalzo mientras se separaba de ese hombre que la aturdiría demasiado y le hacía pensar cosas extrañas, todo había que decirlo—. Vamos —propuso Eva al ver que éste seguía en lo alto de la escalera, sin dejar de observar sus torpes y cómicos movimientos al andar—. Aún tenemos que ver dos casas más antes de que se acabe mi jornada.

—¿Vas a ir así? —preguntó él al ver la descompensación de ambas piernas, una bastante más larga que la otra, y su vaivén al caminar.

—Por supuesto que no. Tengo unos zapatos de emergencia en el coche —le comunicó con resignación, haciendo que éste se aguantara la risa: era una patosa con recursos.

Después de poner pegatas a las otras dos casas, maravillosas y lujosas, que luego le había enseñado y tras capear con soltura sus continuas preguntas, llegaron a la oficina, donde Eva estacionó el vehículo y se bajó, agotada de aquel interminable día del que el protagonista indiscutible había sido el hermanísimo de Daryl.

—¿Mañana a la misma hora? —preguntó Owen al ver que ésta salía de la oficina una vez hubo dejado las llaves y cerrado el despacho.

—Tengo más clientes a los que atender —bufó, extenuada de tener que simular ser alguien que no era.

—Que los atienda Barbie morritos. Mañana estaré aquí a la misma hora y

espero que me muestres casas mucho mejores de las que me has enseñado hoy.

—Eran las mejores del mercado —farfulló ella con desgana. Ansiaba llegar a su casa, ducharse y dejarse caer en la cama, nada más.

—No quiero la más cara, Eva. Quiero la que me haga sentir que es un hogar —le aclaró Owen mientras observaba cómo ésta se dirigía a su moto—. Eres muy torpe para ir en moto.

—Y tú, demasiado entrometido para ser el hermano de Daryl —añadió mientras se ponía el casco, se ajustaba el vestido de tal manera que al subir en la moto no se abriera y la arrancaba con destreza—. Adiós, Owen Baker número ochenta y siete —soltó con guasa, haciendo rugir el motor, para introducirse a continuación en el fluido tráfico.

Owen contempló cómo se alejaba de él mientras negaba con la cabeza. ¡Lo estaba volviendo loco esa manera de ser, altiva, provocadora, patosa, fuerte y desquiciante! Y lo peor de todo era que seguía como al principio, sin saber realmente qué hacía una mujer como ella con su hermano...

—¡Owen me tiene harta! —exclamó Eva con rabia en cuanto Daryl le abrió la puerta de su piso.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó con asombro mientras la dejaba entrar. Ella le resumió el día que había tenido gracias a su querido y afamado hermano—. No me lo puedo creer... —susurró después de haber escuchado su relato—. ¿Owen ha hecho eso?

—Sí, hijo, sí... Todo, como te lo he contado, pasito a pasito, y parece que no se ha quedado contento con el resultado, pues quiere repetir mañana —murmuró con fastidio—. Y, por cierto, ¿cuándo me ibas a contar que eres un prestigioso médico? —planteó con malestar.

—Creía que lo sabías —dijo mientras alzaba los hombros en una actitud inocente, dando por hecho que ésta era consciente de su elevada formación y posición, algo de lo que no le gustaba alardear, para asegurarse de que sus amistades estaban con él por méritos propios y no por ser quien era.

—¿Cómo lo iba a saber? Sólo me comentaste de pasada que trabajabas en el hospital y, sabiendo dónde vives, me figuré que serías enfermero o celador, ¡no médico! Daryl, que vives en un miniapartamento donde el lujo brilla por su ausencia cuando podrías vivir en una casa con jardín donde invitar a tus amistades, o sea, aquí a la nena —añadió señalándose con entusiasmo—, a beber exclusivos cócteles mientras tomamos el fresco y reímos con los dientes apretados para que no nos salgan arruguitas de expresión.

—No me gustan las casas grandes, Eva. Prefiero vivir en este piso y hacer pasar a mi vecina charlatana para que prepare su especialidad: el mojito... Además, gracias a mi elección, he tenido la suerte de encontrar a mi mejor amiga en el apartamentito de al lado y, qué te voy a decir, prefiero reír abiertamente, aunque me salgan arrugas de expresión, algo que tú misma me enseñaste.

—¡Pelota! —exclamó sacándole la lengua, aunque aquella confesión la había ablandado lo suficiente como para pasar página acerca de ese detalle

que no le había comentado. Además, Eva no podía culparlo, pues ella misma le había ocultado partes de su pasado que no deseaba revivir—. Y te advierto: a tu mejor amiga está a punto de darle un ataque de nervios y empezar a largar por esta boquita que su madre le dio la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—No, por favor, Eva. Sé que me estoy aprovechando de ti, pero aguanta sólo unos días más, ¿vale? Hasta que ordene mis ideas y mi vida...

—¿Qué necesitas ordenar ahora para contar la verdad? —preguntó exasperada; su amigo era todo un *drama queen*.

—Estoy tonteando con alguien —susurró temiendo su reacción. Ella era explosiva y no sabía por dónde le iba a salir, sobre todo después del lío en el que la había embarcado por no tener el coraje suficiente para enfrentarse a su familia.

—¡Ay, madre mía, que me está poniendo los cuernos mi novio postizo! —soltó con guasa mientras hacía unos cuernos con las manos y se los plantaba en su propia cabeza.

—Eva... —susurró con dramatismo mientras la cogía de las manos, mirándola fijamente como si lo que iba a decir fuese de vital importancia—. Es un compañero del trabajo y, bueno, hemos quedado hoy para almorzar y... mañana lo he invitado a mi casa a cenar.

—Oi, oi, oi... esto suena serio. ¡Cuéntame!

—Llevamos varios días tonteando por el hospital; nada serio, en plan bromas, risas y algún que otro toqueteo muy inofensivo —comenzó a explicar con gran emoción—. Hasta que hoy se ha acercado a mí y me ha preguntado si me apetecería comer con él. Como bien te imaginarás, he tenido que hacer un esfuerzo descomunal por no ponerme a bailar delante de él mientras le decía que sí. Es... ¡uf, Eva!, es *él*, lo sé, ¡lo intuyo!

—Tranquilo, Daryl, que nos conocemos y somos dados a divinizar a la gente cuando nos gusta. Primero conócelo, a ver si conectáis realmente o sólo es atracción física, y, si es así, disfruta, amigo mío.

—Sí, ya lo sé... Tú y yo somos muy pasionales. Nos dejamos llevar por los sentimientos.

—Demasiado, diría yo —susurró haciendo una mueca de disgusto.

—Por eso, Eva, sabes que ahora no puedo vivir un enfrentamiento con mi hermano. No podría centrarme en este hombre que me gusta tanto sabiendo que Owen me aborrece por ser como soy o cualquier barbaridad que pudiera

decirme. ¡Madre mía, como se entere mi madre le dará un patatús! —exclamó tapándose los ojos con un cojín del sofá—. Siempre ha soñado con que encontraría una buena mujer con la que casarme y tener hijos... Se llevará un gran chasco, Eva —bufó mirándola con tristeza al imaginarse las consecuencias de su revelación—. Tengo mucha ilusión por saber cómo va la cosa con Nathan y te prometo que les voy a decir la verdad, tanto a mi madre como a mi hermano, muy pronto y, si la cosa va bien, es posible que se lo presente como a mi novio, aunque con mi confesión provoque un cataclismo en mi casa de dimensiones épicas.

—En vez de dedicarte a la medicina y en tus ratos libres al espectáculo de variedades, deberías haber sido actor de culebrón, porque eres muy dado al drama, Daryl —soltó ella mientras negaba con la cabeza con cariño; su amigo era bastante proclive a exagerar las cosas.

—No los conoces, Eva; ellos no son como yo.

—En eso te doy la razón —rezongó con desesperación al haber conocido un poquito más a su hermano.

Eva le apretó la mano con emoción. Esperaba que le saliera bien. Ambos sabían que tenían mala suerte en el tema del amor y esperaba que a uno de los dos comenzase a irle mejor, aunque tuviera que seguir con esa pantomima por el bien de su amigo hasta que éste cogiera las fuerzas suficientes como para confesar la realidad.

—Por cierto, voy a llamar ahora a Úrsula, a ver si tengo posibilidades con Steven...

—Si necesitas que hable con él, dímelo, Eva. Por mi culpa perdiste la oportunidad de conocer mejor a ese hombre.

—No te preocupes. Los amigos están para eso, para ayudarse. Tú disfruta con tu chico, que yo mientras tanto torearé a tu hermanísimo —declaró levantándose del sofá—. Bueno, me voy a arreglar mi vida sexual... digo, amorosa —rectificó guiñándole un ojo—. ¡Cruza los dedos para que quiera volver a verme! —pidió mientras sonreía y se marchaba a su casa.

Miró la hora en su reloj con alivio. Esa mañana había sido relativamente tranquila; por lo menos nadie había desviado su recorrido en el último minuto para tener que realizar un envío ficticio urgente. Por lo tanto, le dio tiempo a

terminar su jornada matutina puntualmente, ir a su casa a almorzar algo más nutritivo que un calórico bocadillo, cambiarse de ropa —unos pantalones ceñidos blancos y una blusa escotada negra sustituyeron su camiseta roja de mensajera y sus vaqueros ajados—, para poder ir a trabajar a la inmobiliaria con mejor humor que el día anterior. Aún sonreía al recordar la conversación con Úrsula la pasada noche, cuando Eva le contó todo lo sucedido y ésta le confesó que el amigo de su chico se había quedado impresionado con ella, tanto que le había dado su teléfono por si Eva se lo pedía, algo que por supuesto hizo y utilizó nada más dar por finalizada la conversación con su amiga. Estuvo hablando por teléfono con Steven más de una hora, y durante todo ese tiempo no pudo dejar de sonreír y pensar en lo majo que era ese hombre, en la suerte que había tenido de que entendiera la supuesta razón por la que había tenido que marcharse a la carrera —evidentemente no podía decirle la verdad y espantarlo—, en las ganas que tenían de verse..., tantas que habían quedado para ese mismo viernes, para cenar y conocerse mejor. ¡Ya estaba contando los días!

Llegó a la oficina de buen humor y, al ver quién se encontraba dentro, hablando con su jefe —a quien prácticamente no veía nunca, ya que siempre se encontraba en otra de sus diez oficinas—, la sonrisa se le esfumó de un plumazo. Estaba tan ilusionada con la cita con Steven que... ¡se había olvidado por completo del impertinente del hermanísimo!

—¡Aquí está mi chica! —exclamó su jefe con demasiada familiaridad. «¿Perdona?, pero si no sabes ni cómo me llamo...», replicó mentalmente, haciendo un gran esfuerzo por frenar su lengua y no alentar a ese tipo a que la despidiera. Al fin y al cabo, necesitaba ese sueldo para vivir—. Me ha comentado el señor Baker que está muy contento con tu labor y que desea que te ocupes en exclusiva de él, algo que apoyo al ciento por ciento —dijo con pedantería.

Eva miró de reojo a Owen, que sonreía complacido al conseguir su fin, ese mismo que amenazó con poner en práctica.

—¿Y mis otros clientes? —quiso saber Eva, intentando que éste pensase también en ellos e impedir así que Owen no se saliera con la suya.

—Los llevará Susan, no te preocupes por eso. Anda, prepara la visita de esta tarde y no hagas esperar al señor Baker —le indicó su jefe mientras la empujaba sutilmente hasta una zona donde Owen no pudiera oírlos—. Trátalo bien, muchacha. Este hombre es muy importante y, si somos capaces de

venderle una casa, nuestro nombre aparecerá en los periódicos. De eso depende tu puesto, piénsalo bien —soltó entre dientes para después alejarse de ella y acercarse de nuevo a Owen y seguir ensalzándolo como si fuera un dios.

Eva maldijo por dentro mil veces intentando calmarse.

«Sólo son unos días y después todo volverá a la normalidad. ¡Venga, Eva, que tú puedes!», se animó en silencio, cogiendo las llaves y preparando las visitas de esa tarde con ese hombre que no paraba de seguirla con la mirada.

—Vamos —dijo Eva pasando por su lado sin ni siquiera mirarlo a la cara.

Se metió en el utilitario de la empresa y esperó a que éste se subiera en el asiento del copiloto, arrancó sin mediar palabra y se dirigió a una zona muy cercana a esa en la que habían estado el día anterior. Esperaba encontrar allí la vivienda ideal para Owen y poder liberarse de esas citas impuestas por su *cuñado*.

—¿Qué tal el día? —comenzó a hablar Owen.

—Como siempre —farfulló de malas maneras, sin desviar la mirada de la calzada.

—Hoy no estás muy habladora —dijo mientras se aguantaba la sonrisa, al captar el gesto molesto de ésta.

—¿Qué quieres, Owen? ¿Que me ponga a reír como una loca cuando mi puesto de trabajo pende de un hilo que tú mismo sujetas? —le espetó con frustración—. Mi jefe me ha amenazado con despedirme si no te vendo una casa, algo que sé que no ocurrirá, porque sólo quieres hacerme perder el tiempo y no estás interesado en adquirir una propiedad usada.

—Tampoco sería tan grave que perdieras el trabajo; tienes a Daryl, que podrá ayudarte mientras tanto —soltó fanfarrón, simplemente anhelando comprobar su reacción. ¡Quería saber de qué era capaz esa mujer!

—¿Que no sería tan grave? Verás, ricachón: hay personas que han tenido una vida complicada, una en la que el lujo sólo lo han visto en la televisión o en las revistas; personas que trabajan duro, en algo que no les gusta, simplemente porque tienen que pagar facturas.

—¿Y tú estás dentro de ese grupo de personas? —preguntó con curiosidad.

—Eso es lo de menos... Mira, sé que este trabajo no es el mejor del mundo, sobre todo cuando me he esforzado tanto en estudiar una carrera, que además me he pagado yo sola... Sí, Owen, hay gente que trabaja para poder estudiar y yo tuve que echar muchas horas recogiendo vasos y limpiando mesas en un bar

para poder ir a una universidad; pero, a pesar de eso, este puesto me ayuda a pagar el alquiler todos los meses. Por lo tanto, no me digas que no es tan grave cuando no tienes ni idea de lo duro que es ganarse un sueldo medianamente razonable —explotó Eva con rabia y frustración.

—Yo también he trabajado duramente para ser lo que soy, Eva. No te creas que me han regalado lo que tengo —apuntó con seriedad.

—No compares, por favor —replicó con ironía—. Ya vi la casa de tu familia, donde te criaste. No tienes ni idea de dónde vengo yo o por todo lo que he tenido que pasar para llegar hasta aquí —gruñó mientras negaba con la cabeza.

—Explícamelo, estoy deseando conocerte mejor —la animó Owen. Eso era lo que él quería, conocer mejor a la supuesta novia de su hermano, saber si sería capaz de dejarlo sin blanca, cerciorarse de la verdadera razón por la que estaban juntos.

—A ti te lo voy a contar —objetó mirándolo un segundo para después concentrarse en la conducción—. Sólo eres un niño rico a quien le dio por jugar al fútbol y a quien parece que se le daba bien y por eso se hizo famoso; lo que no entiendo es qué haces sin jugar... —añadió Eva sin tener ni idea de por qué, si tan bueno era jugando al fútbol americano, no seguía practicándolo.

—¿No te lo ha explicado mi hermano? —inquirió con seriedad mientras apretaba los puños para frenar aquella sensación que siempre lo sorprendía cuando le tocaba hablar de ese duro tema.

—No —contestó con franqueza encogiéndose de hombros—. No eres el centro del universo, Owen Baker número ochenta y siete —le espetó con retintín.

—Ya veo —bufó ligeramente aliviado; no le apetecía hablar de eso y mucho menos con ella—. Ya no juego.

—Ya, eso lo suponía porque tu hermano habla en pasado, pero ¿por qué no juegas?

—Cosas que pasan.

—¿Y ahora te dedicas a pasearte por la empresa que compraste y a molestar a las personas que realmente trabajamos?

—Algo así, sí...

—Lo que yo te digo, unos nacen con estrella, y otros, estrellados —soltó mientras estacionaba el vehículo delante de la propiedad que quería enseñarle

—. Vamos, que tenemos mucho que ver —dijo mientras sacaba la llave del contacto y se bajaba del coche.

Cuatro casas después, con cuatro negativas consecutivas por parte de él, se volvieron a subir al automóvil para dar por finalizada la tarde. Eva capeó con soltura las preguntas de Owen, centrándose en lo que en teoría quería él: comprar una casa. Habló sin cesar de los acabados, de los detalles arquitectónicos, de la zona e incluso de las posibilidades que tenían todas las propiedades que le mostró con una profesionalidad intachable. Éste intentaba, sin éxito alguno, sonsacarle algo más de su vida privada, pero ella, simplemente, no le contestaba y seguía hablando sin parar de los azulejos o sanitarios utilizados.

—Owen —llamó en un susurro cuando estacionó el coche cerca de la inmobiliaria, dispuesta a intentar hablar con él para que la dejase en paz—... A lo mejor crees que, por no tener estabilidad económica, me he acercado a tu hermano para que me la solvente. Cuando lo conocí, no tenía ni idea de quién era y, cuando lo he sabido, no me ha importado. No soy una cazamaridos, ni tampoco aspiro a ser «la mujer de»; simplemente quiero ser feliz e ir prosperando, pero gracias a mi trabajo y esfuerzo, no a los demás —declaró con sinceridad, en un intento por acabar con todo aquello—. Te puedo asegurar que quiero mucho a Daryl, y no porque tenga dinero o porque venga de una familia adinerada. A mí todo eso me da absolutamente igual. Simplemente quiero que sea feliz, nada más, y espero que tú también lo quieras.

Owen la miró sin decir nada, sencillamente contemplando con detenimiento cómo hablaba, cómo se sinceraba en aquel reducido espacio, procurando encontrar algún indicio que le dijese que mentía, pero, desde que la había conocido, era la primera vez que la veía relajada y hablando claro. De repente, sobresaltándolos, el sonido del teléfono de Eva irrumpió con fiereza, rompiendo aquel ambiente íntimo, en el que sus respiraciones eran lo único que se oía. Ésta sacó el móvil del bolso creyendo que se trataría de Daryl y, al ver quién la estaba llamando realmente, sus manos comenzaron a temblar, ocasionando que el teléfono cayera en el regazo de Owen, que lo miró para después ver cómo Eva, con un rápido —y bastante torpe— movimiento, lo

cogía, bajo la atenta mirada de él, a quien le había dado tiempo de ver el nombre que reflejaba la pantalla. Con un suspiro y tropezándose al bajar rápidamente del coche, Eva descolgó a toda velocidad mientras cerraba la puerta con el pie.

—Luego te llamo —susurró Eva para después finalizar la llamada y disimular como podía delante de Owen.

—¿Quién es Steven? —preguntó éste acercándose a ella en dos grandes zancadas, intimidándola con su altura y postura confiada, con su fuerte cuerpo duramente trabajado durante años y con esa mirada implacable que la ponía todavía más nerviosa si cabe, impidiendo inventarse una excusa lo bastante creíble como para que éste dejara correr aquel momento.

—Es-es... —tartamudeó, ya que no sabía qué decirle.

«Vamos, Eva, invéntate algo: es como llamo a tu hermano. ¡Meeeeec! Es el vecino del cuarto. ¡Meeeeeeec, meeeeeec! Es mi profesor de esgrima. ¡Meeeeeeeeec, meeeeeeeeeeeec!», pensó nerviosa.

—Es ese tipo con el que te vi el domingo, ¿verdad? —quiso saber, dando en el clavo.

«¿Eres futbolista o mentalista?», pensó ella, asombrándose de que asociara ese nombre a ese hombre que tan sólo había visto una vez y de pasada.

—Eh... ¡No, no! —exclamó mientras negaba con la cabeza, intentando que así Owen la creyese—. Es mi hermano.

«Meeeeeeeeec, meeeeeeeeeeeec, meeeeeeeeeeeeeeeec», pensó, pero anhelando que se lo tragase.

—¿Tu hermano se llama Steven? —planteó incrédulo; algo lógico, ¡ni ella misma se lo creería!

«Qué mal se me da mentir bajo presión, madre mía», se fustigó mentalmente mientras notaba cómo las palmas de sus manos comenzaban a sudar y su cuerpo temblaba como un pajarillo.

—Sí —mintió con una sonrisa forzada—. Bueno, Owen... Ya te llamaré en cuanto tenga preparadas las casas que te he comentado antes —añadió antes de meterse en la oficina para dejar las llaves y volver a salir casi a la carrera, intentando no mirarlo, y mucho menos a la cara.

—Me estás engañando, Eva —afirmó con dureza, clavando sus fríos y azules ojos en ella.

—¿Yo? —soltó con aparente inocencia mientras miraba sus zapatos—. No me atrevería a decirle una mentira al dios del fútbol americano —dijo con una

sonrisa, para salir luego disparada hacia su moto, colocarse el casco y marcharse de allí lo más rápido posible después de despedirse de él con la mano.

«Si es que tengo mala suerte hasta para esto... ¡Ya lo tenía convencido y justo en ese momento me tiene que llamar Steven delante de sus narices!», farfulló internamente Eva, encaminándose a su apartamento.

—Menuda cara traes —le comentó Jack al ver cómo Owen se sentaba delante de él y el recién llegado evaluaba el ambiente de aquel bar de copas en el que habían quedado—. ¿Cómo va la búsqueda de casa?

—Fatal —sentenció de mal humor mientras le hacía una señal a la camarera para que le sirviera una copa—. ¡Esa mujer me está volviendo loco! Es tan contradictoria, Jack; dice una cosa, pero hace otra... y cuando creo que estoy empezando a conocerla, ¡zas!, me cambia el esquema y me quedo a cuadros —resumió Owen a la vez que se despeinaba con frustración, ya que jamás le había ocurrido algo así. También era cierto que nunca se había parado a conocer a ninguna de ellas, pero en este caso era de vital importancia asegurarse de que Eva no iba a aprovecharse de su cándido hermano.

—Owen, ¿cuánto llevas con este tema? —preguntó Jack mientras negaba con la cabeza, desaprobando su conducta.

—Hoy jueves hace cuatro días... —susurró con apatía, sin sentirse orgulloso de haber desperdiciado tanto tiempo en algo que aún no había conseguido—. Y lo peor es que en estos días no la he conocido realmente. Hay instantes en los que creo que es una buena chica, muy trabajadora, responsable, fuerte y con carácter; pero después hace algo que destroza esa idea y empiezan las dudas. ¡¡Sigue sin responderme cuando le pregunto por ese tal Steven!!

—Es que a ti no te tiene que dar explicaciones ni tampoco responder a ninguna de tus cientos de dudas. Tú no eres su novio, Owen —concluyó Jack muy despacio para que éste lo entendiera.

—¡Y menos mal! No podría estar con una persona como ella. Es... ¡uf!, me saca de quicio. Es respondona, patosa, orgullosa, mentirosa y una temeraria. Es que sigo sin entender cómo es posible que mi hermano continúe con la idea de casarse con ella... ¡Joder, que conozco a Daryl y es imposible que ellos dos estén juntos!

—Pues por lo visto lo están, Owen.

—Ya... —bufó mientras observaba cómo la camarera le ponía la copa y éste la cogía para darle un largo trago—. Tráeme otra —le pidió antes de que la chica se alejara de la mesa.

—¿Y cuándo te vas a centrar en la empresa? Esta semana prácticamente has estado más pendiente de vigilar a Eva y a Daryl que de ver cómo va tu negocio.

—Sé que va bien, siempre lo ha hecho y no hace falta que yo esté delante. Tengo claro que me llamaste porque estabas preocupado por mí y no por la excusa que te inventaste de que la compañía pasaba por una situación complicada...

—¡Ya no se me ocurría otra cosa para hacer que volvieses! —exclamó Jack, percatándose de que su plan no era tan perfecto como había creído—. Pero eso es lo de menos; ahora estás aquí, Owen. Tienes que centrarte en tu nueva vida y dejar a un lado lo demás, tu pasado y esa obsesión con tu hermano y su novia que no te deja avanzar.

—Ya —susurró apurando su copa de golpe—. ¿Dónde están Clive y Brian?

—Esta noche no vendrán. Han quedado con unas gemelas y tienen la tonta ilusión de que van a hacer una orgía.

—Joder, ellos sí que saben vivir —bromeó mientras cogía la copa directamente de la mano de la camarera y le pedía otra ronda para después darle un largo trago.

—¿Recuerdas cuando éramos como ellos? Sólo sexo, nada de sentimientos.

—Éramos los putos amos, Jack —anunció asintiendo con determinación, recordando aquellas épocas en las que la única preocupación que tenían era con cuál se acostarían esa noche.

—¿Qué nos ha pasado, Owen?

—Pues que tú te casaste y, luego, yo dejé de jugar al fútbol —resumió Owen, dándole vueltas a la copa sobre la barnizada mesa mientras creaba círculos con el agua condensada.

—Pero siempre podemos volver al redil —dijo señalando a su alrededor.

—Pues sí. Nunca es tarde...

—... si la tía está buena —terminó Jack la frase por él—. Mira, esas dos rubias no nos han quitado la vista de encima desde que has llegado.

Owen las miró y captó el rubor en sus mejillas y el nerviosismo al saberse el centro de la mirada de ellos. Éste sonrió; a lo mejor Jack tenía razón y lo

que necesitaba era despejarse... y qué mejor que hacerlo en los brazos de una bella mujer. Al volver la mirada hacia su amigo, algo llamó su atención.

—¿Qué hace aquí mi hermano? —soltó Owen de repente, señalando al lado de la barra, donde Daryl estaba hablando animadamente con otro hombre.

—Pues habrá venido a tomarse algo —contestó Jack sin ver nada raro ni malo en ello—. Creo que me va más la del pelo más corto, ¿tú qué dices? —Señaló con sutileza a esas dos mujeres que se reían con coquetería al ser conscientes del interés que habían despertado en ellos.

—¿Sin Eva? —inquirió, sospechando de ambos en el acto.

—¿Cómo?! —soltó sin saber a qué venía eso. Después cayó en la cuenta de que Owen seguía pendiente de su hermano e inspeccionaba la sala con seriedad por si la veía aparecer a ella—. Las parejas también salen por separado, Owen —lo informó con parsimonia.

—Ya sé que las parejas a veces salen por separado, pero mira... —dijo señalando a su hermano, que estaba muy cerca de un hombre un poco más bajo que él, moreno y con unas gafas de pasta negra, que lo miraba sonriente, pendiente de todo lo que éste le decía.

—¿Qué? —preguntó Jack sin entender a qué se refería.

—Voy a ver si mi hermano sigue mintiéndome a la cara —anunció levantándose para dirigirse directamente a hablar con Daryl, dejándolo solo, sin darle tiempo a hacerle cambiar de idea—. Hola, Daryl —saludó Owen apareciendo de golpe en la visión de éste, que se quedó congelado de inmediato. ¡Con la de bares que había y tenía que encontrárselo precisamente en éste!

—Ho... Hola, Owen —saludó nervioso—. ¿Qué haces aquí?

—He quedado con Jack —dijo señalándolo con la mano—. ¿Y tú?

—Aquí... —Tragó saliva con dificultad—, con un amigo... —indicó mientras Owen reparaba en él y le sonreía—. Él es Nathan. Nathan, él es mi hermano. —Hizo las presentaciones prácticamente sin respirar. ¡Si él supiera a quién le estaba presentando, no estaría tan tranquilo!

—Encantado. Daryl me ha hablado mucho de ti —dijo Nathan estrechándole la mano con entusiasmo.

—Ah, ¿sí? —preguntó Owen, sonriente, echándole una mirada analítica... Bien vestido, modales aceptables y sonrisa blanquísima—. ¿Y Eva? —inquirió mirando fijamente a su hermano, que comenzó a sudar, ya que Nathan

no sabía nada de esa pequeña mentira que había tenido que decirle a Owen para desviar la atención de éste.

—Supongo que en casa.

—Claro —dijo con una sonrisa—. Y... ¿qué estáis celebrando? —soltó interrogante, observando los gestos inquietos de Daryl y la expresión de extrañeza de su amigo, que los miraba a ambos sin entender aquella rara tensión que se había instalado allí de pronto.

—Nada en especial. Hemos quedado para tomarnos algo, igual que tú —contestó Daryl.

—Muy bien... ¿No me tienes que contar nada? —Owen probó suerte, sin apartar un segundo la mirada de él, intentando imprimirle ánimos para que acabara con aquella farsa.

—Eh... no —murmuró sintiendo cómo el sudor aumentaba y las palabras escaseaban. ¿Era su imaginación o su hermano sospechaba algo?

—Ya. —Owen chasqueó la lengua con disgusto al darse cuenta de que no había tenido suerte y Daryl seguía empeñado en mentirle en plena cara—. Pues nada, voy a seguir tomándome una copa con Jack. Divertíos —se despidió mientras volvía a la mesa que ocupaba su amigo.

—¿Qué? —preguntó éste en cuanto se sentó de nuevo a su lado.

—Miente —afirmó, cogiendo la copa para darle un trago sin dejar de observarlos.

—¿Miente? —repitió sin entender nada.

—Por supuesto. Jack, mi hermano es gay, lo sé desde hace muchísimo tiempo —confesó Owen contemplando cómo Daryl pagaba para abandonar el bar donde había tenido la mala fortuna de encontrárselo, para poner distancia entre ambos.

—La verdad es que, cuando me enteré de que era *drag*, supuse que sería homosexual, pero, al presentarnos a Eva, dudé...

—Por eso lo hizo, para que yo no supiera la verdad. Jamás le he dicho que sé que me miente, siempre he esperado que fuera él quien me lo confesara. Joder, ¡somos hermanos! Qué menos que me lo diga con franqueza, creo que tampoco pido tanto... —resopló disgustado.

—¿Por eso estás tan obsesionado con el tema de Eva?

—Claro. No sé si Eva es una amiga que lo está ayudando desinteresadamente o bien mi hermano se ha vuelto loco y se va a casar realmente con esa mujer para que ésta obtenga la nacionalidad norteamericana,

además de algún aporte económico... Él es capaz de eso, Jack —comentó negando con la cabeza. Su hermano era demasiado bueno; siempre lo había sido y temía que esa ocasión no fuera distinta.

—No es ningún crío, Owen.

—Siempre he tenido que estar detrás de él resolviendo sus embrollos; por ser tan buena persona es incapaz de negarle nada a nadie. ¡Maldita sea! —gruñó apurando el contenido de su copa—. Daryl es capaz de confiar su alma al mismísimo diablo.

—¿Y crees que Eva lo puede utilizar?

—Sí. Tiene carácter suficiente como para vapulearlo a su antojo... —comentó Owen displicente.

—¿Y qué piensas hacer?

—Forzar la situación —soltó con una sonrisa canalla, reflejando con ella la idea descabellada que se le acababa de ocurrir.

—Owen, no hagas ninguna estupidez. Al final Daryl se va a enfadar contigo.

—¡Pues que se enfade! Ninguna mujer va a engañar a un Baker —anunció categóricamente mientras se marchaba del bar y dejaba solo a su amigo.

Las ruedas de su Lamborghini derraparon con fiereza cuando éste se incorporó al tráfico. Ansiaba que le saliera bien aquella visita inesperada y desenmascarar tanto a Daryl como a Eva. ¡Estaba harto de tantos embustes! Y, viendo que su hermano no era capaz de sincerarse con él, lo ayudaría en esa empresa. ¿Cómo podía pensar siquiera que él se hubiese creído en algún momento aquella patraña? Era cierto que dudó un instante cuando vio a Eva en el apartamento de su hermano, pero conocía a Daryl y sabía que aquella relación era puro cuento.

Estacionó el coche, abrió la puerta del edificio con la llave doble —la tenía gracias a que su hermano era muy previsor y bastante dado a perder su copia— y subió directamente para no darle tiempo a Daryl a preparar alguna excusa barata con la que seguir con aquella absurda pantomima. «Vamos, Eva, dame lo que estoy buscando para poder descansar y que mi mente deje de pensar en ti», se dijo mientras se dirigía a la puerta de ésta. Contuvo la respiración cuando oprimió el timbre y esperó a oír algún signo de que hubiese alguien al otro lado de la puerta, pero sólo obtuvo silencio. Oprimió más rato el timbre, hasta que oyó un golpetazo seguido de una blasfemia en otro idioma; al poco se abrió la puerta con fuerza y apareció Eva, despeinada,

descalza, sosteniéndose el pie —supuso que el golpe lo había recibido en esa parte del cuerpo— y vestida sólo con la camiseta de los Philadelphia Eagles, la número ochenta y siete, la suya... «Joder...», pensó Owen, sintiendo cómo se le secaba de repente la garganta.

—¿Qué coño quieres?! —soltó al verlo en su puerta, con esa mirada calculadora, inquisidora y malhumorada. ¡Esa mujer era pura dinamita!

—¿Qué hacías? —planteó aclarándose la voz. Desconocía la razón, pero aquella imagen lo había afectado demasiado; supuso que el alcohol era el culpable, así como las prisas por destapar toda aquella farsa.

—¡¡Dormir!! ¿Qué crees que voy a hacer a la una de la madrugada? —preguntó visiblemente cabreada. Se veía tan sincera y en apariencia tan vulnerable...

—¿Y mi hermano?

—Pues supongo que en su casa. ¿Has probado a llamar a su puerta?

—No está.

—Entonces habrá salido.

—¿Y no sabes que ha salido? —preguntó con astucia, haciendo que ésta enarcara una ceja al darse cuenta de por dónde iban los tiros.

—Tu hermano y yo no somos siameses, Owen. Tenemos vidas privadas y, a veces, éstas van por separado, algo que parece que no puedo tener contigo, pues te tengo pegado a mí, como una lapa, a cada segundo —protestó cruzándose de brazos y haciendo que la camiseta se subiera un poco sobre sus muslos, tan tentadores, tan femeninos... Owen aclaró su mente: ¿qué le ocurría esa noche?

—¿No tienes a ningún hombre en tu casa? —probó suerte. ¡Tenía que sacarle la verdad como fuera!

—Tengo a un equipo entero de hockey esperándome en mi dormitorio, Owen, y los estoy desatendiendo por tu culpa. Por lo tanto, buenas noches —le espetó con fiereza, cerrándole la puerta en las narices y haciendo que el estruendo retumbase en el silencioso descansillo.

Owen se quedó perplejo al encontrarse con la puerta cerrada en plena cara. Pero ¿esa mujer no sabía quién era? Cuando iba a llamar otra vez a la puerta de Eva, unas voces interrumpieron sus movimientos; a lo mejor no iba a acabar tan mal la noche... Se quedó quieto donde estaba, observando la escalera, de donde provenían las dos voces masculinas, entre susurros y

gemidos. Al poco apareció su hermano, deteniéndose a cada paso que daba, abrazando y besando apasionadamente a... Nathan.

¡Había llegado el gran momento!

—¡Oh! —exclamó Daryl cuando se percató de la presencia de su hermano. Vio que éste los estaba mirando fijamente y que intentaba evaluar su reacción; se quedó pálido al encontrárselo allí. «¡Sorpresa!», pensó, preparándose para ese instante—. Owen, ¿qué... qué haces aquí?

—Había venido a hablar contigo —se inventó, clavando su mirada fría en su hermano.

«Vamos, Daryl, ¡dilo!», lo alentó mentalmente, para que se sincerara al fin con él.

—Yo... bueno, nosotros... Yo...

—¿Sí...? —lo animó Owen, dando un paso hacia ellos.

—Eh... —titubeó pensando en una excusa lo suficientemente buena como para que éste siguiera creyendo algo que no era.

—¿Sí?

—Yo... No es lo que tú piensas.

—¡¡Que no es lo que yo pienso?! —repitió Owen, estupefacto—. ¡Esto es increíble! —gruñó alejándose de ellos a grandes zancadas, maldiciendo por dentro el poco carácter que poseía su hermano y la facilidad que tenía para soltar siempre alguna trola.

—Owen... —lo llamó Daryl persiguiéndolo hasta la calle.

—¿De qué tienes miedo? —le recriminó, parándose delante de él para observar la mirada de pánico que éste mostraba.

—Yo... —susurró bloqueado. ¡No sabía qué decirle y mucho menos cómo decírselo!

—Joder, Daryl. ¿Qué tengo que esperar a ver para que me digas la puta verdad? —protestó fuera de sus cabales. ¡Estaba harto de tantas mentiras!—. Te acabo de ver comiéndole la boca a un tío; nada más llegar a la ciudad te vi subido a un escenario vestido de reina de la noche y ¿aún tienes miedo de decirme la verdad, cuando es tan obvio que cae por su propio peso? —le espetó apretando la mandíbula, frenando su altivo carácter.

—Pues, si cae por su propio peso, ¿por qué te lo tengo que decir? ¡Ya lo sabes! Ya puedes marcharte de aquí y repudiarme, porque el dios del fútbol, el macho de los machos, tiene un hermano homosexual —soltó con frustración, sintiendo cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos; intentó no parpadear para no llorar delante de él.

—Pero ¿qué coño dices, Daryl? ¿En serio piensas que soy así de retrógrado? —le reprobó, perplejo al ver el temor que tenía su hermano de que él lo rechazara por su orientación sexual.

—Es lo que siempre me has demostrado: siempre has estado rodeado de mujeres, a cuál más exuberante, que has utilizado para tu propio disfrute, importándote muy poco que se enamoraran perdidamente de ti, comentando con tus amigachos a cuál os habéis follado, tratando de que yo fuese igual, que saliera con vosotros, que me emborrachara y que me liara con cualquiera que tuviera un par de tetas...

—Y tú no podías decirme que eso no iba contigo, ¿verdad? Era mejor inventarse mil excusas, rebuscadas en el fondo de un armario, para no decirme la verdad. Claro, eso es mucho mejor, Daryl —bufó exasperado. Era cierto que había intentado que saliera con ellos, pero era una excusa para verlo, para hacer cosas juntos cuando él iba a Chicago de visita.

—¿Cómo iba a contártelo? Tenía miedo de que me echaras de tu vida, miedo de saber que te había defraudado, miedo de que ya no quisieras volver a mirarme a la cara... ¡Por eso me callé!

—Daryl, me importa una soberana mierda con quién te acuestes. Eres mi hermano, te quiero tal como eres, y para mí eso basta —añadió disgustado.

—¿De... de verdad? —titubeó, sorprendido ante esa afirmación tan categórica.

—¡Por supuesto! Sólo quería saberlo por ti, quería que un día te sinceraras conmigo, pero ese día nunca llegó y, de repente, me encuentro con todo este desaguizado que has montado por no ser sincero. ¡Somos hermanos, joder! —bramó exasperado.

—Owen, soy gay —dijo, al fin, Daryl.

—Lo sé desde hace tiempo... —susurró con alivio, mostrándole una sonrisa—. Hace muchos años fui a tu universidad para darte una sorpresa por tu cumpleaños... Tenía un par de días libres y pensé en aprovecharlos para celebrarlo en familia. Estuve esperándote a la salida, ansioso por verte la cara

cuando me descubrieras allí, pero, cuando te vi aparecer, no ibas solo... — Esbozó una sonrisa al recordar aquel lejano día en el que supo la verdad.

—¡No! —exclamó al imaginarse con quién debía ir: su pareja por aquel entonces.

—No supe qué hacer; sinceramente, me bloqueé, porque no sabía si tú estabas preparado para dar ese paso y salir del armario. Lo último que deseaba era que lo pasaras mal... por eso me marché sin decirte nada y desde entonces he estado esperando a que te sincerases conmigo, a que me contases la verdad...

—¿Sabes que soy gay desde hace todo ese tiempo? —preguntó Daryl, perplejo.

—Sí.

—¿Y por qué no has detenido esta farsa? —preguntó extrañado.

—Quería saber hasta dónde eras capaz de llevarla, pero... ¿casarte por conveniencia? Daryl, eso es un tema muy serio y no quiero que arruines tu vida porque pienses que mamá o yo vamos a dejarte de lado.

—¿Mamá lo sabe? —preguntó con terror.

—Yo nunca le he dicho nada, pero deberías contárselo tú y parar lo antes posible esa boda. No sé qué le has prometido a esa chica, pero debes frenarlo en el acto. ¡No puedes dejar que las personas te utilicen a su antojo!

—Owen, no existe tal boda —murmuró avergonzado; aquella mentira había crecido mucho, demasiado—. Eva y yo sólo somos amigos, muy buenos amigos, pero nada más. Ella simplemente me ha estado ayudando a seguir esta comedia que me inventé por miedo a tu reacción.

—Entonces, ¿no ha recibido ningún dinero para que se haga pasar por tu novia? —preguntó intentando esclarecer aquel embrollo.

—¡Por supuesto que no! Madre mía, si se me hubiese ocurrido darle dinero, Eva me lo hubiera tirado a la cara mientras me gritaba improperios de los gordos —confesó mostrando una tímida sonrisa al imaginarse aquella escena; su amiga era capaz de hacer eso y mucho más.

—¿Y no quiere aprovecharse económicamente de ti?

—Te aseguro que no. Jamás me ha pedido un dólar... y sé que no nada en la abundancia, precisamente. Además, hasta hace unos días creía que esa camiseta que lleva era mía y que trabajaba como celador en el hospital —confesó negando con la cabeza, ¡qué despistada era su amiga! Aunque tampoco podía culparla. Se había acostumbrado a omitir esa parte de su vida, para

asegurarse de que los amigos que tenía se acercaban por él y no por lo que era.

—Entonces... ¿por qué ha aguantado toda esta situación? —preguntó, perplejo ante la evidencia de que alguien hiciera algo como eso sin lucrarse.

—Porque es un cielo de amiga —afirmó con una sonrisa.

Owen se quedó pensativo, intentando encontrarle lógica a todo ese asunto. Había malinterpretado todo aquel embuste que se había inventado su hermano, creyendo que detrás, por parte de Eva, había un interés económico.

—Ya...

—Cuando le cuente que ya tiene que dejar de fingir que somos pareja, se va a poner como loca. Estaba temiendo que mañana la vieras con Steven... —dijo Daryl mucho más relajado.

—¿Por si la veía?

—Sí... —susurró entre risas—. La primera vez que te la encontraste estaba conociendo a un hombre y, bueno, por mi culpa tuvo que salir corriendo de ahí para que tú no descubrieras la farsa, y mañana por la noche han vuelto a quedar. Por lo menos estará más tranquila.

—Claro... —susurró Owen, todavía asombrado de que hubiera gente capaz de ayudar a otro sin interés económico de por medio—. Anda, entra en tu casa; ese amigo tuyo se cansará de esperarte. Por cierto, ¿dónde trabaja? —preguntó Owen haciendo reír a su hermano. ¡Seguía siendo igual de protector!

—Es médico y llevamos saliendo juntos tan sólo unos días. Nos estamos conociendo...

—Vale. Habla con mamá, no dejes que esta invención siga aumentando —le pidió Owen con seriedad.

—Gracias, Owen —farfulló con congoja.

—Ven aquí, enano —dijo mientras le daba un afectuoso abrazo, sintiendo cómo, entre sus brazos, Daryl lloraba de alivio y alegría, sobre todo al volver a oír ese apelativo cariñoso que siempre había utilizado Owen con él.

Se levantó de la silla para pasearse por su despacho, cansado de estar ahí sin hacer nada, como un león enjaulado, echando de menos respirar el aire fresco impregnado de sudor, palpar la adrenalina a cada segundo y sentirse vivo. No sabía por qué seguía yendo a su empresa cuando ésta funcionaba

perfectamente sola, sin tener que hacer nada, simplemente con la inercia de estar encabezada por su nombre y gracias a la gran labor que realizaban sus amigos, que habían conseguido en todo ese tiempo estar a la vanguardia y ser reconocidos como uno de los mejores estudios de arquitectura de la ciudad. Apoyó la mano derecha en la pared mientras observaba las fantásticas vistas de Chicago desde la última planta de ese magnífico edificio —que él mismo eligió como sede—, mientras recordaba la emoción vivida esa misma mañana, cuando, sin previo aviso, Daryl se presentó cargado con cruasanes y una verdad que contar a su madre. Hacía tiempo que no estaban así los tres, conversando con sinceridad, recordando tiempos mejores y también peores, llorando y riendo, a veces todo a la vez —aunque quien demostraba todos esos sentimientos era su hermano, que era dado a la lágrima fácil; en cambio, a él le costaba exteriorizar todo lo que sentía, una mezcolanza de emociones difíciles de verbalizar—, y disfrutando de un desayuno familiar improvisado. Por supuesto que su madre reaccionó bien ante aquella confesión, aunque le dio pena que Eva no fuera su futura nuera, pues le había caído bien la española y lo reiteró varias veces, hasta que Daryl confesó con timidez que había otra persona aspirante a ocupar ese lugar, esta vez de yerno, y Catherine, simplemente, se alegró de ver a uno de sus dos hijos ilusionado por el amor, ya que el otro, sencillamente, omitía cualquier comentario cuando le tocaba hablar de ese tema, como si no quisiera atarse a nadie.

—¿Hoy no has ido a buscar casa? —preguntó Jack cuando entró en el despacho de éste y se lo encontró abstraído mirando por la enorme ventana.

—No... —dijo saliendo de sus cavilaciones mientras se acercaba a él—. ¿Nos vamos?

—Hoy os dejo solos —contestó Jack, sonriente—. Voy a recoger al peque y vamos a pasar este fin de semana juntos. A ver si nos vemos mañana para almorzar. Seguro que se alegrará de verte.

—Claro. Eso está hecho —aceptó con una sonrisa—. Bueno, voy a ver qué planes tienen Clive y Brian, y espero que éstos incluyan mujeres y alcohol, porque necesito de ambos —bufó hastiado.

—¿Cuándo han hecho planes y no han incluido, por lo menos, una de esas dos cosas? ¡En efecto, nunca! —soltó Jack respondiendo él mismo a su pregunta—. Nos vemos mañana, Owen; diviértete con los chicos.

—Sí. Disfruta de Ryan y dile que mañana el tío Owen le dará un regalo.

—¿Qué le has comprado? —preguntó con curiosidad. Desde que nació su

hijo, Owen siempre le había traído detalles, todos relacionados con el fútbol, algo que le había marcado, ya que de mayor ansiaba ser como él.

—Una camiseta de los Philadelphia Eagles con su nombre. No me he podido resistir —añadió sonriente al recordar aquella pequeña prenda.

—¡Se va a volver loco cuando la vea! Eres un ídolo para él —confesó haciendo que Owen mirase al suelo con un deje de tristeza que su amigo no pudo apreciar.

—¡Vamos a quemar Chicago! —exclamó Clive nada más entrar en el despacho de éste.

Owen sonrió aliviado; sí, era lo que necesitaba. Despejar su mente y centrarse de una vez por todas. Ya había perdido demasiado tiempo por culpa de esa mujer que creyó que iba a utilizar a su hermano. Salvado ese escollo, tocaba pensar en lo que haría con su vida a partir de ese momento.

Cuatro copas después, rodeado de tres espectaculares mujeres —una para cada amigo—, Owen comenzó a relajarse mientras se dejaba seducir por esa preciosa rubia de largas piernas y escote vertiginoso, a quien le encantaba manoseárselo mientras le hablaba casi en susurros, de una manera que ella pretendía que fuera erótica, pero que a él le estaba resultando más cómica que excitante... Era cierto que había perdido la costumbre de salir de noche con la idea de ligar, después de un año prácticamente sin salir de las inmediaciones limítrofes a la cabaña que alquiló en Kiarma, centrado, básicamente, en realizar ejercicio físico y, sobre todo, mental, casi como en un retiro budista, tratando de organizar su mente y su vida, algo que no logró, aunque lo intentó de todas las maneras que se le ocurrieron. Todo ello para volver, de nuevo, a la casilla de inicio: rodeado de sus locos y libertinos amigos, dejándose querer sólo por una noche por una deslumbrante mujer y posponiendo, una vez más, el problema que lo había llevado a sentirse fuera de lugar, casi sin llegar a conocerse, como si fuera un extraño en su propia piel. Resultaba algo tan difícil de explicar que prefería no verbalizar aquel embrollo que tenía en la mente desde hacía un año.

—¿Qué tengo que hacer para que me invites a tomar una copa a tu casa? —preguntó, sugerente, la rubia a la vez que se acariciaba con sutileza el escote, para que éste centrara su visión en lo que tenía para él.

—Esperar a que tenga casa propia —contestó con una sonrisa, obviando aquellas tácticas de seducción mientras se colocaba mejor el cuello de su camisa, en una actitud segura y decidida que no le pasó inadvertida a aquella mujer.

—¡No puede ser! —exclamó teatralmente—. Un hombre como tú no puede estar viviendo todavía con sus padres.

—No he tenido tiempo de buscarme un hogar —dijo con seguridad.

—Bueno, mientras tanto, podemos utilizar mi piso —murmuró ella al tiempo que se acercaba a él, devorándolo con la mirada, y se humedecía lentamente sus labios siliconados, dejándole bien claro qué iban a hacer allí —. ¿Qué me dices?

De repente, un nombre jaleado con gran entusiasmo por unas cincuenta personas que estaban pegadas a la barra hizo que Owen volteara la cabeza, a la espera de no encontrarse con la mirada divertida y segura de esa Eva que él conocía; deseaba que fuera otra mujer con su mismo nombre la que estuviera a punto de subirse a la barra, para poder seguir con lo que estaba haciendo, aunque no estuviera muy seguro de aceptar la invitación casi desesperada de esa rubia que ya no sabía cómo decirle que quería acostarse con él...

—¿Qué cojones hace?! —soltó Owen al observar su sonrisa descarada mientras saludaba a las personas que la vitoreaban como si fuera una estrella de rock.

—¿La conoces? —preguntó la rubia al darse cuenta de que éste no despegaba su mirada de los movimientos inseguros y bastantes ebrios de esa morena.

—Por desgracia, sí —gruñó con desgana.

—Qué suelta está la novia de tu hermano, ¿no? —comentó Clive sin apartar su mirada de Eva.

—No es su novia —protestó Owen con malestar al contemplar los movimientos sensuales de ésta, que comenzaba a mecerse con la música.

—Me da a mí que esta noche dormiré calentita —alegó Clive, percatándose de que muchos hombres comenzaban a aproximarse cada vez más a ella.

—No se la ve muy lúcida... vamos, que ha dejado el bar seco —añadió Brian al ver sus movimientos descompasados y el sutil vaivén oscilante de su cuerpo.

—¡Joder! —maldijo Owen mientras se levantaba y se dirigía hacia allí, intentando encontrar alguna lógica a aquella forma de actuar por parte de ella, sabiendo que no podía girar la cabeza y dejarla allí, borracha, rodeada de extraños que podrían manosearla a su antojo.

El escueto vestido plateado que llevaba Eva comenzaba a subirse peligrosamente por sus muslos a medida que ésta bailaba al son de aquella música con aires latinos que Owen no supo reconocer. Tenía los ojos cerrados, mientras mecía los brazos y movía con sensualidad las caderas, totalmente entregada a esa gente que aplaudía y se reía al verla de aquella guisa, disfrutando de cada sonido y de cada palabra que recitaba ella con entusiasmo. Owen apretó los puños con rabia, ¿no se daba cuenta de que estaba dando el espectáculo y que, además, esa gente se estaba riendo de ella?

—¡Eva! —gritó cuando estuvo pegado a la barra, teniendo a pocos

centímetros sus pies, calzados con unos altísimos tacones que la hacían más inestable de lo que ya estaba de por sí. ¡Esa mujer era un peligro sin tacones, y con ellos incrementaba su nivel de peligrosidad!—. ¡Eva, bájate ahora mismo de ahí!

—Déjala. Se lo está pasando bien y nos está regalando un espectáculo sin igual —le recriminó un chico que se había situado muy pegado a ella, con el móvil en la mano, realizando instantáneas bastante soeces que a Owen le hicieron apretar todavía más los puños.

Owen lo miró con repugnancia mientras éste, sin cortarse en absoluto, y gracias al *twerking* que Eva estaba realizando con destreza, comenzó a sacarle fotos en las que se podía ver más de lo que en realidad debería presenciar, y mucho menos immortalizar. Sin pensárselo, dejándose llevar por un sentimiento de protección que le nubló la razón, Owen le arrebató el móvil de un zarpazo y lo tiró al suelo para después pisarlo con todas sus fuerzas, sin dejar de mirarlo a los ojos, retándolo a qué se defendiera, desafiándolo a que hiciera algo para poder tener la excusa perfecta para romperle la cara allí mismo a ese tipo.

—¿Qué coño haces? —soltó el chico, bravucón, al ver su teléfono destripado en el suelo.

—Debería romperte la nariz ahora mismo, desgraciado. ¿No ves que está borracha y no sabe lo que hace?

—¡Ése es su problema! —exclamó colocándose delante de él, con los puños apretados, dispuesto a pelear.

—Owen Baker número ochenta y siete —dijo Eva con voz pastosa, dándose cuenta al fin de su presencia.

El chico la miró a ella, que comenzó a bajar de la barra con torpeza, para después mirarlo a él, alto, musculoso y con mirada seria, dispuesto a hacer realidad aquella amenazada de romperle la nariz. Tragó saliva. Conocía a ese hombre gracias a la televisión y las noticias —¡era famoso por su espectacular fuerza y su entereza!—; era temido en el campo y un ídolo fuera de éste, no podía enfrentarse a él, tenía todas las de perder.

—¡Me debes un teléfono! —soltó intentando que éste, por lo menos, le pagara un dispositivo nuevo.

—Da gracias de que no te denuncio por realizar fotografías sin el consentimiento lúcido de la modelo —soltó Owen sin achantarse, enfrentándose a él con la mirada; deseaba que lo insultara o hiciera algo para poder tener la excusa perfecta para poder descargar la rabia que sentía en esos

momentos. Sin embargo, el chico simplemente se dio la vuelta y desapareció —. Eva, vámonos —ordenó cogiéndola de la mano para que reaccionara, ya que se había quedado con los ojos cerrados, meciéndose todavía con los últimos acordes de aquella canción.

—¡No me da la gana! —exclamó a la vez que se daba la vuelta y comenzaba a bailar pegada a otro tío que empezó a manosearla sin reparos.

¡La amiga de su hermano iba a acabar con su poca paciencia!

Owen apretó la mandíbula con desesperación. ¡Esa mujer era una cabezota de cuidado! Sin pensárselo mucho, ya que aquella escena tenía pinta de acabar muy mal —él liándose a hostias con cualquiera que le hiciera una foto o la tocara y con la policía intentando mediar entre todos—, con un rápido pero preciso movimiento, la cogió de la mano, se agachó para hacerla caer justo encima de uno de sus hombros y, así, llevársela de allí como si fuera un fardo de heno, bajo la mirada sorprendida de aquel hombre que había perdido la oportunidad perfecta de bailar con una mujer como ella.

—¡Suéltame, pedazo de animal! —gritó Eva bocabajo, mientras pataleaba y él trataba de que no se le viera nada cerrándole las piernas.

—Estate quieta. ¡Pareces una cría!

—¡Y tú pareces un cromañón! —bramó ella intentando que la soltara, sin dejar de moverse y propinándole puñetazos en la espalda—. Joder, qué mareo —comentó sin poder dejar de mirar cómo avanzaba el suelo, sintiendo su cabello cayendo y balanceándose con cada zancada de aquel hombre, y cómo la cabeza comenzaba a nublársele todavía más.

De repente el suelo cambió y las luces se hicieron más tenues, y empezó a notar el fresco de la noche en su piel. Percibió cómo Owen la dejaba de pie con cuidado, pegada a la pared de la discoteca donde se encontraban, y clavaba su mirada, disgustada y fría, en ella.

—Creo que voy a vomitar —avisó Eva, sintiendo cómo todo lo de su alrededor se movía con violencia, incluido él, y todo el alcohol ingerido en esa larga noche se le subía a la garganta.

—¿En qué estabas pensando para subirte a la barra?

—No estaba pensando. De eso se trataba —replicó con desgana, intentando serenarse para no vomitar.

—¿No tenías hoy una cita? —preguntó Owen con curiosidad. Recordaba que su hermano le había comentado que esa noche había quedado con el famoso Steven, ese con el que la vio la primera noche...

—¡Ni me lo nombres! —exclamó con resquemor—. Todos los hombres sois iguales y tú, Owen Baker número ochenta y siete, ¡eres el peor!

—Y yo, ¿qué te he hecho?

—¿Que tú que has hecho? —replicó con animadversión—: ¡¡Provocar que me despidan!! —anunció a gritos mientras le clavaba un dedo en el pecho—. Me contó, mi adorado y comprensivo jefe, que has hablado con él para decirle que te lo has pensado mejor y que no quieres comprar ninguna casa... cuando me has estado dando por culo toda la semana, yendo de arriba para abajo, descartando todas las mansiones que te he ido enseñando porque ninguna era especial para ti. Y... ¡tachán! —añadió con sarcasmo—, me ha culpado de no ser capaz de venderte una casa y me ha despedido.

—Le dije claramente que no había sido por tu culpa —murmuró con rabia al enterarse de que ese tipo había faltado a su palabra, ya que él en ningún momento había pretendido que la echaran.

—Él no opina lo mismo —masculló cerrando los ojos. ¿Por qué no paraba de darle vueltas todo?

—Hablaré con él. Le exigiré que te vuelva a contratar.

—Ni se te ocurra hacer eso —le ordenó abriendo los ojos y retándolo con la mirada ebria, pero con una chispa lúcida que a Owen le sorprendió—. No necesito tu ayuda ni la de nadie, ¿te ha quedado claro?

—Puedo intentar echarte una mano, Eva, tengo contactos en esta ciudad.

—¡Y una mierda! —bramó mientras comenzaba a andar, trastabillando y ejecutando esos al caminar.

—Daryl habla maravillas de ti, dice que eres una crack, ¿qué haces perdiendo tu tiempo en empresas que te explotan?

—¿A ti qué leches te importa? Como si me paso las veinticuatro horas del día limpiando la calle con un cepillo de dientes —resopló con malestar.

Odiaba que la gente sintiera lástima por ella. Estaba acostumbrada a sacarse a sí misma de los líos en los que se metía y aquél no era un caso distinto. Ya encontraría otro trabajo, sólo tenía que volver a buscarlo, llamar a mil puertas, patearse las calles, para tener otra oportunidad...

—¿Qué ha pasado con tu cita? —inquirió él cambiando de tema, ya que parecía que no se ponían de acuerdo con ése, mientras la seguía muy de cerca. Sabía que en breve se tropezaría y se daría de bruces contra el suelo, y quería estar cerca para salvarla de cualquier posible caída.

—Mi cita... —repitió con una sonrisa sardónica—. Steven tenía novia y nos

la hemos encontrado mientras cenábamos —explicó con dejadez, como si fuera algo muy normal para ella—. Ha sido todo muy divertido y ameno, cuando ella le ha tirado una copa encima y a mí me ha llamado de puta para arriba. Sí... ha estado genial —explicó con ironía.

—Y él, ¿qué ha hecho? —quiso saber, apretando los puños con rabia al descubrir que ese tipejo había intentado engañar a Eva, seguramente para llevársela a la cama y después continuar como si nada con su pareja...

—Correr detrás de ella, dejándome plantada y con cara de póquer en mitad de una cena que, por supuesto, he tenido que pagar en su totalidad, aunque él sólo había probado dos bocados.

—¿Y has decidido venirte aquí a emborracharte?

—Tenía que celebrar el buen ojo que tengo para los tíos. Chico, donde pongo el ojo, ¡cabrón que descubro! —De repente se detuvo y miró a ambos lados—. ¡Mierda!

—¿Qué te pasa?

—Me he dejado la moto en casa —maldijo por dentro al recordar que Steven había ido a por ella en su coche, haciéndola sentir especial, algo que llevaba tiempo sin experimentar.

—¿Pensabas conducir en estas condiciones? ¡Estás borracha!

—¿A ti qué más te da, si soy una aprovechada que intenta enamorar y engañar a tu hermano para sacarle todo el dinero posible, no? —le espetó haciendo que Owen apretase la mandíbula con furia.

¡Esa mujer no se callaba ni borracha! Además, le había reprochado que malpensara de ella, pero él ya sabía que todo eso no era cierto, y precisamente ésa era la razón por la que no había vuelto a la inmobiliaria. ¿Cómo iba a volver a mirarla a la cara después de todo lo que le había hecho? Era un cabrón, pero no tanto...

—Te llevo a casa —dijo cogiéndola del brazo, provocando que ésta mirase el agarre para después acercarse a él con chulería, con una fuerza tan abrumadora que lo sorprendió y hechizó.

—No me subo a tu coche ni harta de vino —soltó arrastrando las palabras y haciéndose gracia a sí misma, para después liberarse y seguir caminando mientras se tropezaba con casi cualquier hendidura que tuviera en la acera—. Cogeré un taxi —lo informó levantando una mano, aunque en la calle no pasara ninguno libre.

—Eva —dijo él intentando serenarse. Aquello le estaba resultando más

difícil de lo que pensaba. Jamás le había costado tanto que una mujer le hiciera caso—, te llevo a tu casa quieras o no. No me fio de ti. Eres una patosa sin estar borracha y, estándolo, eres una bomba de relojería.

—Eres un pretencioso dominador y me caes fatal, ¡que lo sepas! Mi vida era la mar de tranquila y apareciste tú para destrozarlo todo.

—No ha sido mi intención fastidiarte la existencia.

—¡Pues lo has hecho, joder! —exclamó enfadada de que todo fuera de mal en peor mientras le daba una patada al suelo, tropezaba e iba a parar, con mala fortuna, a la calzada.

—¿Estás loca o qué? —la riñó Owen mientras la agarraba rápidamente de la mano para subirla a la acera, justo un segundo antes de que un coche pasara a mucha velocidad y tocara el claxon con rabia para recriminar su conducta.

—¡Sí! —contestó sin ser consciente de lo que podría haber pasado si éste no le hubiese cogido de la mano. Si no llega a ser por los reflejos de Owen, la hubieran atropellado.

Owen, sin soltar su mano, comenzó a andar en dirección a su deportivo, arrastrándola como si fuera una niña pequeña, que no dudó en protestar por todo y maldecir su presencia e incluso su existencia, montando un espectáculo bastante peculiar, en el que los insultos de ella y el silencio de él fueron la tónica hasta alcanzar el vehículo. Sin pronunciar una sola palabra —ya que era absurdo discutir con alguien en su estado de embriaguez—, la metió en el coche casi a la fuerza, para después subirse él y salir de allí rápidamente. Eva, con los brazos cruzados y el muy gesto serio —enfurruñada al ver que éste había ganado aquella batalla—, se apoyó en la ventanilla de aquel lujoso Lamborghini y sus párpados comenzaron a cerrarse sin poder evitarlo. Owen la miró un instante; dormida parecía un angelito, pero despierta era desquiciante.

Detuvo el coche, deleitándose con aquella paz provocada por el sonido acompasado de la respiración de Eva, que dormía plácidamente. Hubiese sido tan fácil obviar su presencia en aquella discoteca, centrarla en aquella rubia que había dejado plantada por su culpa, y aquella noche hubiese acabado de manera distinta, una mucho más placentera para él... y no haciendo de niñera de una mujer que no era fácil en el trato, pero que era la mejor amiga de su hermano, alguien que había estado con Daryl cuando más lo había necesitado y que lo había ayudado sin condiciones, a pesar de que Owen no se lo había puesto fácil en ningún momento...

Con cuidado, le cogió el bolso que llevaba colgado al hombro, rebuscó en su interior y encontró las llaves de su apartamento al lado de un preservativo que le hizo apretar los puños con rabia. Sin darse tiempo a descubrir la razón de su reacción, salió del coche para abrir la puerta del copiloto y, con mucho mimo, la cogió en brazos sin que Eva se despertara; simplemente, ella se abrazó a su cuello, acomodándose y ronroneando como una gatita, diciendo incoherencias que no logró entender y a las que tampoco quiso prestar atención, mientras sentía cómo hundía la nariz en su cuello, suspirando de gusto. Abrió con cuidado su piso, para después entrar con ella. Todo estaba perfectamente ordenado y limpio, y pudo orientarse a la perfección al tener la misma distribución que la casa de su hermano. Encendió la luz del dormitorio y la dejó desparado en la cama, para después quitarle los altos tacones. Eva se encogió, abrazándose a sus piernas, mientras sonreía plácidamente, provocando que esa escena se le grabase a fuego en la mente. Allí estaba... con sus largas piernas, su vestido subiéndose con descaro justo en la curva de su trasero y su rostro apaciguado, sin aquel descaro que la hacía distinta, que la hacía única y que lo llevaba al borde de la locura, porque no la entendía en absoluto. Owen la miró un instante; parecía casi de porcelana, tan frágil y perfecta, tan femenina y delicada, tan serena y dulce.

—Hummmm... —ronroneó con los ojos cerrados, haciendo que Owen sonriese—. Túmbate conmigo —susurró dando pequeños golpes al colchón.

—Duerme, Eva —murmuró acercándose a ella para apartarle un mechón que caía en su rostro.

—¿Por qué nadie me quiere? —siseó con dificultad y con aflicción, para, acto seguido, emitir un suave ronquido.

Owen salió del apartamento en silencio y luego se dirigió a su coche pensando en aquel cosquilleo que todavía tenía latente en la yema de los dedos; incluso el perfume de Eva se le había impregnado en la piel... y aquella pregunta lastimera le hizo sentir algo a lo que no supo poner nombre. Arrancó el coche mientras maldecía la mala suerte que tenía de haberse encontrado con la amiga borracha y chiflada que tenía su hermano, que lo enloquecía y que le había hecho perder la oportunidad que tanto ansiaba de desconectar de sus problemas en los brazos de una preciosa mujer; a cambio, se marchaba de nuevo a casa de su madre, sintiendo que su endurecido caparazón se resquebrajaba... y no sabía por qué.

Abrió los ojos con dificultad y un fortísimo dolor de cabeza la recibió con ganas. La luz entraba por la ventana y se dio la vuelta enfurruñada, ansiando seguir durmiendo. De repente, dándose cuenta de que no recordaba cómo había llegado hasta allí, se levantó de golpe de la cama, haciendo que, por la celeridad de aquel gesto, toda su habitación se moviese como si estuviese en una atracción de feria.

—Mierda, mierda, mierda... —maldijo mientras se inspeccionaba: vestido todavía puesto, pero tacones perfectamente alineados en el suelo—. ¿Cómo he llegado a casa? —se preguntó teniendo una gran laguna de parte de lo sucedido la noche anterior.

Se dejó caer otra vez en la cama haciendo memoria: había quedado con Steven y éste, a su vez, se había encontrado casualmente con su novia en el restaurante en el que cenaban. Eva, despechada al encontrarse siempre en esa situación —más sola que la una y dándose cuenta de que no tenía buen ojo para sus citas—, decidió ir a divertirse, aunque fuera sola; bebió mucho, muchísimo, demasiado... y, después, sólo recordaba imágenes fugaces, destellos de lo sucedido: ella bailando, riendo a carcajadas e incluso tarareando alguna canción, personas vitoreando su nombre y...

—¡Joder! —maldijo mientras se tapaba los ojos con el brazo, intentando borrar aquel efímero recuerdo que la asaltó con violencia—. No puede ser, no puede ser... —repitió pataleando en la cama, sintiéndose una imbécil de primera categoría al recordar a quién vio—. ¡Owen!

Lo malo era que no se acordaba de nada más... Sólo de los ojos fríos y azules de ese hombre, sus manos fuertes cogiéndola y su maldito olor, que la embriagó por completo, serenándola, haciendo que ella... ¡babeara! Pero ¿qué había hecho esa noche? Aún llevaba las bragas puestas; por lo tanto, no había cometido ninguna locura con ese hombre que sacaba la peor faceta de su personalidad, algo que la alivió al instante, pero acto seguido comenzó a divagar acerca de las posibilidades de su comportamiento delante de éste.

¿Habría sido muy brusca con él? ¿Habría intentado besarlo con aquella desesperación irracional de sentir algo de contacto físico por parte de alguien que no fuera su amigo? ¿Esperaba que no! No podría volver a mirarlo a la cara si hubiese hecho algo así, si hubiera intentado algo con él, si lo hubiese besado o si se hubiera insinuado... El timbre la devolvió a aquel momento y, tropezando por el pasillo, abrió sin ni siquiera preguntar, preocupada por lo sucedido horas atrás y temiéndose la peor de las opciones.

—Menuda pinta tienes —le soltó Daryl entrando en el piso.

—Gracias —bufó sintiendo que su cabeza iba a explotar en cualquier momento, dirigiéndose luego directamente a la cocina a por un vaso de agua y una aspirina que le ayudase a pensar con claridad, sin el martilleo incesante en sus sienes, que hacían todo aquello más complicado.

—¿Qué te pasó anoche, Eva? —preguntó con preocupación y sin mayor dilación.

—¿Qué sabes? —murmuró girándose a cámara lenta, con el vaso en la mano y la pastilla en la otra, temiéndose lo peor: una versión de ella babeante y poseída por un pulpo que habría magreado al talentoso y afamado Owen Baker, el cual se habría sentido ofendido o, ¡peor aún!, glorificado de que ésta hubiese caído en sus brazos.

—Me ha llamado mi hermano para contarme que anoche te encontré muy borracha, bailando encima de una barra, dejando que la gente te hiciera fotos y te tocara.

—¡¡¡No!!! —exclamó horrorizada mientras se tapaba la cara, sintiendo una repugnancia por su ser ebrio, carente de vergüenza y deseoso de ser amado, aunque fuera por unos extraños—. ¿Y te ha dicho algo más? —preguntó con temor de que esa parte fuera la más buena de esa noche que prácticamente ni recordaba.

—Que te traje a casa en contra de tu voluntad —añadió sin dejar de observarla, viendo cómo ésta se tomaba la pastilla.

—¿Y ya está? —quiso saber, anhelando que le dijera que era todo lo que ella había hecho.

—Y que borracha eres muy dulce, como un bombón de caramelo —comentó, provocando que se tapara la cara y negara con la cabeza, avergonzada.

¡Realmente no recordaba nada!

—No, Daryl... —susurró azorada por su actitud.

—Es broma, Eva —dijo tratando de que se relajara—. No me ha contado nada más —contestó alzando los hombros con indiferencia, haciendo que ella expulsara el aire que había retenido, sintiendo un gran alivio—. ¿Qué te pasó, Eva? ¡Tú no eres así!

—Tuve una mala noche, Daryl... —bufó, dejándose caer en el sofá, para acto seguido coger un cojín y abrazarse a él—. Para ser realista, fue el cúmulo de muchos días de mierda y de muchas decepciones... —Hizo una pequeña pausa para mirarlo a los ojos, intentando percibir que éste entendía por lo que estaba pasando—. No sé qué me pasa, si soy yo o son los hombres que hay por ahí sueltos, a cuál peor.

—¿Steven no era tan perfecto?

—Supongo que, para su novia, lo fue todavía menos cuando lo vio conmigo —susurró con dejadez, haciendo que su amigo negase con la cabeza, desaprobando la conducta de ese tipo que había ido detrás de su amiga—. Tengo un imán que los atrae, Daryl —afirmó con seriedad, convencida de aquello, ya que aún no había conocido a ninguno que valiera realmente la pena.

—Es una mala racha, Eva. Ya encontrarás al hombre indicado, uno que conseguirá que te rías al recordar todas las decepciones por las que has pasado.

—Puf... —resopló con dejadez. Veía aquello tan remoto e imposible que le parecía una falacia—. Me he encontrado con tantas piedras en el camino, Daryl, que no sé si me están dando un mensaje, bastante claro y alto, de que me olvide del amor.

—¡No digas eso! Eres una mujer maravillosa, lo único que pasa es que has tenido mala suerte y Cupido te ha hecho encapricharte de lo peorcito.

—Ése es precisamente mi problema. Siempre me dejo dominar por los flechazos, por ese sentimiento que te arrastra a una persona sin conocerla, dejándote llevar por esas mariposas que revolotean en tu estómago y que te nublan la razón, esa que intenta avisarte de las visibles señales que te indican que esa persona de la cual te has encaprichado no es la apropiada para ti, porque tiene algo que oculta tras esa sonrisa que te obnubila.

—¡Pero tú eres una romántica, Eva! —exclamó, horrorizado al oír lo que declaraba su amiga.

—Dime, Daryl, ¿de qué me ha servido ser una romántica enamorada del amor? Yo te le diré: ¡de nada! Y parece que nunca aprendo, que siempre me

encuentro en la misma situación: sola y frustrada por haber confiado en alguien que me estaba engañando.

—Bueno, eso lo dices ahora que estás cabreada, pero, cuando se te pase, volverás a creer en el amor...

—Sigo creyendo en él, Daryl, pero tengo que evolucionar y no permitir que el amor a primera vista me nuble la razón. Tengo que utilizar más la mente y dejar un poco de lado este loco corazón, algo kamikaze, que siempre se fija en el peor candidato y que me mete en las peores situaciones...

—El amor no se razona, Eva. O se siente o no se siente. No puedes evaluar las relaciones para saber si son buenas o no.

—Tengo que intentarlo. No puedo estar siempre así —afirmó con seguridad, convencida de que sería la solución perfecta a su problema—. Estoy cansada, agotada, de acabar siempre de esta manera, preguntándome en qué me he equivocado...

—¡Qué ciegos están los hombres! —vociferó Daryl cogiendo a su amiga para darle un confortable abrazo—. Eres fantástica, Eva, y espero que dentro de poco encuentres a alguien que se dé cuenta de todo lo que vales.

—Al paso que voy, esa posibilidad es tan remota que me da hasta pereza pensarlo...

—Anda, dúchate, que nos vamos a dar una vuelta.

—No tengo ganas de nada, Daryl.

—Por eso mismo —dijo, y se levantó del sofá para ayudarla a que se pusiera en marcha.

—He perdido el trabajo de la inmobiliaria, Daryl... —susurró en tono lastimero mientras sentía cómo comenzaban a empañarse sus ojos, vaticinando un lloro descontrolado; la negatividad sería reinante a lo largo de ese día.

—Es el empujón que necesitabas para buscar un trabajo de verdad, uno que te haga sentir valorada y que te ayude a crecer como persona. Ya verás como todo irá bien, Eva. Éste será el principio de tu nueva vida —la animó con una sonrisa resplandeciente, intentando que no se hundiera y viera las posibilidades que se le abrirían.

—Puf... —resopló levantándose para ir al baño y ducharse.

Daryl vio cómo entraba en el cuarto de baño, apática y pesimista, hundida por los acontecimientos. Eva era fuerte, pero no de hierro, aunque quisiera aparentarlo. Ella se merecía mucho más de lo que le estaba sucediendo; para empezar, un buen trabajo y, después, un novio que la valorase por cómo era en

realidad y no por la imagen que transmitía. Sabía que llamaba la atención de los hombres; sus rasgos españoles, su belleza rebelde y esa sonrisa descarada los volvía locos, pero o bien ella no quería nada con los susodichos o bien se fijaba en los tíos malos de la película, que sólo ansiaban llevársela a la cama para después no volver a verla jamás.

Salieron a la calle disfrutando del tiempo fresco que comenzaba a reinar en la ciudad, sintiendo la necesidad de caminar, de moverse, para poder eliminar aquel amargo tema que hacía sentir a Eva que seguía sin hallar su lugar en el mundo, ese que ansiaba alcanzar en un futuro inmediato. Sin proponérselo, y entre paradas para ver tiendas e incluso almorzar por el camino, llegaron al famoso parque Millennium. Se dejaron rodear por las personas que recorrían aquel lugar, por los turistas que se maravillaban con sus esculturas, por la magnitud de aquel paraje verde y por los deportistas que recorrían sin descanso su longitud.

—¿Ya vas a tocarlo? —preguntó Daryl al ver que Eva iba derecha a acariciar aquella escultura con forma de gota o habichuela (según se mirase), que reflejaba en su superficie lisa el paisaje tan característico de esa ciudad, su *skyline*.

—¡No lo puedo resistir! —reconoció ella deslizando su mano por el frío acero, tan brillante que se veía reflejada ahí, sintiéndose parte de él, casi eterna y medio real, haciendo que sus problemas fueran menos y disipando aquel malestar que sentía al ser consciente de que, de nuevo, todo volvía a complicarse. Era como si la vida le intentara recordar todos sus traspies y le hiciera volver a revivir lo que le hizo coger las maletas para huir de España...

Una pelota en forma de melón de color marrón cayó a sus pies; sonrió al ver que era de fútbol americano, un deporte muy extendido en aquel país. Lo cogió y buscó de quién era con la mirada. Al poco vio a un hombre sonreírle mientras corría hasta donde se encontraba.

—Perdona, mi amigo se ha entusiasmado con el pase —se disculpó, provocando que sonriera. Era castaño y tenía un increíble cuerpo que supuso lo trabajaba duramente todos los días.

—No te preocupes —dijo entregándole la pelota mientras era testigo de cómo el chico la miraba fijamente, sin dar indicios de tener intención de

volver allí donde estaban sus amigos esperando.

—Nos falta gente, ¿te animas a jugar?

—¿Te apetece? —le preguntó Eva a Daryl, que se había acercado hasta donde estaban.

—Ve tú, ya sabes que a mí no me va ese deporte —dijo él incitándola a que se fuera con ese desconocido—. Te animaré desde aquí.

Daryl vio cómo comenzaba a caminar al lado de ese hombre que había tirado adrede la pelota donde estaba ella para tener la excusa perfecta para iniciar una conversación, algo que le pareció una buena manera de que Eva comenzara a olvidar aquella absurda idea de tener que analizar y razonar algo tan imprevisible como era el amor. Se sentó sobre la hierba, contemplando los movimientos torpes de su amiga y los gritos y las carcajadas de ésta al ver lo mala que era jugando a ese deporte. Se estaba divirtiendo sólo con verla de aquella guisa: pegando saltos e intentando zafarse de esos hombres que pretendían robarle la pelota y llevarse, de paso, una sonrisa deslumbrante de ella.

—¿Daryl? —oyó a su espalda. Al girarse, se encontró con su hermano.

—¡Hola! —exclamó él levantándose para saludarlo. No iba solo; a su lado estaba Jack con su hijo Ryan, que llevaba puesta la camiseta de la última equipación con la que había jugado Owen—. ¿De paseo?

—Sí —susurró éste, dirigiendo su mirada a las risotadas de Eva, que había ido a parar al suelo después de ser derribada por el chico con el que había hablado primero—. Veo que tu amiga ya está mejor...

—Sí, aunque se ha levantado angustiada, sin recordar nada de lo que hizo anoche —confesó Daryl, contemplando cómo se levantaba y corría veloz hacia la pelota.

—Ya... —susurró su hermano sin poder apartar la mirada de sus movimientos, de cómo se movía su cabello suelto y de su sonrisa, sincera y abierta.

—Tío Owen —comenzó a decir Ryan mientras le cogía la mano para que éste lo atendiese—, ¿podemos jugar nosotros también con ellos?

—No, cariño —respondió Jack por él, ya que se había percatado de que Owen estaba mirando fijamente a Eva—. Todos son muy mayores y te podrían hacer daño.

—¡Yo también soy mayor! —vociferó el niño, cruzando los brazos y enfurruñándose en el acto.

Owen sonrió al oír aquella afirmación viniendo de un niño de tres años, pero sin poder apartar su atención de ella, algo que intentaba hacer, pero que no conseguía. Parecía tan distinta en ese momento, tan divertida y segura, tan auténtica, que se le hacía extraño que fuera la misma mujer que había sostenido en brazos la noche anterior. Era como si hubiese dos Evas y las dos lo crisperan irracionalmente, pero de manera distinta.

Después de levantarse del suelo de un placaje donde hubo mucho toqueteo por parte de ese tipo que no paraba de tropezarse con ella con cualquier excusa, al fin, sus miradas se encontraron casi como un destello, algo que cambió el semblante de Eva, e incluso su mirada, por otra más hosca y menos amigable. Apreció que se le congelaba la sonrisa de golpe al tenerlo delante y comenzaba a ponerse nerviosa, ya que sus movimientos no eran tan gráciles, sino más bien torpes. Esa mujer no sabía disimular, eso lo podía confirmar sin temor a equivocarse. Al poco, ese chico que había aprovechado ese juego para rozarse a la mínima con ella, se acercó a Eva para hablar, mientras señalaba a sus amigos, que comenzaban a recoger sus cosas, preparando su partida. Ella negó con la cabeza con una sonrisa encantadora y éste sacó su teléfono móvil para anotar su número... Con una mirada hambrienta dirigida a ella, de la cual Eva ni se percató, ese hombre se despidió mientras ella se acercaba a ellos, sin darse cuenta del repaso visual que le estaba lanzando aquel tipo, que la devoraba con la mirada y que había conseguido la manera de contactar con ella de una manera muy sencilla.

—Hola —los saludó cuando estuvo cerca, recibiendo la respuesta de todos—. Uy, ¿quién es este muchachito tan guapo?

—Soy Ryan y no soy un muchachito —replicó el niño, haciéndola sonreír mientras se agachaba para poder hablar con él frente a frente.

—Es cierto, perdone usted, caballero —respondió con seriedad—. ¿A quién tengo el placer de saludar? —le preguntó casi haciéndole una reverencia que hizo reír a carcajadas al pequeño.

—Me llamo Ryan, y tú eres un poco rara, ¿no?

—¡Ryan, eso no se dice! —le recriminó Jack, apurado por la sinceridad explosiva de su hijo.

—No te preocupes —le dijo Eva a Jack, para después dirigir de nuevo la mirada al crío—. A veces es mejor ser raro que aburrido, ¿no crees?

El pequeño comenzó a asentir, de acuerdo con ésta.

—¿Quieres jugar conmigo? —preguntó Ryan, ya que le había caído bien al

instante.

—¡Claro! Pero te aviso de que soy muy mala —contestó, incorporándose para empezar a jugar.

—Entonces, te enseñaré —dijo el chiquillo mientras la cogía de la mano y se la llevaba lejos de los hombres.

—Ryan, cinco minutos y nos vamos.

—¡Vale, papi! —exclamó, pasándole el balón a Eva, que lo cogió al vuelo mientras les guiñaba un ojo con gracia.

—Se le dan bien los niños —comentó Jack observando cómo comenzaba a hacer caras para que Ryan se riese ante sus cómicos movimientos.

—Eva es adorable —intervino Daryl con una sonrisa tierna dirigida a su amiga—. ¿Estás saliendo ahora con alguien, Jack? —preguntó de repente, sorprendiendo a los dos amigos.

—No, ¿por?

—Podrías pedirle una cita a Eva, seguro que aceptaría... Veo que tenéis muchas cosas en común —soltó, anhelando que a su amiga comenzara a sonreírle la vida... y Jack, de todos los amigos de su hermano, era el más cabal y el menos mujeriego.

—Ryan —dijo de repente Owen, alejándose de su hermano y de su amigo y acercándose al niño y a la chica—, vamos a demostrarle a Eva de lo que somos capaces los jugadores del Philadelphia Eagles.

—¡Sííí! —chilló el niño con entusiasmo al ver que iba a jugar con él.

Jack y Daryl se miraron extrañados. Era la primera vez, desde que ocurrió aquella fatalidad que lo truncó todo, que Owen jugaba a ese deporte al que había estado vinculado su día a día. Sin decirle nada, ya que no deseaban que se molestara y abandonara aquella idea, observaron cómo le daba instrucciones a Ryan y le decía a Eva cómo debía moverse para coger la pelota sin hacerse daño, con un tacto y una delicadeza a la que ya no estaban acostumbrados, y fueron testigos de ese entusiasmo innato en él, que los hizo sonreír con añoranza al vislumbrar por un instante su verdadero carácter.

—¿Cómo puede ser? —susurró Daryl, cada vez más perplejo pero también emocionado al ver a su hermano mayor sin aquella negatividad que lo acompañaba desde hacía más de un año, riéndose a carcajadas al ver cómo a Eva se le escapaba la pelota de una manera casi cómica.

—Pregúntale a tu amiga —murmuró Jack con una sonrisa, contagiándose por el buen humor que reinaba en aquel trocito de césped.

—Pero si se llevan fatal —replicó Daryl sin entender nada de aquello.

Jack sonrió, pensando que esa chica había conseguido, sin proponérselo, algo que llevaban intentando su familia y amigos: que se soltara y se divirtiera.

Poco a poco, gracias a la fama que había logrado Owen, las personas comenzaron a acercarse a ver en acción a su ídolo, pero éste sólo estaba pendiente del juego y de esa mujer que, a medida que transcurría el juego, comenzaba a reír cuando veía que le salía bien un pase o cuando veía a Ryan saltar de alegría por haberle robado el balón al famoso Baker, que se molestaba en broma por lo bien que jugaba el pequeño.

Eva sonreía, incrédula, al ver esa nueva faceta de él. Se notaba que le gustaban los niños; los trataba de una manera que era imposible no estar pendiente de cada palabra o cada mirada dirigida a Ryan. Parecía otra persona, una muy distinta al ser despiadado, duro e implacable que había visualizado esas semanas atrás.

—Siento mucho fastidiaros el juego —comentó Jack, al cabo de un buen rato, tras mucho más que los cinco minutos que le había concedido a su hijo, acercándose a ellos—, pero nos tenemos que ir, hombrecito.

—Jo, papi, yo quiero seguir jugando con el tío Owen y con Eva —protestó el crío, enfurruñado por tener que irse.

—Otro día, ¿de acuerdo? —le dijo con cariño a su hijo—. ¿Te vienes con nosotros? —le preguntó a Owen, quien se había percatado de pronto que eran el centro de atención del parque, algo que le disgustó y le hizo endurecer de nuevo el semblante. No deseaba ser de nuevo noticia...

—Sí —dijo acercándose a una agotada Eva, que se despedía con la mano del pequeño mientras le mostraba una amplia sonrisa—. Espero que no vuelvas a emborracharte como anoche —le susurró clavando sus ojos azules en ella.

—Te puedo asegurar que no —afirmó la chica con seriedad, temiéndose cualquier cosa por su parte.

—Si quieres verte, somos noticia en la mayoría de periódicos —añadió Owen con dureza. Cuando vio las fotos robadas de la noche anterior, poco le bastó para hacer trizas la prensa deportiva que había comprado esa mañana—. Aunque mereció la pena al ver cómo ronroneabas como una gatita pegada a mi cuello —susurró acercándose a su oído para que sólo ella lo oyese.

Eva abrió mucho los ojos, asombrada por aquella revelación, y sintió un

escalofrío, como si aquella frase traspasase su piel, erizándola, mientras Owen se separaba de ella y se alejaba de donde estaba, mostrando una sonrisa canalla y esa pose pretenciosa que era claramente su sello personal.

«¡Maldito el alcohol y malditos los hermanísimos famosos entrometidos y con memoria!», pensó Eva mientras Daryl se acercaba a ella.

¡Era horrible! Había pasado de ser una persona más en esa ciudad a ser la nueva conquista de Baker, número ochenta y siete de los Philadelphia Eagles, según la prensa sensacionalista. A las fotos comprometidas de Owen arrastrando por la calle a una muy ebria Eva se sumaron otras instantáneas jugando al fútbol en el parque. Ese inofensivo partidito había dado la vuelta al mundo, haciendo que ella tuviera que camuflarse con unas gafas de sol y una gorra, como si de una estrella del pop se tratara, ya que empezaron a pararla por la calle e incluso a perseguirla en su día a día. Aquello le estaba afectado de todas las maneras posibles, haciendo imposible la sencilla labor de repartir correo, ya que todo bicho viviente quería hacerse una foto con ella o sacarle una instantánea comprometida que vender o preguntarle por su supuesta relación...

—Bienvenida a Grupo 87, ¿en qué puedo ayudarla? —dijo la rubia recepcionista.

—Quiero ver a Owen Baker —contestó Eva al borde de la locura.

—Lo siento, pero el señor Baker ha salido hará una hora.

—Lo siento, pero no me lo creo —sentenció con furia.

—¡Eva! —dijo Jack, asombrado de verla allí.

—Hola, Jack. Quiero ver a Owen y vuestra empleada no me deja pasar —soltó malhumorada.

—Ha salido, no lo vas a encontrar en su despacho —la informó con una sonrisa—. De todas formas, ya que estás aquí, ven conmigo y hablamos —le propuso mientras la dirigía a su despacho.

—Puf... —resopló, cansada de aquel acoso y derribo que estaba sufriendo, mientras se sentaba en la silla que le señaló él nada más entrar en la amplia estancia.

—¿Cómo estás? —preguntó sentándose a su lado.

—Mal, ¿cómo voy a estar? Los *paparazzi* me persiguen a cualquier hora del día; de repente, hay varias revistas interesadas en que cuente mi no historia

con tu amigo y, encima, las personas que me reconocen quieren hacerse fotos conmigo creyendo que soy la novia de Baker —enumeró crispada, al borde de desquiciarse—. ¡Yo no quería todo esto, Jack!

—Lo sé, Eva. Owen es muy querido en este país y llevan deseando verlo con alguien desde que se truncó su carrera deportiva. Es normal que te hayan acogido con los brazos abiertos.

—Pero es que él y yo no somos nada. Son sólo dos casualidades sacadas de contexto —añadió desesperada.

—Lo sé. No te preocupes. Sé que ha ido a hablar con un periodista amigo suyo para aclarar este asunto —comentó con una sonrisa al ver lo exasperada que estaba por tener a la prensa pendiente de ella, algo que a Jack le gustó. Otra persona, en lugar de reaccionar como Eva, hubiese sacado partido de ese hecho para lucrarse.

—Menos mal, porque esto está afectando al único trabajo que me queda... —susurró, un poco más aliviada de que Owen al fin hiciera algo para detener aquella locura.

—Ahora mismo tenemos una vacante en el área administrativa; sé que tienes estudios superiores, pero he pensado en comentártelo por si te interesa —le explicó Jack con la intención de ayudarla.

—¿Y trabajar aquí? —inquirió arrugando el gesto.

—Sí —contestó entre risas al ver su reacción; parecía que le disgustaba incluso pensarlo.

—Ni de coña trabajo con tu amigo. Acabaríamos los dos tirándonos las sillas a la cabeza con cualquier excusa —rechazó la oferta Eva mientras negaba con la cabeza.

—No es tan malo como parece, te lo puedo asegurar —afirmó el, aguantándose la risa.

—Mi respuesta sigue siendo la misma, pero gracias, Jack.

—Como quieras. Es una lástima; Daryl me explicó que estabas buscando un nuevo puesto de trabajo más acorde con tus estudios.

—Sinceramente, me da igual volver a trabajar de camarera si con ello cobro. Los pocos ahorros que tenía están empezando a desaparecer...

—Entonces acepta este puesto. No tendrías que trabajar directamente con Owen, sino conmigo o con Clive.

—No podría, Jack. Sé que ésta es su empresa, aunque no trabaje directamente con él...

—Si cambias de opinión, éste es mi número de teléfono —dijo entregándole una pequeña tarjeta azul.

—Gracias... Bueno, me marcho.

—Piénsatelo, Eva —insistió Jack al ver cómo se levantaba.

Ésta sonrió, consciente de que la respuesta no cambiaría, aunque lo pensara. No iba a trabajar para Owen Baker, aunque ésa fuese la última compañía del planeta.

«¿Me alegro o dudo de mi repentina buena suerte?» se preguntó mientras bajaba las ochenta y dos plantas en aquel fabuloso ascensor, a la vez que oía aquella anodina música y le daba vueltas al hecho de que había conseguido, ¡al fin!, lo que tanto había deseado desde que pisó por primera vez esa ciudad. Justo el mismo día que fue a la empresa de Owen, aquella presión pública comenzó a menguar gracias al escueto y duro comunicado del exjugador para desmentir los rumores que lo unían a ella. Después, poco a poco, su vida volvió a una normalidad repleta de nervios y frustración al comprobar que no encontraba ningún puesto de trabajo, aunque le importaba muy poco tener que alejarse, una vez más, del empleo ideal, ese por el que había luchado tanto para obtener las notas más altas y sacarse la carrera a la primera. Simplemente se centró en conseguir un curro, pues debía pagar el piso en el que vivía, la comida y un sinfín de facturas que el banco no se demoraba en cobrar, aunque su cuenta comenzaba a bajar de cifra a una velocidad alarmante... hasta que recibió una llamada esa misma mañana, concretando una entrevista en una compañía ubicada en el mismo edificio en el que se hallaba Grupo 87; se trataba de un puesto bastante acorde con la rama que estudió, así que podría poner en práctica todo lo aprendido en sus años de universidad. ¿Coincidencia? Miró hacia arriba y vio cómo los números de las plantas iban descendiendo rápidamente mientras aumentaba su desasosiego. Cincuenta y cinco, cincuenta y cuatro, ¿y si era Daryl el causante de aquella entrevista que había pasado y gracias a lo cual había conseguido el puesto de trabajo? Cincuenta y tres, cincuenta y dos, ¿o, peor aún, y si era el hermanísimo de éste, que ansiaba hacer que ella se sintiera en deuda con él por alguna absurda idea de machito alfa venido a más? Cincuenta y uno, cincuenta... ¿Volvería a su piso sin saber la respuesta a esa duda que le carcomía por dentro? ¿Aceptaría ese

puesto si descubriría que no lo había logrado exclusivamente por sus aptitudes? En la planta cuarenta y nueve, el ascensor se detuvo para que entraran más personas, algo que aprovechó para apearse y esperar en esa planta para subir de nuevo, esta vez, a la planta ochenta y tres. ¡Necesitaba saber que él no tenía nada que ver para poder empezar a trabajar en aquel lugar!

—Bienvenida a Grupo 87, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó la rubísima recepcionista en cuanto la tuvo delante.

—Quiero ver al señor Baker —anunció Eva con seriedad.

—El señor Baker hoy no admite visitas —comentó como un mantra.

—Dígale que soy Eva y que él decida si quiere admitirme en su inmaculada empresa o no.

—Lo siento, pero no estoy autorizada a llamarlo.

—Mira, me lo estás poniendo muy difícil —bufó con tono cansando. Necesitaba hablar con él ¡y no iba a aceptar una negativa!—. A ver, descuelga el teléfono y me lo pasas. No hace falta que hables tú.

—Lo siento, señora, pero no puedo hacer eso.

Eva la miró incrédula, ¿le acababa de llamar «señora» en sus narices? ¡Pero si tendría un par de años menos que ella como mucho! Intentó serenarse, ya que la recepcionista simplemente estaba acatando órdenes —unas muy irracionales, pero órdenes al fin y al cabo—, desechando aquella manera en que la había llamado. «Señora», decía... Sin pensarlo previamente, dejándose llevar por esas ansias de cerciorarse de la verdad, comenzó a correr por aquel pasillo que cruzó el primer día para entregar un ficticio paquete. La rubia, entre alaridos guturales —ya que no se podían considerar gritos—, alertó a seguridad. Sabía que era una locura, pero ya había tomado la decisión y no podía dar marcha atrás. Delante de las últimas puertas de aquel pasillo, dudó por un instante sobre cuál debía de ser la de Owen y eligió la última, la más apartada, considerando que le pegaba estar alejado de todos. Abrió sin llamar y se encontró a una mujer encima de la mesa que presidía la estancia, con la falda subida a los muslos mientras se acariciaba el clítoris y se pellizcaba los pezones que había liberado por encima del sujetador de encaje, y a él de pie, delante de un gran ventanal, perfectamente vestido con un traje oscuro que combinaba con una camisa blanca con los dos botones desabrochados. Sus ojos azules la fulminaron sin compasión y ella se sorprendió a sí misma pensando en lo increíble que estaba en esos momentos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Owen al verla jadeante, con el cabello

alborotado por la carrera y los labios entreabiertos, sin dejar de mirar a la mujer y a él, en ese orden.

—Quería hablar contigo —contestó intentando aguantarse la risa, al ver a la chica tratando de componerse el vestido para que ésta no viera lo que le estaba enseñando a él con tanto interés. «Uy, que los he pillado en plena acción», se burló jocosa.

—Señor Baker —dijo la recepcionista, azorada y con timidez, mirando al suelo, sin tener el valor suficiente como para hacerlo a la cara—, se me ha escapado. Le he dicho que no podía pasar. Pero no se preocupe, acabo de llamar a seguridad para que vengan a sacarla del edificio.

Owen endureció el gesto, miró un segundo a la mujer que continuaba encima de su mesa, totalmente recompuesta, después a la recepcionista, avergonzada por aquella intromisión, y por último a Eva, que era testigo de aquella escena aguantándose la risa.

—No hace falta que venga seguridad. Llámalos para que no hagan el viaje en balde —murmuró con seriedad, haciendo que la recepcionista saliera de nuevo a la carrera del despacho para dar aviso—. Lo dejamos para otro día —siseó mirando a la chica de la mesa, quien, con mala cara, se bajó de ésta mientras se terminaba de arreglar el vestido.

—Cuando quieras, Owen —dijo con lascivia, clavando sus ojos verdes en Eva; ésta le sostuvo la mirada mientras le mostraba una sonrisa divertida.

—Veo que estabas terriblemente ocupado haciendo balances —comenzó a hablar Eva cuando la chica los dejó a solas, cerrando de paso la puerta.

—Hay muchas mujeres a las que no les hace falta beber litros de alcohol para ser cariñosas conmigo —le espetó, pretencioso, mientras se acercaba a ella con paso seguro.

—Parece que estás traumatizado por lo de esa noche. ¿Tan cariñosa fui que no puedes superarlo? —soltó Eva retándolo con la mirada—. Si es lo que dicen, cuando una española besa...

—No nos besamos —dijo interrumpiéndola.

—¡Menos mal! Si no, hubiésemos tenido un problema: tú enamorado de mí y yo de ti no —bufó teatralmente, haciendo que él endureciese todavía más el gesto.

—¿Has venido hasta mi despacho a hablar de esa noche, Eva? —preguntó displicente.

—¡Has empezado tú, Owen! —exclamó exagerando estar ofendida—.

Quiero saber si me has ayudado a conseguir un trabajo.

—¿Un trabajo? ¿Dónde? —inquirió enarcando una ceja.

—En el piso de abajo.

—Lo siento, pero no.

—¿De verdad? —insistió intentando frenar su alegría, ¡eso significaba que lo había conseguido por sí misma!

—Sí... No tengo ningún interés en ayudarte, Eva —susurró con voz grave y áspera.

—Pues es un alivio, en serio —confesó ella con una sonrisa—. Jack me propuso trabajar con vosotros y temía que, al haberme negado, me hubieses ayudado a encontrar este puesto.

—¿Jack te propuso qué? —soltó Owen al tener la primera noticia de aquello. ¡Jack no le había comentado nada de esa conversación!

—¿No lo sabías? —murmuró sorprendida; pensaba que la idea había sido de él y no de su amigo.

—No... —negó mirándola atentamente, pensando en la razón que había tenido Jack para proponerle un puesto sin contar siquiera con él. ¿Se habían visto más veces a solas o sólo era un caso aislado? Esas preguntas le hicieron ponerse de peor humor y la miró fijamente, mientras se humedecía el labio inferior con parsimonia, procurando dirigir aquella conversación por un camino más seguro para él—. Dime, ¿sigues ronroneando con todos los que te estrechan contra su cuerpo, Eva? —preguntó con una sonrisa pretenciosa, intentando desechar aquella extraña sensación al saber que Jack se interesaba por ella.

—¡Eres odioso, Owen Baker! —exclamó molesta mientras apretaba los puños, clavándose las uñas.

—Y tú, una inoportuna, Eva —replicó éste casi en un gruñido, tratando de encontrar una lógica a aquel malestar que sentía en esos momentos—. Ésta es la segunda vez que me interrumpes cuando estoy con una increíble mujer para atenderte. Dime, ¿lo haces adrede? ¿Tienes una alerta que te avisa cuando estoy a punto de follarme a una tía para venir y hacer algo que trastoque mi plan inicial? ¿De verdad te crees tan importante que tengo que dejar de hacer lo que esté haciendo para salvarte el cuello?

—Te recuerdo que tú fuiste el primero en hacer que yo volviera a casa sola y con la libido por las nubes. Y aquí el único que se cree el dios del universo,

salvador de todos los mortales, eres tú —comentó sin achantarse y clavando su fiera mirada en él.

«¡Dios, cómo me encanta que haga eso!», pensó Owen, disfrutando de aquella conversación.

—¿Y no te masturbaste? —añadió de repente, haciendo que ella se sorprendiera ante aquella pregunta. ¿Cómo habían llegado a hablar de ese tema?—. Si estabas tan cachonda, podrías haber liberado tensión con tus dedos —susurró Owen observando cómo la respiración de ésta comenzaba a tornarse más pesada al describirle aquella imaginaria escena.

—Eso a ti no te incumbe, como a mí tampoco me importa cuántas veces te la meneas pensando en la rubísima recepcionista.

—Jamás me he masturbado pensando en Judith —comentó sin dejar de mirarla atentamente; esa mujer era difícil de aturdir con sus continuas provocaciones y le fascinaba que fuera así.

—Pues seguramente ella sí que lo habrá hecho pensando en cualquiera de vosotros cuatro —replicó, haciendo que Owen se encogiese de hombros, pues le importaba muy poco lo que hiciera su empleada—: Los *macho men* de Chicago, donde van, arrasan con las bragas, y las mujeres debemos sucumbir a sus encantos por inercia —apuntilló Eva con sarcasmo—. Me marchó.

—¿Irrumpes en mi despacho, impides que me folle a esa mujer y te vas? —soltó de malas manera, acercándose peligrosamente a ella.

—Sí —confirmó con seguridad, aguantándole la mirada con estoicismo—. Llámala, seguro que está deseando volver a tu mesa para seguir masturbándose delante de ti —añadió con una sonrisita divertida mientras se daba la vuelta y salía de la estancia cerrando la puerta tras de sí.

Owen apretó los puños, se giró y propinó un fuerte golpe a la mesa, que retumbó con fuerza en su amplio despacho. Se manoseó el cabello y se acomodó la erección en su pantalón vaquero. Sí, esa mujer que había estado encima de la mesa se había masturbado delante de él, pero ni siquiera se había inmutado hasta que la vio aparecer, con las mejillas sonrosadas, la respiración entrecortada y su melena negra alborotada. Sólo al verla ahí, delante de él, imaginándose que ella se hubiese tocado, empezó a excitarse, y ver cómo se enfrentaba a él, cómo le respondía, lo enloqueció. Y lo peor de todo era que no se esperaba esa reacción irracional por su parte ante ella. Desde que se la encontró en el parque, jugando al fútbol americano, tan sonriente y genuina, cuando la provocó al recordarle cómo ronroneaba entre sus brazos —algo que

lo llevaba martirizando desde que ocurrió, reviviéndolo con mayor fuerza, su olor, su tacto, su voz y aquella petición somnolienta—, comenzó a evitarla y a obligarse a olvidarla, pensando en que eran dos personas que se odiaban en un mundo repleto de más gente. Pero a partir de entonces iba a trabajar justo en el piso de abajo, tan cerca de él que comenzó a ponerlo nervioso y también ansioso, sintiendo una especie de corriente que lo reanimó y de la que afloró una idea, provocada por aquella extraña conversación y ese juego peligroso que comenzaba a ser la relación que tenía con esa mujer. Llevaba dos semanas sintiéndose vacío, las dos semanas que había estado sin verla, y, de repente, se volvía a sentir activo y con ganas de todo. ¿Y si lo que necesitaba era un poco de diversión?

—Esta noche no estás muy hablador —le recriminó Jack después de haber intentado, sin éxito, que prestase un poco de atención a lo que le estaba comentando.

—Lo siento. Pero tú ves a por ella, no te preocupes por mí —dijo al ver el interés que tenía Jack por entablar conversación con una pelirroja que se lo comía con los ojos.

De pronto la vio aparecer, con unos pantalones negros que se adherían a su cuerpo y una blusa escotada dorada, provocando que a ese hombre que tenía al lado —el mismo que vio jugando con ella en el parque aquella tarde que sin pretenderlo se animó a jugar al fútbol— le resultase difícil mirarla a los ojos, ya que aquel canalillo atraía la atención de cualquiera. Sonrió divertido; se notaba que ella se lo estaba pasando bien y que quería acabar esa racha de sequía sexual, ya que sus movimientos gritaban a todo aquel que tuviera un par de ojos que ansiaba contacto físico.

Sus amigos y él llevaban en ese pub más de una hora, esperando su entrada —algo que evitó comentarles cuando se aseguró, gracias a Daryl, de dónde iría esa noche—, y en ese tiempo Clive y Brian habían encontrado plan y ya se habían marchado con sus respectivas conquistas (sus amigos no perdían el tiempo; cuando les gustaba alguien, iban derechos a por ella), y Jack comenzaba a conocer a una mujer mientras él, simplemente, miraba la entrada, absorto de todo lo que lo rodeaba, incluso de esas chicas que se afanaban, sin ningún éxito, en que les prestara atención.

Se terminó la copa y se levantó sin dejar de observar su risa mientras bailaba con ese tipo, cada vez más pegados uno al otro. Se fue acercando a ambos, pensando en qué cara pondría ella cuando lo viese y sintiendo como una descarga de adrenalina al saber que esa mujer era impredecible, ya que no tenía ni idea de cómo reaccionaría.

De repente sucedió, sus miradas se encontraron, y ella frunció el ceño al no saber qué hacía él caminando hacia ella. A pocos pasos de donde estaban, Eva

se dio la vuelta y se dejó abrazar por ese tipo que se había convertido en un pulpo, acariciando su cuerpo al son de la música y haciendo que Owen acelerase los pasos para alcanzarla.

—¡Al fin te encuentro! —exclamó Owen cogiéndola de la mano para arrastrarla a sus brazos y alejarla de los de ese hombre.

—¿Qué haces? —preguntó Eva sin entender a qué había venido eso.

—Perdona, pero ella viene conmigo —soltó el tipo, acercándose amenazante a él.

—¿Éste es el chico que has encontrado para realizar tu fantasía sexual?

—¿Cómo? —preguntó perplejo el aludido.

—¿No se lo has dicho, Eva? —planteó mientras negaba con la cabeza con cariño—. Mi chica está deseando que un hombre me la coma, pero tiene que ser uno de su elección, y parece ser que tú has sido el elegido.

—¡No digas tonterías! Eso es mentira, Ric.

—Ay, qué mona es, le da vergüenza admitirlo. No pasa nada, Eva, es algo muy normal hoy en día entre las parejas —dijo retorciéndole con cariño un moflete—. Pues nada, ¿nos vamos?

—Eh... —titubeó Ric mirando tanto a Eva como a Owen, que no soltaba a la española—. Lo siento, pero a mí me gustan sólo las mujeres.

—No le hagas caso, Ric. Este tío es un cretino al que le ha dado por hundir mis citas —afirmó, pero éste, simplemente, empezó a andar, alejándose de ellos.

—No te esfuerces, que ya lo he asustado —susurró en su oído aguantándose la risa. Eva se giró y lo miró con inquina.

—¿Qué te he hecho yo para que vengas a jorobarme mis citas? —inquirió malhumorada.

—Jorobarme las mías —replicó con seriedad.

—¡Eres insufrible! —exclamó con furia, dándose la vuelta para salir del local.

—Lo mismo te digo —declaró con una sonrisa divertida mientras la seguía hasta la calle.

—Y, ahora, ¿qué quieres? —preguntó al ver que la seguía muy de cerca en lugar de quedarse en el interior.

—Asegurarme de que llegas sana a tu casa.

—¿Y tú vas a la tuya o has quedado con la pajillera del otro día?

—¿Qué pasa si he quedado con ella? —inquirió aguantándose la risa; le

encantaba verla así.

—Pues que iría otra vez a romper el preciado momento. Ya sabes, ojo por ojo...

—¿Quieres que me quede en tu casa y sales de dudas? —susurró, mirándola de esa manera fría y distante, pero con una chispa gamberra y excitante.

—¿Es eso lo que quieres, Owen? —tanteó intentando encontrarle lógica a todo aquello.

—No, Eva. Sigues sin gustarme nada —informó retándola con la mirada.

—Qué alivio. Ya creía que estabas deseando meterme en tu cama —añadió Eva exagerando su tranquilidad.

—Ya te gustaría a ti que lo hiciera.

—Uy, no. Déjate, que ya voy bien servida de machitos que sólo piensan en ellos mismos, gracias —replicó Eva mientras abría el candado de su moto para sacar el casco.

—Veo que hoy has venido preparada.

—Las mujeres de hoy en día no somos princesas que esperamos ser rescatadas, Owen; si queremos la luna, la bajamos solitas, y eso es lo que voy a hacer ahora mismo —concluyó mientras se subía a la moto, se ponía el casco y salía disparada por la calzada, sin darle opción a que contestase, dejándolo aturdido al no entender muy bien lo que le había querido decir con eso.

Giró el vaso por la barnizada superficie, sin dejar de observar la puerta del mismo pub en el que estuvo la anterior noche, pensando en las posibilidades que tendría de volver a encontrársela e imaginándose su reacción cuando lo viese en el mismo sitio, dándole vueltas todavía a esa última frase que pronunció antes de marcharse en su moto, sin entender todavía lo que ésta le había querido decir. Había pasado aquel día lo mejor que había podido, haciendo lo que fuera para poder sentirse activo: salió a correr, comió con su madre y evitó por todos los medios ver la sección de deportes de la televisión, ansiando que se hiciera de noche y comprobando, estupefacto, que las horas no avanzaban. Era curioso cómo podía cambiarle la vida a una persona; antes siempre se quejaba de que no tenía tiempo para nada, corriendo continuamente de un lado para otro, y en ese momento le sobraba por doquier...

—¿A quién esperas? —preguntó Jack haciendo que Owen reparase en él.

—A nadie.

—Para no esperar a nadie, no paras de mirar hacia la puerta del local.

—Debo hacerlo de manera inconsciente —mintió, intentando disimular, para llevarse luego la copa a los labios y darle un trago a su bebida.

—Anoche te vi acercándote a Eva.

—¿Ahora me vigilas, Jack? —soltó Owen con seriedad.

—No, lo único que pasa es que me preocupo por ti y estás muy raro últimamente, más de lo normal. ¡Incluso tu madre me ha llamado esta mañana para preguntarme qué te ocurre! ¿Qué te pasa con esa mujer? A veces creo que te gusta y otras dudó de que sea así.

—No me gusta, Jack, y no deberíais preocuparos por mí.

—Entonces, si no te sientes atraído por ella, ¿por qué ayer conseguiste alejar a su cita para salir después juntos del pub?

—Es divertido; además, entre nosotros no ocurrió nada. Ella se fue a su casa y yo, a la mía.

—¿El qué es tan divertido?

—Fastidiar sus planes. Ella me los echa abajo a mí y yo le devuelvo el favor —informó con tranquilidad.

—Te gusta —afirmó mirándolo fijamente, procurando adivinar lo que le ocurría, algo que era bastante complicado, pues Owen era demasiado hermético.

—No, en serio. Si quieres hacerle caso a mi hermano y pedirle una cita, ve —soltó como si no le molestara que éste lo hiciera, aunque en su interior no sintiese precisamente tranquilidad al pensar en esa posibilidad—. Además, algo te tiene que gustar, ya que le propusiste trabajar con nosotros...

—No lo hice por esa razón, te lo aseguro. Es muy atractiva, pero sabes que a mí me va otro estilo de mujer... Sólo se lo comenté porque la vi desesperada y, al saber que estaba buscando trabajo, se me ocurrió ofrecérselo. Pero no lo aceptó; no quiere trabajar contigo —explicó Jack con calma—. Owen, he visto cómo la miras —añadió mientras negaba con la cabeza, sabiendo que él tenía razón y que su amigo no paraba de negar algo que caía por su propio peso.

—¡Te equivocas! Sería la última mujer en quien me fijaría, pero me divierte hacerla rabiar...

—¿Por qué no puedes divertirte haciendo otra cosa, como, por ejemplo, jugar al fútbol?

—No me apetece hablar de ese tema, Jack —indicó mientras cogía su copa y se parapetaba tras ella, endureciendo el semblante nada más oír el nombre de aquel deporte.

—Desde que sucedió aquello, no has vuelto a hablar de ese tema; creo que ya va siendo hora.

—No quiero, Jack. ¿Es que no lo entiendes? Toda mi vida ha girado en torno a ese deporte y ahora no puedo volver; aunque quiera con todas mis fuerzas, no puedo, y eso jode mucho —gruñó dejando la copa de malas maneras sobre la mesa redonda, haciendo que con su brusco movimiento parte del líquido ámbar salpicara la superficie.

—Pero evitarlo no va a hacer que te duela menos.

—Creo que ha sido mala idea venir esta noche. No estoy de humor —cortó esa conversación, levantándose de la silla.

—Ya vas a huir, como es costumbre en ti en los últimos meses —señaló con seriedad.

—Jack, céntrate en tus problemas y deja en paz los míos —rezongó apretando los puños, notando cómo la rabia lo cegaba.

—Soy tu amigo, me preocupo por ti.

—Nadie te ha dicho que lo hagas. Ve y conoce mujeres, como hacen Clive y Brian, y deja que me estelle solo —sentenció dándose la vuelta, para luego salir del pub malhumorado y ansiando gritar con todas sus fuerzas, además de propinar varios puñetazos a algo inmóvil.

Owen caminó con paso veloz hacia su coche, anhelando arrancarse aquella sensación de ahogo que siempre sentía cuando recordaba esa parte de su vida..., una que había sido dulce y gratificante y, ahora que no la tenía, se sentía desnudo, sin fuerza o motivación para seguir hacia delante. ¿Por qué se empeñaba Jack en sacar a relucir ese asunto? ¿No le bastaba con haber conseguido que volviera aun sin quererlo? Subió a su automóvil y apretó el volante con saña, observando cómo sus nudillos se tornaban blanquecinos y su frustración aumentaba. Era un asco sentir que su vida profesional había terminado para siempre. Era frustrante ver cómo hablaban de él en las noticias o en los programas de deportes como si estuviera muerto, como si ya no sirviera para nada, como si estorbara... Hizo rugir el motor de su Lamborghini y salió de ahí con rapidez, ansiando desprenderse de aquella sensación que le oprimía el pecho y le impedía ser el de siempre. Odiaba que los demás

sintieran lástima de él, que lo miraran como si fuera de porcelana, como si ya no existiera... Detuvo el automóvil y observó dónde se encontraba.

—¡Joder! —gritó con frustración al cerciorarse de que estaba en el parking del estadio de fútbol Soldier Field, donde jugó por primera vez hacía ya tanto tiempo que parecía demasiado lejano, como si hubiesen transcurrido cien años...

Se apeó del coche y comenzó a caminar por los alrededores, sintiéndose aún parte de aquel lugar que abandonó para irse a un equipo mejor y en el que permaneció muchísimos años como jugador profesional, creando su sueño partido a partido. Se sentó sobre la hierba que bordeaba el estadio —el cual se hallaba en el interior del parque Burnham—, cerrado a esas horas, observando el cielo estrellado y maldiciendo su mala suerte en aquella tarde donde todo se truncó para siempre... Un mensaje instantáneo rompió aquel silencio, lo leyó y sonrió. Daryl acababa de entrar en el pub que había dejado hacía una hora y, según Jack, lo acompañaban un hombre y Eva... Se levantó y deshizo el camino hasta su coche. No entendía la razón de aquello, pero lo único que le hacía sonreír era la manera que tenía Eva de enfrentarse a él; era una mujer que no lo miraba como si estuviera roto, sino con descaro y valentía, un igual en aquella batalla que se habían inventado, alguien que lo llenaba de vida y no le hacía recordar su pasado...

Nada más entrar en aquel local de moda, la vio. Estaba riendo a carcajadas, colgada del cuello de Daryl mientras Nathan los acompañaba. Owen se acercó a su amigo, que se encontraba en la misma mesa en la que lo había dejado, pero en aquellos momentos había dos mujeres, una muy pegada a él y la otra mirándolo fijamente a medida que se acercaba.

—Perdona por lo de antes —susurró Jack cuando éste se sentó a su lado.

—No te preocupes, tranquilo —respondió sin perderse los movimientos de ella, cómo bailaba o cómo reía, ajena a su presencia—. Sólo están mi hermano y el novio de éste.

—¿Ése es el novio de Daryl? Creía que había venido con Eva —comentó Jack como si nada—. Mira, Owen, te quiero presentar a Lindsay y a Coralia —añadió, señalando a las dos mujeres con las que se encontraba.

—Eh, sí, ¡hola! —dijo observándolas un segundo para después volver su atención a Eva, algo que hizo sonreír a Jack.

—Coralía estaba deseando conocerte en persona —volvió a la carga Jack, consciente de que su amigo ni siquiera se había fijado en ella.

—Pues ya me conoces —replicó mirándola a la cara: rubia, guapa, con un para nada discreto escote... Parecía sacada de un número de *Playboy*.

—Eres mucho más guapo en persona —susurró Coralia con un tono de voz muy sugerente que lo hizo sonreír.

—Me lo dicen mucho —indicó sin dejar de sonreír.

—Viene hacia aquí —le susurró Jack a Owen, instándolo a que siguiera hablando con esa mujer.

Owen disimuló una sonrisa, esperando la llegada de Eva, que no tardó en aparecer. Venía con paso seguro, haciendo balancear su alta coleta y trastabillándose con sus tacones. Aún no entendía qué hacía utilizándolos, se notaba que no sabía andar con ellos. Se posicionó delante de la mesa que ocupaban los dos amigos. Jack simuló sorpresa y Owen intentó no prestarle atención, simplemente para saber de qué era capaz la española, y comenzó a darle pequeños besos a Coralia en el cuello, haciendo que la rubia pensara que había conseguido ligarse al famoso exfutbolista.

—Hola, Eva —la saludó Jack con una amplia sonrisa.

—Jack —respondió con la mirada clavada en Owen—. Señor Baker, le he repetido mil veces que, si bebe, la medicación contra aquel virus tan contagioso que le estamos tratando no hará efecto —lo riñó con seriedad, provocando que la rubia la mirase con atención, frunciendo ligeramente el ceño.

—No le hagas caso, es una mujer despechada —comentó Owen sin inmutarse, acercándose todavía más a ella.

—Una de las contraindicaciones es eludir la realidad. ¿Cuántas copas ha tomado? —preguntó dramatizando el tema.

—Por lo menos tres —afirmó Jack con seriedad, siguiéndole el juego.

—¡Por favor! —exclamó escandalizada por aquella información—. Tiene que venir conmigo ahora mismo para poder llevarlo a la unidad de contagiosos del hospital, y usted, señorita, deberá hacerse unos análisis lo antes posible, por si le ha pegado la *creididitis* aguda —comentó con total convicción, como si aquella enfermedad no se la acabara de inventar sobre la marcha.

—Ay —ahogó un grito aquella mujer, levantándose del asiento y cogiendo a su amiga para salir de allí lo antes posible, asustadas por el inminente contagio.

—Perdona, Jack, no quería fastidiarte la noche —dijo Eva al comprobar

que su mentira lo había afectado también.

—No te preocupes. Ver la cara que se le ha quedado a Owen ha valido la pena —soltó Jack entre risas.

—¿Con que *creididitis* aguda? —repitió Owen levantándose de la silla para tenerla enfrente.

—Sí, y deberías mirártelo bien, porque es una enfermedad muy mala que deja inflado el ego de tal manera que nadie se quiere acercar —detalló Eva con una sonrisa divertida—. Bueno, os dejo a solas. Tengo que buscar un ligue para esta velada y, ¡quién sabe!, a lo mejor esta noche ronroneo —agregó mientras se daba la vuelta y se alejaba de ellos.

—Ten cuidado, Owen —le recomendó Jack al comprobar la sonrisa que se le había quedado a éste, que no dejó de mirarla hasta que volvió con su hermano y el novio de éste.

—¿Por qué?

—Porque estáis jugando con fuego y ninguno de los dos es consciente de ello.

—No nos gustamos, Jack; es más, nos aborrecemos —le aclaró Owen sin dejar de mirarla y sin poder borrar de su rostro aquella sonrisa burlona al presenciar lo que ésta había conseguido. Era una rival a su altura y eso le encantaba.

—Claro —susurró Jack negando con la cabeza, dándose cuenta de cómo le cambiaba el gesto cuando ella estaba delante. Era como si reviviera, haciendo que vislumbrara un poco cómo había sido él siempre: un canalla divertido a quien le chiflaban la juerga y las mujeres.

Estaba nerviosa; comenzar en una empresa nueva siempre es motivo para sentirse así, pero en aquella ocasión, además, era distinto: ¡al fin había llegado su gran oportunidad! El día anterior prácticamente se lo pasó en su piso; estaba cansada de haber salido dos noches seguidas y de tener que ver siempre al mismo personaje —con esos aires de suficiencia y ese halo de seducción innatos en él—, que no la dejaba en paz. ¡A donde fuera, ahí estaba Owen Baker controlando sus pasos! Era un incordio de hombre, pero le había dado su merecido... ¡Todavía se reía al recordar su cara cuando ahuyentó a esa mujer!

Disfrutó como nunca de la soledad de su apartamento, de un maratón de series y de aquel libro que llevaba tiempo queriendo coger. Vio a Daryl al mediodía, cuando éste le comentó que iban a almorzar —él y Nathan— a casa de su madre, algo que alegró a Eva. Eso era lo que necesitaba su amigo: sentirse como siempre, ¡pero siendo él mismo! Por la noche, pero ya a unas horas bastante indecentes, oyó cómo Daryl llegaba a su piso con su chico, parecían inseparables, y Eva, tumbada en su cama, sonrió con dicha: por lo menos uno de los dos había encontrado el amor.

Se despertó muy temprano aquella mañana, antes incluso de que sonara la alarma, ansiando prepararse y empezar a trabajar. Se puso su falda negra preferida y una camiseta lencera blanca, zapatos de tacón y una americana. Se ató el cabello en una alta coleta y se maquilló a conciencia, ¡quería dar una buena impresión! Después de desayunar, se montó en su moto —con una práctica muy estudiada que consistía en elegir siempre faldas no muy estrechas, para poder subirse a ésta sin enseñar nada—, arrancó y enfiló directamente al corazón de Chicago, recordando todavía cómo sus compañeros de la empresa de reparto se despidieron de ella el último día, deseándole que le fuera bien en su nueva andadura profesional.

Estacionó la moto en el parking subterráneo del que disponía el edificio y subió las ochenta y dos plantas sintiendo que el corazón se le salía del pecho.

Al llegar, la secretaria —con una timidez rozando la caricatura— la hizo pasar al despacho de su jefa, que la saludó con una sonrisa, mostrándole el carisma que tanto le gustó en su entrevista —esa mujer se había hecho a sí misma y a Eva eso le gustó en el acto—, y le mostró donde trabajaría a partir de ese momento: un pequeño despacho al lado del suyo.

El primer tercio de la mañana transcurrió rápidamente; tenía mucho que aprender y aquello le estaba encantando. Volver a lidiar con los números, ver cómo cuadraba todo con sus operaciones, le resultaba casi placentero. El sonido del teléfono de su pequeño despacho la hizo sobresaltarse; lo cogió con miedo mientras se lo acercaba a la oreja.

—Eva Romero —dijo a modo de saludo.

—Eva, soy Josephine —su jefa—; se me ha olvidado decirte que tienes una hora libre para almorzar y que puedes disponer de ella cuando tú quieras.

—Gracias, Josephine —dijo observando las paredes desnudas y blancas de aquel reducido espacio, pensando en darle un toque más acogedor a aquel lugar donde iba a pasar muchas horas a partir de ese día.

—Cualquier duda que tengas, me puedes llamar a mí o a Brigitte —añadió ésta refiriéndose a la secretaria de aquella empresa.

—Claro, muchas gracias.

La llamada finalizó y sonrió mientras devolvía el teléfono a su base. Era cierto que se trataba de una agencia de publicidad muy pequeña —sólo trabajaban allí ellas tres por el momento—, pero eso no le importaba en absoluto, pues tanto le daba que la empresa tuviera o no un gran nombre, sino trabajar en algo que le gustaba, y llevar las cuentas y los presupuestos de dicha compañía era el mejor trabajo que había tenido hasta entonces.

Cuando el hambre la alcanzó, se levantó y se dirigió hacia la salida, donde se encontró a Brigitte —una muchacha tímida y enclenque, con un maravilloso cabello pelirrojo y un rostro fino con forma de corazón y lleno de pecas—, observando de una manera bobalicona a Owen, mientras éste le sonreía de una manera que podría ser considerada ilegal y prohibitiva para la lucidez de las mujeres, sobre todo si acompañaba ese gesto con esa camisa blanca —¿cuántas camisas blancas tendría en el armario?—, que realzaba el tono de su piel, y esos pantalones de vestir que parecían hechos a medida y que se amoldaban de una manera indecorosa a sus fuertes piernas y su duro trasero... «Eva, ¡céntrate!», se recriminó al ser consciente de que lo estaba repasando sin ningún disimulo. El hermanísimo estaba de muy buen ver...

—Hola —saludó Eva con notable indiferencia, como si no le hubiese hecho un escáner previo e incluso podría decirse que babeado con ciertas partes de su formidable anatomía, mientras se acercaba y veía cómo Owen se apoyaba, seductor y un poco presuntuoso, sobre el alto mostrador, provocando que la secretaria se pusiera todavía más nerviosa al tenerlo a tan pocos centímetros de ella—. Brigitte, voy un momento abajo a almorzar.

—Cla-claro —contestó la secretaria, totalmente obnubilada por la presencia de ese hombre, que incluso la hacía tartamudear. «¿En serio, Brigitte? Sí, está bueno, pero es un patán que se cree irresistible», pensó Eva, consciente del efecto que tenía ese hombre en las demás mujeres, algo que le ocurría a ella cuando Owen no abría la boca; cuando lo hacía, cambiaba de opinión drásticamente—. Aquí hay un pequeño comedor, por si te apetece almorzar en él.

—Mañana lo utilizaré, hoy no me he traído comida —indicó sintiendo la mirada socarrona de él, que la estudiaba de reojo—. Ahora vuelvo —avisó para después salir de la oficina y dirigirse al ascensor.

Oprimió el botón y esperó a que el ascensor llegase mientras se alisaba la falda y barajaba las posibilidades que tendría para almorzar algo nutritivo y no muy caro, recordándose que esa misma noche se prepararía algo para comérselo en la oficina y así ahorrar unos cuantos dólares; hasta que cobrase su primer sueldo, tenía que ajustarse a sus escasos ahorros. Al poco, sin ni siquiera verlo, pero sí sintiéndolo —su presencia lo llenaba todo y la ponía muy nerviosa, algo que no entendía—, Owen se colocó a su lado. El ascensor llegó y ambos se introdujeron en él; no había nadie más en aquel reducido espacio.

—Voy a la planta baja —informó Eva mientras oprimía el botón correspondiente, figurándose que él querría ir a su oficina.

—Yo también —anunció en tono insolente.

—¿Hoy no tienes nada que hacer, Owen? —preguntó Eva sin poder contener su lengua. ¡Y eso que se estaba mentalizando para no pronunciar palabra alguna!

—He conocido a la pelirroja que trabaja contigo, creo que ya me merezco un descanso.

Eva lo miró perpleja. ¡Qué morro tenía!

—Espero que te portes bien con ella y no juegues con sus sentimientos —lo advirtió, intentando amedrentarlo un poco. Conocía poco a Brigitte, pero se

notaba que era un alma cándida que se dejaba cegar por el guapo de turno; en ese caso, ese hombre que tenía delante, guapo hasta decir basta, pero también un creído de tomo y lomo.

—¿No vas a interferir tú para que eso no ocurra? —preguntó Owen altanero, ansiando divertirse un poco.

—No —contestó Eva con decisión—. Ya estamos en paz —le recordó con una amplia sonrisa, mientras balanceaba su coleta, pizpireta.

—En paz —repitió extrañado de que aquello le molestase tanto.

—Sí —confirmó mientras veía cómo el ascensor se paraba en otra planta para que subiera más gente.

—Ya... —susurró Owen meditabundo, echándose para atrás para que las personas pudieran entrar, mientras se aproximaba al cuerpo de Eva, que hacía lo mismo para dejar espacio suficiente a los demás.

Un hombre trajeado y con una horrible corbata estampada que a Owen le chirrió se acercó a Eva y le sonrió; ésta le devolvió el gesto, provocando que el exjugador de fútbol hirviera de rabia. Miró a su alrededor; había varias mujeres pendientes de sus movimientos, de si las miraba o no, excepto Eva, que estaba coqueteando —¡en sus propias narices!— con ese tipo con un claro pésimo gusto para las corbatas. Si él quisiera, podría tener a cualquiera de esas mujeres que lo miraban con deseo, pero no era lo que quería... Tragó saliva intentando relajarse; el juego había terminado según ella, Eva no movería un dedo si él intentaba algo con otra mujer y, por ende, él tampoco debía hacer nada si ella se fijaba en otro hombre. Cambió el peso de una pierna a otra, rozando con toda la intención el cuerpo de Eva, sintiendo cómo una corriente eléctrica lo recorría por completo al hacerlo. Bufó desesperado al ver que ésta seguía pendiente de sonreírle a ese tipo, ignorándolo a él por completo. ¡Él era Owen Baker, por el amor de Dios! Todas las mujeres de ese ascensor estarían más que contentas de que posara sus ojos en ellas; en cambio, Eva lo obviaba deliberadamente, como si no la afectara su presencia; es más, parecía que la molestaba...

El delicado sonido del timbre del ascensor avisando de que había llegado a la planta baja hizo que todas las personas abandonasen el habitáculo. Aquel hombre que se había fijado en Eva le hizo un ademán bastante antiguo pero muy caballeroso de que pasase primero. Ella —¡aceptándolo con una sonrisa! — pasó delante, dejando a Owen boquiabierto. ¡Eva no era de ese tipo de mujeres! La siguió muy de cerca, ya que ese hombre y ella empezaron a

caminar juntos, como si se conocieran de toda la vida o, peor aún, como si se hubiesen gustado...

—¿Trabajas aquí? —preguntó aquél.

—Sí, hoy es mi primer día.

—Me llamo Kevin —se presentó, tendiéndole la mano, que ella no dudó en estrechar con alegría—. Iba ahora a almorzar. ¿Tienes planes o aceptas comer con un compañero de edificio?

«Das asco, Kevin», pensó Owen al observar las malas artes de seducción de éste. «Ahora viene cuando Eva te planta cara y te deja descolocado», se dijo mientras esperaba la contestación de ésta.

—Claro, será un placer —aceptó ella, haciendo que Owen apretase los puños con rabia al sorprenderle aquella réplica por parte de la mujer en lugar de hacerle algún aspaviento para quitárselo de encima—. No conozco a nadie y me vendrá bien desconectar un poco —añadió saliendo del edificio.

—Aquí al lado hay un restaurante maravilloso donde sirven la mejor carne de Chicago.

—Que la mesa sea para tres —intervino Owen, posicionándose al lado de Eva y autoinvitándose a aquel almuerzo.

—Eh... ¿Lo conoces? —preguntó Kevin, impresionado por el hecho de que el famoso jugador de fútbol quisiera comer con ellos.

—Sí —susurró con desgana—. Pero, Owen, me has dicho que estabas desbordado de trabajo y que no te daba tiempo de almorzar —soltó con dureza, para que se diera cuenta, de una vez por todas, de que ella no deseaba compartir mesa con él.

—Para eso soy el jefe —murmuró canalla, mostrándole una de esas sonrisas que haría babear a cualquier mujer a mil kilómetros a la redonda, e hizo que Eva alzara la mirada al cielo azul, tratando de calmar su malestar.

—Espera —añadió Kevin al mirarla fijamente—, ¿tú eres la chica que salió con Baker en las portadas de las revistas?

—Pero no estamos juntos —masculló ella entre dientes, intentando frenar su disgusto al recordar aquel episodio que la persiguió durante más de una semana—. Ya lo desmintió él.

—Es verdad... —farfulló el hombre al recordar aquel comunicado que salió en toda la prensa escrita y televisiva—. Bueno, no todos los días come uno con un famoso.

—¡Claro! —exclamó Owen al salirse con la suya y ver la cara de fastidio

de Eva.

Ésta lo fulminó con la mirada, pero él simplemente la obvió, posicionándose en medio de los dos y convirtiéndose en el hombre más hablador y amable del planeta. «¡Patrañas!», pensó Eva pasando al interior del restaurante y siguiendo al camarero, que les había adjudicado una mesa, sabiendo que sería absurdo marcharse de allí y dejar a los dos hombres solos. Tenía hambre y muy poco tiempo para almorzar.

Comió escuchando la conversación soporífera de dos amantes del fútbol americano; entre mordisco y mordisco, maldijo de varias maneras a ese hombre que se había propuesto fastidiarle la existencia simplemente por el placer de verla perder los nervios. Después de que éste pagara el almuerzo — con el consiguiente enfado de Eva al ver que la estaba invitando—, se marcharon de nuevo al edificio donde trabajaban.

—Muchísimas gracias por la comida —le agradeció Kevin en el papel perfecto de fan cegado por su ídolo—; me ha encantado poder conocerte mejor y que me firmaras un autógrafo para mí y otro para mi sobrino.

—No hay de qué —comentó Owen haciendo que Eva apretase los dientes en una falsa sonrisa al comprobar lo bien que se llevaban esos dos.

—Os dejo, me están esperando. —Ya estaban en el vestíbulo, y Kevin señaló hacia donde había varios hombres y mujeres perfectamente trajeados—. Ha sido un placer, Eva.

—Sí, claro —bufó ésta dirigiéndose al ascensor, harta de tanta pelotería por parte de aquel fan del fútbol americano.

—Espérame —pidió Owen subiendo en el ascensor y colocándose justo al lado de ella.

—Te lo has pasado pipa, ¿eh? —soltó enfurruñada mientras veía cómo la puerta del elevador se cerraba, haciendo que subieran ellos dos solos.

—Bueno, no ha estado mal —admitió apoyando la espalda en una de las paredes del cubículo, en una pose tan chulesca que a Eva le cayó todavía peor de lo que ya le caía.

—De verdad, Owen, ¿no te entiendo! Ya sabes que no voy detrás de tu hermano para birlarle el dinero, pero, aun así, aquí estás, jorobándome la existencia. ¿Qué te he hecho para que no te despegues de mí ni con agua hirviendo?

—¿Por qué tú no me miras como las demás? —preguntó acercándose un poco más a ella, sintiendo de nuevo aquella electricidad que había

experimentado al rozar su cuerpo con el de ella cuando bajaron a la calle.

—Supongo que no me dejó obnubilar por esa fama que tienes —contestó como si ella no percibiera aquella atracción, aquel anhelo sexual que los envolvía en una nube densa de la que era imposible escapar.

—Pero utilizas mi camiseta para dormir... —susurró con voz ronca y rasgada, haciendo que Eva se irguiera dispuesta a batallar con él. ¡Dios, cómo le gustaba verla así!

—Es cómoda; además, hasta hace poco creía que era de tu hermano —replicó sin dejar por un segundo de retarlo con su mirada oscura, provocándolo de una manera que jamás pensó que le desafiaría nadie.

—Me irritas, me descolocas, pero hay algo que me empuja hacia ti —confesó Owen dando otro paso hasta ella y haciendo que Eva se apoyara en una de las paredes del ascensor, intentando escapar de aquel anhelo que a éste lo atraía hacia ella.

—Pues dile a ese *algo* que se esté quietecito, porque a mí estos juegos no me gustan; es más, me ponen de muy mal humor —concluyó con dureza, tratando por todos los medios de no dejarse influenciar por aquella tensión sexual.

—¿No te resulto atractivo, Eva? —inquirió casi en un susurro, sintiendo cómo las yemas de sus dedos le cosquilleaban, ansiando rozar su piel, sentirla un poco más cerca.

—¿Por qué quieres resultarme atractivo, Owen? —soltó aguantándole la mirada, esa tan intensa que comenzaba a hacer flaquear sus fuerzas.

«Sí, Owen, estás para hacerte un homenaje, o dos, pero no me lo oírás decir», pensó Eva procurando aparentar frialdad, aunque era difícil cuando un hombre como él la miraba de esa manera tan provocativa, cargada de tanto deseo que era imposible no intentar escapar.

—¿Por qué no viniste ayer a almorzar a casa de mi madre? —planteó cambiando de tema.

—Porque no pinto nada ahí. Daryl fue con Nathan; él es su novio, yo sólo soy su amiga y vecina.

—Pero fue aburrido; nadie tiró nada ni tosió a punto de ahogarse —dijo apoyando una de sus manos en la pared donde ella se encontraba, acercándose un poco más y haciendo que ella contuviese la respiración.

«Eva, céntrate, por favor. Él no te conviene. Él sólo quiere follarte de mil maneras posibles para después pasar de tu cara. Joder... Debe de hacerlo de

vicio...», pensó, sintiendo cómo vacilaban sus fuerzas.

—No soy la payasa de nadie y mucho menos la tuya —replicó con una dureza que no sentía, sin ni siquiera parpadear, diciéndole más con la mirada que con las palabras.

—Pero a veces eres muy graciosa, sobre todo cuando empiezas a tropezarte sin parar.

—¡Eso es porque me pones nerviosa! —exclamó malhumorada. Odiaba que aquel hombre la pusiera tan histérica que no atinaba ni con sus pies ni con palabras. ¡Como en ese momento! Si se fijara en sus piernas, vería que estaba temblando, pero no porque tuviera miedo, sino porque su influencia, esa manera de mirarla o hablarle, la hacía temblar, le hacía sentirse distinta...

—¿Te pongo nerviosa? —quiso saber él mientras se acercaba un poco más a ella, haciendo que ésta pudiera sentir su cálido aliento con un delicioso aroma al café que acababan de tomar.

«Joder... Eva, por favor, recuerda que es un patán venido a más. No te dejes obnubilar por su cara bonita, ni por ese cuerpazo de infarto que tiene, ni por esos ojos que te están llevando por el camino de la amargura todas estas semanas, ni por esos labios que se tensan, juguetones, dispuesto a llevarte al nirvana varias veces consecutivas», se recordó mentalmente, intentando no caer en esa red de seducción que Owen tan bien sabía tejer.

—¿Otra vez con la preguntita y ese tonito de «soy guapo y lo sé»? —bufó retándolo con la mirada. Desechó de un plumazo todo lo que sentía en esos instantes y se centró en salir de allí indemne y, a ser posible, con la ropa interior en su sitio.

—¿Te parezco guapo, Eva? —volvió a la carga él, desesperándola todavía más.

¡¿Cómo se lo tenía que decir para que lo entendiera?!

—Me pareces un incordio, Owen. Pero uno grande y persistente, casi del tamaño de este rascacielos, que no se da por aludido y que no entiende que, a mí, estos encontronazos de machito poderoso no me van —soltó con dureza, haciendo que él sonriera clavando la mirada en sus labios, de una manera tan tentadora que ella empezó a dudar de que se atreviera a besarla, ya que su mirada, su cuerpo, se lo estaban gritando de una manera casi ensordecedora y ella..., ¡ella no era de piedra y se lo estaba poniendo realmente difícil para negarse!

Su mirada, su cálido aliento y su cuerpo le gritaban que se acercara a él, que fuera ella quien diese ese paso que lo liaría todo y que le haría dudar aún más si cabe de su capacidad para elegir a un buen chico, pero, por fortuna —o no, dependiendo de cómo se mirase, ya que la temperatura de aquel reducido espacio estaba a punto de ebullición y a Eva se le habían acabado las fuerzas para resistirse a ese hombre—, las puertas del ascensor se abrieron al alcanzar la planta de Eva, ésta lo apartó con descaro posicionando su mano en el compacto torso de éste —¡menuda tableta de chocolate pudo sentir bajo sus yemas!—, lo miró forzando expresar un desagrado que no sentía, diciéndole con la mirada que aquello jamás sucedería, aunque tuviera que recurrir a toda el agua fría de Estados Unidos para mantenerse en su sitio, y salió de allí con paso firme, aunque un pelín torpe: los tacones o la presencia de Owen siempre la hacían trastabillar y eso la ponía de peor humor. ¡Odiaba demostrarle que podía ser vulnerable! Él la miró con una sonrisa mientras las puertas se cerraban y subió a la última planta pensando que aquello se le estaba escapando de las manos, pero, a la vez, sintiéndose vivo y expectante por descubrir qué ocurriría en la siguiente ocasión en que se la encontrara de una manera poco casual...

—¿Dónde estabas? —preguntó Jack al verlo aparecer por la oficina.

—Me estaba distraendo por el edificio —informó con una sonrisa socarrona.

—Tenemos que hablar —planteó con seriedad su amigo, y caminó hacia su despacho, consciente de dónde había ido; tenía sus fuentes y eran de fiar.

Owen lo siguió mientras sonreía divertido. Jack siempre había sido la cabeza pensante, el que lo había ayudado a invertir su fortuna mirando al futuro, algo que le agradeció al nombrarlo subdirector de dicha empresa. Al entrar, se sentó y observó cómo Jack, antes de situarse delante de su mesa, cogía el teléfono.

—Judith, por favor, dile al señor Daniels y al señor Hugles que vengan a

mi despacho —comentó con voz dura para después finalizar la llamada y sentarse en su sillón.

—¿Para qué has llamado a Clive y a Brian? —preguntó Owen sin entender qué estaba tramando su amigo, pero éste no le contestó; simplemente esperó a que llegasen los otros.

—Joder, ¿tenemos reunión general y no me avisas con tiempo para contratar a unas *strippers*? —soltó Clive entrando seguido de Brian.

—No estamos ahora para gilipolleces, Clive —bufó Jack de manera brusca—. Sentaos.

—¿Qué ha pasado, Owen? —preguntó Brian, sorprendido de la rudeza de su amigo.

—Ni idea —susurró él, pendiente de Jack y de ese mal humor que pocas veces sacaba a relucir.

—Gracias a que Owen creó esta compañía, llevamos trabajando en ella diez años. En todo este tiempo hemos luchado para que creciera como lo ha hecho, llegando a ser una de las más importantes y que más facturan de Chicago, gracias a nuestros diseños vanguardistas y a la eficacia en nuestros proyectos... —comenzó a decir Jack—. En estos diez años, Owen, te has desvinculado de todo lo que atañía a esta organización, de las decisiones importantes y de cómo iban los números, simplemente confiándonos esa tarea a nosotros, tus amigos...

—Estaba bastante ocupado como para hacerlo, Jack —le recordó Owen sin entender por qué le decía eso en ese momento—. Además, para eso estabais vosotros. Yo puse el capital, y vosotros, la mano de obra.

—Lo sé, por eso no te he dicho nada antes, pero ahora... Llevas más de un año sin hacer absolutamente nada en tu vida. ¡Nada! —exclamó con dureza—. Sencillamente vas sintiendo autocompasión por las esquinas, doliéndote de todo lo que te ha sucedido. Sí, Owen, es una putada lo que te ocurrió, pero estás vivo, ¡joder! Da gracias por ello y sigue adelante.

—No empieces, Jack —intervino mordaz al sacarle a relucir aquel tema tan escabroso que lo hacía sentir indefenso; aun después de haber pasado tanto tiempo, era como si le hubiese sucedido ayer.

—¡Quiero que reacciones de una puta vez, Owen! Quiero que te involucres en tu empresa, quiero ver que haces algo que no sea pasear como un león enjaulado o molestar a Eva —añadió levantando la voz, como si le molestase que hiciera tales cosas.

—¿Ya has hablado con ella? Joder, eso sí que es tener buena relación y lo demás son tonterías —farfulló, enfadado por el hecho de que éste tuviera tan buena comunicación con ella, algo de lo que él no gozaba, y eso que lo intentaba con bastante ahínco...

—No he hablado con ella, Owen, pero se te ve más sonriente y eso sólo lo ha conseguido ella en todo este tiempo —alegó con rotundidad, esclareciendo sus dudas.

—Está trabajando en este mismo edificio, ¿verdad? —inquirió Brian—. Ya me he enterado por ahí de que varios quieren intentar salir con ella. Es que tiene algo... No es una belleza impactante, sino más bien tiene algo que llama la atención...

—Eva juega en otra liga, chicos —anunció Clive con rotundidad—. No es como las demás. No se amedraña ante una cara bonita o un cuerpo duramente trabajado en el gimnasio. Ella tiene chispa, tiene carácter y es una igual ante nosotros.

—¿Una igual? —curioseó Brian.

—Ella atrapa a los hombres y no al revés. Me di cuenta cuando me mintió en mi cara sin ni siquiera despeinarse —comentó mientras asentía ante su propia afirmación—. Ella no es una presa, sino una cazadora.

—¿Queréis dejar de hablar de Eva? —soltó Owen, cabreado de que hablaran de ella en esos términos. ¿Cazadora? Puaj... Sus amigos no tenían ni idea de cómo era en realidad, aunque, para ser sincero, él tampoco...

—¿Por qué? —soltó Jack con una sonrisa divertida al ver que caía en la trampa que había confeccionado para que reaccionase de una puñetera vez, un plan que les había explicado a sus amigos y que estaban siguiendo a la perfección—. Me dijiste que no te gustaba; por lo tanto, te tendría que dar igual que estuviéramos hablando de ella o que cualquiera de nosotros intentara algo con Eva.

—¿A dónde quieres llegar con esto, Jack? ¿Qué quieres que te diga? —preguntó iracundo.

—¡La verdad!

—La verdad es muy relativa, Jack. Ella, simplemente, me vuelve loco en todos los sentidos de la palabra —gruñó Owen con desesperación, verbalizando, al fin, lo que le ocurría con aquella mujer, algo bastante difícil de explicar, pero que se podía resumir de aquella manera—. ¿Estás contento?

Pero eso no significa que sienta algo por Eva, sino que no puedo quitármela de la cabeza.

—¿Veis? —les soltó Jack a Brian y a Clive, que comenzaron a asentir, de acuerdo con éste.

—Joder, Owen, estás jodido... —bufó Clive negando con la cabeza.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Owen con curiosidad—. He dicho que no siento nada por ella... —susurró sin entender la gravedad del asunto.

—Entonces, ¿sólo te la quieres follar? —preguntó Clive.

—Eva no te lo va a poner especialmente fácil... —añadió Brian como si la conociera de siempre.

—Eso ya lo sé y tampoco he dicho que vaya a intentar seducirla.

—Pero eso te gusta —terció Brian leyéndole el pensamiento—. Que ella te lo ponga difícil, que te rete, que sea tan complicado que te toque hacer cosas que jamás has hecho.

—Sí... —susurró extrañado ante aquello. Era la verdad. Era lo que más le atraía de ella, eso y su fuerza innata, que no flaqueaba en su presencia.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Jack.

—Nada. Ya he dicho que es una mujer más en un mundo lleno de ellas —insistió ceñudo.

—No... No vas a poder no hacer nada, Owen. Querrás seducirla y para eso tienes que cambiar de táctica —le indicó Clive, conociendo sus ansias por ganar a lo que fuera.

—¿Cambiar de táctica por una tía? No, Clive. Nunca me he esforzado por ligarme a una mujer; simplemente ellas se acercan a mí y yo elijo a la que más me gusta.

—A lo mejor sólo basta con que seas tú mismo —comentó Jack, dándole una pista para que su amigo consiguiera aquello que lo hacía cambiar de manera positiva.

—¿Ser yo mismo? ¿Es que acaso no lo soy?

—No me entiendes. No te estoy diciendo que seas el afamado jugador de fútbol que enloquece a todas las tías. Te estoy diciendo que seas el hombre que se esconde detrás de ese personaje que te ha abducido durante todos estos años. Déjalo libre; lleva mucho tiempo viviendo a la sombra del ególatra Baker... Ya le toca vivir, ya le toca que lo volvamos a ver y que nos tomemos una copa con él mientras nos echamos unas risas.

—He cambiado, Jack. Te lo dije cuando pisé Chicago. No soy el mismo,

las circunstancias me han hecho ser así y jamás volveré a ser el que era — murmuró Owen, incómodo, mientras se levantaba de la silla y comenzaba a acercarse a la puerta para salir de allí y de aquella conversación embarazosa —. No os preocupéis por mí. Voy a centrarme en la empresa y me voy a olvidar de esa mujer —sentenció Owen, haciendo que Jack lo mirase extrañado al pronunciar la última parte mientras salía del despacho de éste.

—Creo que tu plan no ha funcionado, Jack —opinó Brian con seriedad.

—Deja que lo piense, que sopesese todo lo que hemos hablado... Eva es la única que lo ha hecho reaccionar, la única que ha conseguido que vuelva a jugar otra vez al fútbol, la única que ha logrado que vuelva a ver al verdadero Owen... No sé qué tiene esa chica, pero, si consigue eso en Owen, la necesitamos cerca de él —afirmó Jack, pensativo.

—Podemos forzar la situación —comentó Clive con una sardónica sonrisa —, obligarlo a que reaccione.

—Eva no sabe nada de esto, acuérdate. No quiero que la ahuyentemos por intentar acelerar el proceso. Vamos a esperar a ver qué ocurre...

Owen volvió a su despacho y se sentó a su mesa, sintiendo que aquello iba de mal en peor. Aborrecía que sus amigos estuvieran preocupados por él. Siempre había sido capaz de manejar todas las situaciones, incluso las más complicadas, pero ésa... Sabía que la tenía clavada en el alma y no sabía cómo gestionarla para hacerla desaparecer, para volver a ser el que era, para seguir hacia delante sin acordarse de todo lo que había tenido que dejar por el camino por culpa de aquella fatídica tarde... El sonido del teléfono de su oficina lo sacó de aquellos pensamientos; descolgó con desgana para apoyar el auricular en su oído.

—Dime —soltó de malas maneras. ¡Odiaba que lo interrumpieran, aunque no estuviera haciendo nada!

—La señor...ita —titubeó Judith, como si alguien la estuviese intimidando o rectificando— Eva Romero quiere verlo con urgencia.

—Que pase —aceptó dibujando en su rostro una sonrisa, al descubrir que ésta había ido a su oficina a buscarlo.

Sabía que les había dicho a sus amigos que se iba a olvidar de ella, pero eso no conllevaba que, si ella quería verlo, no accediera a su deseo. Además,

Judith había dicho que lo quería ver «con urgencia». ¿Tal vez se había dado cuenta de que deseaba besarlo también y había venido a eso? Rio mientras negaba con la cabeza; eso era imposible, lo tenía claro..., ella jamás haría algo así. Era muy profesional y, además, era su primer día. Entonces, ¿qué había pasado para que no pudiera esperar a acabar su jornada laboral para ir a hablar con él?

De repente la puerta de su despacho se abrió sin llamar siquiera y Owen se levantó al verle el gesto preocupado mientras se aproximaba a él, con ese paso seguro pero titubeante, ese balanceo de su coleta que lo traía loco desde que la había visto aparecer ese mediodía mientras estaba perdiendo el tiempo hablando con la tímida secretaria de su nuevo puesto de trabajo; sus ojos no chispeaban con descaro, sino con nerviosismo, y esos jugosos labios, que lo cautivaron de una manera irracional para que los probase, se contrajeron en una diminuta mueca de disgusto, haciendo que éste la observara con atención, temiéndose cualquier circunstancia.

—¿Qué pasa? —preguntó Owen sin más dilación.

—¿Dónde tienes el teléfono móvil? —preguntó casi al borde del enfado.

—Me lo he dejado en la americana... —dijo señalando dónde se encontraba la prenda, perfectamente colocada en el perchero al lado de la puerta de su despacho, sin entender por qué le preguntaba por éste.

—Daryl te está llamando sin parar, incluso ha llamado aquí, pero tu perfecta secretaria no le ha pasado la llamada aun sabiendo que era tu hermano, diciendo que estabas reunido —lo informó Eva intentando serenarse, algo difícil cuando había tenido que dejar unos minutos su recién estrenado puesto de trabajo—. Tu madre se ha caído por la escalera y está ahora mismo en Urgencias.

—¿Mi madre? —soltó cambiándole el semblante de golpe—. ¿En qué hospital está?

—En el de Daryl —le comunicó Eva, siendo testigo de cómo éste cogía rápidamente su chaqueta y salía del despacho sin comprobar si lo seguía o no—. No corre peligro, Owen, pero Daryl me ha pedido que te avisara.

—Gracias, Eva —susurró para echar a correr hacia la salida, dejándola atrás.

Eva lo miró asombrada... Ni siquiera había dudado, aunque ella le había comentado que su madre no corría peligro. No parecía de ese tipo de personas que se preocupaban tanto por el bienestar de su familia, sino más bien por el

suyo propio. Bajó por la escalera y volvió a su pequeño despacho para proseguir su trabajo, mientras se sorprendía pensando en él, en el cambio de la expresión de su cara, en la urgencia de su mirada y casi en la desesperación por llegar lo antes posible y ver con sus propios ojos que de verdad su madre se encontraba bien. Daryl la había llamado al ver que era incapaz de contactar con Owen, sabiendo que le estaba pidiendo un gran favor, pero siendo consciente, también, de que ella no descansaría hasta entregarle el mensaje.

—¿Ya sabes manejar el programa? —preguntó Josephine al rato, entrando sin llamar a la puerta.

—Sí, es bastante sencillo —dijo Eva con una sonrisa.

—Genial. Pues por hoy ya hemos cumplido, Eva. La verdad es que me ha asombrado tu capacidad de absorber la manera que tenemos de trabajar aquí y mañana me encantaría que me echases una mano en un proyecto que estoy tramitando. Nuestros clientes son argentinos y que tú seas española me va a venir francamente bien.

—Claro, eso está hecho, Josephine —dijo con una amplia sonrisa.

—Recoge y vámonos, seguro que Brigitte ya lo tiene todo cerrado —indicó con amabilidad—. Por cierto, me ha dicho que ha estado revoloteando por nuestra oficina el gran y maravilloso Baker.

—Sí...

—Ten cuidado, Eva. Ese hombre es famoso por coleccionar conquistas —comentó en tono protector.

—Lo sé, pero creo que se lo deberías decir también a Brigitte —dijo al recordar la manera que tenía ésta de mirarlo, como si fuera un sueño hecho realidad.

—Ella es un caso perdido. Está enamorada de los cuatro hombres del piso de arriba —soltó negando con la cabeza, desaprobando la conducta de su trabajadora—. Aunque le haya dicho un millón de veces que ninguno de ellos sabe el significado de amar, y mucho menos a una sola mujer.

Eva asintió, ella pensaba igual. Tanto Owen como Clive, Brian e incluso Jack eran unos consagrados rompecorazones, unos hombres que llevaban la señal de peligro grabada en la frente, pero, aun así, las mujeres caían a sus pies en una especie de encantamiento difícil de solventar.

Salieron de la oficina y bajaron las tres en el ascensor, hablando del gran día que habían tenido y pensando en el de mañana. Eva se dirigió hacia su moto al llegar al parking y se despidió de su jefa y de su compañera mientras se colocaba el casco. Se montó y salió flechada hacia el hospital. Era la madre de su mejor amigo, no podía irse directamente a casa sin saber cuál era su estado...

Llegó al centro médico donde trabajaba Daryl; era la primera vez que acudía allí y no sabía dónde buscarlo, así que se dirigió directamente a la recepción. Con las indicaciones de la enfermera, subió a la tercera planta y recorrió los brillantes pasillos de aquel centro hospitalario sintiendo que el corazón se le salía del pecho, ya que hacía mucho tiempo que no pisaba uno, justo desde que a su abuela le dio aquel ataque al corazón... Tragó saliva y sacudió la cabeza, balanceando con fuerza su coleta, mientras se obligaba a no recordar y a centrarse en el momento presente.

—¡Eva! —exclamó Daryl dándole un fuerte abrazo nada más verla—. Menos mal que has venido. He estado a punto de llamarte, pero no me acordaba de a qué hora terminabas de trabajar...

—¿Cómo está Catherine?

—La ha tenido que operar Nathan, tenía fractura de tibia y peroné. Menuda caída más tonta ha tenido, la pobre... Ahora se está despertando de la anestesia. Acaban de llevarla a la habitación —le explicó mientras comenzaba a andar, obligándola a seguirlo de cerca.

—Pobre, lo habrá pasado mal hasta que ha llegado al hospital.

—Pues sí. Además estaba sola y ha tenido que arrastrarse hasta llegar al teléfono —dijo mientras negaba con la cabeza al imaginarse la escena—. Eva, necesito que me hagas un favor. Tienes que acompañar a Owen a casa de mi madre. Necesita sus cosas y yo no me puedo mover de aquí porque tengo guardia.

—¿Y no puede ir solo? —preguntó tragando saliva. ¡No quería estar con él a solas!

—Poder, puede ir, Eva..., pero sé que se le olvidarán la mitad de las cosas y prefiero que lo acompañes tú y así también le coges las cosas de aseo, ¿de acuerdo?

—¿Owen sabe que quieres que vaya con él? —planteó observando cómo éste se detenía delante de una puerta.

—No —dijo alzando los hombros sin darle mayor importancia a ese hecho

—, pero tendrá que aceptarlo, le guste o no —sentenció mientras abría la puerta y veía que su hermano estaba al lado de su madre, sin despegar la mirada de ella, preocupado, pero también aliviado al ver que no se encontraba grave, hasta que reparó en su presencia y clavó su mirada azul en ella, interrogante, seductora y con una chispa de algo que Eva no pudo identificar, pero que la sacudió entera, de la cabeza a los pies.

Le había sorprendido que se acercara al hospital, pero ahí estaba, mirándolo con seriedad, como si temiese cualquier barbaridad por su parte, cuando lo único que deseaba en esos momentos era hundir sus manos en esa coleta, sentirla y hacerla estremecer con sus labios. Por qué su cuerpo la arrastraba hacia ella era todavía un misterio, pero era lo que sentía en esos instantes, importándole bien poco todo lo hablado con sus amigos e incluso lo que había asegurado que no haría... Miró de nuevo a su madre, que se encontraba semiinconsciente, divagando sin decir nada en concreto, pero sin parar de hablar.

—Owen... —susurró Catherine.

—Sí, mamá.

—Dile a Daryl que me está empezando a doler —bufó incómoda.

—Voy a llamar a la enfermera —comentó Daryl saliendo de la habitación.

—Hola, Catherine —susurró Eva acercándose a ella titubeante.

—Hummm... ¿Quién eres? —preguntó intentando buscarla con la vista—.

Oh... la española...

—Sí —dijo con una sonrisa al ser reconocida—. ¿Cómo está?

—Mal, hija... Una, que no puede estar sola ni un segundo; parezco una niña pequeña —masculló intentando incorporarse.

—Mamá, no te muevas; ahora viene Daryl y te administrará un calmante.

—Sí... —Al segundo volvió a entrar seguido de una enfermera que miró con atención a Owen mientras administraba en el gotero un fuerte calmante—. Gracias —le dijo Catherine a la muchacha, que sonrió y le hizo una caída de ojos al exjugador de fútbol que éste simplemente obvió, como si no se hubiese percatado de lo que despertaba en el resto de las mujeres o, simplemente, dando por hecho esa reacción.

—Owen, tienes que ir a casa a por sus cosas. Margot está de vacaciones y no puede ayudarnos... —lo informó Daryl cuando la enfermera se marchó,

refiriéndose a la mujer que tenía contratada su madre para ayudarla con las tareas del hogar.

—Cuánta faena os está dando vuestra torpe madre —sollozó Catherine, seguramente a causa de la anestesia que todavía quedaba en su cuerpo y que la hacía hablar sin razonar previamente.

—No digas eso, mamá —indicó Owen con cariño, haciendo que Eva reparase en aquel tono de voz tan impropio de él—. De acuerdo, ¿qué traigo? —quiso saber mirando a su hermano.

—Eva te acompañará —le indicó Daryl, resolutivo—. Ropa cómoda y sus cosas de aseo. Yo me quedaré con ella; ahora tengo un pequeño descanso de unos minutos antes de empezar la ronda —añadió mientras se sentaba en el sillón que había al lado de la cama—. No te preocupes, Owen, no la dejaré sola. Le diré a Nathan, antes de marcharme, que se quede aquí hasta que regreséis, ¿de acuerdo? —soltó leyéndole el pensamiento.

—Descansa, mamá. Ahora vengo —la avisó Owen, levantándose de la cama de su madre y dirigiéndose a la puerta.

—Espero que se recupere pronto, Catherine —se despidió Eva viendo que no tenía otro remedio que hacerle un favor más a su amigo.

—Gracias, bonita... —dijo ésta observando cómo Owen abría la puerta para salir de la habitación seguido de ella—. Daryl, esa chica me gusta para tu hermano —oyó Eva antes de cerrar la puerta.

No sabía si reírse a carcajadas por ver la cara que se le había quedado a ésta al oír esa afirmación a su madre o sentirse mal por no conseguir que una mujer como ella se sintiera atraída por él. Anduvieron en silencio hasta el ascensor, cada uno absorto en sus propios pensamientos, intentando llevar aquel encargo juntos lo mejor que pudieran, casi como un castigo impuesto por el pequeño de los Baker...

—Tengo mi coche aparcado ahí —comentó Owen señalando el fondo del parking subterráneo del que disponía el hospital.

Eva no contestó, simplemente lo siguió sin ni siquiera intentar negarse, algo novedoso para él, que se estaba acostumbrando a batallar con ella por cualquier circunstancia. Sabía que su espectacular vehículo sumado al gran atractivo que poseía eran un imán irresistible para todas las mujeres con las que había coincidido a lo largo de su vida..., excepto para ella, que simplemente se subió y se ajustó el cinturón, sin hacer ningún comentario sobre la maravillosa tapicería ni su moderno interior. En realidad no era la

primera vez que se subía a su Lamborghini, pero Owen dudaba mucho que recordara algún detalle de éste de esa noche en la que le tocó llevarla a su casa, ya que se pasó todo el trayecto durmiendo plácidamente, sentada en el asiento del copiloto.

—¿Qué tal el primer día en el trabajo? —preguntó Owen arrancando el motor.

—Bien —contestó Eva casi en un susurro, sin ni siquiera posar sus increíbles ojos marrones en él.

—Gracias por haber venido a avisarme.

—Lo he hecho por Daryl... —puntualizó con seriedad mientras se miraba las manos, haciendo que él apretase con fuerza el volante al sentir su indiferencia y su incomodidad al tener que compartir ese reducido espacio con él.

—Claro. —Chasqueó la lengua con disgusto, enfilando por la amplia avenida.

Al poco detuvo el coche y bajaron para dirigirse en silencio a la casa de su madre. Eva siguió a Owen a la parte de arriba, donde se encontraban los dormitorios, y éste abrió el principal, una maravillosa habitación de estilo clásico revestida con maderas nobles y cortinas de las mejores calidades que dejó a Eva embelesada. Owen intentó no prestar atención a su mirada soñadora y abrió el armario para así elegir la ropa. Sin poder evitarlo, buscó con la mirada a Eva, que estaba absorta observando los pequeños marcos de fotos que había sobre la cómoda.

—Cógele unos vestidos cómodos para que tenga la pierna libre —susurró Eva cogiendo uno de los marcos—. ¿Es tu padre? —preguntó dejándose llevar por la curiosidad mientras le mostraba una instantánea en la que un hombre que compartía bastantes rasgos con Owen y Daryl cogía por la cintura a una jovencísima Catherine.

—Sí —farfulló sintiendo cómo se le contraía el estómago al volver a ver su cara.

—Os parecéis mucho, aunque hayas sacado los ojos de tu madre —comentó haciendo que éste frunciera ligeramente el ceño, sintiendo como si le diesen una patada en todo el estómago, ya que lo que menos deseaba era parecerse a él.

—Daryl no te ha contado nada, ¿verdad? —soltó con seriedad, sintiendo un nudo en la garganta que le impedía hablar, pero a la vez advirtiendo una

necesidad irracional de explicarle aquella parte de su vida, la cual era bastante dura y de la que prácticamente no hablaba con nadie, mientras dejaba varios vestidos sobre la cama. ¿Por qué sentía esa especie de intimidad con una persona de la cual sabía muy poco?

—¿De qué? —preguntó con esa expresión tan fascinante que hacía cuando pensaba que había metido la pata.

—Mi padre nos abandonó cuando yo tenía diez años y Daryl siete...

—Lo siento, no lo sabía... —susurró mirando hacia el suelo, avergonzada de haber sacado ese tema.

—No entiendo qué hace una foto de él aquí... —comentó él acercándose a ésta y colocándola bocabajo, para no tener que verla el tiempo que estuviera en el dormitorio de su madre.

—¿No lo habéis vuelto a ver desde entonces? —inquirió Eva al observar el gesto serio de éste al volver delante del armario.

—Sólo una vez, y fue cuando empecé a ser conocido... —dijo con una irónica sonrisa—. Quiso aprovecharse de eso, ¿sabes? Intentó regresar para manejar el dinero que estaba comenzando a ganar... Menos mal que mi madre tuvo el coraje suficiente como para decirle que se marchara por donde había venido; en caso contrario, no sé lo que le hubiese hecho yo... —confesó con resquemor, clavando su mirada herida en ella y sintiendo que ésta lo entendía como jamás lo había hecho nadie en todos esos años—. Yo lo odiaba, Eva...

Sin decir nada, vio cómo ésta se acercaba con decisión a él, sin dejar de mirarlo por un segundo con una ternura que sobrecogía su estómago, mientras levantaba una mano, temblorosa, y le apretaba con cariño el hombro, para después darle un abrazo. Los brazos de Eva rodearon su espalda y a él, titubeante al no esperarse aquella reacción por parte de ella —ya que lo había cogido por sorpresa—, no le dio tiempo a posar sus manos en el cuerpo de Eva para estrecharla contra su cuerpo, pues aquel abrazo fue tan inesperado como efímero. Sin embargo, se le quedó clavada en la mente la sensación vivida, su tacto, su proximidad; sus ansias de reconfortarlo lo hicieron sentir extraño, pero, al mismo tiempo, en paz. Su cuerpo se amoldaba a la perfección al suyo; sus respiraciones parecía que bailaban al mismo compás y, cuando ella comenzó a separarse, se sintió desnudo, como si ansiara prolongar aquel momento que no supo gestionar. Jamás le habían dado un abrazo tan repleto de significado y en la vida habían logrado que él no supiera cómo reaccionar, pero, a la vez, anhelando que no se acabara.

—Daryl no me ha contado nada de esto... —murmuró incómoda, como si se estuviera arrepintiendo de aquel contacto tan íntimo que simplemente había aflorado de manera espontánea.

—Es una parte de nuestras vidas que no nos gusta recordar. No se lo tengas en cuenta —susurró con voz ronca, todavía deseando volver a tocar su piel y sentirla muy cerca.

—No podría —comentó ella bajito, mordiéndose luego el labio inferior—. Creo que no hace falta que le cojas más ropa —añadió, retornando la conversación a un punto más seguro.

—Sí, yo también lo creo... Ahora habrá que coger la interior. Está en la cómoda —dijo abriendo el cajón y observando las demás fotos de su niñez mientras su gesto se dulcificaba al ver una instantánea de ellos dos de niños rodeando la cintura de su madre.

—Catherine fue muy valiente al criaros sola —susurró Eva al ver que cogía esa foto, en la que aparecían los tres sonrientes.

—Sí, siempre lo ha sido —confesó con un hilo de voz que hizo que ella lo mirara fijamente, pendiente de aquel perceptible cambio en él, tan alejado de la personalidad arrogante que siempre mostraba.

—Coge un par de calcetines. Al estar quieta, se le quedarán los pies helados —señaló Eva cambiando de tema.

Él asintió mientras cogía todo lo que ella le recomendaba.

Después pasaron al cuarto de baño, donde el lujo tenía nombre propio y una amplia bañera podía hacer las delicias de cualquiera.

—Tenéis una casa espectacular —comentó Eva, maravillada por todo lo que la rodeaba—. Ahora entiendo la razón de que no te gustara ninguna de las que te mostré...

—Sí, es muy bonita, pero además es un hogar y es eso lo que estoy buscando para mí —comentó, introduciendo en un neceser todo lo que ella le señalaba.

—El hogar lo conforman las personas y no las paredes —susurró pensativa, apoyándose en la encimera de mármol travertino.

—Y tú, ¿has encontrado un hogar en Chicago? —le preguntó con interés.

—Yo tengo un refugio donde me siento cómoda y segura; espero, dentro de poco, encontrar mi hogar —comentó con una triste sonrisa que lo revolvió por dentro, ansiando hacerla desaparecer por otra mucho más alegre, esa que tanto le gustaba presenciar y que lo llenaba de calor, como si su interior se estuviera

descongelando gracias a la manera de ser de Eva. Pero ¿qué le ocurría con esa mujer?

Owen cerró la cremallera del neceser y la miró fijamente; parecía diminuta, pero a la vez grandiosa, era tenaz a la vez que comprensiva y era la contradicción hecha persona, una mujer que lo enloquecía, que lo sacudía y lo desesperaba como jamás pensó que le pasaría. Tragó saliva al llevar su atención a esos labios que lo volvían a llamar a gritos, haciendo imposible no fijarse en ellos, no sucumbir a sus encantos, como si un cántico de sirenas lo envolviera en un manto de magia, donde sólo existieran ellos dos. Ella se percató de aquel sutil cambio en él, de la proximidad de sus cuerpos, de la oscuridad de sus iris al mirarla con deseo. Eva se mordió el labio inferior, algo que a Owen lo enloqueció, ya que ansiaba lamérselos y hacer que gimiera con cada uno de sus roces.

—Eva... —comenzó a decir Owen dando un paso hacia ella, haciendo que ésta levantara la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Creo que ya hemos terminado, ¿no? —preguntó casi en un susurro, sin dejar de mirarlo a los ojos, consciente de sus pesadas respiraciones y palpando de nuevo aquella tensión que volvía a crecer con delirio y anhelo entre los dos.

—Sí... —dijo él sintiendo un cosquilleo frenético en las yemas de sus dedos, que ansiaban acariciarla y hacer realidad aquel repentino y arrebatador deseo, aquella locura que siempre se despertaba cuando se encontraban a solas.

—¡Pues vámonos! —zanjó desviando su mirada y saliendo del cuarto de baño, tropezándose con la puerta y haciéndolo sonreír. Así era Eva...

Salieron de la casa y metieron la maleta en la parte de atrás del coche, para después subirse ellos. Eva se quedó callada mientras observaba, a través de la ventanilla del automóvil, cómo comenzaba a anochecer y él la miraba de reojo, deseando saber qué estaría pensando en esos momentos, anhelando que parte de sus pensamientos fueran ligados a él, a ese momento vivido en el baño y a ese abrazo que lo llenó por dentro, derribando varios muros a su paso...

—Esta noche me quedaré con mi madre en el hospital —comenzó a decir Owen mientras bajaba por el parking subterráneo; Eva lo miró interrogante—, pero mañana quiero invitarte a cenar —le comunicó con rotundidad.

—¿Por qué? —preguntó Eva sin entender aquella invitación.

—Para agradecerte todo lo que estás haciendo.

—Ya te he dicho antes que lo hago por tu hermano; él me lo agradecerá, no te preocupes. Además, creo recordar que me ha dicho que me va a presentar a un compañero suyo —comentó haciendo que Owen sintiera una frustración irracional por no salirse de nuevo con la suya.

—¿Y no aceptas que yo también te lo agradezca? —inquirió estacionando el Lamborghini y mirándola a la cara con dureza. No le gustaba perder y con Eva tenía la sensación de que siempre lo hacía.

—No hace falta que te hagas el amable conmigo, Owen —replicó ella con una sonrisa para luego salir del coche y esperar a que éste hiciera lo mismo.

—No soy de los que fingen, Eva —avisó cerrando la puerta con fuerza mientras se acercaba a ella, que se encontraba en la parte trasera, para que él abriese el maletero y sacara la maleta—. Jamás he hecho algo para agradar a alguien. Eso te lo puedo asegurar.

—Entonces, ¿me estás diciendo que tengo que sentirme halagada porque quieras invitarme a cenar? —preguntó sosteniéndole la mirada. ¡Cómo le gustaba a Owen que hiciera eso!

—Deberías —afirmó arrogante, humedeciéndose después los labios con parsimonia, haciéndole creer que tenía el control absoluto de esa situación, aunque no tuviera ni idea de cómo acabaría esa conversación, porque con ella todo era nuevo—. Cualquiera mujer lo estaría.

—Yo no soy cualquier mujer... —se jactó, haciendo que él la mirase detenidamente, como si reparase por primera vez en ella.

—¿Por qué me estás mirando ahora mismo a los labios? —preguntó Owen con voz ronca, haciendo que Eva titubease un segundo al verse sorprendida.

—No te los he mirado —susurró comenzando a caminar en dirección al ascensor, mientras él sacaba rápidamente la maleta para seguirla de cerca. ¡Estaba nerviosa! Owen sonrió al comenzar a conocerla lo suficiente como para saber que cuando caminaba de esa manera torpe era por culpa de los nervios y eso significaba que él los provocaba—. Parece que todo tiene que girar en torno a ti, ¡oh, rey del fútbol! —saltó Eva con sarcasmo al ver cómo él entraba en el ascensor.

—Me da igual lo que digas, Eva. Ahora ya no tengo dudas —soltó insolente.

—¿De qué?

—De que quieres besarme.

—Antes beso a una pelota de fútbol que a ti —replicó con dureza, observando con atención cómo éste se acercaba peligrosamente a ella.

—Sólo oigo palabras, pero tu mirada sigue fija en mis labios —susurró mostrándole una media sonrisa tan socarrona como excitante.

—Eres un creído, Owen Baker —sentenció irguiéndose, algo que le serviría a Owen para alcanzar antes sus labios.

—Pero me quieres besar —añadió colocando una de las manos sobre la pared del ascensor y volviendo a encerrarla con su cuerpo.

—Ni loca —logró decir en un suspiro sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Tu cuerpo no dice lo mismo... Está preparándose; acabas de humedecerte los labios para poder recibirme mejor, incluso tu respiración se ha vuelto más pesada y tu cuerpo tiembla, Eva —susurró aproximándose cada vez más a ella, sintiendo su respiración cálida y entrecortada—. Qué bien hueles... —susurró hundiendo su nariz en el cuello de ésta, haciendo que ella ahogase un gemido al notar el aliento de Owen tan cerca.

Las puertas del ascensor se abrieron y Eva aprovechó para salir de ahí casi a la carrera, dejando a un Owen excitado y confuso, a pocos centímetros de lograr lo que tanto ansiaba. La vio enfilarse por el pasillo donde se encontraba la habitación de su madre, maravillándose con el contoneo de sus caderas, sus traspiés al intentar ir más rápido que él y el balanceo sugerente de su coleta. ¡Ella también había deseado que la besara, lo sabía, su cuerpo no mentía! Owen sonrió al percatarse de la realidad, de que era cuestión de tiempo que al final lograra dar ese paso con ella. Vio que se encontraba con Daryl a pocos pasos de la habitación de su madre... y no iba solo, a su lado estaba un compañero suyo médico, y comenzaron a hablar; no pudo escuchar bien lo que decían, ya que no se encontraba lo suficientemente cerca como para hacerlo, y por eso aligeró el paso para alcanzarla.

—Daryl, ¿éste es el doctor que me querías presentar? —Oyó cómo Eva había cambiado su tono de voz por otro más sugerente.

—Síííí —contestó su hermano reparando en él—. ¿Has visto como no he exagerado al decirte que tengo una amiga muy guapa?

—No has exagerado en absoluto. Encantado de conocerte, soy Mat —intervino el compañero de éste, estrechándole la mano.

—Lo mismo digo, soy Eva —contestó con una exagerada sonrisa mientras Owen la miraba con frialdad, evaluando cada uno de sus movimientos y

sintiendo cómo todo lo vivido se evaporaba con rapidez para dejar paso de nuevo al frío que endurecería su tibio interior.

—Voy a ver a mamá —gruñó Owen pasando cerca de ellos y desafiando con la mirada a Mat, diciéndole, sin palabras, que no se le ocurriera tocarle un pelo a esa mujer...

—¿A qué ha venido esto, Eva? —farfulló Daryl en cuanto vio a Owen entrar en la habitación de su madre, con mala cara y con un enfado más que considerable—. ¿Por qué querías que te siguiéramos el juego?

—No quieras saberlo —susurró mucho más relajada, expulsando el aire que había contenido, por si aquella descabellada idea que pensó nada más ver a Daryl con su compañero no salía como ansiaba—. Muchas gracias por seguirme la corriente, Mat.

—Ha sido un placer —respondió con una sonrisa divertida—. Nos vemos —se despidió a continuación, mientras le guiñaba un ojo y se alejaba de ellos.

—Te diría de intentar ayudarte para que consiguieras una cita con él, pero está casado —la informó Daryl, viendo cómo se marchaba su compañero.

—No quiero citas con nadie, Daryl —susurró incómoda. Lo vivido en el ascensor y en casa de su madre seguía todavía latente en su piel, haciéndola hipersensible y resultándole complicado pensar con frialdad.

—Llevas una temporada muy rara, Eva. No te fijas en nadie ni tampoco quieres quedar con ningún hombre. ¿Qué te pasa? —preguntó haciendo que ella misma también se lo cuestionase, ya que era cierto, había perdido repentinamente el interés por enamorarse, por encontrar a alguien con quien compartir su vida...

Sí, había quedado con Ric, pero fue más por divertirse a costa de Owen que por las ganas que tuviera ella de quedar con ese hombre, el cual estuvo pidiéndole una cita casi todos los días hasta que ella aceptó, más por pena que por deseo propio.

—Supongo que he estado más pendiente de otras cosas...

«Como, por ejemplo, el peso de tu hermano», se dijo mentalmente, mordiéndose el labio inferior con sólo recordar lo cerca que había estado de sucumbir a los encantos de éste.

—Desde que pasó lo de Steven, no has vuelto a quedar con nadie en serio y no lo entiendo. ¿Tanto te afectó?

—No, simplemente me he cansado de dar vueltas sin sentido, Daryl... No sé, estaré cruzando ahora la crisis de los treinta.

—Pero si estás más cerca de los treinta y uno —murmuró sin entenderla—. No, tiene que ser otra cosa. ¡Te conozco! Somos muy parecidos. Nos dejamos llevar por las emociones y las sensaciones y hace tiempo que no te oigo decir que has conocido a alguien especial que te hace temblar como una hoja de otoño y babear como un caracol.

—Es que no he conocido a nadie que merezca la pena.

«Y el único que me hace temblar, pero de rabia y de desesperación, es tu amabilísimo hermano, que me tienta y me excita simplemente posando su mirada en mí», pensó Eva con resquemor.

—Pero si antes conocías cada semana a alguien nuevo y me tocaba frenarte para que te centraras en lo que de verdad importa —objetó Daryl, negando con la cabeza mientras miraba la puerta por donde había entrado Owen y después a ella—. ¿Ha pasado algo con Owen? —preguntó de repente, haciendo que ella titubease, sintiendo cómo las palmas de sus manos comenzaban a sudar al tener que mentirle a su mejor amigo.

—¿Algo? —reiteró sin saber qué decirle—. Lo de siempre, Daryl —bufó exagerando su malestar, sin pronunciar todo lo que había tenido que hacer para no sucumbir y caer en los fuertes brazos de ese hombre que sabía que no era bueno para ella—. No nos llevamos bien, eso lo sabes de sobra.

—Ya..., pero él ahora te ha mirado de una manera extraña —observó meditabundo.

—Supongo que será porque me contó lo de vuestro padre —añadió intentando desviar la atención de ella, centrándola en aquel descubrimiento que había hecho que ésta mirara de una manera un poco distinta a Owen y lo abrazara. ¡¿Por qué había hecho eso?! Aún no entendía cómo había llegado a estrecharlo con fuerza, como si ansiara quitarle aquella tristeza que advirtió en sus fríos ojos...

—¿Te ha contado lo de nuestro padre? —preguntó visiblemente sorprendido—. Hace años que no habla de ese tema; es más, lo saben sus amigos y nadie más...

—Vi una foto en la que salía él con tu madre.

—¿La que tiene encima de la cómoda? —dedujo éste.

—Sí... Le pregunté sobre él y me lo contó. No sabía nada.

—Había poco que contar, Eva. Se cansó de nosotros y se largó, dejándonos

en la ruina absoluta... —susurró con seriedad, sorprendido de que éste le contara aquella parte de su vida que siempre silenciaba—. Desde ese momento mi madre se encargó de todo; se puso a trabajar hasta que Owen le suplicó que lo dejara.

—¿Cómo? —preguntó confundida, ya que siempre había pensado que habían tenido una vida acomodada, sin problemas económicos.

—A Owen no le gusta hablar de este tema, pero, cuando tuvo la edad suficiente, comenzó a trabajar como aprendiz de obra, para poder ayudar a nuestra madre y que ella dejara uno de sus tres trabajos, pues la absorbían por completo y le hacían llegar agotada al piso que tenía alquilado... Owen estuvo compaginando el trabajo con los entrenamientos de fútbol, prácticamente sin descansar y sin abandonar los estudios. Todavía me asombro de que fuera capaz de hacer tantas cosas mientras yo prácticamente ni me enteraba... A medida que pasó el tiempo, Owen fue despuntando en ese deporte, hasta que alcanzó un nivel gracias al cual pudo dejar de trabajar y dedicarse plenamente a éste. Mi madre se retiró totalmente cuando Owen entró en el equipo de Philadelphia Eagles y, con el primer sueldo que ganó allí, le compró la casa donde vive... —explicó Daryl casi en un murmullo—. Ahora entenderás por qué es tan sobreprotector con nosotros...

—Doctor Baker —llamó una de las enfermeras—, lo necesitamos.

—Voy —dijo Daryl—. Por favor, no le digas a Owen que te he contado esto, se enfadaría muchísimo conmigo si se enterara. Nunca hablamos de ello, realmente me extraña que te lo haya comentado él...

—No diré nada... —susurró Eva viendo cómo éste se marchaba casi a la carrera hacia donde lo habían llamado.

Eva titubeó un instante, mirando la puerta de la habitación de la madre de Owen y después el ascensor. Jamás se habría imaginado que éste hubiese sido capaz de ayudar tanto a su familia, pues creía que se lo habían regalado todo cuando en realidad fue él quien lo consiguió gracias a su duro trabajo y esfuerzo. Retomó, alicaída, el camino hasta la calle, pensando en lo que le había contado Daryl y en lo que había vivido minutos atrás con Owen. Sabía que, si el ascensor no hubiese abierto las puertas en esos instantes, hubiera sucumbido a la atracción que sentía cuando Owen la miraba de esa manera tan profunda e irracional. Todavía no era capaz de entender la razón de que su cuerpo se despertara cuando éste se encontraba cerca, cómo la arrastraba hasta él, cómo le resultaba imposible apartar su mirada de cada gesto hecho

por él, como si al hacerlo descubriera quién se escondía detrás de esa pose canalla y chulesca que tanto se afanaba en demostrar. Subió a su moto y puso rumbo a su piso, obligándose a no recordar lo que había sentido cuando lo había abrazado sin pensar en las consecuencias de sus actos, porque fue tan intenso y tan indescriptible que le dio hasta miedo. Owen era el tipo de hombre que no le convenía, un mujeriego, un conquistador nato que sólo coleccionaba mujeres y que no deseaba nada serio. Dejarse llevar por alguien así sería el peor error que podría cometer. No podía dejarse arrastrar por aquella tensión que crecía entre ellos, no podía permitirse flaquear en su presencia, no podía hacer realidad aquel deseo irracional. Sería su perdición, lo sabía...

Después de una ducha más o menos relajante, ya que aún sentía en su piel el tacto cálido y excitante del cuerpo de Owen, se tumbó en la cama sin ganas de cenar ni de nada, ansiando dormirse y dejar de darle vueltas a ese momento que repetía en su cabeza: los ojos de Owen devorándola, su proximidad excitándola y su tono de voz enloqueciéndola.

—¡Me voy a volver majareta! —exclamó exasperada mientras se tapaba la cara con la almohada y sentía cómo sus pezones estaban sensibles, anhelando ser tocados; su sexo se contraía receptivo, ansiando acción, y su mente le repetía que era una locura desear a un hombre como él—. Recuerda: odias a Owen Baker.

Se sentó en el comedor que había en la oficina después de una mañana muy productiva en la que tuvo que ayudar a Josephine a redactar unos presupuestos en español para un cliente. Comenzó a comer sin ganas, obligándose a ingerir los alimentos que había preparado esa misma mañana, después de haber dado mil vueltas en la cama sin ganas de dormir más. Aún se sentía aturdida por los acontecimientos del día anterior, recriminándose lo débil que había sido al intentar reconfortar a un hombre como Owen y pensar en la posibilidad de dejarse llevar entre sus increíbles brazos. Tuvo que recordarse unas cuantas veces que era un creído, un patán venido a más y un personaje que no deseaba tener cerca, pero, aun así, sabiendo todo eso, era recordar su mirada salvajemente seductora y sentir cómo se contraía su ser. De repente una idea afloró en su mente, ¡necesitaba saber más! Tenía que aborrecerlo un poco más

para desechar aquella posibilidad que no le había dejado pegar ojo ni tampoco reflexionar con claridad. Necesitaba averiguar por qué, el ídolo del fútbol americano, había dejado de jugar. Seguramente sería por alguna estupidez, algún cabreo de niño mimado, y cerciorarse de que Owen era como había creído en un principio —y no como estaba comenzando a descubrir— la ayudaría a levantar unos muros más sólidos con los que frenar de golpe el gran atractivo que poseía ese hombre. Cogió su teléfono móvil y entró en el navegador con decisión para después buscar el nombre de éste. Se quedó embelesada con las fotos que aparecieron... Owen con la camiseta que ella utilizaba para dormir, sudoroso, rudo, con una fuerza tan atronadora que traspasaba la pantalla. Sus increíbles brazos tensos al lanzar la pelota, sus piernas musculadas enfundadas en unos pantalones prietos de color blanco que dejaban poco a la imaginación y que habrían dejado a más de una boqueando por la excitación. Su mirada —que pudo apreciar a través del casco— era puro fuego, tan decisiva, tan intimidante, que tuvo que apretar las piernas para controlar su excitación. Era como si fuera otra persona, una más contundente y apasionante, un hombre que no se achantaba ante las dificultades, un ser al que temían sus contrincantes y era alabado por el público. Tuvo que tragar saliva para centrarse y continuar con su búsqueda. No pensó que verlo así vestido le iba a afectar como lo hizo. De repente vio una noticia que la dejó pálida y titubeante; cliqueó para extenderla y la leyó en su totalidad, sintiendo cómo se erizaba su piel a medida que avanzaba con la lectura.

—No puede ser... —susurró llevándose la mano a la boca, para frenar su estupor.

Apagó rápidamente la pantalla y se quedó mirando la pared, pensando en aquellas palabras que la habían dejado sobrecogida, sintiendo cómo se le llenaban los ojos con lágrimas de rabia y congoja, considerando que saber aquello no la había ayudado a odiarlo un poco más, sino a todo lo contrario, a entenderlo. Se mordió, nerviosa, el filo de una uña, dándole vueltas a todo aquello, a las fotos que acompañaban la noticia, a la mirada perdida de Owen en ellas y a lo que decían de él...

—¡Mierda! —maldijo mientras cerraba los ojos, pensando que había sido mala idea indagar sobre él—. Y, ahora, ¿qué? —bufó todavía más confundida.

El sonido de un mensaje emergente la sobresaltó; lo abrió y resopló, apática, al leerlo.

Prepárate, que este viernes te he encontrado un plan que no vas a poder rechazar. Médico, ojos verdes y cuerpo de infarto. ¿Qué me dices?

Eva miró la pared; en otras circunstancias le hubiera dicho que sí y lo hubiese adornado con mil emoticonos para darle más énfasis a su afirmación, pero, en esos momentos, pensar en quedar con un hombre se le hacía cuesta arriba. No tenía ganas de nada y mucho menos de conocer a alguien.

Estoy muy liada, Daryl... Dile que en otro momento. Lo siento.

Le dio a la tecla de «Enviar» y comenzó a recoger la comida, para volver de nuevo a su despacho, poniendo de paso el móvil en silencio. Sabía que su amigo no tardaría en reprenderla por desechar la posibilidad de encontrar el amor de su vida.

La tarde transcurrió sin sorpresas. El trabajo la absorbía y eso era bueno para frenar su mente, que insistía en centrar su atención en una persona concreta. A su hora, comenzó a recoger sus cosas y esperó a Brigitte, ya que Josephine se quedaba un poco más en la oficina para terminar una última gestión. El ascensor se abrió y descubrió tres pares de ojos que la miraban con atención.

—Buenas tardes —saludó Eva a los incondicionales amigos de Owen.

—Buenas —contestaron éstos, haciendo que Brigitte, literalmente, babeara.

—¿Qué tal el trabajo nuevo? —le preguntó Jack con curiosidad.

—Bien, gracias —dijo con una sonrisa.

—¿Te vienes a tomar una copa con nosotros? —le propuso de repente Clive, haciendo que todos lo mirasen extrañados ante aquella petición—. Owen ha quedado con una modelo de Victoria's Secret y nos vendría bien otra persona para no ser impares —explicó resolutivo.

—Otro día —dijo extrañada por aquella invitación y, sobre todo, ante aquella aclaración por parte de él, como si quisiera que supiera que su amigo había quedado con una mujer espectacular.

—¿Puedo ir yo? —preguntó Brigitte, sonrojándose de golpe al haber verbalizado aquello que tanto deseaba.

—Eh... claro —contestó Brian, dando un paso adelante—. ¿Cómo te llamas, ricura?

—Soy Brigitte —dijo al borde del orgasmo, haciendo que Eva sonriese

ante su falta de disimulo.

—Portaos bien con ella, ¿de acuerdo? —los advirtió Eva con seriedad, clavando su mirada en Clive y en Brian.

—Seremos unos angelitos, Evita —soltó Clive levantando las manos a modo de rendición.

Ésta se echó a reír, provocando que los amigos se contagiaran con su risa.

—Tenéis tatuada en la frente la señal de peligro, chicos —sentenció Eva de mejor humor.

—¿Y a ti te asusta el peligro, Eva? —preguntó Clive con aquellos aires de seductor nato y de ser inalcanzable.

—¿Por qué preguntas eso, Clive? —quiso saber ella, contemplando su pose confiada, como si quisiera decir precisamente eso que ella había intuido.

—Curiosidad —dijo levantando una ceja, como si no escondiera nada detrás de todo aquello.

—La curiosidad mató al gato.

—Y el miedo hizo perder la oportunidad a la ardilla —soltó él haciendo que ella frunciera el ceño, confundida, ya que de repente se imaginó a sí misma como aquel pequeño animal trepador.

—A lo mejor ese miedo la ayudó a sobrevivir unos pocos años más.

—Pero ¿a qué precio, Eva? La ardilla se aburría en el árbol y podría haber estado pasándoselo genial con el águila —añadió Clive, haciendo que ella sonriera al percatarse de quién era quién en aquella fábula. Por supuesto el águila era Owen, ya que el nombre de su último equipo, los Philadelphia Eagles, traducido al español era, precisamente, las águilas de Filadelfia...

—Pobre águila, ¿verdad? —bufó Eva con sarcasmo—. Acostumbrada a estar rodeada de preciosas conejitas de *Playboy* y de repente se fija en una ardilla... —replicó mientras negaba con la cabeza con disgusto.

—Eva, lo que Clive quería decir... —intervino Jack al ver que ésta no entendía lo que su amigo le estaba sugiriendo con ese juego de palabras.

—Ya sé lo que me ha querido decir —cortó Eva con determinación—. Dile al águila ochenta y siete que se lo pase de fábula con su modelo y que me deje en paz.

Eva comenzó a alejarse de ellos para ponerse cerca de la puerta. No sabía por qué, pero saber que Owen iba a tener una cita la puso de muy mal humor, sobre todo cuando Clive empezó a sugerirle que tenía que dejarse llevar... Al

poco sintió que Jack se posicionaba a su lado, mirándola con seriedad, sin rastro de ese hoyuelo que dulcificaba su semblante.

—Es mentira, Eva —susurró muy bajito, provocando que ella lo mirase extrañada ante aquella confesión—. Está en su casa después de haber pasado toda la noche y todo el día con su madre en el hospital.

Eva lo miró sin comprender nada. Primero, ¿por qué Jack le aclaraba ese punto?, y segundo, ¿por qué Clive le había mentado?

Las puertas del ascensor se abrieron y comenzó a caminar por inercia, pensando en Owen, en lo que había sentido al creer que él había quedado con una mujer y en el alivio que acababa de experimentar cuando Jack le había asegurado que era falso. Se mordió el labio inferior, nerviosa. ¿Qué le ocurría con ese hombre que la llevaba al límite de la cordura, pero también de la excitación?

Se subió a su moto y condujo sin pensar, sintiendo el viento fresco del otoño en su piel, notando cómo las nubes grises cubrían aquel cielo y dejándose llevar por aquella libertad que sentía cuando manejaba su motocicleta.

—¿Por qué he venido aquí? —murmuró al darse cuenta de dónde la había llevado su subconsciente... donde no quería estar, pero a la vez lo anhelaba con todo su ser.

Se mordió el labio de nuevo —¡iba a salirle un callo de tanto que se lo mordía últimamente!—, meditando si llamar a la puerta y complicarlo todo o marcharse al confort de su piso, donde sabía que estaría segura y a salvo de la influencia de aquel hombre que comenzaba a abrirse paso con mayor fuerza en su mente.

Necesitaba ir más rápido, aunque sabía que no podría hacerlo como antes, pero se conformaba, en cierta medida, con sentir cómo el exceso de energía comenzaba a salir de su cuerpo, notar cómo sus músculos respondían, percibir cada larga zancada, cada respiración acompasada hasta relajarse y poder pensar con claridad. Le encantaba correr, ver cómo las distancias se acortaban para ganar en fuerza y en confianza. Por eso no dudó al volver a casa, después de haber permanecido tantas horas en el hospital acompañando a su madre —y de varias conversaciones trascendentales con ella, Daryl e incluso Jack—, en ponerse unos pantalones cortos, una camiseta de manga corta, sus amadas deportivas y colocarse los cascos para evadirse del ruido del tráfico y de sus problemas. Sólo él y la música, nada más. Hizo el camino de regreso pensando en cada una de las palabras de su madre; en el cariño que le transmitía al intentar que comprendiera que debía seguir adelante, ya que anclarse en el pasado no era una buena opción. Por lo visto Jack no podía mantener la boquita cerrada y le había contado que no atendía sus obligaciones en la empresa. En su interior sabía que tenían razón y que no podía seguir esquivando la realidad, pero era tan difícil cambiar cuando su cuerpo le reclamaba seguir como antes... Al girar la esquina, se encontró con una imagen que no esperaba hallar. Delante de la casa de su madre, subida en su moto, mirando hacia la puerta y sin mover un músculo estaba Eva... Al verlo, el gesto de su cara cambió, como si la hubiese pillado haciendo algo que no deseaba que supiera. Owen, sin poder frenarlo, la devoró con la mirada. Estaba tan terriblemente sexy que le resultaba costoso no correr hacia ella para quitarle el casco de un brusco movimiento y así alcanzar con urgencia sus labios, esos que deseaba tanto probar. Tenía los pies enfundados en unos botines negros, sobre el suelo, haciendo que los pantalones de pitillo blancos que llevaba puestos se amoldaran a cada una de sus curvas. Llevaba una chaqueta cruzada en verde militar y un pañuelo de seda envuelto al cuello.

—Hola —dijo Owen a pocos pasos de ella, deteniendo su carrera.

—Hola. Yo... —susurró nerviosa, haciendo que éste sonriera. ¡Estaba tan adorable cuando no sabía qué decir!

—Entra —propuso señalando la puerta—. Estoy muerto de sed.

—Debería irme... —farfulló mirándose las manos.

—Que debas irte no significa que tengas que irte. Ya que estás aquí, entra y hablamos —comentó Owen.

Eva titubeó, primero mirando sus manos, después a él, para después morderse el labio inferior mientras dudaba si aceptar o no su invitación.

—¿Sólo has venido a ver la puerta de la casa de mi madre o también has venido a verme? —preguntó confuso, al ver que ella no se aclaraba en si arrancar la moto o bajar de ésta.

—No lo sé... —balbuceó con dificultad—. ¿Cómo está Catherine?

—Mejor —contestó repasando sus gestos—. ¿Estás bien?

—Eh... Sí, sí —dijo con una sonrisa antes de morderse de nuevo el labio inferior, como si quisiera impedir verbalizar lo que de verdad la había llevado hasta allí.

—Podemos seguir hablando dentro, Eva, así me podré duchar y cambiar de ropa —insistió, intentando que ésta reaccionase. ¡Ni siquiera se había quitado el casco!

—No creo que sea una buena idea. Lo siento, Owen —dijo para, acto seguido, arrancar la moto y salir disparada por la calle sin darle opción a réplica.

Owen se quedó quieto en la calle, observando cómo se alejaba más y más de él, sin entender nada. Entonces, ¿para qué había ido hasta allí?

Entró en su casa de malhumor, dando portazos sin entender qué había pasado para que Eva no entrara en su casa cuando ella misma se había presentado allí sin que él se lo hubiese pedido. No había podido dejar de pensar en ella en todas esas horas, imaginándose la posibilidad de que Eva se hubiera ido con otro hombre a almorzar o a tomar una copa o incluso con ese médico amigo de su hermano, aunque había intentado controlarse, ya que ellos dos no eran nada y jamás había sentido esa necesidad de tener a alguien para él solo. Pero Eva... Ella le hacía sentir distinto, como si valiese para algo, como si de verdad tuviera mucho que demostrar y no estuviera enterrado en vida como muchas veces sentía que estaba. Se duchó sin dejar de recordar la expresión de Eva, como si estuviera batallando contra el deber y el placer, como si estuviera comenzando a pensar en la posibilidad de hacer realidad

aquel deseo que los envolvía cuando se encontraban a solas, desnudando sus almas a veces sin palabras, simplemente mirándose a los ojos. Y si...

Owen salió rápidamente de la ducha, se vistió y se subió a su deportivo sopesando aquella remota posibilidad que lo había iluminado y que lo había hecho sonreír, llenándolo, otra vez, de calor. Podía estar equivocado, era cierto, pero lo intentaría una vez más, la última. «O todo o nada, Eva, tú eliges», pensó mientras estacionaba el coche cerca del edificio donde ella vivía. Subió la escalera casi en un suspiro y presionó el timbre esperando verla aparecer con ese gesto de sorpresa que endurecería al descubrir que era él quien llamaba a su puerta.

—¿Qué se te ha olvidado ahora, Da...ryl? —soltó abriendo la puerta sin ni siquiera preguntar y quedándose con la palabra en la boca al tenerlo delante.

Owen la miró y sonrió al percatarse de que se acababa de duchar; todavía tenía el cabello húmedo y llevaba puesta su camiseta con el número ochenta y siete. Tragó saliva al recorrer con la mirada su sugerente cuerpo enfundando en aquella prenda que había sido su uniforme de trabajo; le sentaba mil veces mejor a ella que a él, se dijo mientras veía cómo ésta comenzaba a boquear sin que le saliera ninguna palabra, intentando encontrar algo que hiciera que él no pasase. Dio un paso en su dirección y Eva retrocedió otro, abriéndole para que entrara. Owen se humedeció los labios con parsimonia, captando el momento en el que ella se percató de aquella pequeña acción, centrando su mirada en sus labios, como si le estuviera dando luz verde para cumplir aquella ansia de probarlos. Cerró la puerta tras de sí, sin apartar su mirada de Eva, embebiendo sus gestos, observando cómo su respiración se tornaba pesada y sus pezones se endurecían tras la tela de la camiseta. «Joder, Eva, me lo estás poniendo muy difícil para que sólo venga a hablar contigo», pensó Owen dando otro paso hacia ella.

—O... Owen —susurró con dificultad—, ¿qué haces aquí?

—Eva —dijo con voz ronca, dando otro paso hacia delante y viendo que ésta ya no retrocedía, sino que simplemente lo aguardaba.

Alargó la mano y le acarició el rostro, sintiendo cómo todo se evaporaba alrededor de él y viendo cómo ella cerraba unos segundos los ojos para después abrirlos y mirarlo fijamente. Era la mujer más bonita que había visto en su vida, y no porque fuera una gran belleza, sino por la fuerza que desprendía, por su carácter rebelde, por su manera de provocarlo y por cómo lo retaba a cada paso. Con un gruñido que le salió de lo más profundo de su

ser, buscó los labios de Eva, que lo recibieron con desesperación. Sus labios eran suaves y jugosos, su sabor era adictivo y sentir cómo ella se amoldaba a su cuerpo, como lo cogía del cuello y lo acercaba más, era sentir el cielo con las yemas de sus dedos, pero ¡con todo su cuerpo! Eva gimió cuando él le deslizó su mano por la espalda hasta alcanzar su trasero, y Owen jamás pensó que un sonido así fuera tan terriblemente excitante hasta que no salió de los labios de esa mujer. Se siguieron besando, sin importarles estar de pie en mitad del salón, sin ni siquiera hablar; parecía que las palabras sobraban en un momento como ése, haciendo que todo diese vueltas sin control alrededor de ellos. Era explosiva hiciera lo que hiciese. Eva comenzó a introducir sus manos debajo de su camiseta, recorriendo con sus dedos su estómago y sus pectorales, arañando con suavidad zonas sensibles, sin dejar un segundo de besarse. Ciego por el deseo, la cogió del trasero y ella entrelazó sus piernas alrededor de la cintura de Owen. Se separó un segundo para mirarla a los ojos, para recordar aquel instante con todos los detalles. Eva estaba enfebrecida por el deseo; sus labios estaban enrojecidos y su respiración era muy pesada y acelerada. Estaba increíble en ese momento, una diosa de cabellos oscuros y mirada fiera. Se lo iba a decir, cuando sintió uno de los dedos de ella posarse en los labios de Owen.

—No digas nada —susurró Eva.

Deslizó el dedo por los labios entreabiertos de Owen y luego se los lamió gustosa, justo donde había tocado con el dedo, haciendo que él le hiciese caso. ¡En ese instante era capaz de cumplir cada una de las locuras de ella! Eva bajó de sus brazos con soltura y abrió la puerta de su casa con determinación.

—Dime, Daryl —dijo Eva intentando aparentar normalidad, aunque su respiración todavía seguía alterada, haciendo que Owen la mirase confuso.

—Se me ha olvidado decirte que... —susurró entrando en el apartamento de Eva y quedándose congelado al ver a su hermano en mitad del salón. ¡Owen ni siquiera había oído que habían llamado a la puerta! Había estado tan pendiente de cada sonido que saliese de los labios de Eva que había desaparecido todo lo demás a su alrededor—. ¿Qué haces aquí?

—Ha venido a traerme una cosa que me he dejado en la oficina —contestó Eva por él, con una amplia sonrisa, escondiendo tras ella su visible excitación.

—Sí —intervino Owen, siguiéndole el juego—. Bueno, me marcho ya...

—Gracias por acercármelo. Menuda cabeza tengo —bufó Eva abriendo de

nuevo la puerta para que saliera.

—Ha sido un placer —comentó Owen mostrándole una sonrisa descarada que la hizo sonreír.

Salió de allí sin ganas, ansiando echar a su hermano para seguir donde lo habían dejado. Eva besaba de una manera enloquecedora, se entregaba al ciento por ciento en cada caricia y aquello, en vez de apaciguarlo por haber probado ya los labios de la española, lo había excitado tanto que quería saber si todo lo hacía igual de bien.

Se despertó con ganas de volver a ver a Eva y de llevarla al límite; era la primera vez desde hacía un año que ansiaba ir a trabajar, aunque no pensara precisamente en la arquitectura, sino en cierta morena que lo había hecho revivir. Después de ducharse y de desayunar, se dirigió a la oficina pensando en la mejor manera de volver loca a cierta española que se le había escapado la noche anterior. Esa mañana Daryl iba a quedarse con su madre en el hospital y, con suerte, ese mismo día iban a darle el alta. Al subir al ascensor, repleto de personas que iban a trabajar, se percató de que ella se encontraba también allí. La observó detenidamente; llevaba un vestido de manga larga de color rojo que lo empalmó al instante. Tenía el cabello atado en una alta coleta que balanceaba sin darse cuenta; supuso que estaría nerviosa por algo. ¿Lo habría visto entrar? Comenzó a acercarse a ella sigilosamente, simplemente por el placer de molestarla y llevarla hasta el límite, como ella había hecho con él la noche anterior. Aún recordaba cómo era besarla, y ansiaba más, mucho más. A cada planta que llegaba el ascensor, éste iba vaciándose, y se dio cuenta de cómo Eva iba apartándose de él con la misma velocidad, sintiendo su respiración acelerada al compartir un espacio tan reducido con él. «Joder, Eva, no tendrías que haberle abierto la puerta a mi hermano», la riñó mentalmente Owen, observando sus movimientos inseguros.

Planta cuarenta y uno. Con gran disimulo y harto de tenerla tan cerca pero a la vez tan lejos, se agachó como si se le hubiese caído algo, para deslizar con suavidad y una lentitud desquiciante una de sus manos por la pierna de Eva. Ésta, asombrada por aquella caricia furtiva, lo miró excitada, mientras aguantaba un gemido que le hizo sonreír. «¡Lo sabía! Tú también te quedaste con ganas de más...», pensó Owen.

Planta sesenta y siete. Owen se acercó un poco más a ella y rozó con suavidad la curva de su cintura, provocando que a ésta se le endurecieran los pezones y se moviese nerviosa, al no saber qué hacer para que nadie se percatase de su visible excitación.

Planta setenta y nueve. Owen buscó su mano y comenzó a acariciarla despacio, de una manera tan íntima y deliciosa que Eva lo miró de reojo mientras se mordía el labio inferior.

Planta ochenta y uno. Todas las personas salieron del ascensor a excepción de ellos dos, que iban a las últimas plantas del edificio. Eva se giró para enfrentarse a la mirada de éste y Owen sonrió al ver lo que había conseguido en esos minutos.

—Pero ¿quién te crees que eres? —preguntó Eva dando un paso más hacia él, mientras lo retaba con la mirada.

—El encargado de hacer que gimas —contestó con esa sonrisa canalla sin dar un paso hacia delante; quería que fuera Eva quien se abalanzara sobre él y no al revés.

—Joder —masculló ella mientras lo cogía del cuello y lo besaba con ardor, jugando con su lengua y pegándose a su cuerpo con desesperación.

Owen la estrechó entre su cuerpo y la pared, deslizándose sus manos por debajo del vestido, sintiendo la suavidad de sus medias, el encaje que bordeaba sus muslos y la desnudez parcial de su trasero, ya que Eva llevaba un culote que ansió ver y arrancar. El sonido del ascensor al llegar a la planta ochenta y dos hizo que Eva lo apartara con decisión. Antes de abandonar el cubículo, lo miró una vez mientras se mordía el labio inferior y, negando con la cabeza, salió de allí.

—¡Esa mujer es fuego! —susurró Owen acomodándose la erección e intentando aparentar normalidad cuando alcanzó la última planta—. Buenos días —saludó a Judith con una sonrisa.

—Buenos días, señor Baker —susurró ésta, mirándolo de una manera extraña.

Owen se encaminó al despacho de Jack, pues sabía que estaría ya allí, trabajando antes que nadie. Abrió sin llamar y se lo encontró hablando por teléfono. Cuando aquél lo vio, frunció ligeramente el ceño y gesticuló que esperara un segundo.

—¿Qué tal? —le preguntó socarrón, algo que no entendió Owen.

—Bien, como siempre.

—Anda, límpiate, que pareces un payaso con resaca —comentó mientras le lanzaba un pañuelo de papel y sonreía complacido—. ¿Se puede saber a quién le has robado todo el pintalabios rojo o lo tengo que averiguar bajando planta por planta para descubrir a que mujer le ha desaparecido todo el carmín de buena mañana?

Owen se llevó el pañuelo a los labios y, al frotar, vio que, en efecto, llevaba todos los labios con el pintalabios de Eva. Aquello le hizo gracia y comenzó a reír a carcajadas, contagiándole el buen humor a Jack.

—No tardarías mucho en hallarla —soltó entre risas.

—¿Eva?

—Eva —afirmó con una sonrisa.

—Owen, al final no has podido evitarlo... —comentó negando con la cabeza y ocultando una sonrisa, satisfecho de haber acertado con sus suposiciones.

—Ha sido imposible y ella... ¡Joder!, no la entiendo, Jack —susurró Owen, confundido.

Había conocido dos versiones de Eva totalmente distintas: una apasionada y entregada, y otra fría y descarada, y lo peor de todo era que las dos lo atraían como jamás le había ocurrido con nadie.

Entró casi a la carrera en la oficina, saludó cabizbaja a Brigitte y se dirigió directamente al baño. Necesitaba tranquilizarse, pues en esos momentos cada centímetro de su piel estaba ardiendo y el culpable era aquel entrometido y desquiciante exjugador de fútbol que besaba de una manera tan deliciosamente tentadora que había conseguido que volviera a caer en sus brazos. ¡Si se había pasado la noche anterior reviviendo aquel encuentro varias veces! Menuda noche toledana había pasado, sintiendo que se calentaba nada más recordar cómo sus manos rodeaban su cuerpo, cómo su lengua jugaba con destreza con la suya y cómo su maravilloso cuerpo se pegaba al suyo. ¡Menuda tableta de chocolate pudo sentir con sus dedos al no poder resistirse a tocarlo! ¡Menos mal que a Daryl se le había olvidado contarle algo!; si no, la noche hubiese acabado de manera distinta y no despidiéndolo con una sonrisa —¡lo que le había costado cerrarle la puerta en las narices!—, pero no de su mente... Revivió aquella situación tan excitante varias veces en la oscuridad de su dormitorio, sin pretenderlo, pero consciente de que era la única escapatoria que tenía para intentar conciliar luego el sueño. Sus dedos buscaron aliviar aquel calor que no conseguía apaciguar obligándose a pensar en otra cosa que no fuera Owen y, mientras alcanzó un orgasmo que le supo a poco sólo pensando en la boca de éste, se percató de que había perdido la batalla... Mucho más tranquila, aunque no del todo saciada, se prometió que no podía permitirse volver a flaquear en su presencia. Sabía que ese hombre sólo la quería para una cosa y ella dudaba estar preparada para mantener una relación puramente sexual con un hombre que era famoso por ser un rompecorazones. Era tentador, sí..., pero ella era una romántica que se enamoraba a primera vista y no entendía qué le ocurría con ese hombre, al que había aborrecido nada más verlo. ¿Sería eso, pura atracción física? Supuso que sí, porque otra alternativa no se le ocurría.

Desechó aquellos pensamientos mientras se miraba en el espejo, jadeante y ruborizada; tenía el carmín prácticamente borrado y la mirada enfebrecida.

Suspiró intentando apaciguar su corazón, que cabalgaba desbocado desde que había notado las manos de Owen deslizarse por sus piernas unos minutos antes, haciendo que olvidase de un plumazo la promesa que se hizo a sí misma simplemente al sentir cómo el placer le recorría todas sus terminaciones nerviosas, como si la llenase de energía y, peor aún, anhelo, uno que emborronaba su escaso juicio... Un deseo que comenzó a llenar su cuerpo a medida que él rozaba intencionadamente su cuerpo con el de ella, llevándola al límite, sin tener en cuenta que estaban rodeados de más personas, como si a él no le importase... y aquello, aunque le costara reconocerlo, había aumentado su excitación todavía más, dejando aparcado el raciocinio y centrándose en ese hombre que la enloquecía. Cuando al fin se quedaron solos, intentó por todos los medios enfadarse con él, odiarlo un poco más por haberle hecho vivir la situación más erótica de toda su vida, pero Owen estaba tan endiabladamente sexy con ese traje oscuro a medida y con esa camisa a rayas, con esa sonrisa de medio lado provocadora y esos ojos azules oscurecidos por el deseo, que no pudo frenarse y al final lo besó. ¡Ella! Un escalofrío la recorrió por completo al recordar cómo fue aquel beso, repleto de urgencia, de deseo, de placer y de anticipación. Jamás había sentido un anhelo tan enloquecedor como el que le provocaba él; eso era algo que la descolocaba y, por qué no decirlo, la asustaba. Soltó el aire de sus pulmones mientras se retocaba el carmín y pensaba que aquello no quedaría así, pues él no lo permitiría y, por absurdo que pareciera, ella estaría esperando ese momento con desesperación.

—Estás chiflada —se dijo mirando su reflejo en el espejo; se veía visiblemente acalorada y excitada.

Salió del baño y se encontró con la mirada curiosa de Brigitte; ésta sonrió como si no hubiese entrado poco antes en la oficina corriendo y con el carmín destrozado.

—¿Estás bien? —preguntó la secretaria con dulzura.

—Sí —dijo con una sonrisa—. ¿Qué tal te fue ayer con los chicos? — Señaló el piso de arriba, intentando desviar la atención de lo ocurrido minutos atrás.

—Muy pero que muy bien —exclamó sonriente su compañera a la vez que acompañaba su contestación con un movimiento frenético de la cabeza, asintiendo con efusividad.

—Espero que se portaran bien contigo.

—Demasiado bien. —Chasqueó la lengua con disgusto, haciéndola sonreír —. Brian es... —dijo mordiéndose el labio inferior con énfasis, algo que hizo sonreír a Eva.

—Ten cuidado, Brigitte. Ninguno de ellos busca nada serio —susurró más para autoconvencerse que para su compañera.

—Lo sé, pero qué difícil es resistirse a ellos, ¿verdad? —soltó haciendo que Eva se sorprendiera de aquel guiño que le dedicó al terminar de hablar.

—A lo mejor somos unas masocas —añadió Eva, pensativa, creyendo firmemente en esas palabras. Las dos sabían que esos hombres eran unos seductores natos y, aun así, estaban las dos en la misma tesitura: suspirando por ellos.

—O creemos que, al final, seremos las que lograremos hacerles sentar la cabeza.

—¿Tú crees? —murmuró viendo aquella posibilidad muy remota—. No... Hay que ser consecuentes con la realidad y ellos no van a cambiar.

—Es posible que tengas razón, pero ¿y si se enamoran?

—Ellos no se enamoran, sólo follan... seguramente de una manera brutalmente increíble, pero sólo eso —susurró Eva con dejadez—. Me voy a mi despacho. Brigitte, ten cuidado...

—Lo mismo te digo —respondió, haciéndola sonreír.

Se sentó delante de su mesa y se obligó a centrarse en el trabajo, aunque las manos de Owen y, sobre todo, esa mirada que la enfebrecía la seguían allá donde mirase. Resopló incómoda; a lo mejor lo que necesitaba era echar el polvo de su vida para seguir hacia delante, para olvidarse de esa sensación previa al sexo que la estaba desquiciando. Llevaba mucho tiempo sin acostarse con nadie, simplemente porque no había conocido a ningún hombre que le hiciera sentir precisamente lo que sentía con Owen. Miró a la puerta cerrada de su despacho, sopesando esa posibilidad, sabiendo que, si accedía a hacerlo, tenía que ser consciente de que sólo y exclusivamente sería sexo, nada más. Se mordió el labio inferior; tenía claro que era una insensatez, había demasiadas cosas en su contra, pero, aun siendo consciente de eso, Eva lo deseaba con cada poro de su piel.

—Definitivamente estoy como una cabra —bufó molesta consigo misma mientras se centraba en ese presupuesto que tenía a medias y que había releído, por lo menos, diez veces desde que se había sentado.

Al rato de estar inmersa en las cuentas, tocaron a la puerta y entró Brigitte

con una sonrisita divertida mientras portaba un gran ramo de rosas rojas.

—Perdona que te moleste, Eva, pero han traído esto para ti —anunció la secretaria aproximándose a su mesa.

Eva sintió cómo le ardían las mejillas, y no de la vergüenza que pudiera sentir al recibir semejante obsequio, sino de la rabia. ¡Hacía años que no le gustaban semejantes regalos!

—Gracias —masculló al ver cómo Brigitte se lo entregaba para después salir del despacho, no sin antes dedicarle otra sonrisita.

Buscó en el ramo alguna tarjetita que le diese la información de quién era el responsable de aquello; al verla, la abrió y apretó el ramo con todas sus fuerzas al leerla.

¿Nos encerramos en el ascensor y dejamos que pase?

O. BAKER

—Pero ¿por qué has hecho esto, Owen? —refunfuñó mientras arrugaba la tarjetita con saña, sintiendo que el recuerdo de aquella tensión sexual se evaporaba y se instalaba en su lugar un cabreo de dimensiones épicas.

Miró la hora en su ordenador, para después mirar el ramo que había dejado encima de la mesa de cualquier manera mientras se mordía el labio inferior con ímpetu. ¡Ese hombre era insufrible! ¿Cómo se estaba planteando, siquiera, la posibilidad de acostarse con él?

Después de intentar trabajar con la presión de tener ese ramo de rosas inundando con su perfume su pequeño despacho, envió el presupuesto en el que había estado trabajando a su jefa, para salir luego de allí, cargada con el obsequio, y enfrentarse a ese tipo que se creía irresistible.

—Oh, Eva, es tan bonito... —dijo Brigitte en cuanto la vio salir.

—Ahora vengo —bufó muy cabreada sin ni siquiera detenerse a hablar con ella.

Subió la escalera hasta el último piso, vio cómo Judith, la recepcionista del Grupo 87, la miraba extrañada y sin ni siquiera saludarla. «Buena chica, Judith; como me impidas verlo..., ¡te muerdo!», pensó Eva sin detener sus andares mientras se dirigía flechada hacia el despacho de Owen. Abrió sin llamar, porque pensaba que no se lo merecía, y lo encontró trabajando —algo bastante atípico en él—, sentado a su mesa. Al descubrirla allí, sonrió presuntuoso y eso le molestó todavía más.

—Antes de enviarle un ramo de flores a una mujer, asegúrate de que le gustan —soltó, tirándole de malas maneras el ramo sobre la mesa.

—¿No te han gustado? —preguntó aguantándose la risa.

«¿Se está riendo de mí?», pensó Eva, cabreándose todavía un poco más.

—A ver si te queda claro de una vez que a mí estos truquitos de seductor peliculero no me van nada —gruñó mientras lo retaba con la mirada.

Owen sonrió mientras se levantaba de la silla, dejándole ver cómo le sentaba aquella camisa de rayas, que se ajustaba a su estrecha cintura y a sus fuertes e increíbles brazos.

«Joder, qué bueno que está, y lo peor es que lo sabe», se dijo Eva, pendiente de cada uno de sus movimientos.

—Te voy a confesar una cosa, Eva —susurró muy despacio, posicionándose muy cerca de ella, haciendo que ésta mirase hacia arriba, ya que él era mucho más alto—. Sabía que no te gustaría, por eso mismo lo he hecho.

—Pero... —siseó contrariada—. Entonces, ¿por qué coño me has comprado unas malditas flores si sabías que no me iban a gustar?

—Porque quería verte —confesó mientras colocaba con naturalidad un mechón rebelde que se le había soltado de la coleta, haciendo que Eva lo mirara desconcertada.

—¿Me has comprado un ramo de flores porque sabías que vendría a tirártelo a la cara? —inquirió intentando encontrar una excusa razonable para tal desvarío, que le había removido ciertas cosas de su pasado.

—Sí y, Eva, tengo que decir que has tardado un poco en subir —farfulló mientras negaba con la cabeza, disgustado por ese hecho.

—¿Cómo has descubierto que no me gustan estos detalles románticos? —susurró, ya que no había hablado de ese tema con él.

—He charlado con mi hermano —soltó con una sonrisa insolente.

Eva deslizó la comisura de sus labios hacia arriba en una calculada sonrisa mientras avanzaba hacia él; éste se humedeció el labio inferior, esperando su reacción, que no se hizo esperar al deslizar lentamente la mano por ese perfecto torso que haría las delicias de cualquiera, sintiendo con las yemas de sus dedos cada músculo perfectamente marcado, notando cómo la temperatura subía varios grados entre sus cuerpos y anhelando de una manera delirante hacer lo mismo, pero con su lengua... todo ello sin dejar de mirarlo a los ojos,

observando cómo Owen se preparaba para que ella diese ese primer paso que lo complicaría todo, pero que a la vez los saciaría por fin.

—Daryl... —susurró, imaginándose la cara de extrañeza de su amigo cuando Owen le había preguntado sobre aquel asunto—. ¿Y qué pretendes?, ¿que follemos encima de la mesa?

—No veo que sea tan mala idea —replicó mostrándole esa sonrisa canalla que era su sello personal y que la sacudió por completo, haciendo que dudase un segundo acerca de hacer realidad aquel deseo.

—¿Ya habías pensado en cómo lo haríamos, Owen? —murmuró ella mientras se acercaba a sus labios, viendo cómo éste abría la boca, preparado para recibirla con ansias—. Seguro que te has imaginado que me cogías en brazos, me arrancabas las bragas de un movimiento seguro, para después follarme encima de este escritorio..., pero se te ha olvidado un pequeño detalle, una nimiedad que ha truncado tu elaborado plan, y es que, Owen Baker número ochenta y siete, regalarme un ramo de flores me ha enfurecido tanto que lo único que deseo es salir de este despacho —le espetó con una sonrisa traviesa mientras se alejaba de él.

—Entonces, ¿me estás diciendo que, si no hubiese hecho nada, tú solita hubieras subido?

—Sí —indicó con rotundidad—, pero no tienes paciencia, Owen. Además, parece que no te quieres dar cuenta de que, a mí, estos juegucitos de macho alfa me chirrían...

—Jamás se me ha negado una mujer como lo haces tú —comentó, asombrado de que ésta le estuviera haciendo lo que él siempre les hacía a sus conquistas: volverlas locas de excitación para tenerlas donde deseaba, a su merced.

—Pues seré la primera —replicó Eva a la vez que le guiñaba un ojo y luego salía de su despacho casi corriendo.

Bajó la escalera rápidamente, sintiendo cómo su corazón retumbaba en su pecho y su cuerpo se preparaba, gustoso, para todas las promesas que había leído en los ojos cristalinos de Owen. Le había resultado casi un mundo no abalanzarse sobre él y caer en sus brazos, atrapar sus labios y sentir sus manos recorriendo su caliente cuerpo, sobre todo cuando supo que había pensado concienzudamente la manera de volver a verla, enviándole aquel maldito ramo de flores que le hizo recordar un pasado que deseó tener enterrado y que había revivido de nuevo..., recordando otro despacho, en otro país, delante de otro

hombre que la miraba con una intensidad casi cegadora, que la hacía sentir vulnerable, algo que se prometió que no permitiría que le volviese a ocurrir. Estaba en un lío, lo sabía; Owen era el sexo en el estado más puro y ella se veía influenciada por ese halo de seducción cuando estaba a su lado, pero no podía caer en el mismo error... Tenía que ser lista y alejarse de un tipo que sólo pensaba en sí mismo, aunque hubiese veces que le hiciera dudar de que eso fuera así, enseñándole otro Owen muy distinto al que se empeñaba en mostrar. Tenía que ser ella la que controlara la situación y no al revés, así conseguiría no volver a pasarlo mal. Miró hacia arriba, cerró los ojos y los volvió a abrir, sintiendo cómo recuperaba las fuerzas para después levantarse dispuesta a seguir con su trabajo, al margen de lo que le hiciera sentir el famoso exjugador de fútbol al posar su hambrienta mirada en ella, y de todo lo que había vivido en España y que la había hecho cambiar..., no sabía si para bien o para mal, pero no era la misma Eva confiada de antaño y aquel obsequio se lo había recordado...

Sintió sobre su piel el viento fresco al volver a casa en su motocicleta. No lo había vuelto a ver en todo el día, algo que agradeció para poder tener tiempo suficiente para prepararse para su siguiente encuentro, porque sabía que éste llegaría tarde o temprano y no tenía ni idea de si tendría la capacidad de mantener la mente fría para poder controlarla o caería rendida a sus pies, olvidando de paso todo lo vivido años atrás. Llegó a su apartamento sintiendo un vacío en su interior, una apatía, que aumentaba con el paso de las horas y que la hacía sentir indefensa otra vez; se obligó a no cuestionarse aquella sensación, procurando entretener su mente con otros menesteres. Era como si esos cinco años no hubieran pasado y se sintiese en el mismo ojo del huracán de todo... El sonido del teléfono la cogió por sorpresa. Sabía que Daryl estaba de guardia y que Úrsula seguía encantada con su chico —quien le pidió perdón por no saber que su amigo seguía con su novia antes de presentárselo—, con quien quedaba prácticamente todos los días, afianzando su relación. Al ver quién la llamaba, frunció el ceño. Hacía mucho tiempo que no hablaba con él; simplemente se escribían escuetos mensajes para saber cómo estaban, nada más. ¿Qué habría pasado?

—¿Sí? —susurró temerosa al descolgar, temiendo oír cualquier fatalidad que justificase esa llamada.

—¡Eva! —exclamó con emoción.

—Hola, Lucas... ¿Cómo estás?

—Bien, como siempre... ¿Y tú?

—Bien... —susurró mientras se dejaba caer despacio en el sofá, preparándose para cualquier cosa—. ¿Ocurre algo? —preguntó sin poder aguantar su lengua más tiempo.

—¿No puedo llamar a mi hermana mayor?

—Hace mucho tiempo que no hablamos por teléfono, Lucas... ¿Qué sucede?

—Nos conocemos demasiado bien como para ir con medias verdades —comentó Lucas con un tono divertido en la voz—. Tomás se va a casar.

—Muy bien —dijo al cabo de unos segundos. Aquella noticia la había cogido por sorpresa y comenzó a moverse, incómoda, en el sofá; recordar a su hermano mayor la hacía sentir extraña.

—Se va a casar con Greta, la hermana de Gustavo... ¿Te acuerdas de ella?

—Sí, claro... Que él sea un malnacido no quiere decir que Greta no sea un encanto de mujer... —susurró, sintiendo cómo una daga se le clavaba en el estómago al recordar a aquel hombre, ese que había intentado borrar de su existencia durante todo ese tiempo.

—Tomás cree que, si te invita a la boda, no vendrás...

—Es normal que piense eso. Él no quería que me viniera a Chicago y que dejara toda mi vida por culpa de... —susurró mientras negaba con la cabeza. ¿Cómo era posible que todavía le costara recordar aquello?

—Te echa de menos, Eva...

—Jamás ha hecho lo mínimo por demostrármelo, Lucas. En todo este tiempo, el único que se ha preocupado por mí has sido tú.

—Sois tan cabezones los dos que me dais hasta rabia —bufó desesperado—. Era él quien me recordaba que tenía que escribirte, quien se preocupaba por ti y quien te hizo llegar ese dinero al tiempo de marcharte, cuando me contaste que te habías quedado sin ahorros.

—¿¿Qué?!! —soltó enfadada al haber creído que aquella pasta que la ayudó a subsistir en las duras primeras semanas de llegar ahí provenía de Lucas y no de Tomás—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque sabía que, si te enterabas de que era suyo, no hubieras cogido el dinero ni el teléfono. Él te quiere, Eva. ¡Sois hermanos!

—No, Lucas. Él eligió defender a su amigo y socio, importándole muy poco que yo estuviera dolida y destrozada por culpa de él... —le espetó con rencor.

—Jamás ha dicho tal cosa; simplemente tenía que seguir trabajando con Gustavo..., pero tú no quisiste escucharlo; cogiste las maletas y desapareciste, poniendo un gran océano entre nosotros.

—Era lo mejor para todos. Tomás no me quería ni mirar a la cara y yo no podía soportar volver a ver a Gustavo... —refunfuñó con malestar.

—¿Me estás diciendo que ni siquiera vas a sopesar la posibilidad de asistir a la boda de nuestro hermano?

—No tengo que pensar nada, Lucas, él no me ha invitado —masculló sintiendo cómo le escocían los ojos, debilitándose al recordar aquel pasado.

—Lo que yo te digo, sois unos cabezotas orgullosos... Tomás me ha pedido

que te llame primero, que te lo comente... Él quiere que vengas, que seas su madrina.

Eva se echó a reír con una carcajada fría y estridente, sintiendo a la vez cómo se le resbalaban las lágrimas por las mejillas al oír que su hermano mayor quería que ella estuviera en su boda, pero ¿cómo iba a ir? Era inconcebible.

—Es mejor así, Lucas. No quiero estropearle un día tan especial —susurró rota por dentro, ansiando poder borrar aquel amargo recuerdo y poder compartir ese día con su única familia—. Espero que sean muy felices y que lo paséis de cine en la gran ceremonia...

—Eva, no seas así, ¡joder! ¡¡Ya han pasado cinco putos años!! —bramó Lucas, haciendo que ésta se sorprendiese, pues su hermano menor era el más tranquilo de los tres. Jamás levantaba la voz y jamás decía palabrotas...

—Pero para mí es como si hubiese sido ayer... Lo siento, Lucas, no puedo... —susurró sintiendo cómo las lágrimas caían sin control.

—Piénsalo por lo menos, Eva. Es tu hermano y sólo nos tenemos los tres —comentó con seriedad—. No te separes de nosotros...

—Adiós, Lucas... —dijo cortando la llamada y rindiéndose a la desolación.

Las imágenes empezaron a resurgir en su mente: la mirada reprobatoria de Tomás; la sonrisa prepotente de Gustavo; la lluvia cayendo sobre su rostro, sintiendo que no podría volver a poner un pie en esa empresa; la necesidad de escapar... Se limpió las lágrimas y se obligó a levantarse del sofá. ¡Ya había llorado suficiente por ese asunto! Se puso su chaqueta, pues necesitaba urgentemente algo que le recordase que era capaz de mantenerse fuerte y que la ayudase a olvidar... Una persona surgió con fuerza en su mente, el poseedor de unos ojos tan azules que la hacían olvidar incluso que tenía que respirar, un hombre que la hacía sentir y que la ayudaría a borrar todo aquel agrio pasado que continuaba muy vivo en su interior. Pero ¿dónde podía ir a buscarlo? Abrió la puerta dispuesta a dar con él de una manera fortuita, como si el azar fuera el culpable y no sus ansias de perderse entre sus brazos, cuando los ojos interrogantes de Owen la sorprendieron.

—¿Qué? —balbuceó Eva al no comprender qué hacía él allí.

Sin decir nada, Owen frunció ligeramente el ceño al detectar los claros indicios de que había llorado y le acarició el rostro con una ternura que a Eva la hizo relajarse automáticamente. Cerró los ojos al sentir su cálido contacto, aquella electricidad que siempre percibía cuando él estaba cerca, y aquello

bastó para que él le enmarcara la cara y buscara sus labios con desesperación. Eva gimió sin control al sentir la diestra lengua de él; su tacto la calentó y disipó sus fantasmas con aquella pasión que lo llenaba todo. Se estrechó contra él mientras veía cómo Owen cerraba la puerta. Comenzaron a acercarse al sofá, sin dejar de besarse y de acariciarse, importando sólo el aquí y el ahora. Le quitó el vestido de un movimiento y ella se afanó en despojarlo de la camisa y los pantalones. Se sentían enfebrecidos, ansiando el contacto del otro, como si fuera su cura, como si fuera lo único que lograría sanarlos, como si hubiesen nacido para eso, para poseer el cuerpo del otro y dejar atrás todo el sufrimiento vivido. No tuvieron tiempo para mirarse, simplemente ansiaban sentirse. Se tocaron, se lamieron, se mordieron, arañaron su piel, sintiendo cada caricia como un chute de adrenalina que lo emborronase todo. Eva gimió con locura cuando notó la boca de Owen rodearle un pezón, mientras ella deslizaba las manos por su ancha espalda, memorizando cada músculo y cicatriz, anhelando más, mucho más, y que aquello no tuviera fin, porque pegada a su cuerpo se sentía más ella que en ningún otro lugar. Parecía como si estuviera en el paraíso, pero no con un Adán cualquiera, sino con el rey de la seducción y del deseo, dejando los problemas en otro mundo y sólo experimentando placer, uno tan terrenal y enloquecedor que la estaba ayudando a olvidarse de todo y de todos. Sólo eran ellos dos, dos personas que comenzaron odiándose y se dieron cuenta de que no podían permanecer más tiempo alejados uno del otro... como si sentirse atraídos fuera su divino castigo, uno que estaban disfrutando como jamás creyeron que harían. Owen se desprendió de los calzoncillos con urgencia, y Eva contempló con lascivia cómo se ponía un preservativo mientras se dejaba caer en el sofá y arrastraba de paso sus bragas hasta el suelo. Una embestida bastó para conectar como jamás lo había hecho con nadie. Se miraron a los ojos sin respirar, con la sensación de que podían morir en ese momento por todo el placer que estaban experimentando, por esa conexión irracional que evaporaba cualquier otro recuerdo que no fueran ellos dos. Owen comenzó a moverse y Eva se abrió más a él, notando cómo se clavaba más y más en su interior, llenándolo todo de calor y de color, uno brillante que cegaba las sombras que la rodeaban. Sus fuertes manos la agarraron con posesión del trasero y, sin dejar de mirarse por un segundo, los movimientos comenzaron a ser más frenéticos y profundos. Estaban los dos al borde del orgasmo, lo sabían aun sin hablar, simplemente contemplando la mirada del otro, que no perdía detalle de aquello que tanto

habían ansiado que ocurriera, pero que también habían luchado para que no se produjera, para no estar precisamente en ese momento: indefensos contra un placer jamás sentido. Y los dos, a la par, alcanzaron el nirvana, uno que los unió mucho más de lo que ya se encontraban, deshaciéndose por dentro y sabiendo que después de eso nada volvería a ser como antes.

Con las respiraciones entrecortadas y todavía unidos, se volvieron a besar, pero de una manera mucho más dulce y sentida, sellando con esa acción las palabras que eran incapaces de decirse. Owen salió con cuidado de ella y Eva se sintió desamparada al no tenerlo dentro. Se desprendió del preservativo bajo la atenta mirada de ella y la cogió de la mano para levantarla del sofá. Eva se dejó guiar hasta su dormitorio y los dos se tumbaron, uno frente al otro, sin dejar de mirarse en ningún momento.

—¿Por qué has llorado? —preguntó Owen al cabo de un rato mientras le acariciaba el rostro.

—¿Por qué has venido aquí? —susurró sin contestar su pregunta.

—No lo sé, simplemente mi subconsciente me ha traído... —confesó, y ella se mordió el labio inferior, pues también había tenido el mismo impulso, el de volver a verlo.

—Cuéntame qué pasó —pidió Eva en un susurro. Owen la miró a los ojos, comprendiendo al instante a qué se refería.

—¿Sigues sin saberlo? —preguntó enarcando una ceja, extrañado de que fuera así.

—Tengo que confesar que leí sobre ti, pero prefiero que me lo cuentes tú... Piensa que soy una chica a la que le gusta el *soccer* y que no entiende de tu deporte —le aclaró sonriente.

Él se movió incómodo, aproximándose un poco más a ella, entrelazando sus piernas, como si estar desnudos, juntos, en una cama fuera lo más natural para ambos.

—Me estás pidiendo mucho cuando esta mañana me has dejado solo en mi despacho —soltó socarrón.

—Lo sé, pero las flores lo han fastidiado todo. Me tenías ya ahí —añadió Eva mientras le guiñaba un ojo.

—¿Por qué no te gusta que los hombres te regalen flores? —planteó con curiosidad.

—Primero me tienes que contestar tú —replicó Eva, perdiéndose en su mirada cristalina; estaba tan a gusto con él que era surrealista. Había odiado a

ese hombre con todas sus fuerzas y se había acostado con él pocos minutos atrás y, lejos de sentirse incómoda ante aquello, estaba tranquila y a gusto con Owen, mientras mantenían una conversación íntima...

—Pero tú tampoco me has contestado cuando te he preguntado la razón por la que tenías los ojos hinchados de llorar.

—Duele recordar el pasado —susurró ella deslizando una de sus manos por el increíble estómago de ese hombre. ¿Cómo era posible que todavía ansiara más cuando acababa de tener el orgasmo más brutal de su vida?

—Lo sé... —susurró, sabiendo a lo que se refería.

—Si tú me lo cuentas, yo también lo haré —propuso Eva con seriedad.

—¿No será una trampa? —preguntó, haciéndola sonreír.

—Jamás podría tenderle una trampa al creador de éstas —comentó Eva con elocuencia, contagiándole su buen humor.

Owen le acarició el rostro y deslizó los dedos por los labios entreabiertos de ella, tomándose su tiempo y armándose de valor para contarle aquello que llevaba sin pronunciar más de un año.

—Fue hace dieciocho meses, en un partido crucial para el campeonato; íbamos en desventaja contra los Dallas Cowboys, quedaban cinco minutos para el final del tercer cuarto y mi compañero me lanzó el balón —susurró él con rostro serio y mirando hacia abajo, como si no pudiera enfrentarse a su mirada, como si recordarlo le doliese, algo que Eva entendía perfectamente—. Me encontraba en la zona de anotación y salté para alcanzar aquel pase de *touchdown*, pero, al hacerlo, choqué contra una defensa que intentó interceptarlo, haciendo que me desequilibrara, con tal mala fortuna que al caer al suelo apoyé mal la rodilla y sentí cómo se rompía... —añadió con congoja—. Me rompí todos los ligamentos de la rodilla izquierda y la arteria poplítea, lo que podría conllevar la pérdida de la pierna...

—Las imágenes son muy duras —susurró ella al recordarlas mientras sentía cómo se le contraía el estómago; había sido una lesión horrible incluso de ver.

—Estuve a punto de perder la pierna, Eva... —comentó mirándola por primera vez a los ojos, dejando que ésta fuera testigo del dolor que todavía refulgía en sus pupilas.

—Pero no ocurrió.

Owen hizo una mueca parecida a una sonrisa irónica que a Eva la conmovió.

—Pasé por varias operaciones y pudieron salvarme la pierna; por lo menos

podía caminar, algo que al principio no estaba del todo seguro que llegara a hacer... Aunque lo más duro no fue la recuperación, sino darme cuenta de que ya no podría volver a jugar nunca más, porque, si lo hacía, una mala caída de nuevo o un golpe fortuito, algo que es tan normal en este deporte como el respirar, haría que todo el esfuerzo del equipo médico por salvarme la pierna no hubiese servido para nada...

—¿Por eso te marchaste a Australia?

—Necesitaba reencontrarme, intentar hallar algún aliciente para seguir viviendo. Entiéndeme, llevaba toda mi vida jugando al fútbol, intentando ser el mejor... para que se desvaneciera todo en una tarde... —bufó displicente—. Pero, durante ese año que estuve apartado de todo y de todos, lo único que conseguí fue endurecer mi carácter, hacerme inaccesible e impedir que nadie hablase en mi presencia de lo que me había ocurrido.

—No poder jugar no implica que te separes del todo de este deporte. Puedes hacer otras cosas dentro de él, como ser entrenador o comentarista.

—No... —bufó con decisión mientras perdía su mirada por la habitación, sin querer enfrentarse a la de ella.

—¿Por qué no? Daryl me contó que eras el mejor *quarterback* de la última década, ¿por qué no puedes transmitir tus conocimientos a otras generaciones?

—Ahora te toca a ti —corto el tema Owen, clavando de nuevo su mirada en Eva, ignorando la última pregunta, ya que no sabía cómo explicarle por qué se negaba a esa alternativa.

—No me has contestado.

—Lo sé, pero ése no era el trato. Te he contado por qué no juego; ahora te toca a ti explicarme por qué eres la única mujer que conozco a la que no le gusta que le regalen flores.

Eva titubeó, se notaba que no quería hablar de ese tema, pero a la vez sabía que se lo debía. ¡Él le había contado aquel episodio de su vida que lo había cambiado todo! Lo miró mientras se mordía el labio inferior, algo que le hizo sonreír; ella era la clara imagen de una persona que no callaba ni debajo del agua y, sin embargo, en ese momento, no sabía cómo abordar aquella cuestión. Aún sentía en su piel aquella incertidumbre y aquel anhelo de protección cuando le vio abrir la puerta, con los ojos hinchados de llorar, aparentemente tan indefensa, que no pudo frenar su mano para acariciarla y, cuando sintió su cálido contacto, no pudo frenarse. Había tenido un día demasiado complicado después de que ella se marchara de su despacho; aquella llamada que recibió lo había trastocado todo y no sabía cómo abordarla... Pero aquel rato, sin duda, estaba siendo el único respiro que había tenido desde aquella fatídica tarde en la que dejó de ser él y se convirtió en su sombra, una muy tenue y que, a medida que habían pasado los días, se había ido difuminando todavía más, hasta que Eva apareció en su vida, llenándolo de luz con su presencia y su manera de ser...

—Porque me hacen recordar que una vez fui débil —susurró Eva, nerviosa.

—¿Débil? —inquirió Owen, extrañado por aquella confesión—. Eres increíblemente fuerte, Eva. Jamás he conocido a una mujer que me plante cara con tanto tesón —añadió levantándole el rostro para mirarla a los ojos y que se diera cuenta de que estaba hablando completamente en serio.

—Eso ha sido fácil —confesó mostrándole una sonrisa que intentaba ocultar el cúmulo de sentimientos por los cuales estaba pasando—. Eres un incordio de hombre y me ha salido de manera natural.

—Ha sido divertido ser un incordio para ti —soltó entre risas—. Además, Eva, mientes de pena —susurró, recordando todas las situaciones en las cuales ella había optado por engañarlo, trastabillando y quedándose de golpe muda, como si intentase buscar alguna excusa razonable que éste pudiera creerse.

—En eso te tengo que dar la razón —dijo contagiándose del buen humor.

—¿Por qué llorabas? —volvió a la carga. Quería ayudarla, era lo único que le importaba en ese instante.

A Eva se le congeló la sonrisa y se mordió el labio de nuevo, para después cambiar, en pocos segundos, ese nerviosismo por deseo, mientras lo miraba con lascivia y se acercaba a él, para luego besarlo con ansias y hambre, sin dejar de acariciar cada centímetro de su piel, consiguiendo que Owen olvidase aquella pregunta que ella no quería contestar y concentrándose en ese momento: los dos desnudos sobre la cama, palpándose y excitándose con cada caricia, tomándose su tiempo, saboreando el encuentro entre gemidos y oleadas de placer. Le lamió casi todo el cuerpo, deslizando su juguetona lengua por cada músculo de su estómago hasta alcanzar su erección. Con una mirada traviesa que lo endureció más de lo que ya estaba, deslizó la lengua por su pene, haciendo que Owen blasfemase en voz baja. ¡Esa mujer llevaba el erotismo a un nivel superior!

—¡Eres increíble! —exclamó desechando el tercer preservativo de la noche mientras intentaba que su respiración volviese a su estado normal.

—Pero no te encariñes conmigo, ¿eh? —soltó Eva, haciéndolo reír a carcajadas—. Creo que te tienes que ir, Owen —bufó mirando la hora en su despertador. Era bien entrada la madrugada, a pocas horas de amanecer.

—¿Ya me tiras?

—Nooo —dijo alargando la vocal más de lo necesario, haciendo sonreír a Owen—, sólo te sugiero, de una manera directa, que te marches a tu casa, ya que no deseo que el entrometido de mi vecino, o sea, tu hermano pequeño, te pille otra vez aquí. ¡No sabes la de preguntas que me hizo ayer cuando te descubrió en mi apartamento! —exclamó con gracia.

—Es que los Baker somos unos curiosos —comentó embebiéndose de la imagen de ella: despeinada, con los labios enrojecidos por los besos que se habían dado y las mejillas rosadas. ¡Estaba preciosa!

—Mucho —confirmó mientras asentía con efusividad.

—Formamos un buen equipo en la cama —susurró Owen, haciendo que Eva enarcase la ceja, sorprendida ante aquella afirmación.

—No vayas por ese camino —dijo ella. Se levantó de un salto y cogió su amada camiseta, que se encontraba encima de una pequeña cómoda, y salió al

salón mientras se la ponía, dejándolo solo en la cama y sin entender qué la había hecho salir disparada de allí.

—¿Por qué no? Nos atraemos, eso es incuestionable —confesó Owen siguiéndola hasta el salón a la vez que se acomodaba los pantalones y cargaba el resto de la ropa en una mano.

—Lo sé, Owen... pero esto es sólo un desliz sexual. No nos gustamos, aunque nos atraigamos físicamente. Es una tontería alargar algo que está condenado a morir —sentenció Eva con rotundidad mientras se dirigía a la entrada para abrir la puerta.

—¿Y ya está? —preguntó extrañado por aquella conclusión.

—Sí.

—¿Estás segura?

—Por supuestísimo —dijo mientras le dedicaba una sonrisa y le hacía un movimiento con la mano, invitándolo a que saliera de su casa.

—Como quieras —dijo Owen cruzando la puerta sin entender nada y sin ni siquiera despedirse.

¿Desde cuándo se habían cambiado las tornas? Normalmente era él quien cortaba de raíz las ilusiones de las mujeres que conquistaba; era él quien les decía que aquello sólo era sexo sin compromiso; era él quien se quedaba en la zona de confort de controlarlo todo... Sin embargo, Eva había dado una vuelta a ese esquema que había utilizado siempre, siendo ella la que controlaba.

Se subió a su coche y condujo directamente hasta casa de su madre. Debía comenzar a buscar de verdad un hogar. Sabía que Catherine estaba encantada de tenerlo allí, pero llevaba demasiado tiempo viviendo solo y añoraba esa soledad.

No pudo conciliar el sueño, ya que su mente le recordó todos los momentos vividos con Eva en su apartamento, cada gemido, cada caricia, cada mirada, como si la estuviera viendo en ese momento. Harto de dar vueltas, se levantó y se duchó, para prepararse para trabajar. Seguramente tendría el rostro con signos evidentes de cansancio, pero no podía quedarse en casa dándole vueltas a algo que ella había decidido por los dos. ¿No quería que eso se repitiera? ¡Pues que así fuera!

—Buenos días, Owen —saludó Jack mientras entraba en el despacho de éste y se lo encontraba cabizbajo delante de su mesa—. Uuuhh... ¡Qué cara tienes!

—¿Qué quieres, Jack? —bufó dejando el bolígrafo sobre la mesa de mala gana.

—Saber cómo está tu madre.

—Bien, ya está en casa y Margot ha accedido a adelantar la vuelta de sus vacaciones para cuidarla.

—Esa mujer es un cielo.

—Pues sí.

—Y hablando de cielo... ¿Esa cara que tienes hoy, en la que puedo apreciar perfectamente unas ojeras de no haber pegado ojo, son provocadas por la misma mujer que te dejó ayer todo el carmín en los labios?

—Puf... —resopló despeinándose con frustración—. Te juro que no la entiendo. Estábamos en su casa, todo iba mejor que bien y le sugerí que aquello podríamos repetirlo y me dijo que no. ¡En mi cara y sin titubear!

—Creo que has encontrado una mujer a tu altura, Owen —comentó su amigo, chistoso.

—Jamás me había pasado algo así, Jack...

—Pero eso lo hace más tentador, ¿verdad?

—No me la puedo quitar de la puta cabeza —gruñó molesto consigo mismo mientras veía cómo Jack se sentaba delante de él.

—Ten cuidado, Owen: se empieza así y uno acaba enamorado hasta las trancas.

—Tú siempre tan romántico. Aun no entiendo qué haces solo, deberías tener ya a la próxima señora Thompson detrás de ti.

—Sherlyn quiere que volvamos a intentarlo —soltó de golpe, haciendo que Owen lo mirase contrariado.

—No me lo puedo creer —susurró, perplejo al procesar la noticia de que la ex de su mejor amigo quisiera dar otra oportunidad a su relación—. ¿Qué le has dicho?

—Que me lo tengo que pensar... —bufó confundido—. Joder, Owen, yo quería a esa mujer, la amaba por encima de todas las cosas, y ella, simplemente, me dejó de querer, convirtiendo mi vida en un auténtico infierno.

Ahora, después de casi un año, me confiesa que se ha dado cuenta de que me echa de menos, de que me quiere y que desea que vuelva a casa con ella y con Ryan...

—A ver si lo que quiere es el estatus económico que tenía cuando vivías con ella —replicó mientras negaba con la cabeza. Nunca le había gustado esa chica, era demasiado materialista.

—No te creas que no lo he pensado —comentó Jack, incómodo—. Pero, si vuelvo con ella, Ryan volverá a estar con sus padres a la vez, podremos ser de nuevo una familia normal y lo podré ver muchas más veces que ahora...

—Ryan es feliz, Jack. Si quieres volver con Sherlyn, tiene que ser porque la sigues queriendo, no por lo que crees que quiere tu hijo... Ryan jamás se ha quejado de que viváis en casas distintas, él lo ve normal. Lo que no sería correcto es que volvieras con ella y que él viese que no os queréis.

—Tienes razón, Owen, pero no sé qué hacer. Yo aún la miro y... ¡joder! Aún siento algo por ella —confesó, molesto de que fuera así, de no poder arrancarse ese sentimiento que había perdurado en el tiempo, haciéndole difícil la sencilla tarea de encontrar a otra mujer con la que comenzar de cero.

—Es la madre de tu hijo y habéis estado casados cuatro años, algo tiene que quedar. Supongo que el amor no es un interruptor que se puede apagar o encender a nuestro antojo.

—Ya... —susurró colocándose bien la corbata, pensando en las palabras de su amigo—. Ryan va a quedarse a dormir esta noche en casa de sus abuelos y ella y yo hemos quedado para hablar...

—Piénsalo bien, Jack, y no te dejes llevar por las emociones del momento.

—Lo sé. Ya te contaré mañana —dijo levantándose de la silla—. Owen... Eva me gusta para ti —confesó mientras salía del despacho, dejando a su amigo extrañado ante aquella afirmación.

Éste negó con la cabeza mientras volvía a coger el bolígrafo y se concentraba en los papeles que tenía delante; esperaba que su amigo decidiera no volver con su ex. Sherlyn era caprichosa y dominante, una mujer que transformaba a su amigo en una versión horrible, dejando su autoestima por los suelos y saliéndose siempre con la suya con artes bastante cuestionables. Sabía que había pasado un año espantoso hasta que ésta le confesó que quería separarse de él... Lo había ignorado por completo, tratándolo como una basura, algo que ninguno de los tres entendía. ¡Jack era un hombre poseedor de un carácter fuerte! Era cierto que, de los cuatro amigos, era el más cabal y

romántico, pero el amor lo había ablandado de tal forma que sólo veía por los ojos de esa mujer irritante que lo había cegado por completo y que se empeñaba en gastarse todo el dinero que ganaba Jack, quejándose encima de que no tenían más. Se levantó de la silla para observar el paisaje de su ciudad por la ventana, recordando el cambio perceptible en su amigo cuando conoció a Sherlyn, en la manera en la que se comportaba cuando ella estaba delante — algo que empeoró a medida que la relación se fue afianzando— y Owen se prometió —nada más conocerla— que jamás le ocurriría algo así a él. ¡Ninguna mujer se reiría de él ni tampoco lo utilizaría! Su mente lo llevó a Eva sin pretenderlo, una mujer fuerte, tenaz, valiente y con recursos, una mujer que se había hecho a sí misma y que no permitía que nadie la ayudase. Una mujer que sabía lo que quería o lo que no y que no andaba con juegos psicológicos baratos. Si quería algo, lo decía claro. Era sencillo hablar con ella, y lo retaba y eso le gustaba. Era sencillo estar a su lado y, lejos de minar su autoestima, ella intentaba ayudar. Sonrió al recordar cuando Eva le sugirió que trabajara en algo relacionado con el fútbol, cómo lo animó para que dejara el confort de ese despacho y transformara sus sueños sin alejarse tanto del original. Ojalá resultara tan sencillo, ojalá fuera capaz de dar ese paso, pero no sabía si podría y, por primera vez en su vida, Owen tuvo miedo.

—¿Vendrás? —preguntó Daryl con entusiasmo.

—¿Cuándo me he perdido yo una de tus actuaciones?

—Ay, Eva, ¡estoy que no me lo creo! Voy a actuar en el Naughty Little Cabaret.

—Estoy tan orgullosa de ti, Daryl. Ahí estaré, en primera fila, dejándome las manos aplaudiéndote.

—¡Voy a decírselo a Owen! —soltó dándole un beso en la mejilla y saliendo del apartamento para dirigirse al suyo.

Owen... Se removió, incómoda, en el sofá al recordar lo sucedido entre ellos. Llevaba un par de días intentando no coincidir con él, entrando antes a trabajar y saliendo después..., centrándose en el trabajo y en nada más, aunque su mente —la muy traicionera— le hacía vivir de nuevo aquella noche en la que lo único importante habían sido ellos dos, saciando su apetito sexual y sintiendo que conectaban de una manera extraña pero asombrosa. ¿Cómo era posible que hubieran pasado del odio al deseo en tan poco tiempo? Se obligó a levantarse del sofá para prepararse la cena y así intentar no darle más vueltas a los maravillosos ojos azules de ese hombre, que se oscurecían sutilmente cuando la miraba, haciendo que con esa acción se excitara de una manera tan enloquecedora como insólita. ¡A ella jamás le había ocurrido algo así! Tenía que fijarse en otro hombre para poder desprenderse de aquellas sensaciones que la envolvían y la hacían flaquear al pensar en volver a caer en los brazos del famoso exjugador de fútbol. Sin mayor dilación, se dio la vuelta, se puso la chaqueta y salió a dar una vuelta. No podía quedarse en casa volviendo a repetir en su mente aquella escena que había revivido con nitidez esos días; necesitaba despejarse y encontrar a alguien que le echase una mano en esa empresa. Se dirigió a su bar favorito, se sentó a la barra y pidió un *gin-tonic* mientras miraba a su alrededor, buscando a quien le provocase aquella sensación que la ayudaría a seguir adelante.

—Pero si está aquí la dama de hierro —soltó alguien sentándose a su lado

y pidiendo una copa al camarero.

—Clive, ¡el imán de los ligues! —susurró ella a modo de saludo mientras cogía la copa para darle un sorbo—. ¿Ya te han rechazado todas las mujeres de la sala, que has tenido que acercarte a mí?

—Siempre tan mordaz —replicó él con una amplia sonrisa.

—Y tú, siempre tan canalla —dijo Eva con guasa—. ¿Hoy te han dejado solo?

—Uf... Tengo unos amigos que son unos muermos —afirmó, haciendo sonreír a Eva—. Jack está dudando en volver con su ex, Brian está en casa de Brigitte y Owen, simplemente, no tenía ganas de salir.

—Pobrecito.

—Pues sí. No me quiero quejar, pero soy un incomprendido —dijo mostrándole una sonrisa que la relajó—. ¿Qué excusa tienes tú para estar aquí, sin compañía, un jueves por la noche?

—No tenía ganas de estar sola en mi casa...

—La soledad es jodida.

—Pues sí, pero supongo que, para un hombre como tú que se tiene que quitar a las mujeres de encima, no lo será tanto.

—No te creas, que también tengo mi corazoncito —comentó burlón.

—¡No! —exclamó fingiendo sorpresa.

—Aunque te cueste creerlo, late y siente cosas, aunque sólo de vez en cuando —añadió con esa sonrisa que se notaba que utilizaba para cegar a las mujeres.

—Supongo que todos intentamos esconder nuestras debilidades.

—Puedes esconderlas o enfrentarte a ellas para convertirlas en tu fortaleza. Te voy a decir un secreto: de pequeño era terriblemente vergonzoso y, por ende, asocial.

—Me estás tomando el pelo —sentenció ella entre risas. Era increíble que fuera verdad; Clive era un hombre muy sociable a quien le encantaba estar rodeado de personas, preferentemente del sexo femenino.

—No, qué va —dijo éste contagiándose de la risa—. Pero comprendí que, si no cambiaba yo y me quitaba esa vergüenza, no disfrutaría de todo lo que me rodeaba. ¡Y había tanto que disfrutar, Eva! —exclamó señalando a su alrededor.

—Yo también he cambiado... —repuso cogiendo la copa y dándole otro sorbo—. ¿Te has enamorado alguna vez, Clive?

—¿Amor? —Caviló, haciendo que Eva se riera a carcajadas de que éste tuviera que pensarlo tanto—. No, lo que he sentido no es amor. He sentido deseo, cariño y poco más.

—¿Cuánto te duran las conquistas?

—Poco —aceptó mientras le guiñaba un ojo en actitud canalla—. Me gustan las mujeres, mucho, pero, cuando obtengo una noche, o como mucho un par, de sexo, me aburren.

—Pero ¿llegas a conocerlas o simplemente te las follas y si te he visto no me acuerdo?

—Va a ser lo segundo —reconoció jocoso.

—¿Y no te cansas?

—¿De tener sexo con preciosas chicas? No, por supuesto que no. ¿Y tú?

—Yo, ¿qué? —preguntó sin entender a qué se refería.

—¿Te has enamorado alguna vez?

—Sí... —masculló clavando la vista en su copa—. Y aunque lo pasé realmente mal, no he perdido la esperanza de volver a enamorarme.

—¿Pasó hace mucho?

—Sí..., aunque debo tener estropeado el geolocalizador, porque todos los hombres que me gustan, al final, me salen rana.

—¿Y es eso lo que te hizo cambiar? —preguntó con curiosidad, haciendo que Eva se extrañase de su capacidad de percepción.

—Sí —susurró agachando la cabeza—. Antes era como esas mujeres que os encanta ruborizar hablando de sexo o intimidar con vuestra seductora mirada —le contó mientras le guiñaba un ojo—, pero cuando todo acabó y me encontré sola y rota... entendí que no podía dejar que los hombres me vapulearan a su antojo. Por eso me fortalecí y me desprendí de lo que me hacía sentir vulnerable.

—No sé cómo serías antes, pero la Eva de ahora me cae bien —susurró mirándola fijamente.

—La Eva de antes se hubiera ruborizado cuando te acercaste a hablar conmigo en el barco.

—¿Sabes? Aunque me jodió un montón saber que me mentiste en mi propia cara, luego me eché a reír por la capacidad que tienes de deshacerte de los tíos que no te interesan.

—Bueno, una tiene sus trucos —dijo jocosa.

—¡Tengo una idea! —exclamó mientras sacaba su teléfono móvil—. Vamos

a hacernos un *selfie*.

—¿Para qué quieres echarte una foto conmigo?

—Para restregársela a éstos —le aclaró mientras se ponía al lado de ella y alargaba el brazo para poder capturar la imagen y después la enviaba por WhatsApp—. ¡Listo! Para que luego digan que no puedo salir solo y hablar tranquilamente con una chica.

—Normalmente, ¿qué ocurre cuando sales solo?

—Busco un objetivo, me gustan las rubias o pelirrojas, aunque, si tengo que esforzarme con una morena, pues ¡lo hago! —añadió entre risas—, la seduzco y me la llevo a mi casa.

—¿Se quedan a dormir o cuando has terminado las invitadas a que salgan de tu vida?

—Depende de las ganas que tenga de repetir. Si me gustan, se quedan a dormir; si lo nuestro es sólo una vez, les digo que se marchen.

—¿Ninguna te ha montado el espectáculo?

—Sí —confesó entre risas—. Me hago el frío y calculador, y no permito que me hablen más.

—Eres un poco cabrón, ¿lo sabías?

—No ando con mentiras, Eva. Cuando me acerco a una mujer y veo que está interesada en mí, no le regalo los oídos prometiéndole cosas que sé que no voy a cumplir. Soy claro; si aceptan, saben que sólo será sexo, una noche o como mucho dos. Nada más.

—Un día tendrías que enamorarte de una mujer que te hiciera precisamente lo que tú haces con ellas: utilizarte para el sexo y punto.

—El amor no va conmigo, Eva —comentó con seriedad—. Vamos a brindar: por el sexo sin límites.

Eva chocó la copa mientras negaba con la cabeza, divertida; jamás pensó que le caería tan bien Clive. Era un hombre con unos principios sólidos, que no jugaba con las mujeres, aunque sí que disfrutaba con ellas.

—Creo que va siendo hora de que me recoja —anunció Eva mientras apuraba su copa y se levantaba del taburete.

—¿Has venido en coche?

—En moto. —Le guiñó un ojo.

—Es verdad. Nos lo comentó Owen, que tenías una moto muy masculina —dijo mientras salían juntos del bar.

—¿Muy masculina? —repitió entre risas—. Me da a mí que tu amigo se

creo que las mujeres vamos todavía con falda de tul rosa.

—Pues, oye, una faldita corta y encima de esta moto —bromeó Clive mientras ella comenzaba a quitar el candado— y tendrías que apartarte a los hombres a hostias.

—¡Por lo menos! —soltó, contagiándose de su risa—. Nos vemos, Clive —se despidió poniéndose el casco y subiendo a la moto.

—Claro —contestó éste mientras la veía salir disparada por las calles de Chicago.

Lo malo de trasnochar era levantarse temprano y con buena cara. Después de estar delante del espejo más de lo habitual, de aplicarse antiojeras y una base más contundente de maquillaje, Eva salió hacia su trabajo pensando en la noche que le esperaba. Deseaba ver a su amigo cumpliendo uno de los muchos sueños que tenía, pero saber que volvería a ver a Owen la ponía nerviosa y, a la vez, ansiosa de tenerlo delante para provocarlo... Intentó poner freno a su desbordante imaginación trabajando hasta la hora del almuerzo; cuando ésta llegó, intentó distraerse, entre bocado y bocado, con el móvil. Cotillear en Instagram siempre surtía efecto, pero de repente un wasap le hizo contener la respiración y darse cuenta de que, aunque estuviera a miles de kilómetros, él siempre tendría ese efecto en ella. Se levantó como un resorte, recogió los restos de su almuerzo y comenzó a dar vueltas por el comedor del que disponía la oficina, pareciendo un hámster encerrado en una pequeña jaula sin saber qué hacer, pero a la vez siendo consciente de que no podía esconderse. Sin poder contenerse más, cogió el teléfono y lo llamó.

—¿Cómo es que está de camino? —soltó casi en un grito.

—No quería que te lo contara, pero creo que tienes que estar preparada. Piensa que él ha dado un gran paso al coger un avión para hablar contigo en persona.

—¡Pero es que yo no quiero verlo!

—Eva, deja de comportarte así —le exigió Lucas con dureza—. Jamás has sido tan fría y distante con nosotros como desde que te fuiste a vivir a Chicago, y Tomás... ¡Joder! Él quiere que seas su madrina, que estés en su boda, olvidar todo el pasado y volver a ser una familia normal.

—Nosotros nunca hemos sido una familia normal, Lucas... —farfulló con

dolor.

—Eso es lo que tú crees, pero eso se basa en el dolor y el rencor que sientes. Por favor te lo pido, Eva, escúchalo y sinceraos. Dejad ya de comportaros como dos niños y afrontad este tema como los adultos que sois — la riñó, haciendo que Eva enarcara la ceja. ¿Él era el pequeño y estaba sermoneando a sus hermanos mayores?—. Llegará mañana por la mañana; ahora te pasaré los datos de su vuelo, espero que vayas a recogerlo y que valores el gran esfuerzo que está haciendo para arreglar las cosas.

—¿Y por qué no me ha llamado por teléfono? —inquirió, molesta de tener que enfrentarse a una situación tan incómoda sin saber cómo debía afrontarla.

—Porque sabía que no querías escuchar todo lo que quiere decirte. Por eso ha comprado un billete de avión, ha dejado la empresa a nuestro cuidado y se ha ido para allá.

—Joder... —bufó disgustada.

—Eva, ya ha pasado mucho tiempo, piensa más allá de lo ocurrido. Tomás siempre ha estado ahí, a nuestro lado, ayudándonos y cuidándonos. No dejes que un error lo estropeeé todo.

—Tomás siempre ha hecho lo que le ha dado la real gana y tú siempre lo has defendido, dándole la vuelta a sus cagadas y convirtiéndolo en un santo, cuando todo lo que ha hecho siempre ha sido en su propio beneficio —farfulló su hermana cortando la llamada luego, mientras sentía que aquel muro que había levantado para continuar hacia delante comenzaba a desmoronarse, dejando ver el dolor que había ocultado tras él.

Miró alrededor, intentando frenar sus emociones, que comenzaban a desbocarse, mientras se mordía el filo de una uña, anhelando hallar una solución a aquella catástrofe que venía de camino. Necesitaba pensar fríamente, necesitaba recordar que ella había crecido como persona y que ya no dejaba que nadie la utilizase, ansiando despejar su mente. Un nombre le vino a la cabeza y, sin pensar en nada más que en esa sensación de alivio, salió del comedor y subió rápidamente la escalera.

—¿Está solo? —preguntó a Judith nada más entrar.

—Sí —dijo la recepcionista, consciente de que era absurdo intentar frenarla.

Cruzó la oficina sabiéndose el camino de memoria, sin plantearse siquiera qué decirle para dar explicación a su presencia o por qué sus pies la habían llevado hasta allí y no a otro lugar lejos de ese hombre de mirada hambrienta.

Se sentía perdida y, por extraño que pareciera, él le hacía sentir que era capaz de todo. Entró sin llamar, como era una costumbre en ella; además, le gustaba ver cómo cambiaba su mirada del asombro al deseo en décimas de segundos. Eso también la hacía sentir bien consigo misma. Si conseguía eso con un hombre como Owen, podría hacer lo que se propusiera, como enfrentarse a un pasado que todavía le dolía.

—Has tardado mucho —soltó Owen con parsimonia, recorriendo con la mirada su cuerpo mientras ella se aproximaba hasta a él.

—¿Y qué te hace pensar que vengo a seducirte, Owen? —preguntó con una sonrisa.

—Tu mirada; es la misma que vi cuando me abriste la puerta de tu casa... ¿Qué te ocurre, Eva?

—Quiero que me hagas olvidar, Owen —susurró, y él percibió la gran angustia que ella sentía mientras la veía detenerse al lado de la mesa para sentarse sobre ésta, dejándole claro a lo que venía.

—¿Y qué quieres olvidar?

—Eso no es importante. Lo único que sé es que tú consigues que no piense y ahora es lo que necesito.

—Hummm... —rumió mientras deslizaba su mano por las suaves piernas enfundadas en unas tupidas medias—. No. Te lo tendrás que ganar. No puedes entrar en mi despacho y pretender que te folle como un loco simplemente porque me lo pides —comentó Owen apartando la mano de sus piernas y enfrentándose con descaro a su asombrada mirada.

—Pero si es el sueño de todo hombre, ¿no? —replicó mientras colocaba una pierna sobre el reposabrazos de su silla, abriéndose para él, incitándolo a que cumpliera su fantasía.

—Sí —contestó deslizando con excesiva calma la lengua por sus jugosos labios, contemplando su mirada perdida pero a la vez excitada—. ¿Y va a ser siempre así?, ¿cuando tú quieras tendremos sexo, pero yo no tendré ni voz ni voto?

—No, Owen. He intentado no volver a verte porque sabía que, si lo hacía, acabaríamos follando.

—¿Y por qué intentabas impedir algo que deseamos los dos? —quiso saber él, sin entenderla.

—Porque no quiero que esto se complique. ¡No me gustas, joder! Pero en

cambio no puedo dejar de pensar en ti, y yo... ¡No sé qué pensar! Lo único que deseo ahora mismo es que me arranques las bragas y me eches un polvo encima de este escritorio —confesó con los ojos enfebrecidos y la respiración alterada.

—Quítate las bragas —ordenó con voz ronca.

—Te he dicho que quería...

—Te he oído —la cortó—, pero estás en mi terreno, Eva, y aquí mando yo —replicó Owen, haciendo que ella abriese mucho los ojos, sorprendida por aquel cambio.

Se mordió el labio inferior pensando en las posibilidades que tenía; al final, ganó el deseo al orgullo, se puso de pie y deslizó las bragas hasta el suelo, empalmándolo de golpe. Su mirada cándida y esa manera de moverse parecía que eran de otra Eva distinta a la que tenía delante, una más sumisa, que adoraba aquel rol; a la otra, esa que acababa de abandonar su despacho, le encantaba ser la dominante, pero Owen quería mostrarle que podía ser quien quisiera con él, que jamás la rompería como su anterior pareja, como le contó Clive...

—Súbete de nuevo a la mesa —dijo levantándose de la silla para cerrar con pestillo la puerta; no quería que nadie la viese así, esa imagen sería sólo para él.

Eva lo miró excitada mientras se volvía a poner delante de ella; iba perfectamente trajeado y como siempre estaba espectacular, algo que él sabía de sobra. Era un seductor nato, sabía cuáles eran sus armas y no dudaba en utilizarlas llegado el caso, aunque con Eva era bastante difícil acertar. Esa mujer lo volvía loco y le encantaba.

—Acaríciate —pidió mientras se sentaba delante de ella y acomodaba sus piernas en cada reposabrazos para poder tener una panorámica perfecta de su sexo.

Eva deslizó su dedo hacia su clítoris y gimió nada más tocarlo. Owen no perdió detalle de cada movimiento circular de ésta, de cómo su sexo se contraía y se humedecía, receptivo, anhelando más. Los gemidos de ella llenaban la estancia mientras él, simplemente, la observaba. Sin poder contenerse, le quitó la mano y hundió su lengua, provocando que ella se agarrase con fuerza a su cabello, desesperada por notar su contacto, ansiando aquel momento. La mordía con delicadeza, le soplabla y la tentaba con la lengua de una manera tan magistral como enloquecedora, volviéndola

completamente loca y haciendo que los fantasmas del pasado se evaporaran con cada caricia de él. Owen sabía que estaba a punto de llegar al orgasmo, sus gemidos sin control la delataban, y él, ¡joder!, a él le encantaba oírla así, desenfrenada y suya.

—¿Por qué paras? —preguntó desolada al ver que éste se incorporaba y la miraba a los ojos, embebiéndose su imagen preorgasmo.

—No lo vamos a hacer en mi despacho, Eva —susurró con aspereza en su voz; estaba totalmente excitado y lo único que deseaba era cogerla y hundirse en ella mil veces, hasta que se hiciera de noche y que ninguno recordase nada más que los besos del otro—. Ahora quiero que te bajes de la mesa y que pienses en todo lo que ha pasado aquí. Quiero que esta noche estés tan empapada que mi polla se deslice con facilidad por tu coño. Quiero que estés tan cachonda que lo único que pienses sea en mí, en nada más, y que, cada vez que andes, sepas que tus bragas las tengo yo, y que eso te haga humedecer todavía más —soltó deslizando su lengua por los labios entreabiertos de ella, que lo buscaron con desesperación—. Quiero que pienses en todo lo que te voy a hacer cuando lleguemos a tu apartamento..., y te lo voy a hacer de una manera lenta y tortuosa, para que, cuando te corras, veas el puto paraíso delante de tus narices —susurró haciendo que ella impidiese dejar salir un gemido de total excitación.

—No me puedes hacer esto, Owen —susurró jadeante.

—Me has pedido que te haga olvidar, Eva, y es precisamente lo que estoy haciendo —confesó mientras sellaba aquella promesa con un maravilloso beso en el que le prometía una noche de sexo sin freno.

Owen se separó de ella y cogió las bragas que se encontraban en el suelo para después meterlas en el bolsillo de su pantalón. La observó levantarse titubeante, mientras se mordía el labio inferior y se recomponía, sopesando todo lo que él le había dicho y pensando en si dejar libre a la Eva dominante o lidiar ese tema con la que estaba en ese momento allí. Salió del despacho ganando aquella pequeña batalla esa Eva que supo que existía gracias a su amigo Clive; Owen se dejó caer en la silla mientras intentaba recolocar su erección.

—Joder, ¿por qué te he dejado ir? —bufó anhelando su cuerpo.

Pero sabía que, dejándola con ganas de más, se olvidaría de eso que le hacía oscurecer la mirada y apagar esa sonrisa que llenaba toda una estancia con su luz. Intentó prestar atención a unos documentos que estaba leyendo

antes de que irrumpiera en su despacho, pero le resultó imposible. La deseaba como la primera vez o incluso más.

Entró en el Naughty Little Cabaret y la buscó con la mirada. Sabía que estaría ahí y esperaba poder retomar aquel deseo que había pospuesto en cuanto viese a su hermano actuar. ¡Había estado pensando todo el día en ese momento! Sonrió al descubrirla en primera fila, al lado de Brigitte, la chica con la que llevaba viéndose Brian durante toda esa semana, quien estaba sentado junto a ésta. Owen pensó que era la primera mujer que le duraba tanto a su amigo, algo extraño viniendo de él, a quien las mujeres como mucho le duraban tres noches... Hablaba animadamente con ellos, riéndose a carcajadas, relajada, hasta que sus miradas se encontraron y sus ojos se oscurecieron por el deseo, haciendo que él sintiera que su cuerpo lo arrastraba hasta ella, y no precisamente para hablar del espectáculo que protagonizaría el alter ego de su hermano.

—Hola —saludó Owen sentándose al lado de Eva.

—Esa silla estaba reservada —comentó ésta clavando su mirada en él; la dominante había vuelto y le encantaba provocarla.

—Gracias por guardarme una —comentó como si nada, haciendo que Brian reprimiese las carcajadas—. ¿Y Clive?

—Ahora llegará —contestó su amigo—. ¿Y Jack?

—No vendrá —anunció mientras hacía una mueca de disgusto. Su amigo seguía dilatando algo que llevaba la señal de peligro y de muerte escrito con letras llamativas, pero era su elección y no podía hacer otra cosa que aceptarla, aunque supiera que intentar volver con su ex era un auténtico error.

—Te vas a tener que levantar. Acabo de ver entrar a Nathan —dijo Eva mientras alzaba la mano para que éste se acercara.

—Que se siente al lado de Brian —susurró mirándola fijamente—. Espero que, aunque te hayas cambiado de vestido, sigas sin las bragas —susurró con voz ronca muy cerca de ella.

—A ti te voy a decir qué llevo debajo del vestido —soltó muy digna, pero con un tono de guasa que hizo reír a Owen.

Al poco se acercó Clive, que se sentó al lado de Nathan mientras le guiñaba un ojo a Owen; gracias a él comenzaban a esclarecerse las dudas que

tenía acerca de Eva. La miró un segundo, repasando sus facciones al hablar con Brigitte, su pose confiada, su risa refrescante, para después prestar atención a lo que ocurría encima del escenario. ¡El espectáculo iba a comenzar!

—¡Has estado brillante, Daryl! —exclamó Eva, visiblemente emocionada, cuando éste salió después del *show*.

—¿No se ha notado que estaba temblando como un flan? —preguntó todavía nervioso, pero sin rastro de su alter ego, que se había quedado en el camerino.

—¡No! —exclamaron todo al unísono.

—¡Vamos a celebrarlo! —propuso Nathan, plantándole luego un beso de película a Daryl—. ¡Champán para todos!

Entre risas, brindis y elogios para el artista, Owen comenzó a mirar la hora. Parecía que Eva no tuviera ganas de seguir allí donde lo habían dejado y él, ¡joder!, sólo de imaginar —ya que no había podido corroborarlo, pues las luces no eran tan tenues como para hacer manitas— que debajo de ese ceñido vestido no llevaba nada, estaba empalmado... Bueno, en realidad llevaba así desde esa mañana. De ese local se marcharon a seguir celebrándolo a un pub cercano, algo que Owen hizo a regañadientes; lo único que ansiaba era coger a Eva en brazos y salir corriendo a un lugar oscuro o libre de miradas, cualquiera de las dos opciones le valía, pero ella parecía disfrutar haciéndolo sufrir. Supuso que era su pequeña venganza por haberla dejado cachonda perdida esa misma mañana...

—¡Voy al aseo! —informó Eva nada más entrar.

Owen la siguió con la mirada y, en un descuido por parte de su hermano y amigos, la siguió. Esperó pacientemente a que saliera del baño y, en cuanto la vio, la cogió de la mano y la apretó contra su cuerpo mientras se apartaba de ahí y se ponía detrás de una columna, para así besarla como llevaba queriendo hacer desde que la había visto. Los labios de Eva eran adictivos y besarla era lo mejor que había hecho en todo el día; bueno, eso y volverla loca.

—Nos inventarnos una excusa y nos vamos ya —susurró Owen en su oído mientras oía cómo la respiración de ésta se tornaba pesada. Aquel beso los había afectado a los dos por igual.

—Gracias por dejarme al borde del orgasmo esta mañana. La verdad es que funcionó y dejé de pensar. Pero también es verdad que, cuando llegué a casa, estaba tan caliente que utilicé mi vibrador —confesó mientras le guiñaba un ojo con descaro; la Eva dominante había vuelto y conseguía empalmarlo nada más aparecer—. Una pena, sí..., pero ahora ya no te necesito.

—¿De verdad que no lo necesitas? Porque yo creo que sí. Tu mirada está hambrienta y tu respiración, agitada.

—Nada que no se solucione con mi aparatito —susurró Eva sin moverse un centímetro del cuerpo de Owen.

—¿No quieres que cumpla mi palabra, Eva? —murmuró mientras le acariciaba el trasero y deslizaba la mano por debajo del vestido, para comprobar, ¡oh sí!, que Eva iba sin ropa interior—. ¡Joder! Yo creo que sí —añadió mientras alcanzaba su sexo y sentía lo húmeda que estaba—. Dime, Eva, ¿te ha saciado el vibrador mientras pensabas en mí o sólo deseabas que fuera mi polla la que te arrancara los gemidos?

Eva se mordió el labio, frenando su contestación, algo que le dio luz verde para devorar sus labios con deleite.

—Me vuelves loco, Eva —confesó Owen mientras introducía un dedo y sentía cómo ésta gemía, cogiéndose de sus hombros para no caerse.

—Te espero en la calle —concluyó ella jadeante mientras le daba un rápido beso en los labios y se dirigía casi a la carrera hasta donde estaban sus amigos, recomponiéndose el vestido.

Owen la miró, le hacía perder el juicio, pero de todas las formas posibles. No la entendía, lo desquiciaba, pero, aun así, la deseaba y no se la podía quitar de la mente, aunque lo hubiese intentado de mil maneras. Esa forma suya de ser, que parecía un combate entre su forma real de ser con la que le gustaría, era explosiva y podía tener en una misma mujer la inocencia y el erotismo, la sumisión y la dominación, la entrega y la demanda. Eva era perturbadora y contradictoria, pero también explosiva y atractiva. La vio salir a la calle y después se acercó a su hermano, se despidió de él, sin más, y les guiñó un ojo a Brian y a Clive mientras se despedía de una manera cordial de Brigitte, que escondía una sonrisita divertida.

En la acera, la vio encogida bajo su cálida chaqueta y sintió cómo su estómago se contraía mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa al verla girarse y guiñarle un ojo con esa picardía característica suya. Eva era la vida en todo su esplendor, sin reprimirse en nada; era ella y nada más.

—Espero que hayas venido en tu fabuloso coche, porque me he dejado la moto en casa —informó Eva.

—¿Y eso? Una chica como tú, que se baja la luna ella solita si quiere, ¿deja que alguien la lleve? —replicó recordando aquella contestación que le soltó al poco de conocerse.

—De vez en cuando, es bonito ver cómo conducen otros; además, como has comprobado, voy sin bragas y, como comprenderás, no quiero congelarlo —indicó pizpireta, haciéndolo reír.

—Anda, vamos, exhibicionista —comentó con guasa a la vez que la cogía de la mano y la arrastraba hasta su superdeportivo.

Su tacto y esa manera tan natural que había tenido de cogerla lo sorprendió incluso a él, pero, al mismo tiempo, le encantó. La miró un segundo y la vio sonreír, expectante por todo lo que ocurriría esa noche, y él se sintió vivo, como siempre le ocurría cuando ella estaba a su lado.

Ronroneó sintiendo su cuerpo apacible y agotado, totalmente saciado e hipersensible. En aquel mismo momento él se movió para aproximarse más a su cuerpo, dejando el brazo sobre su estómago desnudo y hundiendo la nariz en su cuello; un escalofrío la recorrió de arriba abajo ante ese gesto tan íntimo. Estaban los dos debajo del cálido edredón, desnudos por completo, después de haber cumplido cada punto de la promesa que le había hecho Owen esa mañana. La volvió loca en todos los sentidos de la palabra, alargando su orgasmo hasta la demencia, pero, cuando lo alcanzó, como auguró Owen, Eva pudo palpar con todos sus sentidos un paraíso de lujuria y placer sin límites mientras él alcanzaba el suyo propio pronunciando su nombre de una manera tentadora. Exhaustos, se quedaron en la cama, acariciándose, pero sin decir nada, hasta que Eva se dio cuenta de que gracias a él había conseguido olvidar aquel tema que la angustiaba, ya que, después del orgasmo, todo se encontraba aplazado por aquel deseo irracional, y eso la sorprendió de nuevo. Por eso, y ansiando volver a ese estado en el que su mente estaba en silencio, pendiente de lo que le ocurría a su cuerpo, Eva tomó las riendas y fue ella la que volvió loco de placer a Owen, tentándolo y haciéndolo rabiar lo justo, hasta alcanzar juntos otro orgasmo igual de tamaño que el anterior que los dejó tan relajados que se quedaron dormidos uno al lado del otro.

—Hummm... —se quejó Owen al sentir cómo se movía Eva para abandonar la cama—. ¿A dónde vas?

—A la ducha —anunció mientras cogía una bata que tenía a mano para taparse. ¡Fuera de la cama hacía frío!

—Ven aquí, hoy es sábado —comentó al ver cómo comenzaba a coger ropa para poder vestirse después de la ducha.

—Pero no me puedo quedar en la cama, tengo cosas que hacer, Owen — informó mientras hacía una mueca de disgusto. Se hubiera quedado con él un millón de veces antes que ir al aeropuerto a por su hermano mayor.

—¿Es una excusa para que me marche, señorita? —preguntó guasón, haciendo que Eva riese a carcajadas mientras le guiñaba un ojo y salía del dormitorio para entrar en el aseo.

Se desprendió de la bata y abrió el grifo del agua caliente para introducirse debajo de éste y empezó a sentir cómo el calor le recorría todo el cuerpo. Al poco notó una mano acariciarle el trasero; al girarse se encontró con Owen, desnudo, entrando en la pequeña ducha.

—Yo también me quiero duchar —añadió con voz ronca al toparse con su mirada interrogante.

—Ya veo, ya —susurró Eva sintiendo cómo las manos de éste recorrían su cuerpo mojado—. Tengo un poquito de prisa, Owen —jadeó al sentir la erección de éste contra su trasero.

—No hay nada más importante que esto, Eva —confesó mientras le mordía con cuidado el cuello, provocando que ella ahogase un gemido.

Eva le cogió la erección y comenzó a masajearla, de arriba abajo, sintiendo cómo él le abría los pliegues de su sexo y tentaba con una exactitud enloquecedora su clítoris. Se sentía poderosa, capaz de cualquier cosa, al tenerlo así, contra su cuerpo, jadeante y entregado, incapaz de mantener las manos alejadas de ella, sabiendo que era ella quien lo excitaba. La pequeña ducha comenzó a llenarse de vaho, provocado por el agua caliente y sus cuerpos, que comenzaban a estar cada vez más estimulados, anhelando más. En un segundo, Owen cogió de encima del lavabo un preservativo que había puesto ahí antes de entrar, se lo enfundó y, mirándola de esa manera que a ella le chiflaba, hizo que Eva se pusiera de cara a los azulejos para penetrarla desde atrás. El sexo de Eva estaba tan húmedo que Owen se deslizó sin dificultad, haciendo que gimiese a cada movimiento, sintiendo que su cuerpo se acercaba peligrosamente a los fríos azulejos, pero notar aquel contacto frío y suave contra sus pechos le hizo perder el poco control que poseía en esos momentos, ya que las sensaciones del pene de Owen entrando y saliendo, las fuertes manos de él levantando su trasero y abriéndolo para poder alcanzarla mejor, sus jadeos guturales contra su oído y el frescor que sentía en sus endurecidos pezones fueron la clave perfecta para que Eva alcanzara el clímax de una manera tan sorprendente como brutal.

—No me canso de esto, ¡joder! —exclamó Owen sin detener sus embistes, arrancándole los últimos gemidos a Eva, que se sentía como él, perdida en un mar de sensaciones, las cuales sólo era capaz de despertar ese hombre que había odiado en un principio.

Los últimos empujones fueron tan salvajemente profundos que Eva volvió a alcanzar el clímax mientras sentía en su interior cómo Owen también se vaciaba en ella, conectándolos todavía más de lo que irremediabilmente se encontraban. Con las respiraciones agitadas y mucho más tranquilos, Owen salió con cuidado de su interior y se quitó el preservativo bajo la atenta mirada de Eva.

—Quiero que me ayudes a buscar una casa —le pidió Owen cogiendo la esponja y comenzando a enjabonarla despacio, de una manera tan íntima que Eva volvió a excitarse. ¡Jamás había sentido una confianza tan fuerte con nadie!

—Ya no me dedicó a eso, Owen, ¿recuerdas? —susurró intentando que su voz sonase indiferente, algo que no logró, pues Owen sonrió de esa manera canalla que tenía al ser consciente de que aquel distinto matiz que había apreciado en su manera de hablar había sido causado por él.

—Lo sé, pero quiero que me ayudes como una amiga que sabe de estos temas —le aclaró con tranquilidad, sin dejar de esparcir el jabón por su desnudez.

—Pero ¿me darás más pistas de lo qué quieres o me tocará aguantar las mil negativas pertinentes? —repuso ella intentando agarrarse a la realidad y no dejarse llevar por lo sensitivo. ¡Ese hombre la volvía loca! ¿Cómo era posible que estuviera anhelando más si acababa de tener dos orgasmos prácticamente seguidos?

—Seré bueno, te lo prometo —añadió sellando aquella frase con un maravilloso beso que la dejó trastocada.

«Si bueno, estás... Ay, Eva... ¿Y ahora te tienes que ir al infierno, cuando estás tocando el cielo?», pensó al recordar que en breve tendría que volver a enfrentarse a su hermano mayor y, por ende, a su pasado.

—De acuerdo... El lunes empezaremos.

—Hoy —rectificó Owen, mirándola fijamente a los ojos, deteniendo los movimientos circulares que hacía con la esponja.

—No puedo, ya te lo he dicho antes. Además, me tendría que estar vistiendo ya; si no, llegaré tarde.

—Sé que no tengo derecho a...

—Por eso, no preguntes —le cortó Eva. No quería mentirle; sabía que se le daba fatal y estaban tan bien juntos, en un punto inconexo entre el deseo y la tímida amistad, que no quería estropearlo con más embustes.

—Como quieras —soltó enfurruñado, enjabonándose a sí mismo porque ya había terminado de hacerlo con ella.

Eva se enjuagó, se lavó el cabello y salió de la ducha antes que él, para poder cogerle una toalla limpia, ya que ella utilizaba albornoz. Owen se secó bajo la atenta mirada de Eva, que recorrió con gusto cada centímetro de su fornido cuerpo, pensando en cómo era acariciar aquellos oblicuos que se marcaban a la perfección; cómo era recorrer aquel estómago con su lengua y cómo era agarrarse a esos brazos musculoso. Seguía teniendo el cuerpo de un deportista profesional, aunque ya no jugara... Tuvo que desviar la atención a otro punto del baño, porque aquello podía terminar mal y no quería llegar tarde. Salió de allí casi a la carrera, se vistió y esperó pacientemente a que él hiciera lo propio.

—¿No me vas a invitar a desayunar? —preguntó al verla delante de la puerta de la entrada con la chaqueta puesta, esperándolo, y dos cascos en la mano.

—Otro día —dijo mientras miraba por la mirilla para comprobar que no hubiese nadie fuera—. ¿Lo tienes todo?

—Más o menos; lo que deseo se quiere ir ya... —indicó haciendo sonreír a Eva.

—Vamos, *macho men*, que si seguimos por ese camino voy a andar como John Wayne —dijo mientras le daba la espalda para salir los dos juntos del apartamento.

—¿Como John Wayne? —preguntó extrañado.

—Claro. ¡Espatarrado! —exclamó exagerando los andares del famoso actor al bajar del caballo en las películas del Oeste.

Owen no pudo contener las carcajadas al verla andar de esa manera y ella se contagió de su risa mientras bajaban a la calle.

—Si acabas pronto... —comenzó a decir Owen mientras observaba cómo ella se preparaba para montar en su moto.

—Sí, tranquilo. Pondré una luz roja en el cielo para que vengas corriendo a follarme —soltó Eva, haciendo que éste negara con la cabeza. Cuando quería, era demasiado directa, aunque eso le gustaba.

—Nos vemos —se despidió, dando un paso hacia delante para darle un pequeño beso en los labios.

—Claro —dijo subiéndose a la moto y arrancándola con destreza.

Intentó no pensar a medida que se acercaba a su destino, sabía que lo más sencillo hubiese sido no aparecer por el aeropuerto, obviar a su hermano y que se cansara de llamarla, ya que nadie sabía con exactitud dónde estaba su apartamento. Sin embargo, también sabía que, si hacía tal cosa, esa actitud sería la desencadenante de una mayor bronca. Eran hermanos, eso no lo podía olvidar, y, aunque había pasado cinco años sin saber de él si no era por mediación de Lucas, también sabía que era su manera de arreglar las cosas, por así decirlo, porque esperar a que volviese todo a la normalidad sin hacer nada tampoco se podía decir que fuera una gran táctica. Por eso le había extrañado tanto que hubiese dado ese paso. Tomás no quería problemas, no le gustaba enfrentarse a la gente; por eso no entendía qué lo había llevado a viajar hasta allí. ¿Tanto había cambiado su hermano en ese tiempo?

De pie, enfrente de la salida de pasajeros, iba mirando uno a uno a los que salían por si lo veía. Se sentía una niña perdida, anhelando encontrarlo, pero a la vez temiendo su reacción cuando lo tuviera delante. Tomás era introvertido, bastante serio, muy exigente consigo mismo y con los demás, e incluso a veces Eva pensaba que carecía de sentimientos, pues no le importó ver a su hermana destrozada...

Ahí estaba, avanzando hasta la salida, aunque él aún no la hubiera visto, pendiente de enviar algún mensaje en su teléfono móvil. Seguía igual; ellos dos eran los que más se parecían en el físico. Alto, moreno y con unos enormes ojos marrones, andaba con esa seguridad aplastante de ser dueño y señor de un pequeño imperio. Levantó la mirada y su rostro reflejó la sorpresa al encontrársela frente a él. Apretó la mandíbula, un gesto que hacía mucho cuando estaba nervioso, sin dejar de avanzar con largas zancadas y sin perder por un segundo el control.

—Hola —saludó Tomás en cuanto la tuvo delante.

—Hola... —susurró ella.

De repente, y cogiéndola de improviso, su hermano la abrazó con cariño, envolviéndola en un fuerte y cálido abrazo que la dejó tan aturdida como fría, ya que no entendía cómo era capaz de hacer un gesto así cuando habían vivido una situación bastante tirante en el pasado y ésta estaba sin resolver.

—Te veo bien —comentó Tomás apartándose de ella como si quemase;

supuso que no le había gustado que ella no le hubiera devuelto el abrazo, pero no podía hacer algo que no sentía.

—Lo estoy —mintió, pero esa vez le salió de una manera tan segura que la sorprendió—. Vamos —dijo mientras se movía hacia la salida.

—Veo que sigues con los mismos gustos —comentó Tomás cuando salieron al parking y vio su moto.

—Hay que ser fiel a uno mismo —murmuró lanzándole un casco y observando como él se colocaba mejor la mochila a la espalda. Supuso que había tenido la esperanza de que ella fuera a recogerlo y, por supuesto, se había imaginado, llegado el caso, que no lo haría en coche. Por lo menos la conocía en ese aspecto y no había viajado con una maletita de ruedas...

Arrancó la moto y salió de aquel lugar, deteniéndose al rato enfrente de una cafetería.

—¿No me vas a enseñar tu casa? —preguntó Tomás al ver dónde lo había llevado.

—No he desayunado todavía —respondió con desdén, entrando en ésta para buscar una mesa lo suficientemente alejada de las pocas personas que había dentro.

Cuando el camarero les sirvió lo solicitado, Tomás la miró dispuesto a hablar con ella.

—Quiero que seas mi madrina de boda —soltó a bocajarro y sin más dilación.

—Ay, sí, que te casas... —replicó con ironía—. Enhorabuena —soltó mostrándole una falsa sonrisa.

—Sé que lo sabes... Le pedí a Lucas que te llamara...

—¿Y por qué no lo hiciste tú? Te hubieses ahorrado el viaje —comentó con dureza.

—Porque no sabía cómo hacerlo, ¡hostia! —maldijo, haciendo que Eva lo mirase contrariada. La malhablada era ella y no su hermano, que siempre la reprendía cuando ella se expresaba de esa manera.

—Pues, chico, bien fácil que es. Uno busca en la agenda el número de la persona con la que quiere hablar y oprime el icono del telefonito verde. ¡Listo!

—¿Qué hubieses hecho si te hubiera llamado yo?

—No cogerlo.

—Pues por eso le pedí a Lucas que lo hiciera.

—¡Pero tú te buscaste que yo no quiera hablar contigo, joder! —exclamó

Eva, cabreada.

—Ni siquiera me diste la oportunidad de explicarme... —le recriminó mientras negaba con la cabeza.

—¿Para qué? Dime, ¿de qué hubiera servido escuchar cómo te defendías de algo indefendible? ¡Joder, que soy tu hermana y lo preferiste a él!

—No, Eva —gruñó dando un golpe seco en la mesa que hizo que Eva calmara al camarero para que no fuera hasta allí, alarmado por aquella violenta acción—. No vi otra salida; si yo hubiese interferido, si lo hubiera echado, él...

—¿Qué? ¿Te habría dejado de hablar, Tomás? Ay, pobrecito, que su más mejor amigo no le iba a hablar y se iba a enfadar con él... ¡Cachis! —le espetó con sarcasmo—. Lo malo es que no sé por qué me sorprendió tanto, siempre lo has elegido antes a él que a mí...

—¡Maldita sea, Eva, Gustavo me chantajeó! —confesó Tomás con dolor, haciendo que Eva contrajera el ceño, extrañada por aquella afirmación.

Miró al techo por enésima vez consecutiva; estaba harto de esperar, llevaba todo el día haciéndolo y ella, simplemente, había pasado de él. Cansado de esa actitud pasiva que no iba con él, se levantó de la cama y bajó a la planta inferior.

—¿A dónde vas? —preguntó su madre al verlo aparecer mientras se colocaba una chaqueta.

—A dar una vuelta —indicó Owen como si nada—. ¿Necesitas algo, mamá?

—No —contestó mientras se movía en el sofá, todavía con la pierna enyesada—. Anoche no viniste a dormir.

—Ya.

—Y ahora te vas —afirmó, escudriñándolo con la mirada.

—Sí.

—¿Alguna mujer? —preguntó dando en el clavo.

Owen sonrió mientras negaba con la cabeza. Desde que llegó de Australia, su madre había estado pendiente de él, estudiando sus gestos y su manera de comportarse, como esperando alguna señal que le indicara que se encontraba bien o mal; pero, desde que estaba quieta en aquel sofá, aquel interrogatorio lo sufría cada vez más a menudo, por no decir siempre. ¡Su madre se había convertido en mamá gallina, y él, en uno de sus delicados polluelos!

—No me has contestado, Owen —bufó Catherine mientras negaba con la cabeza con disgusto—. Espero que sea una buena chica y no una de esas con las que salías en las revistas de papel cuché. Esas mujeres artificiales, tan perfectas que daban grima... y tan materialistas que me exasperaban. De verdad, no sé cómo podías salir con semejantes esperpentos, más pendientes del objetivo de la cámara que de ti. Por no hablar de lo poco que te duraban, ¡y con razón! Seguro que era un infierno estar todo el día oyéndolas hablar de lo guapas que eran y lo delgadas que estaban, y la buena pareja que hacíais.

—Tranquila, mamá —dijo aguantándose la risa, ya que con Eva también

había salido en ese tipo de revistas, pero ella no tenía nada en común con las otras. Eva era real, distinta a esas con las que había salido cuando estaba jugando al fútbol, y sabía con seguridad que no se preocupaba por esas nimiedades.

—He hablado con tu hermano, quiero que lo sepas porque seguro que él te lo comentará, y le he contado que estoy muy preocupada por ti. Llevas unos días muy raro, como si estuvieras perdido sin saber qué hacer, algo que afecta a tu trabajo en la empresa y a tu entorno. No paras por casa y sé de buena tinta que no sales tanto con tus amigos; por tanto, ahórrate las mentiras.

—Ahora lo que tienes que hacer es no moverte para poder curarte pronto, mamá. Y por mí no te preocupes. Estoy bien —disimuló; sabía que, si le contaba la verdad, se haría ilusiones y aún no tenía claro qué nombre dar a lo que tenía con Eva.

—Eso mismo dijiste hace poco más de un año y te marchaste a Australia sin avisar.

—Esto es diferente.

—¿Por qué nunca dejas que te ayudemos, Owen? ¡Somos tu familia! Lo único que deseamos es que estés bien, que seas feliz...

—Lo sé, mamá, pero la única salida que vi en ese momento fue marcharme. Necesitaba desprenderme de todo, necesitaba alejarme de los periodistas, de la gente que me conocía y de todo lo que me recordaba el fin de mi carrera.

—Es cierto, fue el fin del jugador de fútbol profesional, pero aún tienes la capacidad de empezar algo y hacerlo grande, como tú lo eres. Eres joven para hacer lo que quieras, Owen. No te limites porque un accidente te haya obligado a desviarte del camino que pensabas recorrer. A lo mejor es la oportunidad de empezar otro que te llevará aún más alto y más lejos de lo que hubieses llegado siendo sólo un jugador.

—Ya... —susurró Owen acercándose a ella para darle un tierno beso en la mejilla—. Gracias, mamá.

—Siempre nos tendrás aquí, nunca lo olvides —murmuró Catherine, visiblemente emocionada. Adoraba a su hijo mayor, aunque éste fuese bastante hermético respecto a sus emociones y su vida.

—Lo sé.

—Anda, márchate, que estás deseándolo —dijo su madre mientras señalaba la salida.

Owen sonrió mientras le guiñaba un ojo y se marchó. ¿Tan perdido lo había

visto que necesitaba recordarle que estaban ahí para lo que él necesitase? Era cierto que, cuando le ocurrió aquello, los apartó, pero no porque creyese que su familia no lo iba a ayudar, sino, más bien, porque no quería preocuparlos más de lo que ya estaban. Porque, sólo el hecho de enterarse de aquel encontronazo, ver repetidas las imágenes mil veces por todos los canales de televisión, verlo incluso en las portadas de los periódicos, aguantar las horas hasta que él saliese del quirófano y, además, esperar a ver cómo se recuperaba, para él, había sido más que suficiente, y no quería hacer pasar a su madre y a su hermano por nada más. ¿Cómo explicarles que, para él, todo eso no fue nada si lo comparaban con la idea de que no volvería a salir a un campo a jugar? Sabía que no lo entenderían, sabía que le restarían importancia, diciendo que lo esencial era que estuviese bien, ¡y él lo sabía!..., pero no podía evitar sentirse un fracasado. Por eso, cuando volvió de nuevo a Chicago, después de haber hecho un paréntesis duro y para nada práctico en Kiarna, fue peor que si no se hubiera ido. Pero el hecho de haber conocido a Eva justo el mismo día que volvió hizo que aquel retorno no resultara tan horrible como había temido, ya que ella hacía que se le olvidase aquel vacío que sentía al recordar que ya no podría jugar nunca más, ocupando su mente con tácticas para descubrir a su hermano, para desenmascararla a ella y después para seducirla... Sin embargo, esos días sin ella lo volvieron a ensombrecer, como si anhelase tenerla en su vida, como si la necesitase para empezar a recorrer un nuevo camino. ¿Cómo podría llamar a eso?, ¿necesidad, atracción, amor...? Tragó saliva mientras conducía hacia el apartamento de Eva. Nunca se había enamorado y no sabía cómo diferenciar una cosa de la otra. Incluso había creído que él era incapaz de llegar a ese punto con una mujer, pues, siempre que conocía a una, no le duraba lo suficiente como para sentir algo más por ellas, o simplemente él las echaba sin darles siquiera esa oportunidad. Lo aburrían, ésa era la verdad. Nunca había sentido especial interés por hablar con ellas, por averiguar cosas de su vida o por charlar de cualquier tontería. Él simplemente se centraba en seducirlas para después llevarlas a su cama. Fin de la historia. En cambio, con Eva... Desde que la conoció en aquel barco —cómo lo miraba con ese descaro innato, cómo le mentía con esa aparente inocencia, casi balbuceando, pero creyendo firmemente que podía engañarlo—, no supo cómo ni por qué razón, pero fue incapaz de sacarse a esa mujer de la mente. Al principio desconfió de ella, aunque también se sintió atraído; Eva era una mujer llamativa, sobre todo

cuando estaba contenta, pues tenía una manera de sonreír, una manera de moverse, que le hacía imposible no mirarla y quedarse hechizado ante ella. Era natural y contradictoria, algo que, lejos de echarlo para atrás, le hacía tener más ganas de conocerla y averiguar las razones de su extraño comportamiento. Y en esos momentos, después de haber pasado una noche increíble en su casa, no supo cómo llamar a esa necesidad de saber cómo estaba y simplemente charlar. Debería hablar con Jack, era el único de los cuatro que se había enamorado y tenía que esclarecer unas pocas dudas que tenía. ¿Aquello que comenzaba a sentir se podía llamar amor o sólo era un encaprichamiento?

Bajó del coche y se dirigió al apartamento de Eva; no le importaba que Daryl lo viese ahí, aunque sabía que a ella no le haría tanta gracia. Se detuvo delante de la puerta y oprimió el timbre, deseando que estuviera en casa, pues ni siquiera la había llamado para preguntar.

—Márchate, no quiero hablar con nadie —dijo Eva tras la puerta. Su voz sonaba congestionada, como si estuviera resfriada o llorando.

—¿Qué te ocurre, Eva? —preguntó preocupado.

—Déjame, Owen —gimoteó.

—Si no quieres que derribe ahora mismo la puerta, déjame entrar —gruñó con dolor al sentir que ella se encontraba mal. Jamás había sentido una necesidad como ésa...

Entre maldiciones en español, Eva le abrió. Owen la miró a los ojos; éstos se encontraban hinchados de llorar, su rostro era apesadumbrado y temblaba como una tierna florecilla. Sin poder reprimirse, la envolvió con sus brazos y la estrechó contra su cuerpo, ansiando arrancarle aquello que la había hecho sentir así, anhelando que ella supiera que él la protegería de cualquier atrocidad que hubiese en el mundo capaz de dañarla. «Joder, si eso no es amor, ya no sé lo que es...», pensó sintiendo cómo su ser se expandía al sentir cómo ella se abrazaba a él, llorando en su pecho, mostrándole que también necesitaba ser rescatada, como él...

—¿Por qué lloras, Eva? —susurró sin dejar de abrazarla con fuerza.

—Bésame —pidió con dulzura, levantando su rostro compungido.

Owen le acarició la mejilla, eliminando las lágrimas que la bañaban, y sonrió con ternura, percibiendo algo que jamás había sentido antes por ninguna mujer, bebiéndose su rostro, su mirada perdida, su temor... Se acercó despacio y la besó lentamente, sellando con esa acción las palabras que no lograba

encontrar para expresar lo sentido en ese momento. Se separó un segundo para volver a mirarla; tenía los ojos cerrados, esperando más besos... «¡La quiero!», pensó, sintiendo cómo su corazón se contraía y en su estómago revoloteaban toda una colonia de mariposas, dichosas de que al fin éste sintiera algo, y la volvió a besar volcando en ese beso aquel amor que acababa de descubrir y que lo llenaba todo.

—Ven —dijo Owen separándose de ella y acercándola al sofá, para sentarla en su regazo sin dejar de abrazarla—. Y ahora cuéntame qué te ocurre.

—No quiero aburrirte con mis problemas, Owen, prefiero que nos metamos mano en el sofá —dijo intentando sonar divertida, aunque no lo consiguiera.

—Eva, nada de lo que tú me cuentas me aburre. Somos amigos, ¿no? —farfulló, anhelando describir su relación de otra manera más íntima.

—Más o menos... —bufó incómoda, haciendo que Owen sintiera cómo se le encogía el estómago. Para él esa mujer lo era todo, pero ahora lo importante no era confesar aquel descubrimiento, sino saber qué le pasaba para estar llorando sola en su apartamento.

—¿Es por el trabajo? —planteó tratando de sonsacarle la verdad.

—¿Cómo? —soltó extrañada—. No, no... En el trabajo estoy muy bien. Me valoran, ¿sabes? —dijo mientras se le resquebrajaba la voz, como si fuera algo vital sentirse así.

—No es para menos. Sé de sobras que eres una gran profesional en todo lo que te propones —comentó con sinceridad—. ¿Es Daryl?

—No, qué va —contestó mientras negaba con la cabeza—. Él ahora está feliz, ¿no lo has notado? El hecho de que tú y tu madre lo hayáis aceptado sin más le ha dado la vida y Nathan le da otras cosas... —murmuró mientras le guiñaba un ojo con picardía.

—¿Soy yo? —tanteó.

—No, Owen... —susurró bajando la mirada a su regazo; se sentía tan bien estrechándola contra su cuerpo que no pensaba dejarla bajar nunca—. Es mi hermano... —balbuceó, cayendo una lágrima en su mano.

—¿Le ha ocurrido algo? —quiso saber, angustiado.

—No... Ha venido a verme hoy —explicó volviendo a mirarlo a los ojos—. Por eso me he marchado esta mañana tan rápido, tenía que recogerlo en el aeropuerto...

—Pero eso es genial, ¿no? Me contaste que no los veías desde hacía mucho tiempo... ¿Y dónde está?

—En un hotel... Mañana se marcha.

—Ha hecho un viaje tan largo para estar aquí prácticamente nada...

—Lo necesario. Él es así... esquemático.

—Entonces, ¿por qué estás así? —preguntó Owen, viendo cómo Eva se mordía el labio inferior, debatiéndose entre sincerarse o callarse—. No me vengas con excusas, que nos conocemos —añadió aflojándole el labio y dándole un suave beso en la boca.

—Para que lo entiendas me tendré que remontar a cinco años atrás —susurró temerosa.

—No tengo ninguna prisa, Eva. Puedes remontarte hasta la era del Mesozoico, si quieres —puntualizó con seriedad, haciendo que Eva riera en medio de aquella desolación que sentía; ese sonido, corto pero sincero, lo llenó de calor.

—No me marché de España porque no encontrara trabajo... Es más, dejé un buen trabajo, mi casa, mis amigos, mis hermanos y mi vida para venirme aquí... —confesó sintiendo cómo resbalaba una única lágrima, que Owen borró con su pulgar.

—¿Por qué hiciste eso? Aquí te ha costado mucho encontrar un puesto a tu altura donde, además, te valoren...

—Necesitaba irme lejos, yo... —sollozó—. Eso viene después, quiero contarte toda la historia para que lo entiendas —suspiró para encontrar las palabras necesarias—. Mis padres fallecieron cuando nosotros éramos niños, prácticamente no nos acordamos de ellos; nos criamos con nuestros abuelos paternos...

—Lo siento.

—Hace mucho de eso, pero gracias —dijo con una tímida sonrisa—. Somos tres hermanos y nos llevamos muy poco, justo dos años de uno a otro... Cuando mi hermano mayor, Tomás, cumplió la mayoría de edad, nos enteramos de que mis padres nos habían dejado una pequeña empresa que marchaba a trompicones por culpa de la mala gestión que había llevado a cabo mi tío, el hermano de mi padre y el encargado de hacerla funcionar hasta nuestra edad adulta... Justo en ese momento, Tomás hizo todo lo necesario para adquirir los conocimientos precisos para salvar aquel legado familiar; aún recuerdo las horas que invertía estudiando de noche para trabajar de día... Él me enseñó que nunca había que rendirse para lograr un fin deseado —murmuró perdiendo su mirada por el salón—. A medida que íbamos cumpliendo la mayoría de

edad, la siguiente fui yo, íbamos aportando nuestro granito de arena, sin dejar de estudiar para poder conseguir que ese negocio que había fundado nuestro padre hacía tantísimos años siguiera en pie.

—Me dijiste que trabajaste de camarera para pagarte la carrera... —recordó Owen, intentando conectar aquello con lo que le estaba contando.

—Sí, por las noches. Después de la universidad, a la que asistía por la tarde, me iba a poner copas... Llegaba a mi casa hecha polvo, pero era necesario. La empresa no daba los beneficios que se esperaba y mis abuelos, al poco, también faltaron... —susurró con un tono de tristeza en su voz—. Tuvimos que trabajar los tres en distintas cosas, para estudiar y así lograr nuestro sueño. Era lo único que nos quedaba de ellos, lo que nos habían dado como herencia; no podíamos defraudarlos...

—Fuisteis muy maduros para esa edad. No todo el mundo hubiese hecho lo que vosotros hicisteis...

—La verdad es que era Tomás quien nos animaba. Lucas y yo éramos más inconstantes. Queríamos ver los resultados ya, pero éstos no llegaban. Gracias a Dios que le hicimos caso —dijo con una tímida sonrisa.

—Entonces, ¿lo conseguisteis?

—Sí, logramos que la empresa reflotara, que marchara bien y que diera beneficios. Nos costó muchos años de duro esfuerzo y trabajo, de sacrificios, y añadir un socio más, pero lo conseguimos y continúa dando dinero...

—Me alegro —comentó con sinceridad—. Entonces, ¿por qué te fuiste?

—Por ese socio... —bufó incómoda, haciendo que Owen se preparase para la parte dura de aquella historia, esa que la había hecho llorar y que había hecho que huyera de su hogar.

Eva lo miró, parecía realmente angustiado por todo lo que ella le estaba contando, como si de verdad le afectara, como si realmente quisiera ayudarla, cuando ella no sabía si aquello tenía arreglo o no.

—¿Te hizo algo ese socio? —preguntó apretando la mandíbula.

—Gustavo era el mejor amigo de mi hermano Tomás —siguió contando sin contestar a esa pregunta planteada—, se conocían del instituto, y yo me enamoré perdidamente de él —confesó, y Owen endureció el gesto, afectándole aquel hecho como jamás creyó—. Antes era una mujer tímida y pánfila que se ruborizaba por todo, ¡imagínate! —soltó intentando hacerlo sonreír, aunque no lo consiguió. Owen estaba pendiente de cada palabra de ella—. No sabía cómo hacer para que se fijara en mí; trataba de llamar su atención de mil maneras posibles, pero para una chica de mi edad a la que jamás habían besado y a la que cualquier palabra salida de tono le ponía la cara de un tono bermellón luminoso...

—¿Cuántos años tenías? —preguntó con la voz áspera.

—Me enamoré de él con tan sólo quince, pero hasta los veintidós no se fijó en mí, era como si no existiera para él... Ahora recuerdo todas sus palabras y la rabia se me agolpa en la garganta —gruñó Eva intentando serenarse para continuar con su historia—. Como te he dicho antes, Tomás lo añadió como socio cuando, después de dos años intensos y llenos de pérdidas, mi hermano no vio otra escapatoria que aceptar la ayuda de éste. Necesitábamos una inyección de capital, pues teníamos que actualizar las instalaciones para poder fabricar mejores máquinas agrarias, además de pagar dos mensualidades que debíamos a nuestra plantilla, y su familia lo tenía... Por aquel entonces, pensar que lo tendría todos los días bajo el mismo techo me hacía levitar de alegría. Yo lo quería, y él, de repente, se fijó en mí. Me regalaba flores a diario, me hacía sentir especial, me trataba como a una reina... —susurró con desdén—. Ahora sé que todo eso era irreal, por eso odio tanto que me regalen flores; él las utilizaba para que me creyera esa pantomima del novio ideal enamorado de

la hermana de su mejor amigo, un cliché utilizado hasta la saciedad que me enamoró más si cabe. Él me manejaba a su antojo y yo me dejaba, sin cuestionarme nada... —masculló mientras una lágrima se deslizaba por su rostro—. Mis hermanos eran felices de que yo hubiese encontrado a un buen hombre y fijamos la fecha de la boda. ¡Parecía una boba, con mis catálogos de novias entrando en la oficina que poseía en la fábrica! —protestó al acordarse.

—Te estaba utilizado, ¿no? —susurró al ver su rencor hacia ese hombre.

—Jamás me quiso, Owen —pronunció despacio, sintiendo cómo, con cada palabra pronunciada, aquella herida se volvía a abrir con virulencia, desangrándose de nuevo con aquel dolor que todavía la aturdiría—. Lo encontré abrazado a otra mujer, de una manera especial que jamás usó conmigo, con una intimidad que me hizo recular, porque parecía que Gustavo era otra persona; conmigo jamás había sido tan cariñoso como lo estaba siendo con ella y, además, en horas de trabajo... Ella se dejaba abrazar, rodeándole el cuello con los brazos, mientras él hundía su nariz en su cabello y le prometía, entre beso y beso, la luna a la secretaria..., esa misma que me preguntaba qué tal iban los preparativos del enlace, esa que sabía que Gustavo me estaba utilizando y que al final iría corriendo a sus brazos porque era de ella de quien estaba enamorado y no de mí... A la muy cerda la eché a la calle en ese mismo momento que irrumpí en su despacho; la despedí y te juro que no me tembló el pulso al hacerlo. Ojalá pudiera haber hecho lo mismo con él... —soltó con frustración—. Sin embargo, poco me duró la venganza: él la readmitió a la mañana siguiente. Evidentemente, me enfadé con él como una loca, hablé con Tomás, con Lucas y poco me faltó para hablar con el alcalde de Teruel, para que se marcharan de allí ella y él. ¡Le dije que yo le compraría sus acciones, todo su porcentaje! Tenía dinero suficiente, lo había ahorrado a lo largo de todos esos años para celebrar mi gran boda soñada... Qué boba, ¿verdad? Entonces, inexplicablemente, Tomás me dijo que no me comportara como una niña, que afrontara las cosas como eran y que tenía que vivir esa situación para hacerme más fuerte; que ninguno de los dos se iría y, para reafirmar aquello, le cedió un puesto más alto a Gustavo y le subió el sueldo a la secretaria...

—No puede ser —soltó Owen, incrédulo.

—Sí... Como comprenderás, lo dejé todo y me largué sin decir adiós. ¡No podía soportar la idea de verle la cara, saber que él había ganado y que mi

hermano lo había preferido a él antes que a mí! Yo era su hermana, entre los tres podríamos haberle forzado a vendernos sus pocas acciones de la compañía y echarlo a la calle, pero él eligió y yo tomé mi decisión —declaró haciendo una pequeña pausa para relajarse; recordar aquello siempre la alteraba—. Siempre me había gustado Chicago, incluso tenía pensando venir a esta ciudad de viaje de novios. Cogí una maleta y, sin nada que perder, me vine.

—¿Y desde entonces no has sabido nada de ellos?

—De Lucas, sí; ha sido el único que se ha interesado por mí, pero de Tomás no...

—Entonces, el que ha venido a verte es Lucas, ¿no?

—No... —susurró con pesar—. Ha venido Tomás y... ¡Joder, Owen! Esto es una puta pesadilla que se repite y se repite —bufó desesperada—. Tomás se va a casar con la única hermana de Gustavo. Qué coincidencias, ¿verdad? —masculló con desgana—. Y quiere que sea su madrina.

—¿Qué le has dicho?

—Que no, por supuesto. No quiero volver a ver a Gustavo y no quiero joderle la boda a mi hermano, aunque pensara que se lo mereciera, pero entonces...

—Entonces, ¿qué?

—Me ha contado algo que desconocía y que en cierta forma explica el hecho de que Tomás no me defendiera. Gustavo le hizo chantaje... —Negó con la cabeza al recordar el dolor que vio en los ojos de su hermano cuando se lo explicó, su impotencia y aquella lucha interna que todavía combatía en su interior.

—¿Con qué?

—Con unas fotos mías desnuda —susurró, mordiéndose el labio inferior, nerviosa—. Él me las había hecho cuando estábamos juntos, para darle chispa a nuestra relación sexual, dijo, aunque ahora veo que lo que quería era tener una baza por si le salía mal la jugada... Su intención era casarse conmigo para, poco a poco, alejarme de la empresa y quedarse con mi parte y la suya. Ahora todo cobra sentido. Por eso no quería separación de bienes, por eso deseaba tanto casarse y formar rápidamente una familia, por eso quería que yo me mantuviera al margen del negocio, alegando que prefería que me dedicara a organizar la boda de mis sueños... El muy cabrón se dio cuenta del filón que tenía nuestra empresa familiar y quería llevarse más tajada de la que ya se

estaba llevando por haber invertido ese dinero cuando más lo necesitábamos, aprovechándose de la amistad que tenía con Tomás... Mi hermano tuvo que callarse porque no quiso que me hundieran; no podía permitir que esas fotos empezaran a circular sin control por el pueblo en el que vivíamos, que me afectaran más de lo que me perturbó el hecho de ver a mi futuro esposo en esa actitud cariñosa que nunca tuvo conmigo, pero sí con nuestra secretaria. ¡Joder! Creo que, si lo hubiera visto follándosela, no me hubiese sentido tan mal como me sentí —bufó alterada—. Además, Owen, aunque quedé hundida al descubrir la realidad de esa manera tan cruel, lo que más me dolió fue ver la indiferencia de mi hermano cuando yo más lo necesitaba, aunque ahora puedo llegar a entender por qué lo hizo... Pero no es excusa suficiente... Debería habérmelo dicho y haberme dado la opción de ser yo la que eligiera poner en las manos de Gustavo mi honra o bien dar la cara por algo que hice por amor. No sé qué hubiera hecho entonces, en estos cinco años me he fortalecido, pero creo que no me hubiese importado que todo el pueblo me hubiese visto desnuda y hubiera preferido que ese hombre y esa mujer se hubieran marchado lejos de mi vista y de nuestra empresa, y no premiándolos por joderme la vida —susurró con rencor.

—¿Por qué ha tardado tanto en contártelo?

—Porque creía que me sentiría avergonzada por ese hecho... y es posible que lo hubiese pasado mal por aquel entonces, porque yo confiaba ciegamente en Gustavo; ahora sería otro cantar...

—¿Se lo has dicho a él, que no te importa que salgan a la luz?

—Sí, pero dice que a él sí. No quiere que nadie vea a su hermanita en actitudes sexuales —matizó mostrándole una media sonrisa.

—Conozco a gente que por un puñado de dólares harían desaparecer a ese tipo sin dejar rastro —soltó con seriedad Owen, haciendo que Eva lo mirase asustada, pero al ver el brillo de sus ojos, se echó a reír a carcajadas, aliviando aquel agrio momento.

—Parece que el karma se está ocupando de él —comentó ella mucho más tranquila; el hecho de hablar con él, de contarle sus penas, extrañamente la había serenado—. Me ha explicado Tomás que la secretaria lo ha dejado arruinado y que, además, le estaba siendo infiel con un empleado. ¡Chúpate esa, Gustavo! —exclamó con alegría.

—Todo vuelve, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿has quedado bien con tu hermano?

—Puf... Es difícil, Owen. Sigo dolida. Entiendo por qué lo hizo, pero no por qué me lo ocultó. Era una cosa que me afectaba a mí directamente y debería haber sido yo la que tomara esa decisión. Sé que él intentó protegerme, pero no me hizo ningún favor; al contrario, le dio más poder a una persona que intentaba utilizarme y vapulearme.

—No sé cómo hubiera actuado yo si le hubiera pasado algo similar a Daryl —susurró pensativo.

—¿Cómo que no? Lo hubieras perseguido e instigado hasta ver con tus propios ojos cómo destruía esas fotos de tu hermano y, además, le hubieses dado una paliza del quince.

—Sí, es posible que hubiera hecho eso —dijo siguiéndole el juego—. Eras muy joven.

—Tenía veinticinco años cuando sucedió, no lo era tanto, Owen. Era una adulta que podía tomar decisiones, equivocadas o no, pero propias y no impuestas. Sin embargo, supongo que también en cierta medida fue culpa mía, pues jamás saqué mi carácter con ellos... ¡Es más!, creía que no tenía. Pero vivir sola en Chicago, sacarme las castañas del fuego sin ayuda, pasar hambre y frío, tener que trabajar en cosas en las que jamás pensé que trabajaría, hizo que viera la vida de distinta forma y me endurecí, para mejor o para peor, pero en la actualidad soy yo la que marco las normas y no los demás.

—Pero lo que te ocurrió no fue culpa tuya, Eva —comentó mientras le enmarcaba la cara para que ella atendiera a sus palabras—. Fue por culpa de ese tipo que te utilizó.

—Pero, si yo no hubiese dejado que me utilizara, nada de esto hubiera ocurrido.

—Incluso que tú cambiaras —añadió, dándose cuenta de aquel hecho.

—¿Cómo?

—Tú has cambiado porque te pasó eso; si no te hubiese ocurrido...

—Hubiese seguido igual... —terminó la frase por él, percatándose de a dónde quería llegar—. ¿Crees en el destino? —preguntó contrayendo el rostro como si de pensar en esa posibilidad le diese repelús.

—Ni sí ni no. Lo único que sé es que lo que te ocurrió te hizo venir hasta Chicago y que lo que me ocurrió a mí me hizo volver a casa. Si los dos hubiésemos seguido como siempre, jamás nos habiéramos conocido. Tú

seguirías en España, en ese pueblo de Teruel, y yo estaría en Filadelfia, jugando... —añadió dándose cuenta de aquello.

—Puede ser casualidad.

—Puede.

—Y no tiene por qué estar escrito en ningún sitio que Eva Romero tuviera que salir de España hecha una plañidera, ni que Owen Baker estuviera a punto de no poder caminar para encontrarnos aquí, en este diminuto apartamento, sentados en este sofá...

—Yo no he dicho lo contrario —dijo con una sonrisa—. Lo único que sé es que me ha beneficiado que nuestros caminos se hayan cruzado.

—Uy, uy, uy, ya empezamos —soltó levantándose de su regazo, dejándolo vacío.

—¿Ya empezamos? —inquirió intentando controlar su risa ante aquella afirmación.

—No te encariñes conmigo, Owen Baker. Sé que soy irresistible, pero frénate, chaval —exclamó mientras ponía los brazos en jarra y lo miraba con seriedad, haciendo que él la observara con una deslumbrante sonrisa en los labios.

—Deberías ir a la boda de tu hermano —soltó Owen, y vio cómo se le cambiaba el semblante.

—Yo te comenté que podías seguir dedicándote a algo relacionado con el deporte que tanto te gusta y ni siquiera me quisiste escuchar —replicó cruzando los brazos.

—Hagamos un trato.

—No me gustan los tratos.

—Éste si lo hará —dijo Owen cruzando las piernas y humedeciéndose los labios—. Yo me desprendo de lo que me impide dedicarme de otra manera al deporte si tú vas a la boda de tu hermano. Puedo acompañarte... Soy simpático, me favorecen los trajes y puedo romper narices en un abrir y cerrar de ojos —añadió con seriedad, haciendo que Eva sonriera.

—¿Qué es lo que te impide dedicarte de otra manera a ese deporte? —preguntó con un hilo de voz antes de aceptar nada.

—No llegar a ser tan bueno como lo fui jugando —confesó Owen.

—La verdadera pasión nos hace buenos, Owen. Eso lo aprendí hace muchos años. Si te gusta lo que haces, cada día te superarás; en cambio, si trabajas sólo por el dinero... jamás lograrás nada.

—Era buenísimo jugando, un puto crack con el balón, Eva; no quiero defraudar a mis seguidores, a esa gente que creyó en mí y que me dio las fuerzas necesarias para ser mejor cada día.

—Yo creo en ti, Owen —susurró Eva con sinceridad, provocando que Owen sonriese, feliz de escuchar esas palabras que le dieron un chute de confianza.

—Y yo sé que estarás guapísima en la boda de tu hermano y, por supuesto, de mi brazo —indicó mientras le cogía la mano y la arrastraba hasta él, en un movimiento veloz y conciso, para tumbarla en el sofá y besarla con devoción, sin darle tiempo a aceptar ni rechazar ese trato. ¡Sólo deseaba besarla para borrar aquella tristeza que aún residía en sus ojos!

Lo miró de nuevo. Estaba durmiendo a su lado, gloriosamente desnudo. «¡Deberían hacerle una réplica y ponerla en mi dormitorio!», pensó Eva mordiéndose el labio inferior y memorizando cada centímetro de su cuerpo. Su respiración era acompasada, tranquila y, extrañamente, Eva se sintió bien consigo misma. Llevaba cinco años sin hablar de su pasado, ni siquiera Daryl lo sabía, simplemente porque no surgió el momento indicado para hablar de ello... En cambio, con Owen había aflorado de una manera natural, volcando su frustración y dolor, haciéndola incluso reír, para animarla y reconfortarla con sus brazos, los cuales no despegó de su cuerpo en toda la conversación. La hacía sentir segura, incluso más de lo que pensaba que era, casi implacable como era él... Aún le parecía increíble que Owen tuviera miedo de no ser bueno en otro puesto vinculado a ese deporte que se notaba que adoraba; ella sabía que lo sería, no podía ser de otra manera. Owen era sublime en todo, incluso haciéndola sentir bien cuando más perdida se encontraba por culpa de los últimos acontecimientos. Habían transcurrido cinco años y tenía la sensación de que había sido ayer cuando salió corriendo de su empresa llorando sin control y sintiendo que su vida se desmoronaba con cada segundo que transcurría. Cinco años durante los que no había vuelto a ver a Tomás ni tampoco a Lucas... Demasiado tiempo para un enfado, lo sabía, pero ella no había sabido toda la verdad hasta hacía unas horas, momento en el que el dolor de Tomás la sacudió para ver la cruda realidad y ansió tener de nuevo a Gustavo delante, para plantarle cara de verdad, para decirle todo lo que pensaba de él y para comprarle sus acciones... Aunque eso era bastante difícil en su situación actual, pues el dinero que había tenido lo había ido gastando los primeros años que estuvo viviendo en Chicago. Demasiados gastos y pequeños salarios fueron los culpables de ver cómo bajaban sus ahorros y la pasta que le prestó al final Tomás; por esa razón tuvo que buscarse dos trabajos... Aún recordaba las palabras de su hermano mayor al referirse a su viejo amigo... «Lo había defraudado», le había dicho; «Ya no era su amigo», le

había confesado. También le había descrito el ambiente tenso de la oficina, que se encontraba en la parte superior de la nave donde se fabricaba la maquinaria necesaria para poder trabajar los campos —de tractores a segadoras, pasando por diferentes tipos de artefactos de mayor o menos volumen, todos pensados, para ayudar al agricultor en aquella pesada labor—. Tomás había devuelto la vida a la empresa familiar, que iba en franco declive cuando la heredó, pero, gracias a su visión de futuro y al trabajo invertido, se estaba convirtiendo en una de las que más facturaban en el territorio; pero aquella paz y alegría que debería sentir su hermano al ver los frutos de su trabajo, se la estaba arrancando Gustavo cada vez que se lo cruzaba por los pasillos.

—Hola —susurró Owen al ver cómo lo miraba.

—Buenos días —lo saludó con una sonrisa—. ¿Tienes hambre?

—¡Sí! —exclamó con entusiasmo, haciendo reír a Eva.

—Levanta el culo y ayúdame a preparar el desayuno —comentó con gracia mientras se levantaba, dejándole ver su desnudez.

Owen observó cómo se ponía la bata y pensó en las mil maneras que tendría de meterle mano por debajo. ¡Hasta en bata lo excitaba! Se levantó de la cama y se puso la sudadera, que estaba tirada en mitad del salón, para después ponerse los calzoncillos, nada más. No tenía frío, pues tenerla al lado lo calentaba de todas las maneras posibles.

—Me tendrás que ir explicando en qué te puedo ayudar. No tengo ni idea de cocinar.

—¡No me digas! Entonces, cuando vivías solo, ¿cómo comías?

—Contrataba a alguien que cocinara o compraba comida en el restaurante —contestó como si nada.

—¿Tú no sabes que a las mujeres nos pone, pero mucho, ver a un hombre entre fogones?

—No, no lo sabía —admitió con una sonrisa mientras veía cómo comenzaba a sacar pan para tostar y preparaba el café en la cafetera eléctrica—. Coge esas dos tazas —señaló la estantería donde se encontraban—. Aunque poco te voy a enseñar ahora —añadió mientras preparaba la barra de desayuno con unas servilletas.

—Eso tiene fácil solución —dijo con una sonrisa mientras la abrazaba por detrás—. Puedes enseñarme en otro momento con una comida más

contundente. Me ha gustado eso de que a las mujeres os pone un hombre cocinando —indicó mientras la besaba despacio en el cuello.

—¡Voy a crear un ser todopoderoso que será capaz de desintegrar bragas a distancia! —soltó dramatizando el tono y haciendo que Owen riese a carcajadas—. Controla tú las tostadas, voy un momento al aseo —le pidió, dándole un rápido beso en los labios y saliendo corriendo al cuarto de baño.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó mientras miraba aquel aparato electrodoméstico como si fuera un artilugio de la NASA.

—Averígualo tú solito —dijo entre risas mientras se metía en el baño.

Titubeó un instante observando aquel aparato con luz naranja; no tendría que ser difícil de manejar para que Eva lo hubiese dejado al cargo. Al segundo oyó unos golpes en la puerta y abrió la puerta sin ni siquiera mirar quién llamaba.

—Eva... —dijo Daryl, a quien se le quedó el rostro desencajado al ver a Owen sin pantalones abriendo la puerta de su mejor amiga—. Pero... —titubeó sin entender nada de aquello, pero... si se detestaban. ¿Cómo había pasado del odio a pasear semidesnudo por el apartamento de su mejor amiga?

—Buenos días —lo saludó Owen, sonriente.

—Eh... Yo... Vendré luego —informó mientras fruncía el ceño y se metía de nuevo en su piso.

Owen cerró la puerta sin entender por qué su hermano no había querido entrar y corrió hasta la tostadora; como se le hubiesen quemado las tostadas, Eva se reiría de él durante toda la mañana... Se quedó pensativo mientras las volcaba con más o menos gracia en unos platos, meditando la posibilidad de pasar todo el día con ella, hacer planes, oírla reír, cocinar juntos, hacerla gemir de mil maneras diferentes mientras pronunciaba su nombre, pasear cogidos de la mano... Cerró los ojos mientras maldecía. «Estoy bien jodido», se dijo al ver todo lo que ansiaba hacer con esa mujer, cosas que jamás había deseado antes con cualquiera de sus conquistas y que creía que nunca haría, porque Owen Baker jamás se enamoraba. Sin embargo, de repente, un deseo todavía mayor lo sacudió, ¡quería ayudarla!, que hiciera las paces con su pasado, exactamente lo que iba a hacer él gracias a tenerla en su vida. Se lo debía; ella había sido su salvación en muchos aspectos y quería recompensárselo.

—¿Cómo va el chef con esas tostadas? —preguntó Eva, pizpereta, acercándose a él mientras le mostraba una amplia sonrisa.

—Bien, creo que hoy desayunaremos —comentó al tiempo que le enseñaba el color perfecto de las tostadas—. Luego me tendré que ir a cambiar de ropa y a dar señales de vida a mi madre —explicó mientras Eva volcaba con cuidado el café en dos grandes tazas.

—Claro —dijo sentándose en el taburete.

—Pero más tarde me gustaría que hiciéramos algo juntos.

—¿Algo?

—Sí... Ir al cine, cenar, pasear...

—Puf... —resopló incómoda—. A ver, Owen —comenzó a hablar, tratando de encontrar las palabras indicadas—, no somos pareja.

—Lo sé.

—Ni lo seremos.

—Ya... —susurró sintiendo que aquella ilusión creciente comenzaba a menguar.

—Somos muy independientes y creo que es mejor que la cosa siga así o que se acabe. Tú decides —planteó Eva con seguridad.

—¿Sólo sexo sin compromiso?

—¡Música para mis oídos! —exclamó con emoción, haciendo que él se extrañase. ¿Por qué tenía la sensación de que con ella los roles se cambiaban?

—El sueño de todo hombre —se obligó a decir, dándole un gran mordisco a la tostada y haciendo que ella sonriera dichosa y sintiendo cómo se le contraían las entrañas. ¡Él no quería eso! Con Eva lo ansiaba todo y eso se le escapaba de las manos...

Desayunaron casi en silencio, ambos sumidos en sus propios pensamientos. Recogieron la cocina y Owen se acabó de vestir para marcharse a casa de su madre. Eva aprovechó para ducharse y mantenerse ocupada a lo largo de esa mañana de domingo en la que su hermano partía para España, después de haber estado en Chicago ni siquiera doce horas seguidas... Se miró al espejo; sabía que había madurado, aunque a veces sentía que era la misma chica que soñaba con encontrarse con el hombre de su vida de una manera única... Sentiría cómo se enamoraba de él nada más verlo y a él le ocurriría lo mismo, tendría un noviazgo de ensueño para después casarse delante de sus hermanos —que en realidad constituían toda su familia, ya que sus tíos se habían enfadado con ellos cuando éstos pudieron heredar el negocio familiar—, y ser felices para siempre. Aunque esa fantasía, con el transcurso de los años, la veía más alejada e incluso imposible. Ese hombre perfecto que la haría vibrar

con su mera presencia no existía, ni tampoco ese amor ensalzado por tantísimas películas románticas y novelas del mismo género que había devorado, ansiando que a ella le ocurriese lo mismo que a sus protagonistas... y aquel sueño, a medida que transcurrían los años y aumentaban las decepciones, comenzaba a difuminarse. Suspiró mientras cerraba los ojos; era difícil tragarse el orgullo; saber que, aun teniendo razón, ansiaba dar ese paso para hacer las paces, aunque conllevara volver a revivir el pasado, volver a enfrentarse a ese hombre que la hacía sentir inferior, como si no valiese para nada, porque, para Gustavo, ella siempre fue una cría a la que debía guiar en todo... Abrió los ojos y su reflejo la sorprendió... Podía, lo sabía; era capaz de cualquier cosa, lo había demostrado en los cinco años que llevaba viviendo en Chicago, lidiando con cosas peores que comprobar que el hombre del que había estado enamorada la había engañado con otra y que, además, intentaba lucrarse todavía más del negocio familiar, ese para el que tanto había trabajado su hermano... Tomás se iba a casar con la mujer de su vida, le había confesado, y lo único que le pedía era que estuviera a su lado, cogiéndole la mano cuando viera aparecer a Greta y casarse con ella a su lado. Lo comprendía. Ella hubiese deseado lo mismo si hubiera tenido la suerte de encontrar a esa persona especial... Salió del baño sintiendo una fuerza imparable, cogió la chaqueta, bajó a la calle y subió a su moto para ponerla en marcha, para así derrapar con fuerza la rueda sobre el asfalto, ansiando llegar a tiempo para poder ver a Tomás. Si no lo hacía, se arrepentiría el resto de su vida, y eso era mucho más que cinco años...

De camino sintió cómo las gotas de lluvia la sorprendían, pero no aminoró la velocidad; debía hablar con él, decirle lo que sentía, hacerle entender por qué el día anterior no había podido aceptar sus disculpas, ya que el dolor y la frustración aún llenaban su mente y su corazón, impidiendo que viera la realidad que tenía delante de ella: a su hermano, que la quería tanto que deseaba por encima de todo que estuviera en su boda. Sintió cómo las ruedas patinaban por la calzada e intentó controlar la velocidad, ella era capaz de conseguirlo, pues le gustaba conducir bajo condiciones peores que un poco de lluvia y se encontraba tan cerca del aeropuerto que ya podía ver la cara de Tomás asombrarse por su presencia. Sintió cómo su ropa se adhería a su cuerpo, ya que no había sido previsora para ponerse el mono de motera que tenía para ese tiempo. Estacionó la moto en el primer hueco que vio y corrió al interior del aeropuerto, buscándolo, notando cómo la gente la miraba como si

estuviese loca, aunque un poco sí lo había estado por no haber sido consciente de lo que en verdad deseaba. Al comprobar la información del vuelo en el letrero con las salidas se detuvo en seco. Su avión acababa de despegar y ella se quedó delante del panel, empapada de la cabeza a los pies, sintiéndose una completa idiota por no haber sido capaz de pensar aquello un poco antes para haber llegado a hablar con él... «¿Será el karma?», pensó mientras sentía cómo las lágrimas resbalaban sin control por sus ojos, consciente de que su hermano en esos momentos se sentiría hundido por no haber conseguido su objetivo, por haberla visto sólo unas pocas horas y por no haber escuchado de los labios de Eva que ella sería su madrina... Un sollozo se le subió a la garganta y supo que debía volver a su apartamento antes de llamar todavía más la atención. Salió a la fría lluvia y se subió a su moto para deshacer el camino sintiéndose la peor hermana del mundo.

Dejó un reguero de huellas hasta la puerta de su casa, deslizó la llave por la cerradura y oyó cómo Daryl abría la suya.

—¡Madre mía, pero si pareces un gato mojado! —exclamó nada más verla.

—Ya... —bufó sin ánimo de nada.

—¿Qué te pasa, Eva? —preguntó preocupado al verla tan apática.

—Uf... —susurró dándole a entender que eran demasiadas cosas mientras entraba en el apartamento y Daryl la seguía dentro.

—Sé que desde que estoy saliendo con Nathan te tengo un pelín abandonada, el amor me ha embobado y te pido disculpas... Eva, ¿qué hacía Owen esta mañana aquí? —soltó, haciendo que ella abriese mucho los ojos, sorprendida de que éste lo supiera.

Eva se cambió de ropa y volvió a salir al salón, donde Daryl la esperaba sentado en el sofá, anhelando una respuesta, mientras ella sentía que aquel día podía acabar peor de lo que estaba siendo ya...

—Tu hermano pasó la noche aquí —susurró mientras se sentaba al lado de su amigo, cansada de tanta mentira.

—¿Lleváis viéndoos mucho tiempo?

—Unas semanas... Pero no es nada importante y no quiero que te vuelvas loco imaginándote cosas que no son —sentenció con rotundidad.

—Por eso llevaba varias noches sin dormir en casa de mi madre y ella me contaba que Owen estaba raro... Pero no lo entiendo, Eva, ¡¡te caía mal!!

—Lo sé, Daryl. Y te prometo que fui yo la primera que me sorprendí al sentir esta atracción física por él.

—Entonces, ¿estáis juntos? —preguntó mostrándole una tímida sonrisa.

—¡No! —exclamó categóricamente mientras negaba con la cabeza para que éste no se hiciera ilusiones—. Nos hemos acostado unas cuantas veces, nada más. Owen y yo no podríamos tener nada serio. Tu hermano es un mujeriego nato, un seductor, y ya sabes que yo no podría estar con un hombre así... —susurró, convencida de sus palabras.

—Pero estás con él.

—Es momentáneo, Daryl. Los dos sabemos que acabará más pronto que tarde; por tanto, no hagas una montaña de algo que no es importante. Tú conoces de sobra a tu hermano y me conoces a mí. Sabes que somos incompatibles en muchos aspectos.

—Ya, por eso no entiendo qué hacéis liados —murmuró inspeccionándola con la mirada—. Tú siempre has sido una loca enamorada del amor, que ha ido de flechazo en flechazo, sin que te dure ningún hombre más de un par de días... y ahora, de repente, llevas viéndote con mi hermano unas semanas...

—No te sabría decir el número exacto de días que llevamos —susurró consciente de que lo de ellos había sido tan pasional como urgente, y que era

imposible ponerle fecha—. Surgió, nada más. Pero te aseguro que no es amor; vamos, con decirte que llevo sin sentir un flechazo desde hace tiempo — confesó con una sonrisa divertida, intentando restarle importancia a ese hecho.

—¿Desde cuándo no te fijas en un hombre de esa manera? —preguntó Daryl con ávido interés.

—No sé... El último fue Steven —susurró haciendo memoria.

—Y, desde entonces, ¿nadie más?

—No.

—Y ya conocías a Owen... —murmuró mientras reflexionaba sobre aquello, como si fuera un teorema complicado del que debía hallar la respuesta exacta.

—Sí, claro.

—¿Y de verdad que no sientes nada por mi hermano? —preguntó intentando encontrar lógica a todo ese embrollo.

—Ya te lo he dicho antes, Daryl. Sólo es físico, nada más.

—A ver, Eva... Nos conocemos desde hace tres años y en todo ese tiempo no has podido estar más de una semana sin sentir algo especial por algún hombre.

—Ya te comenté que me lo quería tomar de manera diferente y evaluar un poco a los siguientes candidatos. He pasado por demasiados fracasos, Daryl, tú mismo lo has dicho. Me he cansado de ir tropezándome con la misma piedra.

—Sí, recuerdo que me lo comentaste, pero piensa una cosa: no has vuelto a fijarte en otro hombre —pronunció despacio, para que Eva se diera cuenta de a dónde quería llegar.

—¿Sí? —soltó extrañada mientras hacía memoria, pero todo lo que recordaba después de Steven lo llenaba el recuerdo de Owen, sus ojos, su presencia, sus oblicuos, su sonrisa, su voz ronca...—. Bueno, he estado bastante ocupada lidiando con tu hermanísimo y luego... —susurró mordiéndose el labio al saber que después, simplemente, se dejó llevar entre los increíbles brazos de éste, viviendo entre ellos lo que significaba el puro deseo.

—Y luego te has liado con Owen y no con ningún otro hombre —indicó Daryl, testigo de cómo se le cambiaba el gesto a su amiga, de la incredulidad a la sorpresa, pasando por el temor.

—Es verdad, Daryl... Desde que conozco a Owen no he tenido... —tragó

saliva, esforzándose por encontrarle alguna lógica a aquello, porque para ella no la tenía—... ¡ni un flechazo más! —exclamó horrorizada, como si aquello fuera lo peor del mundo, ya que para ella no sentir esa atracción ilógica por alguien era algo casi antinatural y, desde que conocía a Owen, en sus pensamientos sólo giraba una persona y ésa era él. ¿Eso qué podría significar?

—¡¡Lo sé!! —soltó de la misma manera Daryl—. Incluso he intentado organizarte una cita con un doctor bombón y no has querido... ¡¡Ahora todo tiene sentido!! Porque antes no entendía que te negaras en rotundo, sin ni siquiera pedirme una foto ni nada. ¡A ti te encantan los doctores buenorros!

—Pero eso no significa nada —se intentó convencer—. He pasado por una mala racha y ha coincidido en espacio y tiempo con Owen... —susurró, asombrada por aquel descubrimiento—. ¡Es más! Te pediría que me concertaras una cita con ese doctor para mañana mismo.

—Eva, no me tienes que demostrar nada a mí —comentó Daryl con ternura, observando el gesto nervioso de su amiga al percatarse de la realidad; se notaba que aquel descubrimiento la había sorprendido—. La verdad es que no me lo esperaba, porque, si hubiera tenido algún indicio de que os estuvierais viendo, no hubiese entrado casi en *shock* cuando lo he visto en calzoncillos por tu casa... o no sé si me ha impactado más eso o ver esa sonrisa resplandeciente cuando ha abierto la puerta de tu piso.

—¿Lo has visto aquí? —preguntó extrañada. Ella pensaba que los había oído o había visto a Owen de pasada cuando se había ido...

—Sí, esta mañana he llamado a la puerta y me ha abierto él.

—No me ha comentado nada... —bufó sintiendo cómo la rabia comenzaba a subirle por la garganta—. Tienes un hermano que es un entrometido. ¡Le dije que no quería que lo supieras!

—¿Por qué no querías que yo lo supiera? —preguntó Daryl, asombrado ante aquella revelación.

—Porque no quería que te hicieras ilusiones como te las estás haciendo. ¡Joder, Daryl! Conoces a tu hermano mejor que nadie y sabes de sobra que colecciona conquistas como el que colecciona sellos. ¡No puedes pretender que me cuestione que, por su culpa, lleve tanto tiempo sin fijarme en un hombre!

—¡¡Es que es por él!! Mira, no sé qué tipo de relación tenéis, pero lo único que sé con certeza es que mi hermano está más feliz y es más él desde que

estáis liados, y tú, aunque te cueste reconocerlo, no has vuelto a mirar a un hombre de esa manera desde que lo conoces —sentenció Daryl.

—Puede ser una casualidad.

—¡A la mierda las casualidades! —soltó él, haciendo que Eva parpadeara ante aquella efusividad—. Lo que te pasa es que llevas escondiéndote mucho tiempo, Eva. Sí, te enamoras muy rápidamente, pero con la misma rapidez los espantas para volver a empezar, alegando que son ellos, aunque la realidad es que tú misma te los buscas así, con algún fallo, para poder sentirte bien cuando ellos te dejen... o, simplemente, al no encontrar ningún fallo en ellos, te lo inventas, para dejarlos tú. He intentado hablar de esto contigo en multitud de ocasiones, pero siempre has salido por la tangente, desviando mi atención con otros temas. Sé que la culpa la debe de tener algún ex, pero nunca me lo has explicado y te cierras en banda cuando intento indagar un poco más.

—No me hagas hablar ahora, Daryl, por favor —masculló con dificultad.

—Sabes que yo tampoco lo he pasado bien con mis elecciones, pero nunca he cerrado la puerta al amor, ¡y menos mal!, porque, si lo hubiese hecho, no podría haber vivido lo que estoy experimentando ahora con Nathan. Joder, Eva, esto sí que es amor y no todo lo que he sentido anteriormente. Y claro que tengo miedo de que salga mal, ¡muchísimo!, pero, mientras tanto, voy a disfrutar del momento y de él... —dijo con una sonrisa—. Nathan me confesó hace poco que llevaba detrás de mí varias semanas, intentando que yo me fijara en él. ¡Qué locura, ¿verdad?! Y yo sin darme cuenta de su existencia... —añadió entre risas al recordar aquella pequeña confusión—. Al final se armó de valor para hablar conmigo e invitarme a una copa después del trabajo; ya sabes que a mí ya me gustaba y poco me faltó para bailar la danza de la alegría —susurró con una sonrisa—. Lo nuestro fue amor a primera vista, pero no siempre ocurre así, Eva —comentó con una sonrisa, haciendo que Eva sonriera de la misma manera.

—Y no sabes lo feliz que me hace ver que tú lo has conseguido, Daryl —susurró emocionada.

—Pero tú también lo puedes alcanzar; no sé si será con mi hermano o con otro hombre, no sé si será con un flechazo o de manera más sosegada..., pero, Eva, no le cierras la puerta al amor y abre los ojos de verdad, no sólo para ver lo que crees que te va a hacer daño, sino lo que te va a hacer feliz.

—Tienes razón, Daryl —murmuró mientras lo cogía para darle un afectuoso abrazo—. No sé qué hubiese hecho sin ti todo este tiempo.

—Ni yo sin ti. Entonces, ¿eso significa que le vas a dar una oportunidad a Owen? —preguntó con una sonrisa jovial.

—Owen y yo sabemos lo que tenemos, Daryl, y lo nuestro está muy alejado del amor, aunque te cueste aceptarlo —susurró con una tímida sonrisa—. Sin embargo, te prometo que no le cerraré la puerta al amor cuando se presente.

—Bueno, algo es algo —aceptó Daryl entre risas—. ¿Por qué venías empapada hace un rato?

—Uf... Voy a por un bote grande de helado y unos pañuelos de papel —comentó mientras se levantaba del sofá para coger lo indicado.

—¿Tan grave es? —preguntó viendo cómo ésta volvía cargada al sofá.

—Es largo —dijo Eva, dándole una cuchara a su amigo y cogiendo ella la suya.

Como siempre se dice, las penas, con chocolate y un amigo, son menos penas. Después de poner al día a Daryl acerca de su pasado y de todo lo acontecido en las últimas horas, de llorar los dos a moco tendido, de declararse mil veces lo importantes que eran para el otro y de gastar todos los pañuelos de papel, se quedaron en silencio, sopesando todo lo hablado.

—¿Qué vas a hacer con lo de la boda y tu hermano? —preguntó casi con un hilo de voz.

—Hablaré con él por teléfono... —susurró sabiendo que debía dar ella ese paso.

—Ahora entiendo que te fíes tan poco de los hombres, Eva —añadió Daryl, mirándola fijamente—. Ese Gustavo es un cabrón.

—Y de los grandes —sentenció dejando el bote de helado, ya vacío, sobre la mesa de centro para luego levantarse para ver quién llamaba a su puerta.

—Pero Owen no es así —dijo Daryl antes de que ella abriera, haciendo que sonriera ante aquella afirmación. ¿Qué iba a decir su hermano de él?

—Tomás... —balbuceó Eva al verlo delante de sus narices, mirándola con una pequeña sonrisa esperando su reacción.

—¿Cómo? Pero... ¿no tendrías que estar en el avión? —titubeó, sintiendo que nada tenía sentido, empezando por la principal razón, que su hermano no sabía dónde vivía.

—Sí..., pero un amigo tuyo ha venido a verme al hotel y me ha convencido de que pasara por aquí para hablar contigo. Me ha dicho que lo estabas pasando muy mal... —explicó agachando los ojos, escondiendo sus emociones.

—Un amigo mío... —murmuró todavía más extrañada. ¿Quién podía haber ido a buscar a su hermano cuando ninguno de sus amigos lo conocía?

—¿Quién es, Eva? —preguntó Daryl al verla temblar como una hoja de otoño delante de ese hombre alto que la miraba con reparo.

—Es mi hermano... —informó en inglés, girándose a él—. Entra —le pidió a Tomás en su idioma natal.

—Encantado de conocerte —dijo Daryl levantándose del sofá de un salto para estrecharle la mano—. Soy Daryl, su mejor amigo —se autopresentó, haciendo reír a Eva; él era así de espontáneo, algo que a ella le encantaba.

—Encantado —contestó Tomás en inglés.

—Bueno, me voy a casa, luego hablamos —añadió Daryl dándole un beso en la mejilla y guiñándole un ojo—, y cuida a mi amiga, Tomás —dijo con seriedad para después salir del apartamento de ésta.

—Siéntate, Tomás —le pidió Eva señalando el sofá mientras ella hacía lo propio—. Yo...

—No, Eva —la interrumpió él a la vez que la cogía de la mano y se sentaba a su lado—. Soy yo el que tiene que empezar a hablar, primero pidiéndote disculpas de nuevo por todo lo que te hice pasar, por creer erróneamente que no serías capaz de afrontar algo así, por ocultarte algo que tenías todo el derecho a saber... Seguía creyendo que eras una cría a la que debía defender como cuando éramos niños y se metían contigo en el colegio por utilizar aparato..., pero tú ya habías crecido y te habías convertido en una mujer... —aseveró tragando saliva—. Debí defenderte ante él, decirte la verdad cuando

Gustavo me chantajeó, porque ahora sé que, si tú lo hubieses sabido, nada de esto hubiera pasado y habríamos seguido siendo una familia unida. La he cagado, Eva, y a base de bien, y sé que me merezco tu enfado, me merezco que no vengas a mi boda y que no quieras volver a verme en toda tu vida. Lo sé... pero, por favor te lo pido, perdóname —susurró bajando la mirada a su regazo—. Te prometo que, en cuanto llegue a casa, voy a hacer todo lo necesario para que Gustavo salga de la empresa; le compraré sus acciones y lo desvincularé totalmente de ésta, despidiendo de paso a Susi... —añadió con seguridad—. Eso es lo que tendría que haber hecho desde un principio y no intentar que las cosas se arreglaran por sí solas, otorgándole más poder a la persona que te utilizó y te separó de mi lado, haciendo que él ganara y que te perdiéramos... —añadió mientras negaba con la cabeza—. Lucas y yo te necesitamos, Eva, en nuestras vidas y en la empresa...

—Tomás... No quiero que, por mi culpa, por algo que pasó hace tiempo y que sé que tengo que superar, te crees problemas con tu futura mujer. Te recuerdo que es su hermano y lo último que quiero es arruinaros la boda...

—No te preocupes por Greta. Ella sabe la verdad y fue la que me animó a que cogiera el avión para venir a verte e intentar hacer las paces... Sabe que Gustavo se portó mal contigo y espera que vengas, con las mismas ganas que yo.

—Tomás...

—Eva, la boda será una ruina si tú no estás a mi lado —dijo cortándola, dispuesta a convencerla de todas las maneras que se le ocurrieran—, acompañándome hasta el altar. Ya me lo estoy imaginando... Cuando estemos delante de todos los invitados intentaremos hacer rabiar a Lucas, que se encontrará delante de nosotros pretendiendo estar serio, pero resultándole imposible no reírse ante nuestras bromas. Se respirará el buen ambiente que siempre hemos tenido entre nosotros y nuestras risas resonarán, contagiando de buen humor a las demás personas mientras esperamos a Greta, que aparecerá por el pasillo, eclipsando con su belleza a todos los presentes, incluyéndome a mí... Sé que, si os tengo a los dos de nuevo a mi lado, todo será perfecto. Además, piensa que nuestros padres hubiesen deseado que volviéramos a estar juntos, como antes, siempre unidos... —añadió haciendo que Eva se emocionara.

—Sé que cuando hablamos ayer me negué en rotundo a ir a tu boda y no quise escucharte más de lo estrictamente necesario; el dolor y el rencor

pesaron más que todo lo demás... incluso que el hecho de volver a tenerte delante —susurró procurando que comprendiera el dilema por el que había pasado y toda la tristeza que había tenido que soportar—. Sé que lo pasaré mal cuando ponga un pie en nuestro pueblo, cuando vuelva a ver a nuestra gente, cuando me cruce con él..., pero también soy consciente de que, si no voy a tu boda, me arrepentiré el resto de mi vida. Claro que iré, Tomás —dijo al borde del llanto, haciendo que su hermano sonriera dichoso y se estrecharan en un reconfortante abrazo.

—Ojalá pudiera decirle que no venga a la boda, pero es su hermano... —susurró mirándola a los ojos, visiblemente contento de haber logrado su fin.

—Lo sé... ¡Ya me las apañaré! Además, estaré muy ocupada siendo la madrina —indicó con una sonrisa, sintiendo que aquel peso que llevaba arrastrando tanto tiempo comenzaba a pesar menos.

—Puedes traerte a Owen. Me cae bien, se nota que es un buen hombre.

—Es un poco entrometido, pero sí, tiene buen fondo... —dijo con una sonrisa al saber lo que había hecho por ella.

—¿Sois...?

—Amigos —contestó antes de que formulara completamente la pregunta.

—Entonces, ¿hay posibilidades de que te quedes cuando vengas a la boda? —tanteó Tomás con una sonrisa.

—¿De volver a casa?

—Sí... Me gustaría que volviésemos a llevar la empresa juntos, los tres, como antes. Tu despacho sigue vacío e intacto; no he querido que nadie lo ocupase, pensando siempre en el día en que regresarás con nosotros...

—No lo sé, Tomás. Es demasiado pronto para darte una contestación. Ahora estoy bien aquí; he encontrado un buen trabajo, tengo buenos amigos y...

—Y está ese hombre que ha llamado a todos los hoteles de Chicago para saber si había un huésped que se llamara Tomás Romero —dijo con una sonrisa, dándole la pista que le faltaba para saber cómo había encontrado Owen a su hermano. No podía negar que era un tipo con recursos...

—Cuando quiere algo, es imparable —soltó mientras negaba con la cabeza mostrando una sonrisa.

—Y se ha fijado en ti.

—¿Eh? ¡No! —exclamó entre risas—. Es un amigo, ya te lo he dicho.

—Si fuera sólo un amigo, no hubiera venido a hablar conmigo para convencerme de que no cogiera ese avión, Eva... Ese hombre siente algo por ti

y no es precisamente amistad.

Eva se mordió el labio inferior, sin saber qué decir. Owen había tenido un gesto muy bonito, ésa era la verdad, sobre todo cuando ella más había necesitado hablar con su hermano, como si él lo hubiese sabido antes que ella. ¿Podía un hombre como él estar enamorado de una mujer como ella? Eva no sabía la respuesta a esa pregunta, lo único que sabía era que, gracias a él, había podido hacer las paces con su pasado, algo que la hacía sentir bien.

—Bueno y... ¿cuándo es la boda? —preguntó intentando mantener a raya su mente, centrándola en algo más sencillo, como esa cita en la que tendría que vérselas con su pasado.

—Dentro de un mes.

—¿Un mes?! —preguntó casi en un grito—. Un poquito más y me lo dices unos días antes...

—Greta se ha pasado muchos días detrás de mí para que me diese cuenta de que necesitaba dar este paso —reconoció Tomás con una tímida sonrisa—, de que te necesitaba a mi lado.

—Parece buena chica.

—Lo es. La mejor —confesó con determinación—. Ella hace que todo valga la pena.

—Me alegro por los dos... aunque podrías habérmelo dicho antes.

—No te creas que llevamos tanto tiempo preparándola. Su abuela está muy malita y ella quería que estuviese en ese día tan especial, por eso lo hemos organizado todo en tres meses.

—Claro..., pero menudo jaleo, ¿no?

—Queremos una boda sencilla, ésa es la verdad. No ha costado tanto organizarla...

—Mejor así. A veces menos es más...

—Me tengo que ir ya, Eva —susurró Tomás mirando su reloj de pulsera—. Conseguí retrasar el vuelo, pero me toca irme ahora para no perderlo.

—Siento mucho haberte dejado solo ayer... Podíamos haber hecho tantas cosas...

—No te preocupes. Entiendo que necesitaras tiempo para pensarlo en frío, para asumir lo que te conté... Cuando vengas a casa tendremos todo el tiempo del mundo para ponernos al día.

—Claro... Te diría de acercarte en moto, pero está diluviando... —comentó, mirando a través de la ventana cómo llovía.

—Tu amigo me está esperando abajo para llevarme al aeropuerto —le comunicó mientras se levantaba del sofá.

—¿En serio? —soltó asombrada mientras cogía la chaqueta y su bolso—. Os acompaño —añadió mientras abría la puerta de su casa para salir juntos.

Nada más abrir, lo vio apoyado en la pared. Su mirada la evaluaba, esperando su reacción, que no tardó en llegar cuando Eva le sonrió ampliamente mientras le guiñaba un ojo. Owen sonrió dichoso; le había devuelto la sonrisa a esa mujer que lo llenaba todo con su presencia.

—Espero verte en la boda, Owen —dijo Tomás a punto de pasar el control de seguridad y embarcar.

—Si tu hermana quiere, ahí estaré —aceptó éste mientras le estrechaba la mano.

—Gracias por buscarme y por hablar conmigo. Te debo mucho —confesó—. Cuídate, hermanita, y nos vemos el mes que viene.

—Sí, cuenta con ello. Dale un abrazo a Lucas de mi parte y un beso a Greta —le dijo mientras se abrazaban con afecto—. Anda, vete, que vas a perder el avión.

Tomás se separó de ellos, les sonrió y se fue hacia la puerta de acceso de pasajeros.

—Gracias —susurró Eva mirándolo de reojo.

—Ha sido un placer —respondió Owen con una sonrisa, feliz de verla bien.

—Pero no te hagas ahora el chulito, ¿eh? —soltó en broma mientras deshacían el camino hasta el coche de Owen.

—Deja que disfrute un poco de mi momento, Eva —replicó aguantándose la risa—. Que una mujer como tú me agradezca algo, es casi épico —añadió rompiendo a reír y contagiando su buen humor a Eva.

—Jamás han hecho algo tan bonito por mí... —murmuró ella con seriedad, clavando su mirada en el suelo brillantado mientras salían a la calle.

Owen la cogió de la mano mientras se detenían en la acera; fuera llovía, pero ellos se encontraban justo debajo del techado del aeropuerto, mezclándose con las personas que iban y venían, entre prisas, risas y lágrimas, sin percatarse de la presencia de ellos dos. Deslizó la otra mano por su

mejilla mientras se ponía todavía más cerca de ella, mirándola fijamente, diciéndole con ese gesto todo lo que no podía o no sabía verbalizar. Se acercó en un preciso movimiento y posó sus labios en la boca entreabierta de Eva, que lo recibió con desesperación, entrelazando sus manos en su nuca y amoldándose a su increíble cuerpo. «Haría cualquier cosa por ti, Eva...», pensó Owen, sintiendo que aquello no tenía retorno y que lo mejor era dejarse llevar a ver dónde lo arrastraba.

—Vamos —susurró Eva entre beso y beso—, tenemos que mirar casas por Internet para aprovechar mañana el día.

Y esa frase hizo que Owen sonriera con dicha mientras se adentraban en la lluvia corriendo, entre risas y bromas, manteniendo sus manos entrelazadas. Al entrar en el coche, jadeantes por la carrera y empapados, Eva lo miró sin que desapareciera su sonrisa y sintió algo en su interior, como un chasquido o un *flash*, no supo qué fue, pero sí fue consciente de la necesidad imperiosa de besarlo, de secarle con sus labios cada gota de lluvia que había tenido el atrevimiento de posarse en la boca de ese hombre. Owen la estrechó contra su cuerpo al sentir aquella pasión repentina de ella, cogiéndole la cara con ambas manos, saboreando ese instante tan perfecto como pasional. Apoyó la frente en la suya, sintiendo la respiración agitada de Eva, su urgencia, y sonrió de esa manera canalla y seductora que le salía innata y que hacía que cualquier mujer suspirase sin poder evitarlo. Owen tenía ese efecto en todas ellas, incluso en Eva, aunque ésta intentase disimularlo.

—Espera a que lleguemos a tu casa —susurró dándole un beso de esos que la excitaban como jamás pensó que le ocurriría, en el que había mucha más lengua y dientes, con el que le gritaba que él también la deseaba igual que ella.

Eva sonrió mientras se mordía el labio inferior y veía cómo Owen arrancaba el motor y salía disparado por las calles de Chicago en dirección a su pequeño apartamento. Éste apoyó su mano derecha sobre su rodilla, en una caricia tan íntima y cómplice que a Eva la llenó por dentro. «¿Cómo he pasado de aborrecerlo a desearlo con todas mis fuerzas? —se dijo mientras lo veía conducir—. ¡Qué guapo que es el condenado! Y lo peor es que lo sabe, pero, ¡qué narices!, voy a disfrutar el momento y cuando termine... pues habrá terminado, pero la alegría al cuerpo no me la quita nadie», se dijo sintiendo cómo sonreía dichosa de haber dado con la solución perfecta a esa atípica relación que tenían.

Cerraron la puerta del pequeño apartamento de Eva y las palabras sobraron, ya que la piel y el deseo irrefrenable de sentirse lo llenaban todo. Se arrancaron la ropa sin contemplaciones, mientras lamían y mordían la carne descubierta, como si ansiaran dejar su marca en el otro, para sentirse más, para rozar la delgada línea del placer y el dolor. Los jadeos, las risas y las miradas de anhelo hicieron que llegasen a trompicones a la cama, donde Eva empujó a Owen sobre ésta para ponerse encima. Comenzó a besar cada centímetro de su formidable torso, memorizando su sabor, su textura y cada músculo que reflejaba lo en forma que estaba ese hombre. Le quitó el pantalón y el calzoncillo bajo una mirada hambrienta que a Owen lo excitó todavía más y, sin mediar palabra, pero manteniendo la mirada, lo devoró con glotonería, arrancándole gemidos guturales a Owen, que no conseguía apartar la mirada de cada movimiento de ella, como si verla disfrutar, verla tan entregada, lo enloqueciera todavía más que el hecho de que sus maravillosos labios le estuvieran realizando la mejor felación de la historia.

—Joder, Eva... —logró decir, haciendo que ésta le sonriera con picardía.

Se levantó pizpereta y abrió un cajón de la mesilla de noche, para sacar del fondo de éste un preservativo que le mostró como un trofeo haciéndolo sonreír y, sobre todo, no perderse ninguno de los movimientos de esa mujer sin ninguna pieza de ropa y con toda esa seguridad que la caracterizaba. ¡Eva era grandiosa en tantos aspectos! Volvió a la cama y rasgó el envoltorio sin dejar de mirarlo, con ese deseo que refulgía de sus pupilas, con ese anhelo que lo hechizaba. Con cuidado, comenzó a colocarle el condón, haciendo que Owen se tuviera que morder el labio inferior, frenando su cuerpo, que lo llevaba hasta ella de una manera demencial, pero sabía que la parte dominadora de ella lo ansiaba así: quieto y expectante. ¿Qué le pasaba con esa mujer? Todo lo que hacía o decía lo arrastraba más a ella, como si de una droga se tratara, imposible de evitar. Eva comenzó a aproximarse a él, mientras se acariciaba el clítoris con una de las manos para, con la otra, llevar su erección a su

interior. Comenzó a bajar lentamente, volviéndolo loco por la expectación; él ansiaba sentirla de golpe, notar cómo se hundía en lo más profundo de su ser, sentir cómo su sexo envolvía al suyo, anhelaba sentirla todavía más. La cogió de los glúteos para poder hundirme más y acabar con esa tortura, pero Eva le apartó las manos mientras negaba con la cabeza, divertida.

—Pórtate bien, Owen; si no, te tendré que atar —susurró cogiéndole las manos para llevárselas detrás de su cabeza.

Su pene se endureció más, haciendo que Eva sonriera divertida mientras observaba cómo Owen intentaba succionarle los pezones con ansia. Comenzó a moverse lentamente sin dejar de sujetarle las manos, aunque consciente de que, si él quisiera, podría zafarse sin problemas de su agarre, pero esa dominación que de vez en cuando salía de ella era algo nuevo para él y le encantaba. Los gemidos de ella comenzaron a acelerarse a medida que sus movimientos también lo hicieron; la miró embelesado, tan fuerte y única, tan sexy y seductora, tan... Eva. Tuvo que contenerse, pues su cuerpo le pedía a gritos vaciarse debido a esos sensuales movimientos de ella, para aliviar aquella tensión que crecía a medida que ésta gemía y se mecía encima de él. La vio echarse hacia atrás, liberando sus manos, observando cómo ella se dejaba ir entre jadeos entrecortados y vaivenes frenéticos; una mano de ella le comenzó a acariciar los testículos, haciendo que, sin esperarlo todavía, alcanzara un orgasmo tan atronador que hasta tuvo que cerrar los ojos. Eva cayó sobre él, exhausta, mientras Owen la miraba con adoración y le acariciaba la espalda.

—Hace unos días recibí una oferta... —susurró Owen en voz baja, haciendo que Eva lo mirase con atención—. Querían que formara parte del equipo técnico de los Chicago Bears, el equipo de fútbol donde empecé a jugar...

—¿Y qué les contestaste? —preguntó ella apoyando su codo en la almohada para poder sujetarse la cabeza con la mano y no perderse ninguno de los gestos de él.

—Nada... —replicó mientras fruncía el ceño ligeramente, haciendo que Eva asintiera con la cabeza, sabiendo por qué no lo había aceptado nada más ofertárselo—, pero mañana voy a decirles que sí.

—Vas a lograr grandes cosas, Owen, ¡ya lo verás! —comentó Eva, dándole luego un apasionado beso en los labios.

Él la miró con una sonrisa; ansiaba decirle tantas cosas, pero no sabía por

dónde empezar... Era ella la que había hecho que él se desprendiera de sus temores y quisiera volver a ese deporte, para ayudar a otros jugadores, aportando sus conocimientos y su experiencia. Era Eva la causante de que él quisiera dar ese paso, ése y todos los que tuviera en mente, porque sabía que ella estaría a su lado, dándole ánimos, creyendo en él... Le daba igual que los medios de comunicación lo avasallaran negativamente si ella seguía creyendo en él. Jamás una frase lo había cambiado tanto como ésa; lo había llenado de fuerza y confianza, despojándolo de una vez de ese rol de negatividad y victimismo del que llevaba viviendo más de un año. Eva lo hacía ser mejor y no sabía cómo decírselo para que no se alejara de él... Sintió cómo se movía para que él se desprendiera del preservativo. Lo cogió y lo anudó, para volver a tumbarse a su lado y colocarse debajo del edredón con ella desnuda. Nunca había hecho planes con ninguna mujer; en cambio, con Eva deseaba hacerlos a cada segundo. Le acarició la mejilla sin dejar de mirarla; estaba ya parcialmente dormida, en apariencia tan indefensa, pero a la vez capaz de cualquier cosa, como de volver loco de amor a un hombre que pensaba que jamás se enamoraría. Un dulce ronroneo le hizo sonreír y retroceder varias semanas, cuando tuvo que traerla hasta allí, borracha y dulce, anhelando cariño con desesperación. La estrechó con sus brazos mientras la besaba en la cabeza, deseando que ella también sintiera lo mismo por él. Poco a poco se quedó dormido, encontrándose tan bien consigo mismo, tan feliz, que nada ni nadie podría derribarlo.

Finalizó la llamada y se quedó unos segundos observando el horizonte de Chicago desde la ventana de su despacho. Lo había conseguido y lo único que deseaba era bajar al piso inferior para contárselo a Eva, que lo miraría con orgullo. ¡Sólo podía pensar en verla! Salió mientras se colocaba la americana, bajó por la escalera y después entró en la oficina de Eva.

—Buenos días, Owen —lo saludó Brigitte en cuanto lo tuvo delante.

—Buenos días —contestó con una sonrisa arrebatadora—. ¿Sabes si Eva está en su despacho?

—Sí. ¿Quieres que le pregunte si puede recibirte? —preguntó mientras señalaba el teléfono.

—No, quiero que sea una sorpresa —comentó mientras le guiñaba un ojo

—. Dime dónde es y te dejo trabajar tranquila.

—La segunda puerta a la derecha.

—Gracias.

Owen se dirigió hasta donde le había señalado Brigitte y abrió la puerta sin llamar, algo que acostumbraba a hacer ella. Al ver la cara de sorpresa y el rubor de sus mejillas al tenerlo allí, le hizo sonreír. Ahora entendía por qué no llamaba cuando ella iba a su despacho, así podía ser testigo de su reacción.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber hablando en susurros mientras se levantaba de la silla; él se acercó a ella.

Falda estilo lápiz negra, camisa blanca, zapatos de salón, su melena suelta y aquel tono de labios que había tenido que retocarse esa mañana antes de ver cómo bajaba del ascensor antes que él. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme por no cogerla y empotrarla contra la pared mientras le arrancaba, uno a uno, cada botón de esa camisa que se ceñía a su pecho, algo que había ansiado hacer nada más verla aparecer por el salón con esa ropa.

—He venido a darte una buena noticia —dijo acercándola a su cuerpo.

—Ah, ¿sí? —susurró dejándose abrazar.

—Esta semana firmaré el contrato para ser el segundo entrenador del Chicago Bears —anunció con una fantástica sonrisa.

—¡Eso es estupendo! Cuánto me alegro por ti, Owen —exclamó entusiasmada, dándole luego un beso en los labios—. Lo vas a hacer genial, lo sé.

—Eso espero —murmuró mientras hacía una mueca de terror que hizo reír a carcajadas a Eva—. Bueno, te dejo trabajar, porque, si permanezco un poco más aquí, tu ropa corre peligro —añadió con seriedad, volviendo a hacerla reír—. Voy a decírselo a mis amigos antes de que trascienda a la prensa.

—Owen —lo llamó antes de que saliera por la puerta—, este gesto, esta felicidad, es la que debería estar siempre en tu rostro —dijo mientras le daba un último beso en los labios que a él le supo tan maravilloso que no supo muy bien cómo pudo subir a la última planta. Tenía que reconocerlo, era adicto a Eva.

Se sentó en su mesa esbozando esa sonrisa que era incapaz de detener. Su vida había cambiado, ella lo había cambiado, y no sabía cómo gestionar tanta dicha. Llamó a Judith para que avisara a sus tres amigos porque quería hablar con ellos. Al poco entraron, hablando entre ellos, haciéndose bromas y metiéndose unos con otros.

—¿Dónde está el incendio? —preguntó Brian, jocosamente.

—¡En sus pelotas! —intervino Clive siguiéndole el juego, para reír escandalosamente de su propia broma un segundo después.

—Cuando los niños se calmen, empieza a hablar —comentó Jack, sentándose en una de las sillas, esperando la reacción de éstos, que no tardó en llegar.

—Ya ha hablado el señor serio con bigote —bufó Clive desabrochándose uno de los botones de la americana para sentarse en la silla contigua a éste.

—¿Desde cuándo llevo bigote? —preguntó Jack, señalando su rostro libre de vello.

—Desde que eres un aburrido. ¿Qué, al final, vuelves o no vuelves? Porque esta incertidumbre no te está sentando nada bien —intervino Clive mientras negaba con la cabeza.

—Es normal que quiera pensarlo detenidamente, hay un niño en medio —indicó Brian cogiendo una silla para sentarse al lado de sus amigos.

—Tú cállate, que, desde que te follas a la secretaria de abajo, no hay quien te vea el pelo —protestó Clive mientras negaba con la cabeza, intentando que éste se sintiera culpable de dejarlo en la estaca más veces de las que le gustaría.

—Además de follármela, hablo con ella, Clive, algo que te recomiendo que hagas con alguno de tus ligues —replicó Brian con tranquilidad.

—Hablar con una mujer, ¿para qué? Prefiero mil veces oírla gemir que oír cuántas veces va a hacerse la manicura —bufó con desdén, desaprobando aquel comentario.

—Bueno, chicos, me encanta ver cómo os tiráis pullitas, pero quería contaros una cosa importante, por eso os he hecho venir hasta aquí —cortó Owen, viendo que ninguno de ellos tenía la intención de guardar silencio para que él comenzara a hablar—. Aunque me encanta estar aquí trabajando con vosotros, veros todas las mañanas y oír cómo os insultáis, os tengo que decir que acabo de aceptar ser el segundo entrenador de los Chicagos Bears —añadió con seriedad, observando con detenimiento la reacción de sus amigos.

—Joder, tío, creo que estoy peor de lo mío... —bufó Clive, inquieto—. Me ha parecido oír que Owen va a dedicarse de nuevo al fútbol —resumió mientras negaba con la cabeza, incrédulo.

—Es lo que acabo de decir —siseó Owen, esperando cualquier barbaridad a partir de ese momento. Sus amigos eran así: no tenían filtro, ni siquiera

sabían que eso existiera.

—¿Lo estás diciendo de verdad? —quiso saber Jack, asombrado de su cambio de parecer.

—Sí. Esta semana firmaré el contrato y supongo que no tardarán en hacerlo oficial...

—¿Debo pensar que cierta española con una sonrisa deslumbrante y un carácter arrebatador tiene algo que ver en eso? —preguntó Brian.

—Sí —admitió Owen con una amplia sonrisa. No podía evitarlo, era acordarse de ella y sonreír.

—Joder, ¡qué máquina eres! —soltó Clive dándole una fuerte palmada a Jack, a quien poco le faltó para caerse de la silla—. Al final, quien te tendría que dar los cien dólares es Owen y no nosotros —soltó entre risas.

—Y, eso, ¿por qué? —planteó éste con curiosidad.

—Porque fue él quien le consiguió el trabajo a Eva —explicó Clive con una sonrisa.

A Owen se le cambió el semblante; la sonrisa que tenía se disipó al descubrir la verdad. Buscó con la mirada a su amigo, que agachó la suya; sin duda no se trataba de una broma.

—¿Por qué lo hiciste? —quiso saber Owen mientras apretaba los puños con impotencia.

—Porque necesitabais un empujón para daros cuenta de que os gustabais, y yo conocía a Josephine...

—Di la verdad, ¡joder! Se la folló, Owen, por eso la conoce tan, pero que tan, bien —apuntilló Clive.

—Fue sólo una noche —comentó Jack mientras miraba a Clive—. Le hablé de Eva, de los estudios que tenía y de la poca suerte que estaba teniendo en Chicago. Me dijo que le concedería una entrevista, pero que eso no significaba que el trabajo fuera suyo. Al fin y al cabo, Eva se ganó el puesto por méritos propios. Yo sólo la ayudé a conseguir la entrevista inicial...

—Pues te lo agradezco mucho, Jack, aunque espero que ella jamás se entere... No sé cómo se lo tomaría. Eva es... explosiva —dijo hallando un adjetivo que pudiera describir el carácter contradictorio que tenía.

—Entonces, ¿podemos decir que has caído? —preguntó Brian con una sonrisa divertida, dándole a entender a qué se refería.

—Como un tonto —contestó entre risas.

—Puaj —soltó Clive malhumorado—. Vais a dar asco los dos, hablando de

vuestras chicas... Menos mal que aún no es tarde para que Jack mande a paseo a su ex y vuelva al redil con todos los honores.

—Ya está todo hablado y he tomado una decisión, chicos —anunció con seriedad—. Podéis dejar de enviarme mensajes subliminales para que me decante por la soltería, porque tengo claro que no voy a volver con ella. Sé que es lo mejor para todos. No soy feliz con Sherlyn, eso lo tengo claro. Lo he intentado un par de veces que hemos quedado sin Ryan, para ver si podíamos reflotar lo nuestro, pero no... No estoy cómodo con ella; pienso en lo que me hizo, por todo lo que pasé, y se me quitan las ganas. Tampoco quiero hacer pasar a mi hijo por algo que sé que no va a funcionar; no quiero que se cree unas expectativas que no voy a poder cumplir. Ya no la quiero, ésa es la verdad.

—¡Joder, esto sí que hay que celebrarlo! —exclamó Clive—. Menos mal que uno de vosotros tres tiene dos dedos de frente y ha dicho no al amor.

—Le he dicho no a ella, Clive, no al amor.

—Bah... Menudos amigos que me he echado. Hemos sido los hombres más ligones de Chicago. Las tías se nos tiraban a los brazos cada vez que íbamos a un local... y ahora me decís, cada uno de vosotros, ¿qué preferís cambiar eso para tener a una sola mujer para vosotros?

—Clive, te entiendo, a mí me pasaba lo mismo, pero todo depende de qué mujer sea —confesó Owen con determinación—. Lo malo es que ella aún no lo sabe...

—¿No sabe que estás enchochado? —planteó Clive, haciendo que Owen negase con la cabeza.

—No. Y lo peor de todo es que no sé cómo reaccionará cuando llegue el momento en que se lo tenga que decir.

Cogió la revista que le tendió el quiosquero y se dirigió hasta su oficina mientras lo hojeaba. En la portada salía Owen, tan guapo, tan varonil, tan moreno y con esa sonrisa que la hacía sonreír como una quinceañera. Se subió al ascensor mientras leía un poco entre líneas lo que decía en la entrevista que le habían realizado con motivo de las dos semanas que llevaba como segundo entrenador y coordinador ofensivo —según le explicó éste, era un papel muy importante en el equipo técnico, ya que debía trabajar con los jugadores las mejores maneras de atacar al rival— y la proximidad de su primer partido detrás de la zona de acción. Lo cierto era que, en esos catorce días, a Owen se le veía más sonriente, más decidido, más bromista y más seguro de sus capacidades, como tan bien reflejaba en aquella entrevista. Se sentía orgullosa de él. Había podido desprenderse del temor de no ser suficientemente bueno desempeñando otra tarea que no fuera ser el formidable *quarterback* que había sido antes del percance y se había centrado precisamente en aprender todo lo necesario para ser el mejor entrenador.

Pero esos días que habían transcurrido casi en un abrir y cerrar de ojos habían dado para mucho más. Habían encontrado la vivienda perfecta para Owen, una preciosa edificación de dos plantas, con fachada de cara vista en tonos teja y con unas espectaculares panorámicas al parque Lincoln. La propiedad era individual, uno de los requisitos de Owen, y aunque tenía vecinos, estaban separados por un maravilloso jardín. Lo que más disfrutó Eva de aquella visita —la quinta de esa semana, en la que todas las tardes, después de trabajar, se iban juntos a buscar casa— fue verlo sonreír a medida que iban pasando por las estancias, reafirmando con su semblante que era ésa la elegida. En el segundo piso, justo en el dormitorio principal, Owen la estrechó contra sí y le susurró «Ya he encontrado mi hogar», mientras hundía su nariz en su cuello y la besaba con tanta ternura en aquella parte de su cuerpo que tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas por no empujarlo sobre aquella cama y besarlo con fervor mientras le arrancaba la ropa a mordiscos.

Después de aquel día, habían cambiado la rutina de buscar casa por la de comprar muebles y todo lo necesario para crear el hogar que tanto deseaba Owen, todo ello compaginándolo con su nuevo trabajo, que lo absorbía pero que le hacía sentir irremediamente útil y, a Eva, feliz de verlo tan... ¿distinto? No sabía muy bien qué había ocurrido, pero Owen había pasado de ser insufrible, un ser déspota carente de sentimientos, a un hombre simpático, bromista, divertido y tan fogoso que no le daba tregua ni un solo día, algo con lo que ella estaba más que encantada. Prácticamente dormían juntos todas las noches, pues, después de encargarse de todo lo necesario para amueblar y decorar su hogar, se iban directamente al apartamento de Eva, donde ella le enseñaba a cocinar, entre risas, roces, besos y trucos para que a éste le quedase bien la comida preparada. Después de cenar, hablaban de todo lo que debían hacer el día siguiente, fregaban los cacharros e intentaban ver la televisión, tarea imposible, ya que Owen comenzaba a besarla y a acariciarla de una manera tan enloquecedora que, al final, acababan jadeantes y sudorosos tanto en el sofá como en cualquier parte de ese reducido piso. A todo esto había que sumarle el hecho de que Eva se estaba preparando psicológicamente para afrontar un pasado que no le apetecía revivir, ya que las semanas volaban tanto para lo bueno como para lo malo, y la boda de su hermano, cada día transcurrido, estaba más próxima y su ansiedad crecía a una velocidad alarmante.

El ascensor la avisó de que había llegado a la planta seleccionada y salió de éste para entrar en su oficina; al ver los ojos llorosos de Brigitte, se detuvo de golpe antes de saludarla.

—¿Qué te pasa? —preguntó Eva, preocupada.

—Nada... —sollozó, sonándose después los mocos con tanta fuerza que la hizo sonreír al imaginarse que se encontraba delante de un elefante en vez de frente a una dulce muchacha.

—Pues, para no pasarte nada, llevas los ojos que parecen dos tomates... ¿Es Brian? —tanteó; le empezaban a caer muy bien los amigos de Owen, pero se temía que ninguno de ellos sabía qué significaban las palabras «compromiso» o «novia»...

Oír aquel nombre hizo que aumentaran las lágrimas y los sollozos, dándole la respuesta a su pregunta sin pronunciar palabra. Miró la hora en su reloj; había llegado pronto, algo que acostumbraba a hacer, ya que esos días en los que Owen se quedaba en su casa, al día siguiente él la acercaba en coche al

trabajo; según él, porque le venía de camino, aunque ella temía que era para que no pasara tanto frío encima de la moto, algo que agradecía. Por tanto, todavía con el bolso en el hombro, el abrigo puesto y la revista en la mano, subió los escalones que separaban su pequeña oficina de la de Owen Baker. Entró y Judith, la recepcionista, no supo dónde mirar para no enfrentarse a ella, puesto que no entendía su presencia allí, pues en su opinión ya no pintaba nada...

—¿Está Brian? —preguntó Eva al verla esforzarse en sonreír; ambas sabían que se caían mal; era absurdo disimular algo que no había cuajado desde un principio.

—Sí, está en su despacho, pero...

—Sí, seguro que me dices que ahora no puede recibirme, pero, ¡chica!, tengo prisa y necesito hablar con él, por tanto... o me dices dónde está su despacho o los abro todos, de uno en uno —añadió con seguridad.

—Es la primera puerta —señaló de malas maneras, provocando que Eva le hiciera una mueca parecida a una sonrisa y enfilara por el pasillo que le había indicado.

Llamó a la puerta y esperó a que éste le diera paso, tampoco era cuestión de ver algo que no deseaba. Al poco oyó que le decían «adelante» y entró. Al descubrirla allí se quedó extrañado y se levantó de su silla. Llevaba las mangas de su camisa azul arremangadas y el cabello alborotado, pues sus rizos campaban a su aire; parecía que lo había cogido trabajando en algo importante.

—Perdona que te moleste, Brian —comenzó a decir Eva mientras se acercaba a él.

—No te preocupes. Dime, ¿te ocurre algo? —preguntó, intentando adecentar su cabello rebelde.

—No a mí.

—¿A Owen?

—¿Eh? No, ¡no! —reiteró, a la vez que se sentaba en la silla que éste le señalaba—. ¿Qué ha pasado con Brigitte?

Brian se sentó aflojándose la corbata y resoplando, tratando de encontrar las palabras justas para explicarle lo que había ocurrido entre ellos.

—Es una buena chica y me lo he pasado genial con ella, pero...

—Te has cansado —soltó completando ella la frase.

—Ella está enamorada de mí y, Eva, yo... no —comentó con seriedad.

—Y, si sabías que esto podía ocurrir, ¿por qué no lo hablaste antes con ella? ¡Es una cría! —exclamó, pues, en comparación con ellos, Brigitte era unos años menor.

—Ella sabía dónde se metía, Eva. Jamás he engañado a nadie y le dejé muy claro, desde un principio, que lo nuestro no era serio.

—Lo sé, pero ¡joder, Brian! Trabaja abajo, es mi compañera y me destroza el corazón verla llorar por algo que sabía que iba a ocurrir.

—No ha sido mi intención hacerle daño. Es más, por eso he cortado de raíz con ella, porque no quiero que se encariñe todavía más conmigo cuando yo sólo puedo verla como a una amiga con muchos derechos...

—Y ya está, ¿no? ¡Con qué facilidad os desprendéis de las mujeres! Creo que tú y tus amiguitos pensáis que somos meros objetos para satisfaceros... ¡Los *macho men* de Chicago! —vociferó con ironía. No sabía si estaba volcando en él los temores que la asaltaban de vez en cuando con Owen o realmente lo estaba haciendo por la cándida Brigitte...

—No, Eva... ¡no es así! Te puedo asegurar que ninguno de nosotros *cuatro* hacemos nada de eso. No nos gusta engañar o mentir a una mujer para llevárnosla a la cama —afirmó con rotundidad—. No ha sido mi intención hacerle daño a Brigitte. Me gustaba, más de lo que acostumbran a gustarme las mujeres, y por eso comencé a verla más a menudo. No la dejé después del primer polvo, algo que solemos hacer para que no se complique más la cosa, sino que quise conocerla porque me hacía reír, nos divertíamos juntos... Pero no conseguí enamorarme de ella. ¡Eso no se puede forzar! Y ella lo está de mí, me lo confesó anoche... ¡No sabía cómo reaccionar, Eva! Brigitte me estaba abriendo su corazón y yo, ¡maldita sea!, no la quiero. ¿Qué hago, Eva? ¿Continuar con ella para que se haga más ilusiones, cuando tengo claro que no estoy enamorado?

—No, la verdad es que en eso te tengo que dar la razón; es mejor cortar las cosas de raíz antes de que se compliquen todavía más... —bufó sin saber qué decir. Había creído que Brian había jugado con ella; en cambio, le estaba confesando que no se había enamorado y que había cortado en cuando ella le abrió sus sentimientos, y se notaba que estaba siendo sincero.

—Anoche intenté no hacerle daño, que se diese cuenta de que era maravillosa, pero no podía forzar algo que no sentía y ella... Bueno, se echó a llorar y no pude, ni supe, consolarla.

—Es algo normal, Brian. Está enamorada de ti, pero tú no de ella...

—No quería que ocurriera esto...

—Lo sé... —susurró al ver la sinceridad en sus ojos—. Gracias por atenderme. Ahora hablaré con ella para consolarla y hacerle ver que era lo mejor para los dos —dijo mientras se levantaba de la silla; sabía que no podía culparlo de no sentir lo mismo que Brigitte por él.

—¿Sabes guardar un secreto? —preguntó de repente, enarcando una ceja en esa actitud de chico bueno y serio que seguramente habría enamorado a Brigitte.

—Lo puedo intentar, pero ¡no te prometo nada! —respondió, haciéndolo reír.

—Seguro que no lo haces tan mal. Owen me dijo que no sabías mentir, pero esto sólo sería omitir información.

—Venga, suéltalo ya, que me tienes en un sinvivir —contestó mientras se volvía a sentar.

—Acabo de recibir una propuesta laboral que me está haciendo replanteármelo todo. Ahora mismo estaba releyéndola, cuando has entrado...

—¿Qué me dices? —soltó sorprendida.

—La verdad es que me ha asombrado, ya que ni siquiera estaba buscando cambiar de trabajo, pero tenemos amigos en común y me han recomendado para un cargo... No ha sido premeditado, quiero que quede claro; me gusta trabajar con mis amigos y para Owen..., pero me han ofrecido llevar un bufete muy importante de abogados, en el que podré desempeñar mi vocación. Entiéndeme, aquí llevo el papeleo de los contratos que hacen y poco más. Soy el único que no tiene ni idea de arquitectura, ni de diseño, ni de domótica... A mí me gustan las leyes, litigar para que mis clientes ganen los juicios, y llevo tanto tiempo sin sentir esa adrenalina que ya ni recuerdo cómo era...

—Díselo a tus amigos, tal como me lo has contado a mí. Seguro que se alegrarán por ti; al fin y al cabo, pasamos muchas horas en el trabajo y hay que intentar pasarlas lo mejor posible, y qué mejor que hacerlo trabajando en algo que de verdad te guste —añadió con una sonrisa.

—¿Sabes? Echaré de menos meterme con Clive o ver cómo Jack se escandaliza por sus expresiones salidas de tono —comentó con una sonrisa.

—Que te marches de aquí no significa que no los vayas a volver a ver. Son tus amigos; si no, fíjate en Owen... —dijo mostrándole la revista donde su amigo sonreía a cámara.

—Tienes razón, Eva. Tengo que perseguir mis sueños y no quedarme quieto

esperando a amoldarme a la situación que estoy viviendo... Gracias por escucharme y por darme el pequeño empujón que necesitaba. Owen tiene suerte de tenerte en su vida.

—Eh... bueno... —titubeó al no saber qué contestar a eso—. Ya me contarás qué te dicen los gamberros de tus amigos. —Cambió de tema mientras se levantaba de la silla—. Nos vemos.

—Hasta luego, Eva —se despidió Brian, sintiendo esa ilusión, que creía perdida, resurgir de nuevo en él.

Eva bajó la escalera pensando en las palabras de Brian, en esa ilusión por empezar de cero, y supo que haría bien en marcharse de allí; lo único que no sabía era si a sus amigos les haría gracia que éste abandonase su puesto de trabajo...

Salió de su despacho después de terminar su jornada y vio a Owen, que hablaba entre susurros con Brigitte, que lo miraba embelesada, como si fuera el ser más maravilloso del mundo entero, algo que él estaba acostumbrado a provocar. Se giró y le sonrió de esa manera suya, chulesca pero muy sexy, que le provocó tener que apretar los muslos para que no se notara la reacción que tenía su cuerpo ante él.

—Hola —susurró con voz ronca, mirándola de arriba abajo mientras Eva intentaba disimular que éste no se la estaba comiendo con la mirada, saludándolo con una sonrisa.

—¿Estás mejor, Brigitte? —preguntó Eva a su compañera, que los miraba casi sin pestañear. Había estado hablando con ella largo y tendido y, aunque ésta no podía parar de llorar al pensar que lo suyo con Brian había terminado, sabía que él no la había engañado en ningún momento, algo que en cierto modo alivió a Eva.

—Sí, esto se arregla viendo una película en la que el protagonista masculino muere, delante de un bol de helado de chocolate —comentó Brigitte mucho más serena.

—El chocolate es el gran quitapenas. —Eva le guiñó un ojo a su compañera—. Nos vemos el lunes —se despidió saliendo de la oficina.

—¡Tengo una sorpresa para ti! —anunció Owen, estrechándola contra él y dándole un beso de esos que la dejaban temblando de la cabeza a los pies.

—¿Y eso? —preguntó mientras entraban en el ascensor, sin parar de besarse y tocarse.

No obtuvo respuesta, ya que Owen le enmarcó la cara y la besó sin importarle que en el ascensor se encontrara Judith, a la cual ni siquiera había visto, aunque Eva sí sintió que clavaba su mirada afilada en ellos. «Lo siento, bonita, pero “la señora” se ha llevado a tu jefecito», pensó entre beso y beso.

Salieron del elevador en el parking, entre risas y besos, ya que Owen no la dejaba casi ni respirar; incluso parecía más ansioso que ella por mostrarle su sorpresa. Se metieron en el coche y Owen condujo a la vez que la miraba de reojo, haciendo que ella riese a carcajadas: parecía un niño pequeño en la víspera de Navidad. Al rato detuvo el coche delante de su nueva casa, le sonrió y salió.

—¿Te han traído algún mueble nuevo? —preguntó Eva intentando averiguar cuál era la sorpresa.

Owen la cogió de la mano, algo que acostumbraba a hacer y que a ella le encantaba, aunque jamás lo confesaría. No quería que éste pensara que estaba locamente enamorada de él, algo que por supuestísimo no estaba, ¿o sí?

—Cierra los ojos —le pidió con esa sonrisa que podría eclipsar cualquier sol que se le pusiera delante, dejando sus divagaciones para otro momento.

Eva se mordió el labio inferior y él se lo aflojó con el dedo para después darle un dulce beso.

—Confía en mí —susurró mientras le tapaba los ojos con sus manos y comenzaba a dirigirla hacia el interior de la casa.

Lo primero que sintió fue la diferencia de temperatura; en la calle hacía frío y dentro, un calor tenue la reconfortó de golpe, relajándola. Sintió cómo Owen, haciendo malabares, ya que con una mano seguía tapándole los ojos, le quitó el abrigo para que no tuviera calor. Con miedo de trastabillarse, algo que solía ocurrirle y más si alguien la privaba de uno de sus sentidos, siguió avanzando. Al poco, notó cómo él la giraba y se agachaba para hablarle muy cerca del oído, algo que la erizó por completo y la mantuvo expectante, casi sin respirar.

—Ahora te voy a quitar las manos de los ojos poco a poco —avisó Owen, dándole un beso en el cuello antes de hacer lo que le había dicho.

Tuvo que parpadear un par de veces para contemplar el gran cambio que había experimentado la casa de Owen; había pasado de ser una edificación con paredes y suelo de madera oscura a un auténtico hogar. Contempló con una

sonrisa todos los muebles que habían elegido juntos perfectamente colocados, las cortinas ya colgando sobre las ventanas, las lámparas creando un ambiente íntimo y relajante, los sofás delante de una enorme televisión de última generación, una preciosa alfombra a los pies y, sobre ésta, una mesita auxiliar. Todo era moderno, con colores neutros pero fuertes, ya que el gris y el negro contrarrestaban con el blanco y el beige; todo casaba de una manera tan única que era sorprendente cómo todo, en su conjunto, creaba lo que él siempre había querido.

—¿Qué te parece? —preguntó al ver que ella no decía nada, observando con detalle a su alrededor.

—Me encanta —contestó mirándolo al fin y mostrándole una franca sonrisa.

—¡Vamos a brindar! —exclamó con entusiasmo, y le dio media vuelta para que viera los cambios sutiles en la moderna cocina que los enamoró nada más ver esa casa, donde una amplia isla con cuatro taburetes altos resaltaba, con sus colores blanco y gris, creando el lugar perfecto para cocinar.

Eva se sentó en uno de los taburetes y observó cómo Owen sacaba de una pequeña nevera especial para vinos un Rioja que la hizo sonreír, ya que la primera vez que lo tomaron juntos acabó en el mantel de Catherine y en su vestido. Dejó la botella sobre la encimera y cogió de uno de los muebles un par de copas, para luego acercarse, sin abandonar su rostro aquella sonrisa que la llevaba por el camino de la perdición. Eva reprimió un suspiro; aquella escena era tan idílica, los dos hablando en una maravillosa cocina, dentro de una magnífica casa, con un hombre tan increíblemente guapo cómo inteligente y divertido. «¿Dónde está el fallo?», pensó, sabiendo que su vida amorosa siempre escondía alguna tara que lo hacía resquebrajar todo a su paso.

—¡Por tu nueva casa! —dijo Eva en cuanto tuvo la copa en la mano, con el vino que había volcado con seguridad Owen.

—¡Por nosotros! —rectificó éste, haciendo que ella agachara la mirada hasta la encimera gris, ya que ese «nosotros» no podría ser tal y como a ella le hubiese gustado... «Pero, ¿qué leches piensas, Eva? Céntrate en el ahora y deja el futuro ahí, lejano. Qué más da que Owen se canse de ti dentro de poco...», se recriminó, sintiendo que aquella posibilidad comenzaba a afectarle más de lo que a ella le gustaría.

—Mañana es el gran partido —le informó sentándose a su lado y dejando la copa sobre la isla.

—Seguro que tus chicos lo harán genial.

—Va a ser raro ir y no entrar en el campo a jugar —añadió nostálgico mientras cogía la copa para pegarle luego un pequeño sorbo.

Ésa era la primera vez que su equipo iba a jugar un partido desde que él formaba parte del equipo técnico, ya que la anterior semana tuvieron descanso y no compitieron.

—Pero puedes jugar de otra manera. Tú tienes mucha experiencia y puedes hacer que ellos jueguen por ti al indicarles qué hacer.

—Me encantaría que estuvieras mañana ahí... —susurró Owen, mirándola con aquellos maravillosos ojos azules que la llenaba por dentro.

«Ay, no me mires así, que, si me pides que salte como una rana, empiezo a croar como una loca», pensó Eva mientras se mordía el labio inferior.

—Y ahí estaré. —Aceptó esa petición no formulada con una sonrisa, haciendo que él le cogiera la cara y la besase con adoración.

—Ven —le pidió. Luego se levantó del taburete y la agarró de la mano, dejando previamente las copas sobre la isla.

Owen la llevó hasta la parte de arriba, sin soltarla, y se dirigieron directamente al dormitorio. Antes de abrir la puerta, le sonrió, como avisándola de que allí también había cambios, para después abrir y entrar en aquella estancia en la que una inmensa cama la recibió. Todo era perfecto: los colores de los muebles; el suelo de madera; la ropa de la cama, en tonos suaves, que contrarrestaba con los oscuros utilizados para decorar aquella habitación... Las cortinas eran vaporosas, para dejar entrar la luz cuando fuera de día, pero lo suficientemente opacas como para que no se viera nada desde la calle. A cada lado de la cama había una alfombra, en tonos gris claro, pero lo que más le llamó la atención fue que, además, había una bata de mujer y unas zapatillas de estar por casa en uno de los laterales.

—Son para ti —dijo Owen adivinándole el pensamiento—, para cuando te quedas a dormir.

Un triple carpado hacia delante con varios giros inesperados hacia atrás fue lo que sintió Eva en su interior. Lo miró incrédula, para después mirar aquel detalle que había tenido él, como si quisiera... como si fuera... Negó con la cabeza, intentando no pensar en esa posibilidad. Sabía a lo que se atenía cuando decidió dejarse llevar entre los increíbles brazos de ese hombre para disfrutar el momento sin pensar en cuánto duraría esa aventura sexual, aunque... si, por una pequeña y remota posibilidad, Owen quería algo más con

ella... No, ¡¡eso era imposible!! Ella tenía demasiada mala suerte en ese aspecto como para que un hombre como él, un seductor nato acostumbrado a estar rodeado de mujeres más impresionantes, se enamorara de ella...

Miró a su alrededor y su estómago se encogió al ver la magnitud de aquel estadio en el que miles de personas gritaban exultantes, minutos antes de que comenzara el partido. Se encontraban muy cerca del césped, donde se hallaba la zona más cara y exclusiva para ver el partido, todo gracias a Owen, que había conseguido que sus amigos, su hermano y ella estuvieran allí ese día tan especial para él.

—Esto es enorme —elevó la voz para que Daryl la oyese.

—Lo es —afirmó éste mirando a su alrededor—. Hacía años que no venía a ver a mi hermano jugar...

—¿Y eso?

—Cuando comience el encuentro, lo comprenderás —comentó en tono misterioso, haciendo que Eva enarcara una ceja, interrogante.

Al poco entraron ambos equipos al inmenso césped; esa tarde, en el impresionante estadio Soldier Field, los Chicago Bears se enfrentaban a los Detroit Lions. Al verlos aparecer, los espectadores estallaron en aplausos, silbidos y abucheos, jaleando a su equipo e increpando al rival. Cuando vio a Owen, con aquel uniforme azul oscuro en el que se podía ver un dibujo de un oso enfurecido estampado en color blanco en su pecho izquierdo, con una gorra del mismo color tapándole la cabeza y unos cascos con micrófono encima, el corazón comenzó a latirle tan deprisa que incluso se asustó. Decir que estaba impresionante era quedarse corta y comentar que todas las mujeres suspiraron al unísono cuando éste la buscó por las gradas y le guiñó un ojo era lo mínimo que podía provocar en todas. Él era así, un seductor nato, un rompecorazones y un hombre tan impresionante que, con un simple gesto, podía enloquecer a un estadio completo. Eva se removió en el asiento, sintiendo algo que se dijo que no debería sentir, pero a la vez le era imposible ponerle freno. «¿Dónde me he metido?», farfulló mentalmente mientras se mordía el labio inferior, ya que no había duda: sentía algo por ese hombre que al principio aborreció.

—El tío Owen me ha traído esta camiseta —señaló Ryan, situado entre ella y su padre, mientras le mostraba, orgulloso, la equipación azul.

—Y estás guapísimo —lo piropeó Eva con una sonrisa.

—Cuando sea mayor, el tío Owen me va a entrenar para ser el mejor *quarterback* de la historia —añadió con una seguridad demasiado aplastante para un niño de su edad.

—Y seguro que lo conseguirás. Owen va a ser el mejor entrenador del planeta —comentó Eva, haciendo que Jack la mirase con una sonrisa de haberla pillado in fraganti. Ésta desvió la vista, nerviosa, sabiendo que tenía que ser justa consigo misma y aceptar, aunque le molestase ese hecho que había anhelado que no ocurriese, que estaba irremediable y absolutamente loca por Owen Baker. «¿Y ahora qué?», pensó mientras maldecía por dentro aquel descubrimiento que la había abordado en aquel momento en el que se encontraba rodeada de todas las personas importantes para él...

El partido comenzó y Eva desechó sus pensamientos para centrarse en todo lo que intentaba explicarle Ryan de aquel juego. A pesar de todo, el crío, que entendía muchísimo más que ella, no logró, con su perorata y su explicación simplificada, que ella dejara de ver los golpes, las caídas y los empujones que le hacían cerrar los ojos pensando en el dolor recibido. Miró a Daryl de reojo y éste le devolvió el gesto mientras asentía con la cabeza. Así era ese deporte, de contacto extremo, donde coger el balón era cuestión de vida o muerte. Tragó saliva buscando con la mirada a Owen, que estaba hablando a través del micrófono que poseían sus auriculares; seguramente les estaba dando alguna indicación a sus jugadores, pues éstos llevaban un dispositivo en el casco conectado al de sus entrenadores, algo que también le explicó el pequeño...

—¿Ahora entiendes por qué llevaba tanto tiempo sin venir a ver jugar a mi hermano?

Eva asintió. ¡Claro que lo entendía! Si hubiese sido Owen uno de esos hombres que corrían y golpeaban con todas sus fuerzas al rival para arrebatarse el balón, quizá no hubiese aguantado sentada ni siquiera un minuto, menos mal que no era el caso. Owen estaba fuera de aquella zona de acción y simplemente andaba, de aquí para allá, comprobando que sus jugadores ofensivos hicieran las mejores jugadas. Expulsó despacio el aire que había retenido sin darse cuenta, pensando en el Owen jugador y en el que tenía en ese instante delante, tan decidido, seguro de sí mismo, sin parar quieto ni un segundo, animando a sus jugadores con tanto fervor como si estuviera él en el

terreno de juego. Verlo a él ya era un espectáculo por el que pagar. Reprimió un suspiro y volvió a maldecir por dentro. Se había enamorado perdidamente de ese hombre que había conocido de verdad, de ese que había detrás de esa fachada de tipo duro y serio, de esa primera impresión que le dio de ser un hombre tan terriblemente atractivo que utilizaba a las mujeres a su antojo... y pudo conocer al Owen que se escondía debajo, tan divertido y guasón que a veces le extrañaba que fuera el mismo; un hombre capaz de llamar a todos los hoteles para encontrar a Tomás y hacerle ver que necesitaba volver a hablar con ella, una persona que la había ayudado a hacer las paces con su pasado...

—¿Qué te pasa? —preguntó Daryl, que estaba más pendiente de ella que del encuentro.

—Me he metido en un lío, y de los gordos —bufó sabiendo que enamorarse de un hombre como él conllevaba la ruptura de aquella idílica no relación.

—Y, eso, ¿por qué? —quiso saber su amigo.

—Porque lo quiero... —confesó resoplando con disgusto, haciendo reír a carcajadas a Daryl.

—¿Y ahora te das cuenta? Yo lo sé desde hace días —afirmó mientras negaba con la cabeza.

—¿Cómo es posible que tú lo supieras antes que yo?

—Porque, querida Eva, te conozco mejor de lo que crees —añadió mientras le guiñaba un ojo—. Y esa sonrisa que llevas perenne en la cara no podía ser otra cosa.

—Pues estoy en un buen embrollo... Y yo que pensaba que, al no haber sentido nada por él en un principio, estaba a salvo de enamorarme...

—Nunca se está a salvo de enamorarse... Lo que pasa es que lo vuestro no fue un flechazo.

—Más bien fue odio a primera vista —rectificó Eva, haciendo reír a su amigo.

—Dicen que se está más cerca de amar a alguien si lo odias —le recordó mientras le guiñaba de nuevo un ojo.

—No sé yo... —bufó volviendo a mirar a Owen—. Y, ahora, ¿qué se supone que tengo que hacer, Daryl?

—Nada. Seguir como estás. Sé que mi hermano es mucho más feliz desde que tú entraste en su vida y tú, querida amiga, aunque te cueste reconocerlo, también. ¿Para qué cambiar algo que funciona?

—Entonces, me estás sugiriendo que no le diga nada, ¿no? —preguntó

dubitativa.

Daryl miró a su hermano, situado de espaldas a ellos; después la volvió a mirar a ella y, ya de paso, miró a sus amigos, que no perdían detalle del partido, sin percatarse de la conversación que estaba manteniendo con Eva. Dudó un poco antes de contestar a su amiga; eran muchos factores los que debía tener en cuenta y el principal, que no podía obviar, era que, gracias a su amiga, su hermano había vuelto a tener ese brillo de ojos de antaño. ¿Estarían los dos enamorados y ninguno de ellos querría confesárselo al otro por miedo?

—Haz lo que te dicte el corazón, Eva... —dijo cogiéndole la mano para que se diera cuenta de que no podía sugerirle nada más. Era su hermano, y ella, su mejor amiga; a Daryl le encantaría que aquella relación cuajara de verdad, y sabía que a su madre también.

—No me ayudas nada.

—Lo siento, pero tienes que decidir tú.

Eva se mordió de nuevo el labio. Al paso que iba conseguiría un callo de dimensiones épicas, ya que últimamente los nervios y las decisiones provocaban aquella reacción inconsciente. Sabía que, si Owen la viese, le aflojaría el labio para después besarlo... «Puf... Esto va de mal en peor», pensó al notar cómo su cuerpo se preparaba para cumplir ese deseo.

El partido terminó con la victoria de los Chicago Bears, haciendo estallar en aplausos al estadio entero y provocando que Eva, junto a sus amigos, se levantara a aplaudir con efusividad. Habían ganado veinticuatro a diecisiete; según Jack, Clive y Brian, habían jugado de una manera inigualable y habían luchado como hacía tiempo que no hacían. Se dirigieron a la sala VIP para esperar a Owen allí, entre conversaciones sobre nombres de jugadores que no reconocía y sonriendo al ver al pequeño Ryan entusiasmado con la victoria de su ahora equipo.

Al poco rato salió éste, quitándose la gorra, y la buscó con la mirada. Eva sonrió orgullosa, pero esa sonrisa se fue difuminando poco a poco; la causa de su transformación fue por ver cómo unas chicas —que también se encontraban en aquella sala— lo asaltaron entre risas, roces e insinuaciones, para que Owen les firmara la camiseta que llevaban puesta... Tuvo que girarse para no ser testigo del descarado de esas jóvenes y de la sonrisa divertida de Owen al firmarles donde ellas deseaban, cerca del pecho, cómo no... Sabía que tendría que acostumbrarse a esa reacción; él era un hombre atractivo y famoso, por lo que era normal que las mujeres se le echaran encima de manera literal, pero,

aunque lo sabía, no podía controlar su cuerpo, que ansiaba apartarlas de él de un manotazo para que Owen volviese a mirarla a ella, sólo a ella, a Eva... Se giró de nuevo cuando oyó las felicitaciones de sus amigos; al verlo —ya sin ninguna muchacha acechándolo—, todo su cuerpo se volvió a revolucionar. Su sonrisa, su voz, la manera en la que cogía en brazos a Ryan, cómo hablaba con él y cómo la buscaba con la mirada... hizo que todo se hiciera irremediablemente real y la sacudiera con tanta fuerza que temió desplomarse en aquel instante. Aquel amor, aquella sensación que sentía, no tenía medida y aquello... la asustaba.

Vio cómo sus amigos comenzaban a alejarse de ellos para darles cierta intimidad, hablado entre gritos de que Ryan tenía hambre y necesitaba llenar ese pequeño estómago para que se convirtiera en el mejor *quarterback* de la historia.

—Felicidades —susurró Eva al ver cómo Owen se acercaba a ella, como un león a una gacela totalmente obnubilada por su presencia.

Sin decir nada, le cogió la cara con ambas manos y la besó con desesperación, haciendo que Eva eliminase todas sus inseguridades con esa acción. Era a ella a quien besaba, era a ella a quien miraba con deseo, y eso era lo que le tendría que valer.

—Gracias por venir —dijo mientras apoyaba su frente contra la de ella, haciéndola sentir... querida.

Tragó saliva intentando aparentar normalidad, aunque aquel descubrimiento la había hecho hipersensible a todo lo que éste hiciera o dijera, dándole mil vueltas a cada acción de él, como si de pronto todo pudiera tener doble sentido, aunque lo que ocurría era que Eva ansiaba saber si lo que ella sentía podría ser recíproco algún día...

—¿Y perderme a unos tíos sudorosos en mallas corriendo sin descanso? ¡Ni loca! —soltó en broma, haciendo reír a Owen, mientras la cogía de la mano y seguían a sus amigos.

Se mordió el labio inferior a la vez que miraba aquel simple gesto: sus manos entrelazadas. No era la primera vez que lo hacía —lo cierto era que Owen acostumbraba a cogerla de esa manera—, pero ésa fue distinta para Eva, porque a partir de ese momento todo significaba más, y lo que no deseaba era volver a sentir lo que era el desamor y aquel desgarró interno que volvería a hacer que su vida se tiñera de gris... Lo observó de reojo, ¿y si él era el definitivo? Bajó la mirada al suelo; sabía que aquello era una falacia, un

cuento que se estaba creando para seguir con él, cuando en realidad tenía claro que lo mejor para ambos —sobre todo para ella— era acabar con esa relación lo antes posible, porque los sentimientos no se podían frenar o delimitar, y eso era, precisamente, lo que había aprendido esa misma tarde, cuando se había dado cuenta de que estaba enamorada del hombre incorrecto. No sabía cómo había pasado, ni siquiera había visto señales que la avisaran de que ya no tenía el control de nada; simplemente se había enamorado como lo hacen los idiotas, poco a poco, embebiéndose de las pequeñas cosas, disfrutando de cada instante como si fuera único, conociendo al hombre que se escondía tras esa fachada de *macho men* y no como ella acostumbraba a hacer, a primera vista, casi como un cañonazo, fuerte y fugaz...

Nada más salir a la calle, unos *flashes* la cegaron; había periodistas esperando a que salieran los entrenadores y jugadores. Ella, al ver que uno de ellos se acercaba a Owen, intentó zafarse de su mano, pero éste, lejos de dejarla marcha, la cogió con más fuerza, poniéndola en el centro de todas las instantáneas. Eva lo miró incrédula, ¿por qué hacía eso? Ellos no eran pareja, eso estaba más que claro, ¿por qué, entonces, quería que todo el mundo lo viese cogido de la mano de ella?

Después de contestar a las preguntas de los periodistas, siguieron caminando, alejándose del centro de atención. Sus amigos estaban exultantes, bromeando entre ellos, y Jack acababa de poner a Ryan sobre sus hombros mientras éste miraba a Owen con adoración.

—¿Por qué has hecho eso? —quiso saber Eva al ver que no salía de éste darle una explicación.

—¿El qué?

—No soltarme para que saliera en las fotos.

—No quería hacerlo.

—¿Por qué? No somos novios ni nada... Ahora todo el mundo va a pensar que sí —susurró. No quería hacerse ilusiones y lo mejor era acabar con aquel castillo entre las nubes que se estaba creando, donde todo era demasiado idílico como para ser real.

—Me da igual lo que piense la gente —soltó enfurruñado, cogiéndola con más fuerza de la mano, como si temiese que ella pudiera escaparse de él en cualquier momento.

—Las mujeres dejarán de suspirar por tus huesos —declaró sintiendo que a cada palabra pronunciada se le clavaba un puñal directamente en el corazón y

temiendo que aquello sería imposible: Owen Baker había nacido para enloquecer a todas las mujeres del planeta.

De repente Owen se detuvo en mitad de la calle. Sus amigos siguieron caminando por delante, sin percatarse de que ellos dos se habían quedado rezagados. La miró interrogante, evaluando su gesto nervioso: su manía, que reflejaba lo inquieta que estaba y que aflojó con una mano, liberando su labio inferior. Le cogió la mejilla sin soltar la mano que llevaba entrelazada desde que habían salido de la sala VIP.

—La única que deseo que siga suspirando por mis huesos eres tú — pronunció con voz ronca, haciendo que Eva abriese mucho los ojos, asombrada por aquella revelación.

No le dio tiempo a contestar, ya que Owen la cogió de la nuca para besarla con desesperación, intentando decirle con cada roce de su lengua, con cada mordisco, con cada beso, que ella lo era todo para él.

Abrió los ojos sintiéndose nerviosa; no sabía si era por la inminente proximidad de la boda de su hermano o por otra causa. Ya lo tenía todo preparado: los billetes de avión, las maletas, el vestido que llevaría en la ceremonia, el traje que se pondría Owen, el regalo que les haría... Miró la hora en su teléfono móvil introduciéndolo dentro del edredón, ya que no quería que él se despertara. Eran las cinco de la mañana... Cerró los ojos e intentó centrarse en dormir, aunque fuera un rato, pero sabía que sería un gasto de energía inútil. Miró a su alrededor; estaba en la nueva casa de Owen, en su maravilloso y confortable dormitorio, sintiendo cómo él la abrazaba por detrás, notando su peso y su calor. Se estaba tan bien entre sus brazos que se había convertido en su lugar preferido. Llevaba durmiendo ahí prácticamente desde que la trajo para que viese la decoración, casi dos semanas de ensueño entre algodones y arcoíris, todo tan perfecto, tan armonioso, tan divertido y pasional, que le daba pánico que llegara algo que lo hiciera tambalear todo, porque Eva sabía que llegaría, pues era demasiado bonito para ser real, sobre todo sabiendo de antemano que ellos no eran pareja ni nada parecido, sino unos amigos que se acostaban juntos, sin ataduras, sin etiquetas... Aunque eso no era lo que decía la opinión pública. «Novios», esa palabra impresa en una revista sensacionalista con la imagen de ellos dos cogidos de la mano la asaltó sin previo aviso, haciéndola boquear angustiada, ya que se encontraba al lado de Owen, que la miró un segundo, para después seguir leyendo su periódico deportivo mientras disimulaba una sonrisa. ¡Ni siquiera hablaron de ello! Y lo cierto era que Eva se calló... ¿Qué podía decirle? Se removió, inquieta, en la cama al pensar en aquella posible conversación y se dijo que lo peor aún estaba por llegar, porque ¿cómo se suponía que tenía que presentárselo a su hermano Lucas y sus conocidos? No era un amigo; aunque ella intentase que todo el mundo se lo creyera, para ella era algo más y, cada día que transcurría, se enamoraba más de él si cabe.

—Hummm... ¿Qué te pasa? —preguntó Owen, somnoliento.

—Nada, sigue durmiendo, cariño —le contestó, y de repente se dio cuenta de cómo lo había llamado: «¡cariño!».

«Que no se haya dado cuenta, por favor», rogó en silencio mientras se maldecía por dentro por no pensar previamente antes de hablar.

Se levantó de la cama provocando que él se enfurruñara al no sentir su cuerpo, se puso la bata y se fue a la cocina. Necesitaba poner en orden sus pensamientos y su vida; aquello estaba cabalgando desbocado y no había nadie encargado de coger las riendas, porque ella, simplemente, las había soltado, deseando sentir de una vez por todas, y con Owen todo era tan especial... Comenzó a limpiar la cocina, pues necesitaba estar en movimiento; después comenzó a preparar un desayuno más acorde con un regimiento que con ellos dos, pero anhelaba deshacerse de aquel remordimiento... y de aquella vocecilla que le repetía sin cesar que, cuando acabase aquella aventura pasional, ella lo pasaría fatal.

—Eso ya lo sé —bufó colocando las palmas sobre la isla y observando la casa en silencio.

Suspiró, sintiendo un nudo en la boca del estómago; estaba ante la casa perfecta y arriba dormía el hombre más imperfecto, pero a la vez más magnífico, que le había hecho cambiar de opinión más de una vez a medida que iba conociéndolo y, aun así, teniéndolo todo en ese instante, sabía que no tenía nada... porque todo era un espejismo, algo que a Owen le venía bien en aquel momento, pero sin duda llegaría el día en el que se acabaría, y aquel día estaba más cerca de lo que deseaba. Cerró los ojos sintiendo un dolor punzante en el pecho; no quería que ese día llegara, no deseaba verse desprovista de sus besos, de sus abrazos, de esa sonrisa canalla que la provocaba, de su cuerpo, de sus bromas y de esa confianza que destilaba por cada poro de su piel que la hacía sentirse más segura consigo misma, pero cada vez más insegura de la durabilidad de aquella extraña relación...

—¿Viene alguien a desayunar? —preguntó Owen aproximándose descalzo, con el cabello alborotado y sólo con los pantalones del pijama puestos, haciendo que lo mirase con anhelo y deseo. «Ni recién levantado está feo...», pensó Eva admirando aquella belleza real e hipnótica.

—No... No tenía más sueño y me he puesto a cocinar —dijo Eva señalando las tortitas, las galletas, las tostadas e incluso una macedonia de frutas que había preparado.

—¿Estás bien? —inquirió abrazándola por detrás y dándole unos suaves

besos en el cuello que le supieron tan bien que incluso gimió inconscientemente.

«¿Dónde hay que firmar para que esto perdure toda la vida?», se preguntó mentalmente Eva, disfrutando de aquella caricia.

—Sí, claro... —mintió en un susurro volviendo a la realidad, aquella a la que llevaba dándole vueltas toda la mañana y que le había impedido conciliar el sueño.

—¿No desayunas? —planteó él al verla alejarse chocándose con cualquier mueble que tuviera a escasos centímetros de ella.

—No, no tengo hambre. Me voy a duchar —indicó subiendo la escalera para dejarlo solo.

Se metió directamente en el baño y, bajo el chorro de agua, intentó aclararse las ideas. No podía volverse loca y empezar a sufrir por algo que no había sucedido aún. Estaban bien juntos, se divertían, se comprendían y disfrutaban del otro. Eso era lo que tenía que valerle. No podía comenzar a organizar su futuro, pensando en si eran pareja o no, en si se casarían o no, en si tendrían hijos o no... La vida no era así; sabía que tenía que relajarse y dejar que las cosas simplemente sucedieran. Una lágrima la sorprendió cuando se desbordó de sus ojos.

—Joder, estoy bien jodida —bufó al sentir cómo aquello ya no tenía vuelta atrás y que debía tomar una decisión, una que a lo mejor no le gustaría, pero que sería vital para poder sobrevivir, para poder seguir hacia delante, ahora que más o menos podía...

Se vistió sin ánimo de nada, pensando en que tendría que centrarse en su trabajo y dejar aquel quebradero de cabeza para más adelante. ¡Lo primero era lo primero! Bajó y se lo encontró en la cocina, degustando con gula el desayuno que había preparado ella, y sonrió. «Joder, qué bonito sería si lo nuestro fuera de verdad», pensó aproximándose a él.

—¿Ya te vas? —preguntó mirando el reloj; todavía era muy pronto.

—Sí, he quedado con Daryl para desayunar —improvisó mientras se acercaba a él para darle un pequeño beso en los labios.

—Hoy llegaré tarde a casa —le comentó él mientras veía cómo se colocaba el abrigo—. Tenemos que ultimar el partido de mañana.

—Tranquilo. He pensado que esta noche me quedaré en mi casa y así podrás concentrarte mejor —añadió, obligándose a decir esas palabras. ¡Ella quería estar con él pegada en modo siamés!

—¿Has quedado con alguien? —tanteó Owen, escudriñándola con la mirada; se notaba rara y más nerviosa de lo habitual.

—No.

—Entonces, ¿por qué no te vienes aquí y esperas a que yo llegue?

—Porque ésta no es mi casa, Owen —dijo cogiendo el bolso.

—¿Y? —soltó levantándose para seguirla hasta la entrada—. Me gusta que estés aquí cuando llego del trabajo —comentó sin poder verle el gesto de dolor que acababa de hacer al oír aquella frase, que creía no tener el significado que a ella le gustaría.

—No hagamos esto más complicado —susurró con aflicción.

—¿Por qué ahora es más complicado? —preguntó de repente Owen, haciendo que titubease—. Llevamos viviendo juntos prácticamente más de un mes, ¿por qué de pronto quieres quedarte en tu casa y no venir aquí? —insistió sin entender por qué estaba tan extraña esa mañana.

«Porque sé que te quiero, Owen...», pensó sin poder verbalizarlo, ya que, si lo hacía, todo se iría a pique.

—Precisamente por eso —dijo obligándose a sonreír—. Demasiado tiempo para un ligue, ¿no? —soltó abriendo la puerta para salir a la calle.

—¡Eva! —la llamó sintiendo un nudo en la garganta, ya que esa afirmación le había dolido.

—¿Qué?

«Jamás has sido un ligue; tú... nosotros... ¡Joder, estoy loco por ti!», se dijo Owen analizando la mirada inquieta de ella posada en él.

—Esta noche nos vemos —afirmó cerrando de golpe la puerta para comenzar a blasfemar improprios a medida que se acercaba a la cocina, maldiciendo el no poder decirle lo que sentía, porque, si lo hacía, ella se asustaría y se alejaría para siempre de él.

Pero ¿qué le pasaba a Eva? ¿Ya se había cansado de él? ¿Por qué necesitaba estar a solas, sin verlo? Pero si la mejor parte del día para él era precisamente tenerla ahí, en su casa, conversando de las cosas que les habían sucedido en sus respectivos trabajos, riéndose por cualquier tontería, cenando juntos y acabar abrazados en el sofá, para después finalizar el día desnudos en la cama. Estaba viviendo un sueño continuo y de repente ella lo quería desmoronar. ¿Es que no se daba cuenta de que ella era su hogar y que, si se marchaba, todo se derrumbaría?

—Buenos días, Eva —saludó su jefa nada más entrar en su despacho—. Necesito que me prepares los presupuestos para la campaña de las joyas.

—Buenos días, Josephine. Ahora mismo me pongo con eso —la informó con seriedad, anotandoselo en su agenda.

—¿Estás bien? —preguntó al ver su gesto grave y las visibles ojeras que no había podido tapar con el maquillaje.

—Sí... —dijo sin mucha convicción.

Josephine sonrió con ternura y se sentó en la silla que tenía delante de la mesa de Eva, adivinando que su empleada no se encontraba bien, aunque intentase disimularlo.

—Te voy a dar el mismo consejo que le di a Brigitte, aunque te puedo asegurar que ella no me hizo caso y, al final, acabó como acabó... —intervino mientras negaba con la cabeza—. Disfruta el momento sin pensar en nada más —recomendó con seguridad—. Recuerda que nuestros queridos vecinos de arriba no son de los que juran amor eterno a la luz de la luna y lo que tengas con ese hombre, sea lo que sea, vívelo como si acabara esta noche.

—Lo sé, y precisamente estoy así por eso, porque soy consciente de que lo que tengo con Owen terminará...

—Y eso es lo que no quieres.

—Exacto.

—¿Te das cuenta, Eva? A las mujeres nos encanta complicarnos la vida. Nos liamos con un rompecorazones e intentamos que éste sólo nos quiera a nosotras, que cambie, pero no somos conscientes de que eso sólo ocurre en las películas románticas, porque, en la vida real, acabamos con el corazón roto y ellos tan campantes.

—¿A ti también te ha pasado, Josephine? —inquirió Eva con curiosidad; parecía que hablaba por experiencia propia.

—¿Y a quién no? —dijo mientras se levantaba de la silla—. Pero supe parar a tiempo y me quede con lo bueno: el sexo, que fue sublime —confesó guiñándole un ojo y saliendo del despacho.

Eva sonrió mientras sopesó si conocía al hombre que revolucionó a su jefa con un maravilloso sexo. ¿Sería alguno de los *macho men* que se encontraban encima de ellas? Comenzó a negar con la cabeza; no podía culparlos de todo, seguramente sería otra persona, aunque... si fuera así, no hablaría de ellos

como si realmente los conociese en profundidad. Ese pensamiento la alertó y comenzó a mordisquearse el filo de una uña, pensando en cuál sería el hombre que sedujo a su jefa. Lo cierto era que Josephine era una mujer atractiva y seguramente cualquiera de los cuatro podría haber dado el paso. Tragó saliva. «¡Que no sea Owen, por favor!», rogó temiéndose que realmente fuera él, y una multitud de posibilidades comenzaron a rondarle por la cabeza. ¿Y si le mintió y, al final, sí fue él quien le consiguió aquel trabajo?

Unos golpecitos en la puerta la sacaron de sus cavilaciones, dio paso y esperó a que Brigitte abriera casi con vergüenza.

—Perdona que te moleste, Eva —dijo su compañera entrando en el despacho—. Josephine me ha encargado que suba unos documentos a Grupo 87 y...

—¿Quieres que los suba yo por ti? —dedujo por el nerviosismo de ésta.

—¿Lo harías? —preguntó con una chispa de esperanza en sus pupilas que le hizo sonreír—. Sé que estás muy ocupada, pero la verdad es que no estoy preparada todavía para ver a Brian y no sé qué haría si en ese momento él sale de su despacho... —comenzó a explicarle atropelladamente.

—No te preocupes. Dámelos, los subo en un momento. ¿Se los tengo que entregar a Judith o a alguno de los chicos?

—A Judith —le aclaró tendiéndoselos—. Muchas gracias, Eva.

—Ya me invitarás a un café —bromeó con una sonrisa, levantándose de la silla mientras se recomponía la falda de cuero que llevaba ese día.

Subió la escalera y, al entrar en la oficina, encontró la recepción vacía, algo que le extrañó. Aunque Judith le cayera mal, no podía negar que siempre estaba en su puesto de trabajo. Miró a ambos lados y, al no ver a nadie, se dirigió hacia el despacho de Jack, el más próximo a la entrada. Tocó con los nudillos y, de repente, sobresaltándola, la puerta del despacho de Clive se abrió y Judith salió de allí atropelladamente mientras se abotonaba la blusa. Al verla allí, consciente de que había sido descubierta, la miró desafiante.

—Jack no está —soltó la recepcionista de malas maneras, terminando de recomponerse, sin disimular siquiera lo que había estado haciendo en el despacho con Clive.

—Y por eso has decidido hacer horas extras, ¿no? —soltó Eva aguantándole la mirada. No sabía el porqué, pero esa mujer le caía cada vez peor.

—Mira, españolita —replicó Judith con tono mordaz, encarándose a ella

—, eres la última persona que debería decirme algo a mí.

—Y, eso, ¿por qué, neoyorquinita? —quiso saber sin achantarse ni un segundo, percibiendo cómo en la mirada azulada de esa mujer refulgía un odio que no entendía.

—Porque tú, gracias a tus... digamos, cualidades —dijo repasándola con la mirada de arriba abajo, con una soberbia que a Eva le sorprendió—, has conseguido un puesto de trabajo. Te las das de diva, pero somos más parecidas de lo que piensas.

—Explícate mejor —exigió apretando los puños con rabia, temiéndose lo peor.

—Parece que te abres mejor de piernas que yo y has conseguido un puesto demasiado alto para ser quien eres —masculló con rencor.

—¿Qué coño dices?! —bramó Eva dando un paso hacia ella, sintiendo cómo la rabia la cegaba.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Clive abriendo la puerta, alertado por los gritos de ambas mujeres.

—Pregúntaselo a él —señaló Judith con chulería mientras se alejaba de allí para volver a su puesto de trabajo.

—¿Es verdad lo que dice esa mujer? —quiso saber Eva—. ¿Alguien me ayudó a conseguir el trabajo?

Clive la miró dubitativo, sin saber qué decir o qué hacer en esa situación. A Eva se la veía desesperada y muy enfadada, y eso que no sabía que en efecto había sido así...

—Ya me has contestado, Clive —bufó Eva al ver que éste no se lo rebatía—. Dile a tu amiguito que ya no me va a ver más el pelo.

En su mente comenzaron a mezclarse imágenes: Owen con Josephine, hablando, desnudos, jadeando... Una arcada se le subió a la garganta presagiando que al final, como ella temía, todo se iba a estropear. Oyó a Clive de fondo, pero no lo podía escuchar, un sonido agudo muy parecido a un pitido la ensordecía. No había conseguido ese puesto tan importante por sí misma, todo era una mentira, y lo que no sabía era qué le habría prometido a Josephine para que la contratase: tal vez, ¿otra noche de sexo sublime? Los ojos empezaron a escocerle; no quería llorar, sobre todo sabiendo que tendría que pasar por delante de Judith... La muy... la tenía preparada para soltársela en cualquier momento. La miró con inquina y ésta le contestó con una sonrisa de victoria. Le tiró los documentos encima del mostrador sin dejar de mirarla un segundo, retándola.

—Ya tienes libre a Owen para intentar que se cuele bajo tu falda —soltó sintiendo cómo su pecho se contraía de dolor.

—¿Y quién te ha dicho que no lo haya hecho ya? —soltó prepotente.

—Eva, ¡espera! Deja que te explique —apareció Clive a su lado.

Ésta lo miró un instante, después miró a Judith y luego corrió escaleras abajo sintiendo que las lágrimas emborronaban su visión. Entró en la oficina sollozando; al verla, Brigitte se asustó, pero ella simplemente le hizo un gesto con la mano postergando aquel interrogatorio. Necesitaba saber la verdad y lo mejor era dirigirse a uno de los implicados. Se detuvo delante de su puerta, se limpió las lágrimas, llamó y esperó a que le diese paso.

—Pero Eva... ¿qué te ha pasado? —preguntó Josephine levantándose de su silla para dirigirse hasta ella.

—¿Me contrataste porque te lo pidieron? —soltó sin más preámbulo.

Josephine se detuvo, suspiró mientras cerraba los ojos y endulzó la expresión.

—Sí... —confesó ésta.

—Me marchó —anunció Eva dándose la vuelta para salir de allí.

—Eva, espera que te explique... —le pidió Josephine siguiéndola.

—No hace falta que me expliques nada, Josephine. Lo entiendo perfectamente. Él te lo pidió, tú accediste, supongo que obteniendo algo a cambio, y yo aquí sobro. No quiero estar en un lugar donde se me haya contratado por pena o por otras circunstancias ajenas a mi valía.

—Es cierto que fue así al principio, Eva... y una de mis condiciones fue que, si no valías, te despediría... Eres una gran profesional y la verdad es que no quiero que te marches —comentó Josephine observando los movimientos nerviosos e inseguros de ésta al entrar en su pequeño despacho contigo mientras recogía sus enseres personales.

—Ahora todo ha cambiado y yo... —bufó sin poder pensar con claridad, como si todo se agolpara en su mente y no la dejara asimilar aquella información como normalmente hacía, ya que las imágenes de su jefa con Owen desnudos lo llenaba todo.

—Y tú estabas buscando la excusa perfecta para poder dejar a Owen, ¿verdad? —indicó Josephine, haciendo que Eva la mirase interrogante—. Pero... Eva, no fue él quien me lo pidió.

—¿No fue Owen? Tú y Owen... —susurró sin poder acabar la frase; le costaba demasiado verbalizarlo.

—¡No! —exclamó entre risas—. Jamás he tenido nada con él. Me lo pidió Jack, asegurándome que, si algún día te enterabas, te marcharías. Parece que te conoce muy bien...

—Jack... —murmuró sin entender por qué éste hizo algo así por ella. Por aquel entonces Owen y ella no se veían; es más, se aborrecían...

—Sí... Ay, ese hombre es un caramelo envuelto en papel de oro, Eva —exclamó con una sonrisa—. Cuando me pidió ese favor, no pude negarme... —susurró mientras le guiñaba un ojo, disipando así las dudas que tenía al respecto. ¡Josephine y Jack!

—Pero ¿por qué?

—Eso ya no te lo puedo responder yo, sino él... Pero te aseguro que permaneces en mi equipo por tus indiscutibles aptitudes. Es cierto que no te habría contratado a simple vista, no por nada en especial, sino porque me fijó en otras cualidades visibles... Pero estoy contenta de que Jack me pidiera ese favor y espero que recapacites y sigas en mi equipo...

Eva titubeó, no sabía qué hacer. Si era verdad lo que ella decía, no tenía por qué marcharse. Además, tampoco tenía motivos para dar por finalizada

aquella relación sin etiquetas... Dejó sus cosas sobre la mesa y Josephine sonrió satisfecha al ver que se quedaba.

—Me gustas, Eva. Eres una mujer con principios y eso es bastante difícil de encontrar hoy en día —afirmó mientras le guiñaba un ojo y salía del despacho de ésta, dejándola sola para que reflexionara.

Se sentó casi a cámara lenta en su silla, meditando en las posibles razones que habría tenido Jack para ayudarla... Se limpió las últimas lágrimas y se serenó; tenía que trabajar, había perdido demasiado tiempo en algo que ya había pasado. Sin embargo, entre operación y operación, no pudo dejar de pensar en lo que le había dicho Josephine. Era verdad, estaba buscando una excusa plausible para poner punto y final a la relación que mantenía con Owen, y no porque no estuviera a gusto con él, sino porque cada día que pasaba sus fuerzas mermaban y su amor crecía a pasos agigantados.

—¿Te están esperando? —preguntó Brigitte en cuando vio aparecer a Eva dispuesta a dar por finalizada su jornada laboral.

—Que yo sepa, no, ¿por?

—Porque nos vamos a tomar unos cócteles y vamos a poner verdes a todos los hombres, sobre todo a los de arriba —propuso con una sonrisa pizpireta, contagiándole el buen humor.

Salieron de allí y se dirigieron a un bar situado bastante cerca; al llegar se dijeron que todos los trabajadores de los alrededores habían tenido la misma idea. Brigitte se abrió hueco y encontró una pequeña mesa donde se sentaron desprendiéndose de paso de sus abrigos. Nunca había entrado en ese local y a simple vista le pareció idóneo para relajar a los empresarios: música suave, luces tenues y una decoración exquisita que contrarrestaba lo moderno con lo clásico, donde la madera y el acero casaban muy bien, haciéndolos indispensables.

—Ha venido Clive a hablar contigo, pero le he dicho que no estabas —confesó Brigitte después de pedir sus bebidas al joven camarero que se había acercado.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque he supuesto que no querías verlo.

—Has dado en el clavo... Aunque, después de hablar con Josephine, creo

que a quien no quiero ver es a mí misma —bufó Eva haciendo que su amiga la mirase asombrada.

—Me ha contado lo que ha sucedido... —susurró bajando la mirada a su regazo—. Ten cuidado con Judith, con lo que te diga o con lo que es capaz de hacer para salirse con la suya.

—Ya me he dado cuenta de qué es capaz... —añadió viendo cómo el camarero les ponía delante las bebidas—. Pero no estoy así por ella; bueno, no del todo —indicó con una sonrisa.

—¿Es por Owen?

—Sí... Parece que soy mejor dando consejos que siguiéndolos —comentó haciendo una mueca de miedo—. Y ahora sé que tengo que detener esto, porque, si sigo con él, si permanezco más días a su lado, tengo claro que lo pasaré tan mal que me costará volver a ser la que era.

—¿Y qué más da, Eva? Lo vas a pasar mal de todas maneras y por lo menos, mientras tanto, puedes seguir disfrutando de su compañía.

—Hasta que se canse.

—Sí...

—¡Pero eso es precisamente lo que no quiero! Vivir con esa incertidumbre, tensa por desconocer cuándo ocurrirá eso, mientras intento no hacerme ilusiones con cada palabra de él o con cualquier gesto que tenga conmigo...

—Entonces, ¿vas a dejarlo porque temes que él te deje primero?

—Sí. Prefiero ser yo la que controle esa situación, mantenerme en mi sitio y no flaquear delante de él. No quiero que se crea que me muero por sus huesos...

—Que es lo que te pasa, que estás enamorada de él.

—¡Hasta el tuétano! —exclamó mientras negaba con la cabeza y sonreía, sintiéndose una tonta por haberse enamorado del hombre equivocado, otra vez...

—¿Y él no siente nada por ti?

—¿Cómo va a sentir algo por mí? Ellos, los *macho men* del edificio Aon Center, no se enamoran —soltó mientras levantaba la copa y la chocaba con la de ella como si fuera un brindis, uno amargo donde acabaría aquella relación dulce, pasional e idílica con un hombre desquiciante pero maravilloso.

Oyó vagamente el sonido de su teléfono móvil, que se encontraba en el interior de su bolso, pero lo ignoró; no le apetecía hablar con nadie, sólo con la dulce y tímida Brigitte, que le arrancaba alguna sonrisa al ver el esfuerzo

que le estaba suponiendo volver a ser la misma después de que por su vida — y su cama— pasara Brian. ¿Qué tendrían esos hombres para que fuera tan difícil ignorarlos?

Salieron a la calle después de varios cócteles, confesiones y risas; el frío las despejó de golpe, haciendo que se estrecharan contra sus abrigos.

—Nos vemos mañana —se despidió Brigitte con una sonrisa mientras se dirigía a la boca del metro.

Eva la miró con una sonrisa mientras veía cómo corría como una gacela grácil e indefensa. Se dio la vuelta y comenzó a caminar sin rumbo; no le apetecía volver a su piso porque no estaba él, pero tampoco quería ir a la casa de Owen, porque, si lo hacía, no haría caso a su instinto de supervivencia, el cual entraba en confrontación directa con su corazón. «¡Me voy a volver loca!», pensó subiéndose la bufanda y deteniendo un taxi. «Decidido, y no voy a dar un paso atrás», sentenció con determinación.

El taxi se paró delante de la casa de Owen, le pagó la carrera y bajó haciéndose a la idea de que ésa sería la última vez que iría a ese lugar, la última vez que vería a Owen, la última vez que se sentiría especial porque sus ojos azules la miraran... Se armó de valor y cruzó el umbral de la puerta. Todo estaba en silencio; aquel día Owen iba a llegar más tarde y ella decidió aprovechar esa soledad para recoger las pocas pertenencias que había ido dejando allí durante ese tiempo. Cuando lo tuvo todo metido en una bolsa, se sentó en el sofá, sumida en el silencio, esperando a que apareciera. Con cada minuto que transcurría, su nerviosismo aumentaba. No quería dar ese duro paso, pero lo tenía que hacer.

—Es lo mejor para ti, Eva —se dijo en voz alta para darse valor—. Mejor que lo hagas tú que esperar a que él se canse de ti.

El sonido de las llaves al abrir la puerta la hizo contener la respiración. ¡Había llegado el momento! Sin embargo, no podía ni siquiera articular palabra, sintiendo cómo su cuerpo comenzaba a temblar, reacio a realizar aquella locura que le haría caer en picado. Lo vio entrar. Su rostro estaba desencajado, como si hubiese ocurrido algo. Al verla expulsó el aire de manera sonora, como si se sintiera aliviado de que ella estuviera allí.

—¿Por qué no has contestado a mi llamada? —preguntó Owen acercándose a ella con paso decidido, irradiando poder y seducción.

—No me he enterado —contestó Eva sin poder apartar su mirada de él, intentando grabarse a fuego su imagen arrebatadoramente perfecta.

—Me ha llamado Clive —le confesó sentándose a su lado, sin hacer el ademán de besarla, algo que en parte ella agradeció. Si lo volvía a sentir, seguramente su determinación se esfumaría, centrándose en el placer.

—Ya. —Chasqueó la lengua con disgusto.

—Yo no tuve nada que ver con eso.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué estás así?

—Porque me he dado cuenta de que esto tiene que acabar —pronunció despacio, recitando aquella frase que le había resultado la idónea para dar por finalizado lo que tuvieran.

—Ya... —masculló él con dificultad, observando su gesto serio y decidido—. ¿Es por algo que haya hecho?

—No... —Sonrió vagamente—. Los dos sabíamos que esto podía terminar en cualquier momento.

—¿No es por nada de lo que te haya dicho Judith? Jamás he tocado a esa mujer —aclaró haciendo que ella sonriera, ya que lo había supuesto. La secretaria le guardaba demasiado rencor como para que fuera lo contrario.

—No.

—Clive la ha despedido —confesó, sorprendiéndola.

—Y, eso, ¿por qué?

—No le gustó la manera que tuvo de hablarte y la verdad es que agradezco que haya tomado esa decisión —afirmó con seriedad.

—Claro... —susurró contrariada sin saber muy bien qué pensar de eso—. Pero, como te he dicho antes, no ha sido por ella...

—Y, dime, ¿tienes que darte cuenta un día antes de que cojamos un avión para España?

—No te preocupes por eso. Te pueden devolver el importe, ya que, cuando adquirí los billetes, añadí un seguro de cancelación.

—Estás en todo...

—Una chica con recursos —susurró ella y se levantó del sofá.

—¿Y ya está?

—¿A qué te refieres?

—¿Me sueltas eso y te vas de mi casa?

—No soy de dar el último polvo de despedida —comentó Eva mientras se ponía el abrigo rápidamente, controlando a su corazón desbocado.

—Tampoco te lo estaba pidiendo —farfulló con seriedad, transformando su

rostro en uno duro e implacable, que la miraba sin parpadear, como si estuviera buscando algo.

—¡Mejor para los dos! —soltó Eva cogiendo la bolsa con sus cosas—. Espero que te vaya muy bien como entrenador.

—Me va a ir de lujo... ¡cómo no! —soltó sarcástico.

Eva lo miró una última vez y se obligó a alejarse de su cuerpo, que la llamaba a gritos; de su boca, tan jugosa que ansiaba devorarla; de sus fuertes brazos, que la reconfortarían en medio de un cataclismo.

—Adiós, Owen —murmuró bajito para abrir después la puerta y salir de su casa y de su vida.

A cada paso que daba, su corazón se marchitaba, su ser enfermaba y el pesimismo la poseía. Su vida era un bucle continuo de desengaños y ése ocuparía el primer puesto, porque jamás había sentido un amor tan fuerte como el que sentía por ese increíble hombre que la había mirado con la misma frialdad como quien observa un objeto inanimado.

—¡¡¡Vete!!! —gritó desde el sofá, pero el timbre y los continuos golpes en la puerta le hicieron levantarse a regañadientes. Abrió la puerta de malas maneras y se encontró con la última persona que deseaba ver ese día—. No quiero hablar —lo avisó sin dar tiempo a que el recién llegado lo saludase.

—Me da igual. Te he dicho en mis mil mensajes en tu buzón de voz que, si no me contestabas, aparecería por tu casa. ¡Y aquí estoy! —exclamó señalándose.

—Lárgate, Jack. No quiero hablar ni tampoco quiero escuchar a nadie. Únicamente quiero estar solo.

—Claro —dijo dándole un empujón y entrando en la casa, importándole bien poco la cara seria de su amigo al no aceptar que quisiera estar solo—. Tienes un aspecto horrible.

Owen lo miró desafiante y cerró la puerta propinando un fuerte portazo, caminó hasta el sofá y se sentó, esperando a que soltara lo que había venido a decir para que lo dejara en paz. Se sentía una escoria, y notaba que volvía a estar en el mismo punto que cuando le ocurrió aquel percance que lo sacudió por completo: perdido, sin saber qué hacer.

—Ayer vi a Eva...

—No quiero hablar de ella —lo interrumpió, mirándolo desafiante.

—Estaba demacrada y le pregunté qué le pasaba. Me dijo que ya no estáis juntos... ¿Qué ha pasado, Owen?

—Pregúntaselo a ella. Parece que sois muy amiguitos ahora —le espetó con rencor.

—No me quiso aclarar nada. Sólo que era lo mejor para los dos.

—No... Es lo mejor para ella. ¡Fue ella quien cortó conmigo! —bramó con ira—. Yo no quería que acabara, pero parece que tendría otros planes en España y le sobraba. Parecía que no quería que me fuera con ella, como si tuviera miedo de que me encontrase con algo que no debía ver. ¡Pues nada, Eva, que te aproveche! —soltó como si ella lo pudiera oír.

—Pero ¿le dijiste que tú querías irte con ella a España y que no querías que lo vuestro terminara?

—Dime, Jack, ¿para qué iba a decir algo así, si ella ya lo tenía decidido? No le importo. Me lo dijo al principio, pero tuve la estúpida ilusión de enamorarla, cuando no tengo ni idea de cómo se hace eso. Para ella sólo he sido un pasatiempo..., algo eventual, con fecha de caducidad, nada más.

—Se os veía tan bien juntos, como si de verdad fuerais una pareja.

—Todo era un espejismo... Y ahora me siento como un completo imbécil, porque es la primera vez que siento algo por una mujer, y ella, simplemente, me ha apartado de su vida...

—Parece que el karma te está dando una lección.

—No digas estupideces, Jack. Yo jamás he estado tanto tiempo con una mujer para que se haga ilusiones, pero ella sí lo ha hecho conmigo y ahora siento que todo vuelve al mismo punto en el que me encontraba antes de conocerla y, ¡joder! —maldijo cerrando los ojos con rabia—, ¡la necesito! —exclamó sintiendo cómo se desgarraba por dentro al confesar lo que le ocurría.

—Si la quieres, lucha por ella, Owen. No te rindas ahora. Ayer la vi afectada, como si le costara hablar de ti, y eso sólo puede significar que también siente algo.

—Jamás he mendigado nada, Jack —masculló con desazón.

—No es mendigar —susurró con una sonrisa al oír aquella expresión tan alejada del amor—. Es luchar por lo que uno desea. Tú la quieres, ¿no?

—Por supuesto que la quiero, como jamás he querido a nadie en mi puta vida. Y sentirme así de vacío, ruin, desesperado, afligido y enrabiado es lo peor que me ha sucedido, mucho más que darme cuenta de que mi carrera profesional había acabado en una tarde —explicó angustiado.

—Pues, Owen, no te queda otra que pelear con uñas y dientes y enamorar a esa mujer.

El teléfono de Jack comenzó a sonar, interrumpiéndolos. Lo miró y contestó sin desviar la mirada de su amigo, que se encontraba pensando en sus últimas palabras, como si evaluara la posibilidad de hacer lo que él le había sugerido: luchar por Eva.

—Dime —contestó Jack.

—¿Está Owen contigo?

—Sí.

—¡Pásamelo! Necesito hablar con él urgentemente y no me coge el teléfono.

—Es Brian, quiere hablar contigo —le comentó Jack a Owen, entregándole el móvil.

—¿Qué quieres? —farfulló, harto de que no se dieran cuenta de que necesitaba estar solo para autoflagelarse y hundirse en la oscura miseria de su desdicha—. ¡¿Cómo?! —soltó al oír lo que Brian acababa de decirle—. Vale, gracias.

Se levantó de un salto y comenzó a subir la escalera rápidamente. Jack se quedó extrañado ante aquella repentina reacción y lo siguió.

—¿Qué pasa?

—Tengo que ir a la oficina.

—¿Ocurre algo? Brian no me ha dicho nada.

—No es sobre el negocio —aclaró sin detener un segundo sus seguros movimientos al escoger ropa: una camisa, unos pantalones y ropa interior, sin ni siquiera mirar a su amigo, que se encontraba desconcertado ante aquel arranque de energía.

—¿Le ha pasado algo a Eva? —tanteó, ya que otra cosa no hubiese activado a su amigo en tan pocos segundos.

—Todavía no, pero tengo que darme prisa —susurró desapareciendo en el interior del cuarto de baño y dejando a Jack todavía más confundido de lo que ya estaba.

Bajó del tren y el frío característico de su tierra la recibió con añoranza. Se detuvo un instante para observar el cielo azul pintado con nubes blancas, el sonido característico de su gente, el sol tímido alzándose en el horizonte, que intentaba calentar su piel. Comenzó a andar hacia la salida sintiendo que el tiempo no había transcurrido y que seguía siendo la misma mujer endeble y quebradiza que fue, pero, al ver a su hermano Lucas agitando la mano para que reparase en ella, aquel sentimiento comenzó a difuminarse, dando paso a una sonrisa al tenerlo de nuevo delante de ella. Cuando alcanzó su altura, se fundieron en un cálido abrazo que la reconfortó y la llenó de bonitos recuerdos, de tardes de risas y de confianzas a la luz de una linterna en casa de sus abuelos.

—Estás guapísima —indicó observándola con una sonrisa.

—Tú sí que lo estás. Debes de llevar a todas las mujeres locas.

—No te creas que tanto... —susurró mientras negaba con la cabeza con resignación—. Me tienen muy visto y pasan de mí, Eva —soltó cogiéndole la maleta y comenzando a caminar en dirección a su coche.

Ésta se echó a reír; su hermano siempre se quejaba de su escasez a la hora de ligar, aunque no debería, ya que su simpatía y esa manera de ser cordial hacían más que un atractivo físico como el que poseía Tomás. Su hermano pequeño no era tan agraciado; suponía que la causa era su prominente nariz y esos rasgos más angulosos y menos armoniosos, que le conferían un aspecto más rudo. Según su abuela, había heredado el físico de su abuelo...

—¿Cómo está el novio?

—A punto de darle un ataque al corazón —dijo mientras negaba con la cabeza—. No sabes el pésimo humor que tiene estos días. Todo le sienta mal, chica...

—Vamos, que estás deseando que se vayan de luna de miel.

—No sabes tú cuánto —afirmó con tanta seriedad que la hizo reír a carcajadas mientras se subía al vehículo.

Al poco llegaron a su pueblo, San Blas, situado muy cerca de Teruel, a sólo nueve minutos en coche sin tráfico. Volver a estar en esas calles donde había crecido, reído y llorado le hizo sentirse vulnerable. «No eres la misma, Eva, recuérdalo», se dijo al sentir cómo empequeñecía al ver de pasada algunos rostros conocidos.

—Eres la noticia del pueblo —la avisó Lucas, regalándole una divertida sonrisa.

—Y yo que quería pasar desapercibida... —farfulló mientras negaba con la cabeza sin dejar de mirar por la ventanilla.

—Me alegro de que al final hayas decidido venir a vernos... Te echaba de menos.

—Yo también —susurró mientras miraba cómo conducía, aminorando la velocidad para estacionar frente a la que había sido su casa.

—Cada quince días vienen a limpiarla. Quería que, cuando regresaras, te la encontraras igual que cuando te marchaste... —dijo mirándola antes de bajar del vehículo y señalar la fachada de su hogar...

Eva se bajó del coche y sintió cómo las piernas le temblaban, notando de golpe la tensión de todo ese tiempo atrás. Delante de ella se hallaba su casa, que estaba pegada a la de sus hermanos. Eran tres edificaciones exactamente iguales por fuera, pero, por dentro, cada una al estilo del propietario. Construidas cuando el negocio comenzó a ir bien y ansiaban permanecer juntos, uno pegado al otro, para siempre. Cogió su llave y abrió, notando cómo su hermano pasaba detrás de ella. Todo volvió como un *flash*: las lágrimas, la desesperación, la traición, el dolor, el enfrentamiento... Tragó saliva intentando controlar sus emociones desbocadas, algo bastante difícil cuando cada rincón de esa casa le recordaba lo vivido. Era como si los buenos momentos que había disfrutado entre aquellas paredes —muchos, en realidad — se hubiesen esfumado, permaneciendo intactos los que le hacían daño, los que le recordaban lo tonta que fue, los que le gritaban que ése no era su lugar en el mundo...

—Te tengo que dejar —anunció Lucas mirando su reloj—, debo volver al trabajo; si no, tu hermano vendrá a tirarme de las orejas. ¡Ah, se me olvidaba! Me ha pedido Tomás que te avise de que esta noche vamos a cenar juntos en su casa. Para celebrar la víspera de la boda, me ha dicho —comentó alzando los hombros con resignación.

—De acuerdo. Nos vemos, Lucas.

—¡Ven aquí! —exclamó cogiéndola para darle otro abrazo—. Me alegro de verte bien, Eva. Intenta descansar, ¿vale?

Ella asintió.

Lo vio salir y su caparazón se resquebrajó. No estaba bien, en absoluto. Llevaba llorando sin cesar desde que salió de la casa de Owen, sintiendo que parte de su ser se había quedado impregnado en cada rincón de esa vivienda que había sentido como un hogar y en cada resquicio del cuerpo de ese hombre que había hecho que volviera a sentir un amor tan grande que no podía medir. Cogió la maleta y se obligó a dirigirse a su dormitorio, que se encontraba arriba; al ir caminando por ese pasillo, se sintió extraña en su propia casa, como si estuviera de paso, como si ya no conectara con su yo anterior...

Después de colgar la ropa en el armario, no supo qué más hacer. Comenzó a deambular por cada estancia, intentando hallar algún recuerdo dulce, pero todos eran agrios, amargos y dolían mucho... Miró con temor su teléfono móvil y encontró varias llamadas perdidas de Daryl y unos cuantos mensajes preguntándole qué había ocurrido... Dejó el teléfono donde estaba, sin ánimo de nada. No había querido hablar con él respecto a lo sucedido con Owen y no le apetecía oír que debía dejarse llevar hasta que todo acabara. Si debía terminar, ¿por qué tenía que esperar a que fuera él quien diese ese paso? Se obligó a no darle más vueltas y decidió que lo mejor sería intentar dormir. Prácticamente no había descansado desde que se había marchado de casa de Owen...

Se despertó mareada y todavía más agotada de lo que había llegado. Miró a su alrededor, la decoración que había elegido ella para su dormitorio, y echó de menos su diminuto apartamento, sus pocas pertenencias y, sobre todo, a él... Anduvo arrastrando los pies y, cansada de vagar como alma en pena por esa casa que ya no sentía suya, se duchó y se preparó para la cena que celebraba esa noche su hermano mayor. Terminó mucho antes de lo que hubiese deseado y salió a la calle, ansiando sentirse en movimiento y no divagando sobre lo que podía haber sido y no fue... Sus pies la llevaron a la empresa familiar, situada casi a las afueras del pueblo, pero no muy alejada de donde vivían. Dudó acerca de si entrar o no; la última vez que pisó aquel lugar fue cuando todo sucedió y, si volvía a traspasar esas paredes, si se atrevía a dar ese paso,

reviviría cada instante que hizo cambiar el rumbo a su vida. Armándose de valor, ya que lo que deseaba era superar aquel triste episodio y no anclarse en él, entró. Todo seguía como lo recordaba. En la parte baja era donde se hallaba el área de fabricación; en aquellos momentos se encontraba en silencio debido a la hora que era, pues todos los trabajadores se habrían ido ya a sus casas a descansar después de una dura jornada laboral. Comenzó a subir los peldaños que separaban esa zona de las oficinas, notando cómo su cuerpo se preparaba para lo peor, como si creyese que podía volver a vivir aquel desengaño, como si se volviera a encontrar a Susi entre los brazos de Gustavo, en una actitud tan cariñosa que incluso le sorprendió, ya que con ella jamás había sido así y eso fue lo que más le dolió, darse cuenta de que su relación había sido una auténtica farsa... Anduvo en silencio, intentando no hacer ningún ruido, con miedo de ver a alguien que no deseara encontrarse, aunque, si su hermano había cumplido su palabra, esa persona ya no debería estar trabajando allí. Oyó la voz inconfundible de Tomás, que hablaba en susurros; no sabía si había alguien en el despacho con él o simplemente estaba hablando por teléfono. Se fue acercando poco a poco y, de repente, éste salió de su despacho y se sobresaltó al verla.

—Madre mía, qué susto me has dado —soltó Tomás entre risas al tenerla delante mientras cerraba la puerta de su despacho, sin darle opción a ver si había alguien dentro; por tanto, supuso que habría estado conversando por teléfono.

—No ha sido mi intención...

—¿Cómo estás? —preguntó acercándose a ella para darle un par de besos en las mejillas.

—Bien... —susurró mirando a su alrededor, como si, con cada rincón que viese, aquel dolor le punzara con saña el corazón.

—¡Vamos! ¿No te ha dicho Lucas que esta noche cenamos juntos? —inquirió guiándola hacia abajo a la vez que la cogía por los hombros.

—Sí.

—Va a ser una reunión muy íntima, sólo la familia más allegada. Greta quería hacer algo especial antes de la boda, ya que mañana iremos un poco de cráneo intentando atenderos a todos —explicó con una sonrisa.

—Normal —murmuró saliendo de nuevo a la calle. Aún seguía en *shock*, como si aquel influjo la hubiese poseído, impidiendo que se mostrara como siempre—. ¿Qué tal va la empresa?

—Bien, bien, no te preocupes —indicó con una sonrisa nerviosa—. Por cierto, luego tienes que firmar unos papeles. Nada importante, pero necesitamos tu rúbrica al ser tú también propietaria...

—Claro. ¿De qué se trata?

—De unas ayudas que estoy pidiendo al Estado para modernizar una de nuestras máquinas.

Eva asintió. Su hermano siempre estaba en todo y en parte le aliviaba saber que el legado de sus padres estaba en tan buenas manos. Se subió a su immaculado BMW negro y recordó el día en que se lo compró. Estaba tan entusiasmado, tan feliz de ir cumpliendo cada uno de sus sueños, que no pudo dejar de sonreír en todo el día, llevándolos a cualquier parte en su nuevo automóvil.

—Veo que, al final, tu amigo no ha venido —añadió antes de abrir la puerta de su casa, después de hacer ese pequeño trayecto en coche.

—No —susurró entrando y observando los cambios, para nada sutiles, que había experimentado la casa de Tomás. Había pasado del minimalismo extremo a la modernidad más ostentosa.

—¿Te gusta? —preguntó él, leyéndole el pensamiento.

—Sí. Se nota que ha entrado la mano de una mujer —comentó ella con una sonrisa afable; lo importante era que les gustara a ellos.

—¡Y mira qué mujer! —señaló al ver a Greta, que los miraba con una dulce sonrisa.

Eva sonrió al ver cómo su hermano se acercaba a su futura esposa y le daba un beso en los labios. Conocía a Greta desde hacía muchos años, pero, no sabía por qué, jamás fueron amigas. Era una chica introvertida y muy tímida, que prácticamente ni hablaba cuando se veían. Claro está que era otra época, cuando ella salía con su hermano e iba a su casa en calidad de nuera y cuñada. Ahora volverían a ser cuñadas, pero por otra razón... Seguía igual que antaño... Su cabello castaño se alzaba con destreza en un prieto moño; era menuda, mucho más bajita que Eva, delgada y con los rasgos finos y delicados. Parecía de porcelana. Sus ojos eran de color marrón claro y sus labios, delgados, se contrajeron en una diminuta sonrisa al verla.

—Hola, Eva —la saludó con cordialidad, acercándose para darle un par de besos—. Me alegro muchísimo de que al final accedieras a ser la madrina de Tomás.

—Gracias a ti por animarlo a que viniera a verme —dijo con una sonrisa.

—Quería que fuera feliz en nuestra boda y sabía que lo único que le faltaba eras tú —comentó sonriendo al sentir a Tomás, que la envolvía con su cuerpo en un tierno abrazo.

—Y cuando se le mete algo en la cabeza, no para hasta que lo consigue —confesó éste, dándole un beso en la cabeza. La diferencia de altura era enorme, su hermano tan alto y ella tan menuda, pero hacían una pareja adorable.

—Así conseguí que te fijarás en mí —comentó haciendo que Eva sonriese; parecía que la timidez la había dejado un poco olvidada y que aquellos años la habían hecho madurar—. Entra y ponte cómoda, Eva. Seguro que estarás cansada del viaje.

—He podido dormir un poco, gracias —dijo mientras se sentaba donde le indicaba, un enorme sofá rinconera de color amarillo mostaza que presidía todo el salón.

—Tomás, ayúdame un segundo en la cocina —le pidió cogiéndolo de la mano—. Ahora volvemos, Eva —señaló Greta llevándoselo dentro.

Eva sonrió; se los veía bien, enamorados, y aquello le alegró. Su hermano lo había pasado mal... La muerte de sus padres los había dejado a los tres desamparados y, aunque no habían estado solos del todo, ya que habían tenido unos abuelos que habían sabido llevar esa difícil empresa, fue él el motor que los ayudó a seguir adelante sin maldecir su mala suerte. Sin él, todo hubiese sido distinto; seguramente Lucas y ella hubieran estado decaídos por su mala fortuna, pero Tomás los influenciaba positivamente para que persiguieran cada uno de sus sueños, ya que, según él, el tiempo era efímero y nunca se sabía dónde se encontraba el final.

El timbre de la puerta sonó y Greta salió corriendo como un conejito danzarín para abrir. Era Lucas, quien, al verla, se sentó a su lado después de saludar cordialmente a la anfitriona.

—¿Has podido descansar?

—Un poco.

—¿Qué te parece nuestra cuñada? —preguntó con un hilo de voz.

—Bien, ¿y a ti?

Lucas no pudo contestar, ya que de nuevo el sonido del timbre de la puerta irrumpió en el salón.

—Ya abro yo —gritó éste para que ni Greta ni Tomás corriesen a abrir, ya que ambos seguían en la cocina.

Su voz, su mirada, la golpearon con tanta fuerza que no supo cómo

reaccionar. Sabía que tendría que volver a verlo, pero no que sería ese día en el que todos los fantasmas del pasado parecía que se habían puesto de acuerdo para perturbarla, pues no le habían dado tregua desde que había puesto un pie en su tierra, como preparándola para ese momento, aunque era difícil prepararse para algo así. Ni siquiera cinco años alejada de él habían conseguido tal logro...

—Cuánto tiempo, Eva... —saludó Gustavo con sorna, acercándose a ella.

Eva lo miró un instante y vio a su hermano pequeño, que negaba con la cabeza, tratando de decirle algo que no supo descifrar. ¿La intentaba advertir de algo?

Se levantó del sofá y se irguió, infundiéndose ánimos con ese movimiento. No quería que Gustavo pensara que todavía la afectaba su presencia, aunque fuera así y se sintiera como la muchacha que fue. Volver a ver su rostro —en el que sus pómulos se marcaban desafiantes; sus labios, herméticos, se estiraban para sonreír pretenciosamente; sus impenetrables ojos, que la miraban con frialdad mientras levantaba con descaro su nariz recta— y comprobar que todo estaba medido, desde su cabello engominado peinado hacia atrás hasta la perfección de su traje —sin contar, claro está, con aquella pose segura y prepotente—, le hicieron maldecir por dentro, ya que no comprendía cómo pudo estar enamorada de alguien como él. Sabía que había sido uno de esos flechazos que la cegaban de tal manera que no veía más allá de esa imagen que idealizaba su mente hasta decir basta. Ahora tenía claro que Gustavo era atractivo, sí, pero que jamás se podría comparar con el atractivo casi hipnótico de Owen, ese carisma y ese poder que rezumaba todo su ser. Gustavo quería ser poderoso, en efecto, pero sólo era un anhelo, un deseo que intentaba llevar a cabo costara lo que costase; en cambio, Owen lo era de manera innata, como si hubiese nacido para destacar, como si hubiese existido para recordarle a Eva que el amor era algo más que un flechazo, en el que se debían aceptar los defectos —algo que todo el mundo tenía, incluida ella—, y que debía enamorarse de la persona tal y como era, con sus cosas buenas y malas... Sonrió sardónicamente, sintiendo una fuerza que había temido que se hubiera quedado en Chicago, dándose cuenta de que Gustavo no era tan duro e intimidante como recordaba, porque ella ya no era tan quebradiza y endeble como antes.

—No tanto como quisiera —contestó Eva a su saludo.

—Vaya... Veo que cambiar de aires te ha sentado bien —dijo despacio, repasando lentamente su cuerpo con su mirada sombría, que la llenó de repugnancia.

—No sabes lo bien que me ha venido apartar de mi vida a ciertas personas

—soltó desafiándolo con la mirada.

—Y juntarte con exjugadores famosos, ¿no? —indicó Gustavo, pedante.

—Vaya... No sabía que me estuvieras vigilando. ¡Fíjate qué cosas! Fue dejarte y comenzaste a estar pendiente de mí. Si lo hubiese sabido, lo hubiera hecho antes y así nos hubiéramos ahorrado toda esa pantomima, ¿no? —añadió jocosa, provocando que Gustavo la mirase extrañado. Ella jamás contestaba a sus provocaciones, algo que había cambiado en esos años.

—Pero, por lo que veo, no ha durado demasiado esa relación que ha saltado al papel cuché... ¿Dónde está tu famosísimo novio?

—No ha podido venir —añadió con una forzosa sonrisa—. Supongo que como Susi, ¿no?

—Claro... —susurró sin dejar de mirarla y acercándose a ella con determinación.

—Voy a ver si los tortolitos necesitan ayuda —dijo ella dejando a su hermano y a Gustavo solos en el salón, ya que no deseaba mantener una conversación con ese hombre que intentaba provocarla y hacerle perder el control que se había impuesto mantener delante de él. ¡No quería jorobarle la boda a Tomás!

Se dirigió a la cocina sintiendo cómo las piernas le temblaban, consciente de que iba a tenerlo delante de ella toda la noche y también al día siguiente, sin poder escapar de su mirada dominadora y del amargo recuerdo de lo que vivió con él. Antes de abrir la puerta de la cocina, oyó por casualidad cómo hablaban Greta y Tomás; su nombre apareció en la conversación, pero no supo qué decían de ella, ya que prácticamente cuchicheaban. Al entrar, los dos la miraron como si los hubiese sorprendido su presencia o incluso como si los hubiese pillado haciendo algo que no debían.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó Eva captando sus gestos nerviosos.

—No —contestó Greta forzando una amplia sonrisa—. Lo tenemos todo controlado. Le estaba diciendo a tu hermano que se podía ir al salón con vosotros...

—Acaba de llegar Gustavo.

—Oh... —pronunció Greta tapándose la boca en un grácil gesto que le recordó a los de los cómics que leía de pequeña—. Espero que se haya portado bien. Le he dicho que no te moleste, que ya tenías bastante con volver de nuevo como para remover el pasado...

—Sí, tranquila... —susurró, ya que ella no tenía ninguna culpa de que su

hermano fuera un impresentable.

—¿Quieres que vayamos un momento a mi despacho y firmas eso que te he comentado antes? —preguntó Tomás mientras dejaba el trapo sobre la encimera.

—Claro —dijo mientras veía cómo Greta le sonreía con cariño y éste le daba un beso en la coronilla antes de abandonar la cocina con ella.

—¿Cómo estás? —preguntó Tomás abriendo la puerta de su despacho, que se encontraba muy cerca de la cocina.

—Bien. No te preocupes por mí. Sabía que tendría que volver a verlo, aunque lo cierto era que esperaba hacerlo mañana y no esta noche...

—Ya, te entiendo... pero al fin y al cabo es el hermano de Greta —susurró haciendo un gesto de resignación—. Mira, es esto. No hace falta que lo leas... Es aburrido hasta decir basta —añadió deslizando la silla para que ella se sentara y abriendo la carpeta que contenía los documentos.

Eva se sentó y miró aquellos papeles mientras se daba cuenta del nerviosismo de Tomás. No supo muy bien qué fue, si la mirada esquiva de su hermano, la prepotencia de Gustavo o aquellos susurros de Greta entre los que pudo identificar claramente su nombre, pero sabía que algo no iba como debía y que había alguna razón de peso para ese extraño comportamiento por parte de ellos.

—Me has dicho antes que es para la solicitud de unas ayudas, ¿no? —susurró deslizando su dedo por cada línea, donde no pudo leer en ningún momento esas palabras.

—Sí, exacto —confirmó posicionándose a su lado—. ¿Es que ya no confías en mí? —preguntó mostrándole una sonrisa tensa.

Eva lo miró un segundo. Sabía que esos documentos no eran para solicitar ninguna ayuda; no era tonta y de esas cosas ella tenía alguna noción... Ciertamente que era escasa, ya que esos temas siempre los había llevado él, pues ella se ocupaba de que las cuentas cuadraran a la perfección... Centró su atención en los documentos y vio las palabras que jamás hubiese querido leer.

—¿De verdad pensabas que iba a ser tan ilusa de firmar algo sin leerlo previamente? —murmuró despacio, como si vertieran en ella una tonelada de cansancio y agotamiento de golpe, sintiendo incluso que le pesaba cada músculo.

—Antes lo hacías —le recordó Tomás, haciendo que Eva asintiera, ¡y así le fue!

—Pero ahora ya no soy la misma... ¿Por qué? —preguntó señalando los papeles.

—Me he cansado, Eva... —bufó paseando despacio por su despacho, intentando hallar las palabras adecuadas para explicarle sus motivos.

—¿Y por eso vas a vender la empresa de nuestros padres?, ¿por cansancio?

—¡Tú no sabes lo que es dirigir una empresa! Has estado dando tumbos por Estados Unidos, quejándote de tu mala suerte, y te has desentendido de todo y de todos.

—Eso no es verdad, Tomás. Jamás he cogido un euro de las ganancias que se repartían todos los años porque prefería que se quedaran aquí, para que tuvierais un colchón económico para posibles necesidades. Sé que quienes habéis trabajado en la empresa familiar habéis sido vosotros, pero creo que me merecía que me dijeras la verdad y no que intentaras engañarme como a una cría.

—Tenía que intentarlo —confesó mostrándole una sardónica sonrisa que la sorprendió. ¿Desde cuándo su hermano era así?—: De todas maneras, te marcharás otra vez a Chicago. ¿Qué más te da que esto siga siendo nuestro o de otras personas?

—¡Es el negocio de nuestros padres! —exclamó levantándose de la silla para acercarse a él—. Yo también tengo derecho a opinar y no simplemente a firmar como una estúpida lo que se me señale.

—Tiene derecho a opinar, la niña. ¡Vale, perfecto! —bramó con sarcasmo—. Entonces, ¿qué opinas de que seas tú la única que esté haciendo lo que de verdad desea? Dime, porque tu hermano Lucas y yo estamos deseando escucharte... Porque, mientras tú has estado viviendo la vida loca, hemos estado aquí echando más horas que un reloj, sin tiempo para nada, ni viajar, ni disfrutar, ¡ni nada! Y ya estoy harto. Quiero vivir, quiero disfrutar el tiempo libre con mi mujer y no estar eternamente pendiente de las cuentas, el trabajo o la empresa. ¡Estoy agotado!

—Pero ¿qué te crees que he estado haciendo en Chicago? He estado trabajando en cosas peores que estar sentado, vestido con traje y corbata, repasando cuentas. He tenido que aceptar trabajos de todo tipo, y buscar dos trabajos simultáneos para sobrevivir, olvidándome por completo de lo que significaba tener tiempo libre, y todo ello para poder pagar los gastos básicos de lo que supone vivir allí, porque ni siquiera me ha alcanzado para ahorrar ni un centavo con mis dos míseros sueldos —soltó Eva, molesta por aquel

comportamiento egoísta por parte de su hermano—. Tú quieres vivir, ¡cojonudo! Te recuerdo que las cosas, ¡que vivir!, vale dinero, y mucho. Dime, ¿cómo vas a pagar esa idílica vida que quieres disfrutar sin mover un dedo?

—Con esta venta, por supuesto. Nos van a dar mucha pasta y ya tengo pensando dónde invertir una parte para poder vivir de rentas. Greta y yo nos merecemos disfrutar de la vida, dejar de preocuparnos por la empresa y empezar a pensar en nosotros dos.

—¿Y no has sopesado la posibilidad de contratar a un encargado y disfrutar de la vida, pero manteniendo el negocio?

—Eva, estamos a punto de quebrar —anunció con dureza.

—Me dijiste que el negocio iba bien —replicó desconcertada.

—Y me creíste sin más. Pero, claro, estabas demasiado ocupada en las Américas para preocuparte de cómo iban los balances —bufó Tomás en tono afilado.

—Quiero ver las cuentas.

—Ahora no, Eva —aseveró con determinación—. Ahora vas a firmar el acuerdo previo donde dice que me cedes todos tus derechos y tu parte del negocio, y nos vamos a deshacer de ese muerto que nos está enterrando en vida.

—No voy a firmar nada antes de ver esos papeles que dices —declaró Eva con rotundidad.

—Te has convertido en una testaruda desconfiada.

—Y tú, en un mentiroso calculador —le espetó Eva—. Dime, ¿la boda es real o también es una pantomima? Porque hace un momento acabas de referirte a Greta como a tu mujer y no como a tu prometida —añadió sintiendo una alarma que le indicó que debía salir corriendo de allí.

—Llevo casado con Greta desde hace un año y medio —la informó dando un paso hacia ella, mirándola de una manera desafiante, chulesca. No parecía el mismo hombre con el que había compartido niñez, era como si se tratara de un extraño—. Como ves, no te he necesitado para dar ese paso. Aún nos reímos de cómo te creíste esa tontería —añadió con frialdad, haciendo que ella apretara los puños con frustración—. Pero necesitábamos una excusa plausible para hacer que vinieras y Greta tuvo el acierto de dar con la solución que necesitábamos. Por eso viajé a Chicago, no porque ansiara que tú me acompañaras al altar, sino porque necesitaba que vinieras físicamente aquí. Creí que había sido una pérdida de tiempo al no ceder en nuestra primera

conversación..., pero menos mal que vino tu amigo y me llevó hasta ti —soltó presuntuoso, frío e intrigante. A Eva le asombraba oír esas palabras y percibir esa insensibilidad proviniendo de su hermano. ¿Podía cambiar tanto una persona?

—¿Lucas está al corriente de toda esta farsa?

—Por supuesto. —Rio lánguidamente, haciendo que a ella se le rompieran los esquemas. Su hermano pequeño, el único que pensaba que la quería, también había confabulado en su contra.

—Entonces, ¿todo lo que me contaste era mentira?

—Desde luego. Simplemente te dije lo que deseabas escuchar, para hacerte regresar. Nada más. Incluso te creíste lo del chantaje. Me dio la idea Gustavo, para cuadrar la historia y hacerte creer que era por culpa suya...

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Yo... hubiese aceptado vender... No hacía falta inventarse toda esta comedia para hacerme venir hasta aquí —titubeó, ya que, si ambos estaban de acuerdo en hacer algo así, resultaba absurdo oponer resistencia cuando ella ni siquiera vivía en España.

—Porque me hubieras dicho que no, como me lo estás diciendo ahora —indicó displicente.

—¡Te acabo de pillar mintiéndome a la cara! —le espetó Eva, enfadada.

—Vale, Eva. ¡Rebobinemos! —exclamó Tomás, mordaz—. ¿Sabes qué? Lucas y yo queremos vender la empresa de nuestros padres. Sí, esa que nos costó tanto sacar a flote y... ¿sabes quién nos la va a comprar? Oh, sí, Eva... Esa persona que acabas de pensar —soltó malicioso, sin apartar la mirada de la reacción de ésta—. Da igual que no firmes ese papel, era para aligerar más las cosas y no hacerte pasar por ese trago, pero mañana a las once tenemos que ir al notario y terminar de firmar la compraventa. Somos dos contra uno, no lo olvides. Vindrás, sí o sí —ordenó de malas maneras, dándose la vuelta y propinando un fuerte portazo al cerrar, que retumbó por toda la habitación, dejándola tan contrariada y desprotegida como antaño.

Se quedó quieta asimilando esas palabras. Todo había sido un embuste, una treta para hacerla flaquear y volver a España, una excusa para que firmara bajo coacción... La puerta se volvió a abrir y quien entró hizo que apretara los puños clavándose las uñas, sintiendo repugnancia y un odio que era imposible medir.

—Veo que ya te ha informado tu querido hermano —dijo Gustavo acercándose a ella con seguridad.

—No quiero hablar contigo —masculló molesta por tenerlo delante.

—¿Sabes? —replicó él sin hacer caso a su petición—. En el fondo quería que también fuese tuyo, por eso te pedí que te casaras conmigo; bueno, para ser sincero, lo hice porque hubiese sido cien veces más sencillo —se jactó, mostrándole una petulante sonrisa—. Me ha costado mucho convencer a tu hermano que lo mejor que podía hacer era venderme la empresa y así disfrutar con mi hermana en cualquier paraíso caribeño.

—¿Por qué tanto interés en esta empresa? —preguntó Eva, intentando esclarecer aquella obsesión por conseguir algo que desde un principio no le pertenecía.

—Porque es un filón de oro que no habéis sabido pulir. Vosotros habéis jugado a las casitas con ella, pero yo le sacaré el partido que se merece. Si lo piensas bien, va a estar en buenas manos. —Rio pretencioso.

—¡Pero está en quiebra! —tanteó; quería saber si su hermano había sido sincero o le había contado otra patraña más.

—Madre mía, Eva, sigues siendo igual de cándida y crédula. Tu maravillosa empresa no está en quiebra; al contrario, va facturando cada año más dinero, lo único que pasa es que tu hermano, aconsejado por mi seductora hermana, por supuesto, se ha dado cuenta de que la vida son dos días y quiere disfrutarlos al máximo entre las piernas de ella —comentó posicionándose muy cerca de Eva, a tan sólo un paso, haciendo que sintiera asco por su presencia y por las palabras nauseabundas que acababa de pronunciar. Jamás había conocido a una persona tan mezquina, capaz de mentir a cualquiera para alcanzar sus metas.

—Parece que haya sido adrede, ¿no? Ya que lo nuestro no cuajó, que lo de Tomás y Greta sí lo hiciera —insinuó, intentando encontrarle alguna lógica a todo eso.

—¿Adrede? Eva, no hay nada casual —indicó con una sonrisa presuntuosa—. Dime —susurró acercando su mano a la mejilla de ella, que al ver sus intenciones se apartó veloz, haciéndolo reír a carcajadas al ver su reacción—, ¿qué estarías dispuesta a hacer para conservar una pequeña parte de la compañía? —soltó mordaz, mirándola como si fuera un trozo de carne. A Eva, aquella actitud le revolvió el estómago. ¡Ese hombre era el ser más despreciable del universo y ella había estado enamorada de él!

—Jamás volvería a estar contigo, eso que te quede claro —anunció con dureza, enfrentándose a él sin temores, como debería haber hecho hacía

muchos años.

—No te estoy pidiendo que seamos novios... No podría, aunque quisiera, ya que estoy casado con Susi... —dijo cogiéndole un brazo con fuerza para acercarla contra su cuerpo, mientras Eva se quedaba alucinada al descubrir otra mentira que le había soltado su hermano—. Pero podemos follar aquí, ¿qué me dices? Un polvo, como en los viejos tiempos, y te daré un diez por ciento de la empresa.

—Suél-ta-me —masculló despacio, clavando su mirada fiera en él, sintiendo cómo la rabia se le agolpaba en la garganta y hacía que se le nublara la razón.

—Me estás poniendo cachondísimo, Eva. Nunca te había visto así de decidida, de fuerte... —susurró con lascivia.

—Suéltame, Gustavo, o te juro... —farfulló percibiendo que no tendría otra escapatoria que defenderse, costara lo que costase, aunque ello pudiese significar que ella misma saliera perjudicada, fracasando. Pero no iba a permitir que ese tipo volviese a utilizarla a su antojo. Había cambiado, ella no era la misma mujer que él conocía y debía utilizar ese hecho como un arma en su contra.

—Hummmm... Eres como una fierecilla. ¿Qué te ha hecho ese jugador para que hayas cambiado tanto? —siseó muy pegado a su oreja, para después deslizar de manera obscena la lengua por su cuello.

Eva tuvo que reprimir una arcada al sentir de nuevo su húmedo contacto, sus manos tocándola, su aliento sacudiendo con virulencia de nuevo el pasado, uno del cual no se sentía orgullosa, porque ahora era consciente de que había sido un títere en sus manos. Sin pensarlo, sólo ansiando salir de allí a la mayor brevedad y apartar a ese hombre lo máximo posible de su cuerpo, le clavó el tacón en el pie con todas sus fuerzas, volcando en esa acción toda la rabia y asco que sentía por él, para después, como resultado de su osadía, sentir cómo Gustavo le retorció el brazo hacia atrás, haciéndole daño.

—No te resistas, Eva... Lo vamos a pasar bien —masculló sin aflojar su agarre, como si no le hubiese importado que le clavara con saña el tacón.

Sin darse tiempo para nada más que no fuera escapar de allí, apretó el puño con rabia y le dio un puñetazo, seco y conciso, en la nariz, que le hizo soltarla mientras se llevaba ambas manos a esa parte dolorida de su cara. Gracias a esos básicos movimientos de defensa personal, salió del despacho de su hermano sin más dilación y enfiló corriendo hacia la salida. Vio de pasada a

Tomás y a Greta, quienes, al oír los insultos de Gustavo, fueron a ver qué ocurría. Sin detenerse, se dirigió a la puerta, que estaba obstaculizada por Lucas.

—Déjame salir —suplicó Eva consciente de que en cuestión de segundos Gustavo la alcanzaría y se encontraría a su merced.

—Tienes que firmar, Eva. Es lo mejor para todos... —pidió Lucas con vergüenza, agachando la mirada al suelo, sin poder enfrentarse a la mirada de ella. Se notaba que él no era la cabeza pensante de aquella encerrona, sino, simplemente, un secuaz más.

—Soy tu hermana. No puedes dejar que me hagan daño y él... —susurró viendo que Gustavo se acercaba a ella con el rostro desencajado y la nariz chorreando sangre.

—¡Hija de puta! —vociferó Greta, abandonando de un plumazo aquellos modales de niña buena para comenzar a correr hasta ella con el rostro descompuesto por la ira.

De repente, Lucas, percatándose de que todos los de esa casa estaban en contra de ella, la miró asustado y se apartó veloz, para dejarla salir y detener a esos tres que iban a por su hermana. La lluvia y el frío la sorprendieron, ya que ni siquiera había tenido tiempo de coger el abrigo ni el bolso, simplemente ansiando verse a salvo de esas personas en las que había confiado anteriormente. Siguió corriendo, haciendo resonar sus tacones por la calzada, resbalándose a cada paso, pero levantándose con la misma celeridad, sin darse tiempo a pensar dónde debería ir, sólo deseando huir de allí, de las palabras de sus hermanos, de la presencia de Gustavo y de esa mentira que había explotado en sus narices. El sonido persistente del claxon de un coche la sobresaltó y le hizo correr en dirección contraria, temiéndose que fueran ellos. La lluvia la había empapado por completo y le dificultaba ver por dónde iba, pero le dio igual. Quería alejarse lo máximo posible de ellos. Sabía que no podía ir a su casa, sus hermanos poseían llaves de todas y, además, sería absurdo esconderse al lado de donde vivían... Se sentía perdida de nuevo, otra vez en una noche de tormenta, otra vez por culpa de las mismas personas y otra vez sintiéndose una marioneta, incapaz de controlar su vida... Parecía que no aprendía jamás de sus errores, como si debiera pasar por esa situación una vez más para darse cuenta de que el dinero, la avaricia, hacían cambiar a la gente, incluso a la que pensaba que conocía... Una voz resurgió entre el ruido ensordecedor de la lluvia a su alrededor. Se giró incrédula, pensando que se

trataba de imaginaciones tuyas, pues era imposible que fuera verdad. En su pueblo, en mitad de aquel aguacero... ¡Imposible! Se secó como pudo las gotas de lluvia que se mezclaban con sus lágrimas para cerciorarse de que eran fabulaciones tuyas, que era ilusorio que hubiese oído esa voz. Se quedó sin aliento al ver sus ojos azules buscándola, su rostro desencajado por la preocupación, su presencia llenando aquel rincón de su pueblo y haciendo que ella contuviese la respiración. ¿Estaría soñando o de verdad era él?

Se acercó trémula, pensando que debía de ser otra farsa confeccionada por esas personas que eran su única familia, alguien semejante a Owen para poder hacerla flaquear y obligarla a realizar algo que en principio no deseaba hacer... pero, a la vez, ansiando que fuera real y que Owen estuviese frente a ella, que hubiese ido a buscarla, a salvarla... Pero ¿cómo era posible que aquello fuera cierto?

—Eva —gruñó con voz áspera, cogiéndole la cara con ambas manos, estudiando su mirada perdida, sus lágrimas incontrolables, su cabello empapado y su rostro pálido.

Un suspiro que le salió de lo más profundo de su ser la sorprendió al sentir sus manos sobre su rostro, que la calmaron y la llenaron de calor. No hicieron falta las palabras, ya que Owen la besó con desesperación, lamiendo las gotas de lluvia y las lágrimas que habían ido a parar a sus jugosos labios, intentando apaciguar su dolor, anhelando cambiar aquello que la había hecho salir corriendo en una oscura noche de tormenta sin ni siquiera un abrigo.

—Vamos —la apremió Owen quitándose su chaqueta para colocársela a ella encima.

—No podemos ir a mi casa —farfulló con dolor, percatándose de pronto de que él también estaba empapado de la cabeza a los pies.

—No te preocupes por nada, Eva. Estoy aquí contigo.

Y esas palabras le hicieron sentirse segura de un modo irracional, olvidándose de que tenía que ser más precavida y no tan cándida, importándole bien poco lo que ocurriría a partir de entonces, simplemente experimentando en su ser una paz que sólo le daba la presencia de él. Owen la subió a un taxi que los esperaba con el motor encendido a una calle de donde estaban, le dio las indicaciones al conductor y, durante todo el trayecto, no la soltó en ningún momento, abrazándola y entrelazando una de sus manos con una de ella.

—Menos mal que te he visto correr por la calle... —susurró pegado a su

cabeza, anhelando darle el calor que ella necesitaba, ya que Eva estaba temblando de arriba abajo, empapada por fuera y destrozada por dentro.

Ella lo miró un segundo; el claxon que había oído había sido de él; la estaba buscando, pero ¿cómo había sabido que lo iba a necesitar?

—Owen... —comenzó a decir entre tiritones.

—Luego —pidió éste mirándola fijamente, leyendo en sus ojos las mil preguntas que ansiaba que le respondiera. Ella asintió, centrándose en coger calor, tarea realmente difícil cuando todo su cuerpo estaba mojado.

El taxi los llevó al mejor hotel que había en Teruel. Entraron y Owen se encargó del *check-in*, sin dejarla sola ni un segundo, sin apartar sus manos de ella, comprobando en todo momento que estuviera a su vera, bien cerquita para no perderla de vista ni un segundo... para después acompañarla a la habitación que había solicitado, una *suite* para los dos... Nada más entrar, la llevó al cuarto de baño, comenzó a llenar la amplia bañera con agua caliente y, con delicadeza, empezó a desvestirla, besando cada parte de su cuerpo, anhelando que ésta volviese a ser esa mujer que se le había metido debajo de la piel, que lo provocaba con sus contestaciones y que, cuando sonreía, llenaba con un rayo de luz su apática vida. La ayudó a introducirse en el agua y Eva sintió cómo su piel se resentía por el cambio tan drástico de temperatura, haciendo incluso que notara como si se le clavaran mil agujas en cada rincón de su congelada piel. Enseguida sintió cómo Owen, gloriosamente desnudo, se metía en la bañera con ella, justo detrás, abrazándola y ayudándola a recuperar el calor corporal. Permanecieron un rato sin hablar, Owen pendiente de que Eva dejara de tiritar, sin dejar de rodear su trémulo cuerpo con sus brazos y piernas, y ella disfrutando de aquel momento de paz, de esa calma que había añorado tanto, de esa intimidad que siempre alcanzaban cuando estaban juntos.

—¿Estás mejor? —preguntó al sentir que Eva apoyaba la cabeza en su hombro y su cuerpo se relajaba al fin.

—¿Cómo sabías que...? —comenzó a decir, pero no pudo terminar la pregunta, ya que incluso le dolía verbalizar aquella traición por parte de sus hermanos.

—Cuando fui a hablar con tu hermano para convencerlo de que no cogiera ese avión sin haber hablado contigo de verdad, estuvimos conversando bastante. Hablamos de ti, de vuestra empresa familiar e incluso de ese hombre que te engañó... Le comenté que quería ayudarte y que había pensado en comprarle la parte que tenía ese tipo de vuestro negocio. Tomás comenzó a

divagar y a contradecirse, ya que en un principio me dijo que el negocio no iba tan bien como les hubiera gustado, pero, al ser consciente de que estaba interesado en comprar una parte, de repente el negocio era una mina de oro y las acciones de su socio valían un pico... Aquello me alertó, pero no quise decirte nada porque lo último que deseaba era que te preocuparas por algo que no había constatado. Por eso le pedí a Brian que me ayudara a esclarecer mis dudas; mientras tanto, Tomás me enviaba posibles acuerdos para comprar las acciones que tenía Gustavo, unas cantidades bestiales que me hicieron dudar todavía más, pero en ningún momento le mostré mis dudas, simplemente comencé a negociar algo que dudaba que fuera real.

»Ayer mismo Brian me llamó para darme la respuesta que tanto había buscado. Tu hermano decía, en parte, la verdad: el negocio iba muy bien y era rentable, pero tus hermanos tenían un agujero considerable de deudas personales que hacían tambalear todo aquello. Cuando Brian descubrió que éste había ido vendiendo porcentajes de su parte, igual que tu otro hermano, a ese hombre que tanto daño te hizo, no lo dudé y vine en cuanto pude. Temí lo peor y creo que no me equivoqué.

—Madre mía —logró decir Eva, consciente de las malas artes que habían utilizado Gustavo y Tomás para conseguir su fin—. Pero ¿qué deudas pueden tener mis hermanos? Desde que el negocio comenzó a darnos beneficios, pudimos vivir bien.

—Por lo que ha averiguado Brian, que es un crack haciendo hablar a más de uno, la culpa la tuvieron las apuestas. Comenzaron a apostar en cualquier cosa: fútbol, caballos... y poco a poco fueron quedándose sin blanca, ya que el anhelo era más fuerte que la sensatez.

—Es como si no fueran ellos, como si en realidad no los conociera de nada —farfulló, asombrada por aquella información.

—La gente cambia o simplemente muestra su verdadera naturaleza —comentó Owen.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó con curiosidad.

—Sabía que la empresa estaba ubicada en un pueblecito muy cercano a esta ciudad, ya que tu hermano me facilitó el nombre... Llegué y cogí un taxi que me llevó a las puertas de vuestro negocio, que encontré cerrado. Tuve que dirigirme al centro del pueblo para hallar a alguien que me echara una mano para saber dónde podrías estar; con ayuda del traductor de mi móvil, más o menos pude comunicarme con tus vecinos y me dijeron dónde vivían los

hermanos Romero. Iba de camino hacia allí cuando te he visto correr, tropezarte, levantarte y mirar hacia atrás, como si huyeras de alguien... —añadió asiéndole con fuerza la mano, sintiendo aquella necesidad repentina de salvarla del mundo, de coger a esos impresentables y romperles la cara, uno a uno, por haber hecho llorar a esa mujer que tenía entre sus piernas y que se había colado sin previo aviso en su alma.

—Huía de ellos —susurró muy despacio, notando cómo él se tensaba al oír aquella confesión.

—¿Te han hecho daño? —planteó con dificultad, como si, al pensar en esa posibilidad, una parte de sus entrañas se contrajera.

—No... He podido escapar gracias a que he dejado a Gustavo con la nariz sangrante.

—¡Ésta es mi chica! —exclamó dándole un beso en la cabeza, sintiéndose orgulloso de que Eva hubiese podido defenderse sola, aunque a él le hubiera gustado estar con ella...

—Todo era mentira, Owen —confesó sin percatarse de lo que éste le había confesado, creyendo que era una frase hecha sin más—. Mi hermano ya está casado y sólo querían que viniera porque necesitaban mi firma y mi presencia para realizar la compraventa. Creo, incluso, que sabían que al final no ibas a venir conmigo... Parece que me conocen mejor que yo a ellos —susurró al darse cuenta de que poco faltó para que Owen la acompañara a una boda ficticia. ¿Hubiesen hecho lo mismo Tomás y Gustavo si Owen hubiera estado a su lado? No sabía la respuesta a aquel enigma, pero, simplemente, Eva dedujo que ellos sabían de algún modo que iría sola, algo que en efecto había ocurrido.

—Si para ti esa empresa es importante, la compraré yo —sentenció con seguridad.

—No, Owen —dijo Eva, sintiendo cómo unas lágrimas se deslizaban con timidez por sus ojos, enrojecidos de tanto llorar—. No voy a pelearme por algo que llevo desatendiendo durante cinco años; no voy a malgastar mi tiempo en una empresa que está destinada a ser de él, porque, aunque pelee con uñas y dientes, Gustavo ganará de todas formas, como lleva haciéndolo todo este tiempo a la sombra de los miles de excusas de mi hermano Tomás. ¿Ellos quieren venderle el negocio familiar a ese hombre?, pues firmaré y que se lo quede entero. No quiero nada que me recuerde a ellos, a mi yo anterior, a esa mujer que parece que estoy condenada a ser cuando vuelvo aquí y que

aborrezco con toda mi alma, porque yo no quiero ser así, Owen. Yo quiero ser fuerte, capaz de defenderme, de vivir sin que nadie me ayude... y ellos borran a esa Eva que ansío ser.

—Siempre has sido esa Eva... Jamás he visto a una mujer con tantas agallas como tú, capaz de cualquier cosa, pero también con un enorme corazón, que ayuda sin poner objeciones... —declaró Owen mientras la ponía de cara a él, para que ésta lo mirase a los ojos, para que viera que estaba hablando en serio, que era la verdad y no una frase hecha para que se sintiera mejor.

—Contigo es fácil... —susurró sin poder mantenerle la mirada a esos impresionantes ojos azules que la escudriñaban con atención, anhelando captar algo más de lo que decían sus palabras.

—Entonces, ¿no vas a pelear por el legado de tus padres? Piénsalo bien, Eva; no quiero que después te arrepientas de una decisión en caliente.

—Mi padre... —susurró nostálgica—, según mi abuela, siempre decía que había que escoger qué batallas luchar y en cuáles retirarse, y ésta no es la mía. No llevo aquí ni un día y sólo he pensado en volver a mi casa, que, por supuesto, no es la que tengo pegada a la de mis hermanos en el pueblo, sino en Chicago. Ya no pertenezco a este lugar, Owen. No tengo a nadie aquí y es absurdo atarme de piernas y manos por algo que, incluso mi propio padre, delegó en otra persona, en su propio hermano, ese al que Tomás echó para ocupar su lugar... —susurró, consternada al darse cuenta de lo injustos que habían sido con su tío, ya que él había ayudado a su padre y ellos ni siquiera se lo agradecieron...

—¿Por qué hizo eso tu padre?

—¿Recuerdas que te dije que mis padres murieron cuando nosotros éramos muy pequeños?

—Sí, pero no me explicaste nada más...

Eva asintió, dispuesta a esclarecer aquel punto.

—Mi madre enfermó y mi padre dejó de trabajar para atenderla, dejando todo lo demás en manos de su único hermano; mientras tanto, nosotros nos fuimos a casa de mis abuelos, para que mi madre tuviera tranquilidad... No duró mucho; la enfermedad estaba muy avanzada y mamá falleció al poco. Desde ese fatídico día en el que mi padre perdió a la mujer más importante de su vida, no levantó cabeza. Prácticamente no recuerdo nada de aquellos días; era muy pequeña, tendría como mucho tres años. Lucas sólo tendría uno y Tomás, cinco... Pero en mi mente tengo una imagen grabada de días después de

haberla enterrado: mi padre sosteniendo una foto de ella, llamándola entre lágrimas, despeinado, muy delgado y demacrado. Mi abuela me confesó que la quería tanto que se fue marchitando con su pérdida...

—¿Y qué le ocurrió después?

—Dicen que se puede morir de pena, y es lo que a él le pasó. Dejó de comer, dejó de salir, dejó de beber agua..., dejó de vivir —murmuró Eva con tristeza—. A los seis meses de enterrar a nuestra madre, también enterramos a nuestro padre, y prácticamente no fuimos conscientes de esas grandes pérdidas. Supongo que Tomás sí se acordará de esos días, pero nosotros no... Lo que sí recuerdo es lo que me contaba mi abuela cada vez que le preguntaba por qué nosotros no teníamos padres, sólo abuelos; ella me decía, con los ojos brillantes por el dolor de perder a un hijo, que el amor que sentían mis padres no era de este mundo y que por eso tuvieron que irse a otro... —dijo con una tímida sonrisa.

Se quedaron en silencio, observándose detenidamente, cada uno absorto en sus pensamientos; ella, en lo triste que fue ese amor que sintieron sus padres, aunque vivieron un romance sin igual, como le explicó su abuela, pero con un final precipitado... y Owen, pensando en la aparente fragilidad de esa mujer que lo enamoró con su entereza, haciéndola todavía más real y atractiva para él, como si, con cada gesto que conociera de ella, aumentara lo que él sentía por Eva.

—Vamos, se está enfriando el agua —dijo con voz ronca, saliendo primero para alcanzar el albornoz y ayudarla a que ella se lo pusiera.

Eva no disimuló su mirada hambrienta al verlo de nuevo desnudo. Éste, con una sonrisa canalla, cogió una toalla y se la ató en la cintura para luego cogerle una mano para ayudarla a salir de la bañera y después secarla con otra de las toallas. Su manera de cuidarla, ese empeño en hacerla sentir bien, comenzó a hacerla dudar. Si él no quería nada con ella, ¿por qué había hecho ese largo viaje? «Porque eres la mejor amiga de su hermano, ¡pánfila!», le recriminó su mente, que era bastante dada a destrozarse ilusiones, algo que le hizo agachar la mirada y morderse el labio inferior; por un instante había creído que él sentía lo mismo que ella...

—Voy a pedir algo para cenar —anunció Owen mientras se secaba y se ponía el calzoncillo, dejándola casi noqueada al ver su perfecto torso.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer. Mañana vamos a volver a ver a tus hermanos y a ese

hombre que se ha empeñado en deshacer un legado familiar. Espero que se comporten contigo; estoy por llamar a Brian y que me envíe toda la información que recogió de la empresa. No quiero que te engañen y que te den menos de lo que te pertenece.

—No quiero ni un céntimo —susurró dejándose caer en la cama sin querer mirar el gesto extrañado de Owen al oírla.

—¿Cómo que no quieres tu parte? Por supuesto que la vas a coger, y me da igual que después la regales a quien te dé la gana. Pero ellos no se van a quedar ni un euro que te pertenezca a ti, ya te han fastidiado bastante como para regalarles tu tanto por ciento —afirmó envarado antes de coger el teléfono del hotel y pedir la cena para que la subieran. Después llamó por teléfono a Brian, con quien mantuvo una conversación rápida y concisa para que le enviara todo lo necesario a su correo electrónico, para que esas personas no abusaran todavía más de Eva de lo que ya lo habían hecho.

Tocaron a la puerta y Eva abrió para dejar entrar al camarero con la cena. Owen se acercó rápidamente, le tendió un billete y éste salió más contento que unas castañuelas.

—Come —la apremió al ver que Eva comenzaba a pasear la comida de un lado a otro, cavilando algo, ya que estaba en silencio desde que se habían sentado a cenar.

—¿Crees que intentarán hacer la transacción por un importe menor del que deberían?

—No me extrañaría nada. Han intentado engañarte desde el principio...

—He decidido que sí quiero el dinero y que voy a luchar para que Gustavo pague hasta el último euro que vale la empresa de mi padre.

—¡Menos mal que has entrado en razón! Ese dinero te va a venir muy bien...

—Ese dinero no me lo voy a quedar —le cortó rápidamente.

—¿Y qué vas a hacer con él?

—Lo voy a donar para que encuentren de una vez por todas una cura para la enfermedad que nos arrebató a nuestra madre —informó con determinación, haciendo que Owen la mirase con orgullo; así era su Eva.

—Pues come, que mañana nos espera una batalla campal —indicó con una sonrisa.

—¿Vendrás conmigo? —preguntó con un hilo de voz.

—Por supuesto, no pienso dejarte sola —sentenció haciendo que Eva

sonriera tímidamente. Sabía que, si él estaba a su lado, nada malo le ocurriría.

Jamás pensó llegar a tener una conexión tan fuerte con otra persona, poder conversar de cualquier cosa, abrir su mente y su corazón, dejando aflorar todos sus temores, sus ilusiones, sus alegrías y sus frustraciones, sabiendo que el otro la escucharía con atención y no la juzgaría, sino que intentaría ayudar al dar su punto de vista. Después de cenar, se tumbaron en la cama y siguieron hablando... de lo que les esperaba al día siguiente y de cómo afrontar aquella situación para poder ganar lo máximo. Fue tan íntimo, tan especial aquel momento, los dos mirándose a los ojos, con sus manos entrelazadas, sintiéndose, que poco a poco a Eva se le fueron cerrando los ojos, incapaz de mantenerlos por un segundo más abiertos. Lo único que vio fue la sonrisa perfecta de ese hombre que la hacía sentir especial y única y, cuando notó que él la estrechaba contra su cuerpo, simplemente el sueño la venció, sintiéndose dichosa por estar entre los brazos de él, pensando en que ese amor ya no tenía vuelta atrás y que lucharía con todas sus fuerzas para lograr que algún día Owen se enamorara de ella. Cómo lo haría, aún era una incógnita, pero no descansaría en su empeño.

Se despertó sintiendo los ojos pesados de tanto haber llorado el día anterior y notando un vacío en la cama que la hizo sobresaltarse, ya que Owen no estaba a su lado. Se incorporó y lo buscó por la amplia habitación, pero no había rastro de él ni de sus cosas. ¿Y sí...? «¡No!», se dijo, ya que su vocecilla interior era demasiado negativa y siempre pensaba en lo peor. Quería creer en alguien, necesitaba creer en él... Al poco, la puerta se abrió y apareció Owen, tan atractivo como siempre; al verla de pie, le dedicó una de sus mejores sonrisas gamberras, que le aceleró el pulso.

—Buenos días —saludó mientras dejaba unas bolsas encima de la cama.

—¿Dónde estabas? —preguntó acercándose a él, deseando arrancarle esa camisa blanca y desabrocharle con la boca cada botón de esos vaqueros que tan bien le sentaban.

—He ido a comprarte algo de ropa —anunció sacando de las bolsas todo

lo necesario para que se vistiera—. La que llevabas ayer sigue empapada y no da tiempo a que te la laven y...

Eva sonrió, sintiendo cómo su pecho se inflaba como un pavo real, casi a punto de estallar. Pero ¿cuándo había pasado de ser un ser odioso a un hombre tan adorable?

—Espero que te guste —añadió enseñándole unos pantalones vaqueros Liberto, un jersey grueso de color blanco y unas botas de media caña maravillosas en color negro—... y haber acertado con la talla —susurró enseñándole un conjunto de ropa interior de La Perla en color blanco.

—Supongo que tendré que probármela —dijo con coquetería, deslizando con lentitud el albornoz por sus hombros y notando los azulados ojos de Owen pendientes de todos sus movimientos.

—Deberías... —susurró con voz ronca, atento a cada movimiento de ella.

Eva sonrió al sentirse deseada, dejó caer con picardía el albornoz a sus pies y se acercó a él despacio, palpando en el aire la excitación que comenzaba a envolverlos y a llenarlo todo. Cogió la ropa que él le tendía y la dejó sobre la cama, centrándose en desvestirlo, botón a botón, deslizando con glotonería su lengua por cada centímetro de piel que descubría. Un gruñido salió de la garganta de Owen y sintió cómo éste perdía la paciencia y la cogía en volandas, haciéndola reír a carcajadas al verse tumbada de espaldas sobre el colchón. Poco le duró la ropa a Owen, ya que se la quitó con una rapidez insólita y la acechó de una manera tan sensual que Eva pensó que podía llegar a alcanzar el clímax sólo sintiendo esa mirada posada en ella. Comenzó a lamerle los pechos con delicadeza, sin dejar de acariciarla, como ansiando notarla todavía más de lo que lo hacía. Con cada mordisco que Owen le daba, éste gruñía de placer, al sentirla con él. Comenzó a descender de una manera tan provocadora que Eva tuvo que cogerse con fuerza de la almohada, temiendo perder la poca cordura que poseía en esos momentos. Sentir su maravillosa lengua tentar su clítoris fue devastador y comenzó a mover las caderas al frenético ritmo que él le marcaba, cada vez más rápido, cada vez más húmedo, cada vez más intenso.

—Córrete, Eva —pidió entre lametón y lametón, mirándola con tanta seguridad, con aquel halo de seducción que lo perseguía, que ella simplemente alcanzó el clímax.

Entre gemidos descontrolados, percibiendo que podía incluso llorar por sentir tanto con ese hombre, le cogió la cabeza para acercarlo a sus labios y

besarlo con desesperación, comprobando que el sexo con él no era sólo un acto, sino que lo era todo. Cuando ella aún seguía temblorosa, Owen, sin darle tregua, se puso rápidamente un preservativo y la penetró con todas sus fuerzas. Al sentirse anclados, jadeantes y enfebrecidos por la pasión que sentían, se miraron a los ojos intentando decirse todo lo que no podían verbalizar por creer que el otro huiría al oír lo que sentían y terminar con esa relación que les había servido para crecer como personas. Owen empezó a embestirla de una manera tan profunda que, a cada movimiento, Eva se sentía más conectada a él, como si su lugar en el mundo fuera a su lado, sin importar ningún destino concreto, sólo entre los brazos de ese hombre al que había detestado en un principio, pero que amaba como jamás pensó que amaría a nadie.

—No quiero que esto acabe —le confesó Owen mirándola a los ojos sin dejar de penetrarla con tanto acierto que estaba a punto de volver a alcanzar el clímax.

—Y no acabará —le prometió Eva, dándole un beso húmedo tan delicioso que Owen gruñó, devolviéndoselo con fervor.

—Tú y yo, nadie más —jadeó Owen haciendo que Eva abriera mucho los ojos, sorprendida ante aquella petición.

—Nadie más —musitó sintiendo que su corazón se elevaba varias octavas por encima de ellos y que un orgasmo atronador la envolvía, sellando aquel pacto.

—Joder, estaría toda mi vida follándote —confesó Owen bombeando con más fuerza y alcanzando el clímax, que le hizo tumbarse encima de ella, exhausto.

«Y yo estaría toda mi vida a tu lado», pensó Eva abrazada al cuerpo de ese hombre.

Se quedaron unos segundos así, tratando de controlar sus respiraciones. Owen se incorporó y le dio un pequeño beso en los labios.

—Vamos, preciosa. Hoy nos espera un día grande —la apremió saliendo de ella para quitarse el preservativo.

Eva lo miró con una sonrisa de enamorada; no se cansaría de verlo desnudo jamás. Al percatarse de que ella no hacía el ademán de levantarse, tiró de su mano para sacarla de la cama y así cogerla en brazos para llevarla a la ducha. Entre risas, roces y besos, se ducharon para prepararse para aquella cita en la que terminaría un ciclo y daría el primer paso otro.

Salieron del hotel de la mano y se dirigieron a San Blas en un taxi. Primero

pasaron por su casa, para recoger sus pertenencias, y vieron con asombro que su abrigo y su teléfono móvil se encontraban ahí; seguramente había sido Lucas quien lo habría acercado, ya que dudaba de que Tomás hiciera algo desinteresadamente por ella. Echó un vistazo a los mensajes que tenía y vio la dirección del notario y un mensaje bastante amenazador de su hermano mayor. Salió de allí sabiendo que no volvería jamás y comenzó a pensar en lo que debería hacer con esa propiedad que ya no deseaba tener; seguramente la vendería y añadiría ese importe a la donación que quería realizar. Se subieron de nuevo al taxi, que estaba prácticamente a su disposición, gracias a la cantidad indecente de dinero que le había prometido Owen a su conductor, para acercarlos a la notaria. Percibió cómo su corazón latía demasiado deprisa, pero, al sentir el fuerte y decidido agarre de Owen, supo que con él no tenía nada que temer. Al entrar, de lo primero que se percató fue de la cara de asombro al ver que no iba sola; todos palidieron, ya que éste tenía un físico fuerte, además de ser mucho más alto que el resto. Owen observó con gesto duro a cada uno de esos tres hombres que lo miraban con curiosidad y temor y, al ver que uno de ellos tenía la nariz hinchada, no pudo evitar sonreír al saber que Eva había sido la causante de marcar a aquel tipejo que la había utilizado durante años.

—¿Tanto miedo te damos, que has tenido que llamar a un guardaespaldas? —preguntó Gustavo jocoso, intentando simular que seguía controlando la situación.

—¿Qué tal tu nariz? Uy, veo que mal, mal... —contestó Eva sintiendo de nuevo esa fuerza que le transmitía Owen.

—Dijiste que no iba a venir —masculló Tomás, a quien se le había cambiado la cara al volver a tenerlo delante.

—Tú también dijiste que hoy te ibas a casar ¡y mira dónde estamos! —soltó Eva notando cómo Owen la cogía con más fuerza de la mano, ya que no entendía de qué estaban hablando y quería asegurarse de que nadie se metía con ella.

En ese momento, el notario entró en la sala donde se encontraban reunidos y Owen y Eva se sentaron.

—Buenos días —comenzó a hablar el recién llegado—. Como hemos hablado anteriormente, éste es el contrato de compraventa de la empresa familiar Romero S.L., que va a pasar a manos del señor Gustavo Martínez Gil —dijo mientras le entregaba el contrato.

Owen arrugó el ceño al no enterarse de nada de lo que se decía ahí, pues no podía pretender que hablaran en inglés sólo porque él no entendía el español. Por eso cogió su teléfono móvil y, gracias al micrófono que traducía a medida que el notario hablaba, y también a la función de cámara, que traducía cuando posicionaba el móvil encima del documento que les entregaron, comenzó a enterarse de qué iba aquella reunión previa a la firma. Eva lo miró un segundo; se notaba que estaba esforzándose al máximo por ayudarla y sonrió tímidamente al darse cuenta de que sin él no hubiese sabido qué hacer en una situación así de complicada. Fue consciente de que de vez en cuando no era tan malo dejar que otros la ayudaran, y aquel descubrimiento, lejos de asustarla, la reconfortó.

—¡No! —exclamó Owen de repente, haciendo que todos los de la mesa lo miraran. Comenzó a susurrarle a Eva lo que había visto y que necesitaba que se cambiara antes de que ella firmara.

Ésta asintió y, cogiendo el contrato y mostrando esa determinación que había sido su seña de identidad en Chicago, miró fijamente a los cuatro hombres que se encontraban pendientes de que hablara.

—El precio es ridículo. Esta empresa factura al año quince millones de euros; no voy a venderla por un puñado de éstos.

—El valor de la compraventa lo estipularon las dos partes —aclaró el notario con seriedad.

—Sin hablar previamente conmigo y, viendo que soy la accionista mayoritaria, ya que mis hermanos han ido vendiendo porcentajes de su parte al señor Martínez, no pienso malvender el negocio de mi padre.

—Pero ¿qué haces, Eva? —preguntó Tomás escandalizado, al ver que su hermana no agachaba la cabeza como siempre y no hacía lo que él le pedía sin ni siquiera cuestionárselo.

—Luchar por mis intereses, como haces tú por los tuyos.

—¿Cuánto dinero quieres? —pregunto Gustavo, pedante.

—Lo que me pertenece: cuatro millones de euros —replicó, y depositó el bolígrafo sobre la mesa, dejándoles claro que por menos no iba a firmar y, por lo tanto, no se realizaría la compra; aunque todos estuvieran de acuerdo, sin su firma no conseguirían realizar tal transacción.

—¡Estás loca! —exclamó Tomás al oír aquel precio desorbitado.

—No, Tomás. Soy consciente del valor real de esta empresa, de sus beneficios y del gran futuro que le espera. Sé que Gustavo lo aceptará, porque

en menos de un año lo ganará. A vosotros que os dé las migajas que os ha prometido —comentó con desdén, importándole bien poco lo que les pasara a partir de ese momento—, pero, si la vendo, quiero el dinero que vale.

—Está bien —dijo Gustavo al ver que no tenía escapatoria si quería conseguir su fin—. Juan, añade una cláusula donde estipule que a la señorita Romero le daré esa cantidad por la empresa.

—Como quieras —añadió el notario, levantándose de la mesa para hacer los cambios oportunos.

—¡Entonces yo también quiero ese dinero! —añadió Lucas, asombrado de aquella cantidad, bastante alejada de la que le había prometido a él.

—Tú te callas —apremió Gustavo de malas maneras—. Piensa que he sido muy generoso manteniéndoos en plantilla cuando yo tengo más acciones que vosotros —indicó con prepotencia—. Y te aseguro una cosa, Eva: no quiero más cambios. Te daré ese dinero para que te vayas de viajecito con ese armario ropero que tienes como novio —farfulló mirando con mala cara a Owen, que intentaba estar al quite de lo que decían.

—No va a haber ningún cambio más. Tú dame ese dinero y no me veréis el pelo nunca más. ¿Me habéis oído bien? —preguntó a sus hermanos. Tomás le mantuvo la mirada, sin darse cuenta de lo que había hecho, pero Lucas no pudo mantenérsela, temiendo que aquella idea no era tan buena como le habían prometido—. No quiero saber nada de vosotros. Me habéis defraudado y prácticamente me habéis vendido a este hombre.

—Yo... Eva —susurró Lucas sin atreverse a mirarla a los ojos.

—Ahora no te hagas el cándido, Lucas. Tú también estuviste de acuerdo en engañarla para que viniera hasta aquí —objetó Tomás en tono afilado.

—¡Pero jamás he querido hacerle daño! —exclamó Lucas intentando que Eva se diera cuenta de que él, simplemente, quería vivir sin trabajar.

«Tampoco es tan mala la idea, ¿no?», pensó Lucas, tratando de sentirse bien, aunque ver a Eva tan seria delante de él lo sacudió por completo, haciéndole dudar de lo que realmente era correcto o no. Pero Gustavo le había vendido tan bien esa idea idílica, prometiéndole mucho dinero para poder pagar sus deudas y, además, dándole la oportunidad de poder disfrutar del tiempo libre, de ese que jamás poseía, porque siempre estaba metido en la empresa, acatando órdenes de Tomás, como si él fuera el jefe supremo, como si no fueran copropietarios... Se había cansado de estar a la sombra de su

hermano mayor, pues, desde que Eva se marchó, nadie lo tomaba en cuenta, como si él sobrara, como si no valiera nada...

—Pues ya está todo dicho. Vamos a firmar, que tengo un vuelo que coger — anunció Eva al ver cómo el notario volvía a entrar en la sala.

Después de leer pausadamente el nuevo contrato redactado, de coger el cheque que le tendió Gustavo a regañadientes y de plasmar su firma en aquellos documentos, se levantaron de la mesa. Owen soltó la mano de Eva para acercarse a Tomás, que lo miraba asustado; éste le mostró una de sus mejores sonrisas, desafiante y chulesca, comprobando que Tomás no era tan valiente cuando se trataba de otra persona que no fuera su hermana.

—Como te vea otra vez intentando acercarte a Eva, juro que te hundiré en la miseria más profunda que existe. Porque hay una cosa que se llama «legalidad», y lo que tú has intentado hacer con ella se podría considerar una estafa, un engaño y un robo —dijo Owen muy despacio, saboreando las palabras que sabía que él entendería, ya que Tomás hablaba inglés—. Y tú — señaló a Gustavo, que se irguió al ver a ese hombre mirándolo con resquemor —, olvídate de que existe esta mujer.

Gustavo tragó saliva con dificultad, ya que Owen impresionaba mucho... Sus fuertes músculos, su mirada desafiante y esa voz ronca y rasgada que se le cambiaba cuando estaba furioso lo convertían en alguien temible. Eva lo cogió de la mano y, sin ni siquiera despedirse, ya que no se merecían tal consideración, salieron de allí y se dirigieron directamente al primer banco que vieron, para ingresar el cheque y que a Gustavo no le diese tiempo de anularlo, aunque dudaban de que se atreviera a hacerlo; llegado el caso, Owen no sería tan benevolente como había sido hasta entonces, y el exnovio de Eva no era tan valiente como hacía creer a todo el mundo. Con el dinero en su cuenta, se marcharon de su pueblo natal en el taxi que los había esperado pacientemente. En el trayecto, Eva se comunicó con un conocido de Owen que tenía un contacto directo con la asociación a la que deseaba legar el dinero. De camino a Madrid, para coger el avión que los llevaría a Estados Unidos, consiguió hablar con el encargado de dicha asociación. No pudo dejar de sonreír al percatarse de la alegría que les había supuesto saber que iban a recibir tal cantidad de dinero, ya que gracias a ella podrían realizar muchas investigaciones para poder erradicar aquella grave enfermedad. Al finalizar la llamada, sintió la mirada de Owen, que la observaba fijamente.

—Me sorprendiste al ayudar a mi hermano desinteresadamente, pero eso

fue sólo una prueba de todo lo que eres capaz por ayudar a los demás — afirmó con orgullo—. Jamás me he equivocado tanto con una persona, y yo que creía que eras una aprovechada —anunció con una sonrisa que a Eva se le contagió, pues ella también se había equivocado con Owen, creyendo que era un ser frío y prepotente.

Aquel fin de semana que Eva había creído que sería un cúmulo de recuerdos agrios en un entorno donde el amor triunfaba con un «sí, quiero» que jamás llegó, se había convertido en un escenario dantesco, en el que había vislumbrado la peor cara de esas personas que había querido y creído sin titubeos, a los que les había cegado la avaricia, el dinero y una quimera que esperaba que no se les truncara por el camino. Aquel descubrimiento que la zarandó con violencia, haciendo que reviviera aquel episodio que la hizo huir a Chicago, se juntó con el hecho de que había podido dar ese duro y difícil paso en el que zanjaba muchas cosas que había tenido en pausa durante cinco largos años, y eso hizo que se sintiera bien al haber hallado una solución gracias a la cual su conciencia estaría libre de culpas.

—¿Estás bien? —preguntó Owen sin dejar de cogerla ni un segundo de la mano.

—Sí, ahora sí —susurró mientras le mostraba una amplia sonrisa.

Owen la miró y le devolvió el gesto. Esa mujer era increíble y una vez más se lo estaba demostrando. Había soportado estoicamente una reunión delante de esos traidores que llevaban su misma sangre, había podido aguantar la mirada a ese desgraciado que la había destrozado por completo en el pasado, pero, como un ave fénix, Eva había resurgido con más fuerza y más entereza, descubriéndole a Owen lo que significaba el amor de verdad. Aún no había podido hablar con ella de ese tema; sabía que Eva no deseaba estar con él, aunque esa misma mañana se había abalanzado encima de él llenándolo de calor y excitación. ¿Sería posible que Eva fuera la versión antigua de él, en la que el amor no tenía cabida en su práctica y vacía vida? Esperaba que no, porque lo que más ansiaba en este mundo era que se diera cuenta de que él ya no podría volver a mirar a otra mujer, porque, para Owen, Eva lo era todo y sin ella se encontraba frío y perdido...

—¡Eva! —volvió a gimotear Daryl mientras la estrechaba contra sus brazos por enésima vez desde que ella llegara a su apartamento y le relatara por todo lo que había pasado en su tierra natal.

—Estoy bien, no te preocupes —susurró observando su pequeño salón.

Había llegado esa misma tarde, después de quince horas de vuelo, exhausta y nerviosa por todo lo acontecido, pero mucho más por no saber cómo afrontar la teórica despedida que debería transcurrir cuando llegaran a Chicago. Ella no deseaba separarse de él, pero tampoco sabía cómo decírselo sin que sonara muy desesperada...

Volaron en primera clase cerca de la una del mediodía y tuvieron que hacer escala en Nueva York, pero fue el único vuelo que pudieron encontrar con tan poco margen de tiempo. Lo bueno, por decir algo, era que la diferencia horaria los ayudó a alargar más aquel día repleto de tensiones, ya que llegaron a su destino a las siete de la tarde... Durante el trayecto, Eva caviló las mil y una maneras de decirle a ese hombre que se encontraba dormido a su lado que lo quería como jamás pensó que ocurriría.

Cuando pisó aquella ciudad que se había convertido en su casa, Owen pidió un taxi y dio la dirección del apartamento de Eva, dando por hecho que ella deseaba ir allí... aunque lo que ella hubiese preferido era estar con él, en su casa, compartiendo las pequeñas cosas que hacían grande un día, y no ver cómo se marchaba en el interior de ese taxi, dejándola sola y desamparada. No pudo sugerirle que subiera un rato a su piso, ya que él se debía dirigir directamente donde estaba ubicado su negocio, pues lo habían llamado para una reunión urgente.

—No me lo puedo creer... Espero que no aparezcan más por aquí, porque te juro que les meto una sonda y de las grandes —soltó, haciéndola reír.

—No, se acabó —susurró apoyando la espalda en el respaldo—. No voy a regresar nunca más a España, ya no hay nada allí que me haga volver...

—No pienses que estás sola, ¿eh? —señaló Daryl, leyéndole el

pensamiento.

—Ya... Te tengo a ti, a mi mejor amigo —comentó con una sonrisa de ternura dirigida a él.

—Y también tienes a Owen, que no se te olvide.

—No tendré tiempo suficiente para agradecerle todo lo que ha hecho por mí, Daryl. Tu hermano se ha portado muy bien conmigo y me ha ayudado cuando más lo necesitaba.

—Seguro que a Owen se le ocurre alguna manera de cobrarse lo que ha hecho —replicó con una sonrisa repleta de intenciones que la hizo sonreír.

—Supongo que sí, pero, luego, ¿qué?

—¿Qué de qué? —soltó sin saber a lo que se refería.

—A ver, Daryl, ya sabes que estoy enamorada de tu hermano, pero él no quiere nada serio con ninguna mujer. Te recuerdo que estoy hablando del macho alfa de Chicago, Owen Baker, el *rompebragas* a distancia —anunció Eva, haciendo que Daryl negase con la cabeza, divertido.

—¡Lo de *rompebragas* a distancia me ha encantado! —exclamó entre risas.

—Te estoy hablando en serio, Daryl. Estoy en un lío, y de los grandes. Me he dado cuenta de que no puedo alejarme de él, porque básicamente no quiero hacerlo... pero sé que, si sigo con él, llegará el día en que me rompa el corazón a trocitos tan pequeños que será imposible de reconstruir...

—A ver, Eva... —dijo con cariño—. Mi hermano jamás ha tenido novia.

—¿Ves? Por eso necesito tu ayuda. Me tienes que decir lo que tengo que hacer para enamorarlo, para intentar que él me quiera como yo a él —añadió, dispuesta a hacer cualquier cosa, incluso raparse la cabeza, aunque preferiría no llegar a ese extremo; supuso que no estaría muy favorecedora con ese *look*, pero bueno, ¡todo era probar!

—No te puedo ayudar, Eva... —indicó con ternura.

—¡Joder, lo sabía! Sabía que sería una causa perdida, que sería imposible hacerle cambiar de opinión. Al fin y al cabo, él es así: un seductor nato —se lamentó mientras se tapaba la cara con un cojín, avergonzada de haberse enamorado como una tonta del hombre equivocado.

—No, no me has entendido —replicó su amigo, divertido; parecía que aquello le estaba haciendo mucha gracia, aunque Eva no viese dónde estaba el chiste—. No puedo ayudarte a enamorar a mi hermano porque él ya lo está.

—¿Cómo? —soltó Eva extrañada, intentando encontrar lógica a lo que éste le decía.

—Owen te quiere, Eva. Jamás he visto a mi hermano tan pendiente de una mujer como lo está de ti. Nunca le ha durado tanto un lígüe, eso te lo puedo asegurar, que lo hablé el otro día con Jack —añadió con determinación—. Te quiere...

—No puede ser —susurró incrédula—. Es imposible, si él me quisiera...

—¿Hubiera ido a España, dejando su nuevo trabajo, temiendo que te engañaran? —soltó, haciéndole abrir los ojos de par en par, dándose cuenta de todos esos pequeños detalles que ella simplemente desechaba con cualquier excusa para no ver la realidad.

—Pero él nunca me ha dicho que me quiere —farfulló Eva, intentando agarrarse a una realidad que le era más simple de concebir.

—Pero te lo ha demostrado, Eva, diariamente, con pocas palabras, pero grandes gestos.

Y entonces Eva fue recordando momentos vividos con él... la manera como la cogía de la mano, importándole muy poco que le sacaran fotos con ella; la manera que tenía de mirarla; esas palabras que podían tener muchos significados, pero que ella siempre descartaba, y aquel viaje que había hecho...

—¿De verdad que crees...? —susurró precavida; no quería ilusionarse con algo así, ya que la caída sería más aparatosa.

—Lo creo yo, Nathan, Jack, Brian e incluso Clive —comentó con una sonrisa, contento al contemplar la cara de ilusión que comenzaba a poner su amiga.

—Entonces, ¿a qué estamos jugando? —soltó dando un brinco del sofá.

—Creo que al gato y al ratón, pero no te sabría decir —dijo observando sus movimientos—. ¿A dónde vas?

—A poner las cosas claras de una vez por todas —confesó con arrojo.

—Pero se ha ido a su empresa; los ha reunido Brian para hablar.

—Lo sé. Brian les va a decir que se va a un bufete de abogados muy importante de la ciudad —le anunció, intuyendo que al final había aceptado aquel puesto y asombrando a Daryl por aquella noticia—. Pero no quiero esperar más, Daryl. Si lo que dices es verdad, ¡joder!, nos queremos y estamos dando tumbos sin que ninguno de los dos dé el primer paso —afirmó mientras se ponía la chaqueta, dispuesta a llegar al meollo de aquel asunto.

—Pero ¿qué vas a hacer?

—No lo sé, sólo quiero verlo y decirle lo que llevo tanto tiempo

callándome, por miedo de que él se asuste y salga corriendo.

—¿Y si sale corriendo? Sé que siente algo por ti, pero no sé hasta qué punto quiere formalizar lo nuestro —susurró Daryl; lo que menos deseaba era empujarla a hacer algo y que se estrellara por su culpa.

—Voy a correr ese riesgo, Daryl. Ahora estoy completamente segura de que quiero dar este paso, pase lo que pase; aunque prefiero que él me bese y no que salga pitando —bufó haciendo un gesto de pánico.

—Anda, corre, mala pécora, y cuéntamelo todo después... Bueno, si mi hermano te deja respirar un segundo —añadió entre carcajadas, ya que estaba convencido de que Owen no la espantaría, sino que la besaría, sellando así el amor que sentían el uno por el otro.

Se subió a la moto y se dirigió al edificio Aon Center con celeridad. Se había cansado de callarse, de intentar poner freno a algo que era imposible de retener, y aquella posibilidad de que Owen pudiera sentir lo mismo le dio las fuerzas necesarias como para enfrentarse a esa difícil conversación, en la que los sentimientos serían los protagonistas, y su relación, el tema principal. Dejó la motocicleta en el parking subterráneo y subió las ochenta y tres plantas sintiendo cómo su corazón la ensordecía y las palmas de sus manos se perlaban de sudor. El pitido la avisó de que había alcanzado la planta seleccionada; la quietud de ese edificio la puso todavía más histérica. Entró en la oficina vacilante, observando la tranquilidad de aquel lugar fuera del horario laboral. Se dirigió al despacho de Owen, pero se lo encontró vacío, y probó suerte en el de Jack.

—Sólo quedo yo —oyó a su espalda, sobresaltándola.

—Hola, Brian —lo saludó con una sonrisa—. ¿Qué tal se lo han tomado tus amigos?

—Muy bien, como tú dijiste. Se han alegrado mucho de que me haya llegado esta gran oportunidad.

—Claro que sí.

—¿Necesitabas algo? —preguntó señalando la puerta de Jack.

—He venido a ver a Owen, quería hablar con él. Parece que las quince horas que nos hemos tirado en el avión se me han quedado cortas —indicó jocosa, haciéndolo reír.

—A veces es difícil encontrar las palabras adecuadas, ¿verdad?

—¡Mucho! ¿Sabes dónde está?

—Sí, se ha ido hace media hora al estadio de fútbol, para concretar la

táctica del próximo partido que tenían.

—De acuerdo, pues iré para allá. Espero que no me tire a la cabeza ningún balón de esos cuando le diga lo que siento por él. Tienen pinta de ser duros, ¿verdad?

—¡No puede ser! —exclamó Brian sonriente—. ¿Lo quieres?

—Culpable —afirmó con seriedad, haciéndolo reír otra vez.

—Espera un segundo, ¡tengo una idea!

—¿Una idea? —repitió dudosa, observando la mirada divertida de éste.

—Ven, confía en mí. Ya verás cómo Owen jamás olvida este día —dijo mientras la empujaba hasta su despacho.

Se removió el cabello, agotado, mientras salía de la sala de reuniones del estadio de los Chicago Bears. Lo único que deseaba hacer en esos momentos era llegar a su casa y encontrarse la sonrisa amplia de Eva, que lo reconfortaría y lo haría sonreír, pero eso era imposible que sucediera, ya que ella estaba en su apartamento... ¿Por qué tenía que ser tan difícil? Él quería estar con ella, ¿por qué Eva no? Ni siquiera hizo el ademán de invitarlo a su apartamento después de la reunión que tenía concertada, ni tampoco le preguntó si podía ir a su casa después. Era como si el pequeño atisbo que había vislumbrado esa mañana, de aquel día que parecía interminable, se hubiera evaporado. ¿Y qué podía hacer para enmendar aquello? Jamás había tenido que insistir tanto para estar con una mujer; era verdad que nunca había tenido la necesidad de ver a una tanto como ansiaba ver a Eva, ya que sus relaciones se basaban en un par de noches de diversión y poco más. Ni siquiera llegaba a conocerlas, pues así se aseguraba de que ellas no se enamoraran de él, aunque alguna sí que cayó en ese error y él la desechó de su lado sin inmutarse. ¿Era posible que el karma le estuviera devolviendo todo el dolor que había ocasionado a otras mujeres? Era probable, aunque prefería pensar que no lo tenía todo perdido y que seguiría intentando enamorar a Eva, aunque no tuviera mucha idea de qué debía hacer para que ella se fijara en él de esa manera. Tuvo que abandonar sus pensamientos cuando vio en el suelo una pelota con una nota blanca pegada. La cogió y leyó lo que ponía: «¿Quieres». Owen miró a ambos lados de la salida y no vio a nadie, pero se percató de que, a pocos pasos, había otra pelota con las mismas

características. Se acercó extrañado y la cogió para leer que ponía en el papelito: «ser». Todavía más confuso, siguió el camino que le estaba trazando aquel inusual recorrido de balones de fútbol americano, hasta llegar a la siguiente pelota, en la que leyó «mi». Parecía alguna broma, pero la curiosidad le hizo llegar al siguiente balón, que parecía el último, pues se encontraba cerca de la puerta que daba a la calle. Cogió el balón y leyó «novio?». Esa palabra le hizo enarcar una ceja, asombrado, ya que la frase era bastante clara y concisa, pero seguramente no iba dirigida a él. El sonido de un claxon repetidamente le hizo salir a la calle y al verla, sobre su moto, con una sonrisa radiante y con una pelota en las manos, que le lanzó sin titubear, le hizo parpadear varias veces. No podía ser, era imposible que ella hubiese hecho algo así. Cuando cogió la pelota que le había lanzado Eva, leyó el papel que llevaba pegado: «¿Qué me dices?». ¡Era ella! La miró un segundo y dejó la pelota dentro del estadio, para después acercarse a Eva despacio, pensando en cómo había cambiado el día mientras le sonreía de una manera gamberra, pues ella se encontraba expectante y temerosa de su reacción.

—¿Has hecho tú eso? —preguntó Owen con voz ronca, haciendo que Eva asintiera con la cabeza mientras se mordía el labio inferior, nerviosa.

—Sí, aunque me han ayudado un poquito —susurró encogiéndose de hombros. Estaba tan adorable en esos momentos que le estaba resultando muy difícil no cogerla entre sus brazos y besarla hasta quedar saciado—. ¿Qué me dices?

—¿A qué? —soltó juguetón; quería oírlo de sus labios, de esos que ansiaba devorar, ya que había pensado que jamás conseguiría tener el amor de esa mujer, pero parecía que se había equivocado.

—Owen Baker número ochenta y siete —comenzó a decir Eva con solemnidad, haciendo que él reprimiera una carcajada al verla tan seria—, ¿quieres ser mi novio?

—No —contestó él, haciendo que ella titubease y que apagase esa sonrisa de golpe. «Joder, ¡cuánto la quiero!», pensó frenando su cuerpo, que lo arrastraba hasta ella—. Quiero ser tu amigo, tu amante, tu compañero, tu confidente, tu amor y, por supuesto, la persona que te haga sonreír todos los días, que te ayude a conseguir todas tus metas, que te valore como te mereces y que te haga tan feliz como tú me estás haciendo a mí —declaró mientras la cogía de la mano y sin dejar de observar cómo su rostro cambiaba a cada

palabra que él pronunciaba—. Lo quiero todo contigo, Eva; no puedo ni voy a renunciar a nada. Tú me completas.

Eva sonrió al oír esa declaración que le valió más que un simple «te quiero», porque lo de ellos era tan grande que era imposible utilizar sólo esas palabras.

—¿Vas a besarme ya o voy a tener que rellenar una instancia? —preguntó Eva, deseosa de sentirlo.

Owen comenzó a reír a carcajadas al ver el gesto de desesperación de Eva; era ella, sin duda alguna, la única que había conseguido que su corazón se removiera por otra persona... y lo había logrado siendo ella misma, sin artificios ni empeños, enamorándolo con su manera de ser y con la forma que tuvo de ayudarlo cuando más lo había necesitado. Le enmarcó la cara con ambas manos, mirándola primero fijamente a los ojos, grabando a fuego aquel momento que reviviría mil veces para acordarse de la gran suerte que había tenido de que Eva se fijara en él, para después fundirse en un beso con el que sellaban aquel amor que sentían y que los había llevado a superar su pasado para poder crecer juntos y, así, ser invencibles.

Epílogo

Aplaudo con tanto entusiasmo que me duelen hasta las manos, pero no es para menos. Owen, el nuevo entrenador jefe de los Chicago Bears, ha logrado ganar, con su profesionalidad y dedicación, la Super Bowl, que es la final por excelencia en el fútbol americano; una final en toda regla, que alcanza el reconocimiento de todo el país y que se celebra el primer fin de semana de febrero. Uf... Sólo de pensar que ha pasado más de un año desde que nos dimos cuenta de que estábamos locamente enamorados el uno del otro me parece hasta mentira. ¡Se me ha pasado el tiempo volando! Y eso que nos ha cundido...

Prácticamente desde que salimos del estadio montados en mi moto, ya que Owen había ido allí en taxi, comenzamos a vivir juntos en su casa, porque ninguno de los dos queríamos estar separados del otro. Madre mía, aún recuerdo su cuerpo envolviendo el mío detrás de la moto y me dan unos calores que sería capaz de proporcionar calefacción a todo el continente. Era la primera vez que se montaba conmigo y la verdad es que no fue la última... Poco a poco comencé a llevarme cosas a su casa, hasta que un día Owen me propuso realizar por completo la mudanza y vaciar el que fue mi piso para vivir con él de manera oficial. ¡Por poco salto de alegría! Vivir con Owen es estar en el paraíso. Nos llevamos bien, nos reímos de nuestras diferencias y nos ayudamos a superar los escollos que nos surgen en el día a día. Somos felices, algo que llevábamos mucho tiempo sin ser, cada uno por sus razones, pero al fin y al cabo por la misma: el pasado... Hasta que nos dimos cuenta de lo importante que era superar algo que no podía cambiarse, tuvimos que tropezarnos varias veces con la misma piedra, pero, gracias a que nos encontramos y que cada uno ayudó al otro, hemos ido fabricando unos sólidos cimientos para poder tener un futuro igual de bueno que el presente, como éste que estamos viviendo: los Chicago Bears campeones y Owen convirtiéndose en una referencia como entrenador. Ya sabía yo que llegaría lejos, porque Owen es sublime haga lo que haga.

Nuestros amigos, y para mí mi única familia, ya que se han convertido en personas tan importantes como indispensables, se alegraron tanto de que al fin nos hubiéramos dado cuenta del gran equipo que hacíamos que incluso nos organizaron una fiesta. La de risas que nos pudimos echar esa noche Owen y yo, al ver los carteles que habían fabricado con nuestros nombres entrelazados y un «¡Menos mal que se han dado cuenta!». A aquella fiesta también asistió la madre de Owen y Daryl, que me recibió con los brazos abiertos y me confesó al oído que para ella siempre había sido su nuera, desde el mismo momento en el que me conoció como la supuesta novia de su hijo Daryl. Me sentía querida, mucho más de lo que jamás había sido en toda mi vida.

Además, a esa felicidad que me embargaba por tener a mi lado a un hombre que me hacía sentir, pero de verdad, había que sumar que mi amigo Daryl seguía saliendo con Nathan y se había comprado una casa bastante cerca de la nuestra, para, al poco de estar instalado mi amigo, comenzar a vivir juntos en pareja. Se lo veía tan bien y tan él, que me era imposible quererlo más. Parecía que al final nuestra mala suerte había dado un drástico giro y habíamos pasado de ser unas *drama queens* a unas *happy queens*. Tengo que reconocer que, gracias a Daryl, he podido conocer al amor de mi vida, que no fue un flechazo, ¡ya lo sé!, pero sí un enamoramiento tan progresivo y consistente que me fue imposible mirar hacia otro lado intentando buscar fallos, porque incluso de éstos había caído rendida.

Veo a Ryan dar brincos a mi lado, extasiado al ver a su tío, como él lo llama, vitoreado por todas esas personas y salgo de mis ensoñaciones de golpe, sonriendo a ese niño que se ha ganado mi cariño desde que lo conozco. Es una réplica en pequeño de su padre, tan bonito e inocente, tan fan de todo lo que haga Owen, que a mí me tiene loca. Jack me mira con una sonrisa y de repente me hace recordar una conversación que mantuve con él al poco de formalizar nuestra relación. Porque Jack, el muy bandido, supo desde el principio que Owen se sentía atraído por mí —incluso antes de que él mismo se diera cuenta de ello—, y por eso me ayudó a conseguir aquel trabajo, para poder estar cerca uno del otro y que surgiera esa atracción que él supo ver. ¡Menudo pillín! Sonrío al recordar aquello y, además, me alegro de que él zanjase aquel tema con su ex. Ahora está bien, con su hijo cuando le toca y su trabajo, sin contar las mujeres que pasan por su cama cuando Ryan está con su madre, pero, bueno, ¡también tiene derecho a disfrutar! Y, quién sabe, a lo mejor algún día encontrará a una buena mujer que le haga volver a

enamorarse, aunque sé que tardará un poco. Jack está bastante escarmentado y lo único que desea en esos momentos es ver a su hijo feliz y divertirse con los locos de sus amigos.

Brian, que está al lado de Jack, sigue aplaudiendo como todos y empieza a silbar escandalosamente para que Owen salude a la grada, haciendo que me ría. El cambio le ha venido bien. Se siente realizado y se está haciendo un nombre sólido en su profesión. Por supuesto que siguen siendo una piña, eran amigos desde el colegio y siempre se tendrán, pase lo que pase; ésa es la verdadera amistad... Eso y quedar todos los fines de semana a desintegrar ropa interior, pero, bueno, cada uno se divierte a su manera... Clive me guiña un ojo mientras señala a Brian negando con la cabeza la actitud de éste, ¡ese hombre es un caso aparte! Es más fácil que Ryan, con sólo cuatro años, encuentre al amor de su vida que Clive tenga algo parecido a una novia..., pero, como dice Daryl, cada persona tiene su propio ritmo y, cuando le llegue el momento, caerá a los pies de una mujer. Como dice el loco de mi amigo, debería encontrar a una *dominatrix* que lo pusiera en vereda. Cada vez que me acuerdo de tal disparate, me pongo a reír. No lo veo, perdonadme, pero Clive es un antirrelaciones de manual y dudo mucho que haya una mujer en el mundo capaz de hacer que él abandone su modo de vida libertino...

La verdad es que, gracias a todos ellos, no echo de menos a mis hermanos; desde que me marché de España, no he vuelto a saber nada de ellos, ¡y que siga así!

Sigo trabajando en el maravilloso edificio Aon Center, pero una planta más arriba, justo en la empresa de Owen. La razón de ese cambio fue, en primer lugar, el despido de Judith y, después, la baja de Brian; por lo tanto, necesitaban personal, y Owen me confesó que no podía imaginar a una mejor candidata que yo. ¿A que es un amor? Como él dijo, todo quedaba en casa, y así, en cierto modo, podía enterarse de todo lo que acontecía en su empresa por mí. Al final, acepté, y realmente estoy encantada con el cambio. ¡He pasado de jugar en tercera regional a primera división! Josephine se alegró, en parte, de que hubiese decidido irme a la empresa de Owen; era una gran oportunidad para mí, eso nadie lo podía poner en duda, aunque, antes de marcharme, me dijo que siempre tendría la puerta de su oficina abierta para mí...

Al fin he encontrado mi lugar en el mundo, aunque no es un sitio concreto, sino una persona; esa misma que me está mirando en este instante, tras

guiñarme un ojo.

«Uy, uy, uy, Owen, que nos vamos conociendo y esa cara y esa sonrisa no presagian nada bueno.»

De repente, y bajo la mirada de millones de personas, ya que las cámaras de televisión comienzan a seguir sus confiados movimientos, empieza a ascender por las gradas hasta llegar donde estamos nosotros. Me mira, con esa sonrisa canalla que me pone tonta y más caliente que un radiador, y se arrodilla delante de mí. Me pongo nerviosa, ¡histérica!, porque eso significa muchas cosas, ¡demasiadas! Miro a los que son ya mis amigos, que nos observan sonrientes, como si ellos ya supieran que él haría algo así. Como sepa de quién ha sido la idea, ¡lo capo! De pronto mi rostro se incendia y se pone más rojo que un tomate. Me entrega la pelota y la cojo por no hacerle el feo, aunque no entienda por qué me la da. ¿Es que quiere jugar un partido conmigo?

—Llamaste mi atención el primer día en que te conocí, haciéndote pasar por la novia de mi hermano, tan fuerte y carismática, con esa sonrisa que me llamaba a gritos... Aunque en un principio nos caímos fatal, no sé qué ocurrió para que no pudiera dejar de pensar en ti ni un solo momento.

»Les prometí a mi hermano y a mis amigos que, si ganábamos la Super Bowl, haría algo que jamás olvidarías... y aquí estoy, frente a todo el país, arrodillado ante la mujer que ha conseguido que la ilusión vuelva a mi vida — me dice sin apartar la mirada de mí, haciéndome sentir la mujer más importante del mundo mundial—: ¡Ábrela! —me apremia, y lo miro con cara extrañada.

¿Cómo quiere que abra una pelota? De repente me doy cuenta de que no es un balón cualquiera y que, en efecto, tiene una abertura, como si fuera un cofre. Lo abro sintiendo todas las miradas de los espectadores clavadas en mí y descubro en su interior un maravilloso anillo, de oro y con una piedra azulada, del mismo tono que esos ojos que me llevan loca y por el camino de la perdición.

—¿Qué me dices? —me pregunta el muy canalla.

—¿A qué? —me hago la dura, intentando controlar mis piernas y mi corazón, que han comenzado ya a saltar sin que les haya dado permiso.

—¿Quieres ser mi mujer?

—¡Lo quiero todo contigo! —exclamo, ya que esa frase, nuestra frase, es mucho más que un «te quiero».

Y delante de todas esas personas, se levanta, me coge la cara y me da un beso de esos que hacen historia, y yo simplemente siento que no podría ser más feliz que estando con él y que todo tiene sentido si Owen está a mi lado. Todo el público aplaude con efusividad y escondo mi rostro en su maravilloso pecho, mientras él me estrecha contra él; jamás he sentido tanta paz ni tanta seguridad como cuando él está a mi lado.

—Al final me encontraste un hogar, Eva —susurra en mi oído—. Siempre has sido tú —añade dándome un tierno beso en la cabeza que me sabe a gloria.

Busco sus ojos con los míos y es como si desaparecieran todas las personas de nuestro alrededor. Sólo estamos él y yo, mirándonos enamorados, sintiendo que juntos podemos lograr cosas grandiosas... porque el amor nos hace mejores en todos los aspectos y nos hace sentir seguros tal y como somos, porque, si es de verdad, hace que todo sume, que jamás reste, y, desde que Owen está en mi vida, sé que puedo conseguir todo lo que me proponga.

Agradecimientos

Esta novela es la duodécima que publico con esta maravillosa editorial, y pienso fervientemente que Eva y Owen golpearon la puerta de mi imaginación para, precisamente, celebrar ese número tan significativo con su gran y preciosa historia de amor. Una docena de libros, todos distintos y todos especiales para mí, pero éste tendrá un puesto privilegiado en mi corazoncito, pues con él he aprendido muchísimas cosas, he visto lo que un amor de verdad (de los buenos) puede lograr, he comprobado que muchas veces nos equivocamos con las personas (para bien o para mal) y me he dado cuenta de que el tiempo es tan efímero como valioso. Espero que a vosotros/as también, al finalizar su lectura, os deje un buen sabor de boca y una amplia sonrisa haber presenciado un amor tan bonito y tan de verdad como el de estos dos personajes tan distintos como parecidos.

Quiero agradecer, como siempre (pues no podría ser de otro modo), la paciencia y el gran apoyo que siempre me ofrece mi marido. Te quiero tanto que es imposible cuantificarlo.

A mis hijos, gracias por hacerme la mujer más feliz del mundo sólo con estrecharme con fuerza con vuestros brazos, con darme besos o por compartir risas. ¡Os quiero hasta el infinito más un millón!

A mi gran familia, que me anima sin objeciones. ¡Gracias por estar ahí!

A mis amigas, gracias por las risas y nuestras conversaciones, tanto en persona como por WhatsApp. ¡Sois grandes!

A las mamás del cole, a mis vecinas, a las amistades de mi familia, a las profes del cole de mis hijos, a la librería Torrevieja y a las maravillosas chicas de la biblioteca de Guardamar, gracias infinitas por vuestro apoyo y vuestras palabras. ¡Sois lo más!

A mis queridas y maravillosas lectoras, a todas ellas, que me acompañan en esta increíble aventura literaria. Gracias por vuestro apoyo incondicional, gracias por compartir mis publicaciones y gracias por comentarme lo que os

parecen mis historias. Sin vosotras esto no sería posible. Gracias por hacerlo realidad. ¡¡Sois las mejores!!

A mi editora, Esther Escoriza, gracias por ser como eres y por ayudarme, libro a libro, a cumplir todos mis sueños. ¡Eres un solete!

A todas las personas que comprenden el sello de Zafiro, gracias por vuestra profesionalidad y dedicación. Así da gusto publicar una novela. ¡Sois la caña!

A ti, que estás leyendo estas líneas, GRACIAS INFINITAS, por reírte con las ocurrencias de la española y por suspirar por el exfutbolista americano. Gracias por permitirme contarte su historia, que espero te haya encantado tanto que desees más, mucho más.

Biografía



Loles López nació un día primaveral de 1981 en Valencia. Pasó su infancia y juventud en un pequeño pueblo cercano a la capital del Turia. Su actividad laboral ha estado relacionada con el sector de la óptica, en el que encontró al amor de su vida. Actualmente reside en un pueblo costero al sur de Alicante, con su marido y

sus dos hijos.

Desde muy pequeña, su pasión ha sido la escritura, pero hasta el año 2013 no se publicó su primera novela romántica, *En medio de nada*, a la que siguieron *Ámame sin más*, *No te enamores de mí*, *Perdiendo el control*, *Me lo enseñó una bruja*, *Destruyendo mis sombras*, *Campanilla olvidó volar*, *Saque directo al corazón*, *Una irresistible excepción*, *El amor se ríe de mí* y *No me avisaste, corazón*.

Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en:

www.loleslopez.wordpress.com.

Referencias de las canciones

Only you (and you alone), Copyright: ©2014 Glory Days Music under license from V&H Holdings Pty Ltd, interpretada por The Platters. (*N. de la e.*)

Ni un flechazo más
Loles López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Loles López, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: marzo de 2019

ISBN: 978-84-08-20704-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta